

Taufiq al-Hakim

TRES OBRAS



El Colegio de México

TRES OBRAS

Tú que subes al árbol

*

Un sultán en venta

*

I s i s

CENTRO DE ESTUDIOS DE ASIA Y AFRICA

TAUFIQ AL-HAKIM

TRES OBRAS

Tú que subes al árbol

*

Un sultán en venta

*

I s i s



El Colegio de México

Trad. del árabe: Adriana Sanguinetti.

Fotografía de la portada: "Admirals and councillors of the Sultan of Egypt". Tomada del libro *Vecellio's Renaissance Costume Book*, Dover Publications, Inc., New York.

DONATIVO
ALEJANDRO MINA

Primera edición (1 000 ejemplares) 1983

© 1983, EL COLEGIO DE MÉXICO
Camino al Ajusco, 20
México, D.F.

ISBN 968-12-0215-5

ÍNDICE

Presentación	7
Introducción	9
Tú que subes al árbol	13
Un sultán en venta	81
Isis	151

PRESENTACIÓN

EN 1974, si mal no recuerdo, el doctor Bernard Lewis visitó el, en aquel entonces, Centro de Estudios Orientales de El Colegio de México. Profesores y alumnos del área de Medio Oriente fuimos invitados a mantener con él una plática informal con el fin de darle a conocer nuestros diferentes proyectos de investigación. Reunidos en torno a una mesa, los estudiantes tratábamos de disimular nuestro nerviosismo y de encontrar las palabras más adecuadas para presentar lúcidamente nuestros trabajos ante el insigne orientalista. Al llegar mi turno, afirmé la voz y con gran orgullo expresé: "A mí me interesa la traducción literaria; en este momento, estoy trabajando en la traducción de una obra de teatro de un autor egipcio contemporáneo." Una magnífica sonrisa, su sonrisa, iluminó el rostro del doctor Lewis: "...de Taufiq al-Hakim, por supuesto", dijo. Y en verdad la obra que yo tenía entre manos por aquel entonces era la misma que se presenta en este volumen con el título de *Un sultán en venta*.

Tan abrumada quedé por aquel comentario que sepulté mis incipientes intentos en un oscuro cajón. Junto con ellos trataba yo de sepultar mi vergüenza de haber emprendido un camino que, a juzgar por la sonrisa del doctor Lewis, ya había sido muy transitado. Tan convencida estaba de la inutilidad de mis esfuerzos, que ni siquiera traté de asegurarme si la obra ya había sido traducida al español.

Nunca supe bien que había querido expresar el doctor Lewis. Tal vez, sólo quiso demostrar que, aunque su campo no fuera la literatura, estaba bien informado respecto de ella. Lo que sí puedo afirmar después de ocho años de trabajar sobre el Hakim es que a pesar de la fama mundial de este autor, sólo una ínfima parte de sus obras ha sido traducida al español. Entre ellas no encontramos *Un sultán en venta*.

En el año de 1976, llegó a mis manos una obrita, de la cual tenía la plena seguridad que no había sido traducida al español: *Tú que subes al árbol*. Tuve entonces la suerte de que fuera publicado en la revista *Estudios de Asia y Africa*. No obstante las objeciones que se podían hacer a la versión, esta pieza llamó considerablemente la atención y suscitó numerosos comentarios,

curiosamente no de los arabistas mexicanos sino de personas que, alejadas de lo académico y capaces de traspasar las barreras culturales, se interesaban por el hecho literario y lograron consustanciarse con esta aventura ajena al academicismo. Así, gané muchos amigos en el Hakim.

Finalmente, en 1978, al participar en el Programa de Traducción de Lenguas Asiáticas patrocinado por la UNESCO, tuve la oportunidad de volver sobre mi primer y abortado trabajo, y de sumar a éste una nueva obra: *Isis*. Las tres piezas mencionadas son las que conforman este volumen.

La elección de estas obras fue, en parte, fruto de la casualidad. Sin embargo, *a posteriori*, existe la posibilidad de hallar en ellas un elemento común: las tres fueron escritas después de 1952, fecha clave en la historia política y social de Egipto, año de la revolución de Yamal Abd al-Naser. Fecha, además, que algunos críticos literarios, tan dispuestos siempre a dividir, clasificar y rotular, definen como un jalón en el historial literario del Hakim: el inicio del momento político de su producción. Si bien no es mi intención proponer una lectura política amarrada a la realidad, creo necesario destacar que, aun permaneciendo fiel a su escritura velada por el mito, la leyenda o la tradición popular, el Hakim abandona en este período la dimensión trascendente de lo humano para abordar el ámbito específico de lo político. Incluso, llegó a producir una obra como *Las manos delicadas*, que trata abiertamente los problemas concretos de la sociedad egipcia en cambio y las vías de adaptación a las nuevas circunstancias.

Entrego, pues, este libro ignorando la reacción que habrá de suscitar, con la esperanza de que su humanismo universal anule las diferencias culturales. Sólo pido al lector un espíritu abierto, despojado de prejuicios y temores, en fin, un espíritu ingenuo.

Por último, quiero expresar mi agradecimiento a Jorge Galeano por la ayuda que me brindara en la corrección final del texto, a Jarmila Galeano por haber colaborado en la ilustración del mismo, a Guillermo Quartucci por el cuidado puesto en su edición, y a todos ellos por haber compartido y disfrutado conmigo esta experiencia a la vez afectiva e intelectual.

Adriana Sanguineti

INTRODUCCIÓN

EN LA ÉPOCA en que Taufiq al Hakim hizo sus primeras armas como dramaturgo, el teatro árabe se hallaba en sus momentos iniciales. Fue precisamente él quien encaró la tarea de introducir este género naciente dentro de la literatura, como rama respetada y reconocida de ella. Su primera experiencia europea, hacia los años veinte, le sirvió de punto de partida para salir de una situación teatral dominada por la comedia musical y por las obras dramáticas europeas, arabizadas en cuanto a ambiente y personajes, dirigidas en general a un público popular poco exigente o, quizás, poco acostumbrado a este género recientemente importado. En contraste con este tipo de producción, se presentaba un teatro de corte más elitista, limitado al círculo de la aristocracia cercana al jedive.

La tarea emprendida por al-Hakim integró diferentes aspectos: elevar la calidad literaria de la producción dramática, rescatándola de las manos de los directores de los grupos de teatro y situándola dentro del oficio del escritor; elevar su nivel lingüístico, respetando la lengua literaria pero manteniendo al mismo tiempo su accesibilidad y verosimilitud para el público; mejorar los aspectos estructurales y técnicos de la producción; y, por último, ampliar su temática, evitando el costumbrismo y realismo fáciles y trascendiendo la crítica directa de la vida social egipcia. Todo esto nucleado alrededor de una orientación rectora: universalizar la producción, tanto en el sentido de ampliar su difusión entre la totalidad de las clases sociales (aunque cabría preguntarse hasta qué punto logró esto al-Hakim) como en el sentido de lograr una forma de escritura que combinara la particularidad de la vivencia egipcia con el afán de trascender el espacio y el tiempo.

El *fikr* (reflexión, indagación) aquel elemento que había jerarquizado anteriormente el ensayo egipcio dándole calidad literaria y que al-Hakim encontraba también en la esencia del teatro europeo de principios de siglo, fue el fundamento de su labor creadora. Sin embargo, como él mismo señala, su *fikr* que *al-fikr al-mayazi* (pensamiento metafórico) y no *al-waqi 'iya* (pensamiento realista) de autores como Ibsen o Shaw, dominantes en

la escena europea de la década de los veinte. Este *fikr al-mayazi* no significaba la aplicación del pensamiento al análisis y expresión de conflictos sociales o políticos en su dimensión interna e individualizada como el *fikr al-waqi'iyá* sino el juego libre del pensamiento a través de situaciones y personajes históricos o legendarios que cobraban dimensiones simbólicas.

De esta manera nació el teatro "intelectual" (*dihni*), según lo bautizara el mismo autor en el prólogo de su *Pigmalión*, teatro orientado hacia la indagación metafísica, hacia la búsqueda de soluciones a las eternas preguntas del hombre: la vida como realidad o sueño, la justificación de su presencia en el mundo, el modo de compromiso como sinónimo de paz espiritual.

Muchas clasificaciones se han intentado respecto de la obra de Taufiq al-Hakim, derivadas, por lo general, de una aplicación de modelos existentes en el teatro europeo, clasificación difícil por la diversidad y multiplicidad significativa de las formas teatrales experimentadas por este autor. Sin embargo, parecería existir una constante en torno a la cual gira la mayor parte de su producción teatral. Dicha constante se expresa en la recurrencia en el uso de la *situación-metáfora*, de la *situación-símbolo* para transmitir realidades que, de por sí, son ambiguas y difíciles de penetrar. Sin que esto sea equiparable a un teatro de corte simbolista (aunque se puede incluir dentro de esta corriente obras tales como *La gente de la caverna*, su primera obra teatral, basada en la leyenda de los durmientes de Efeso, o *Sherezada*, en la inalcanzable narradora de *Las mil y una noches*), el símbolo se convierte en su obra en el modo de percepción y expresión de la realidad. Dentro de esta vena, se sitúan dos de las obras presentadas en este volumen. Escondidos y distanciados tras los antiguos mitos egipcios (*Isis*) o tras el lejano momento histórico (*Un Sultán en venta*), se plantean problemas relevantes para la época posterior a la revolución de Naser: la obtención legítima del poder, la participación en el mismo, sus usos y abusos. Mito e historia, en su calidad simbólica y paradigmática, trascienden y universalizan, encubren y descubren la realidad.

Así como su primer contacto con el teatro europeo le brindó a al-Hakim una forma nueva de trabajar la realidad y definió gran parte de su obra, el teatro del absurdo le marcó un camino diferente. Sin embargo, el absurdo fue un elemento particular inmerso dentro de una corriente que al-Hakim había percibido ya en los años veinte en formas de expresión artística tales como la pintura, la escultura o la música. El absurdo no podía limitar la atención del autor puesto que, ni personal ni histórica-

mente, éste atravesaba por la misma situación que autores como Adamov o Beckett. A pesar de su autocuestionamiento incesante, al-Hakim es un individuo positivo, cree en la posibilidad de hallar respuestas, en que el hombre se realice en sociedad, ejercitando su responsabilidad y básicamente actuando. Este artículo de fe se explicita en obras tales como *El despertar de un pueblo* (novela), *Las manos delicadas* (teatro), *Un bocado para cada boca* (teatro), etc. La visión de al-Hakim, espectador lúcido de un proceso histórico en construcción, está basada en la confianza decimonónica en el progreso hacia la perfección humana. Nada más lejos de la situación existencial de la que parte la literatura del absurdo.

Pero el absurdo reforzó en el autor una idea: la de la inutilidad frecuente del lenguaje convencional para expresar y comunicar; la necesidad de buscar nuevas formas que no correspondan a la así llamada lógica. Y va aún más allá. Consagra la validez de esas formas no lógicas (no usuales) como forma de transmitir algún tipo de realidad que es en sí misma significativa.

Este rescate de una realidad que va más allá de lo inmediato, es el mensaje que al-Hakim recibe de lo que él denominará el "arte nuevo", término que no alude a una corriente determinada sino a un nuevo modo de percibir común a diversas escuelas. ¿Qué significa para el autor este "arte nuevo"? No tiene una definición precisa. Es un medio de expresión que se libera de los significados corrientes y de la lógica verbal, que desecha el valor de la razón llana. Expresa pero no a través de los modos usuales propuestos por el intelecto. No es análisis ni descripción de la realidad. Intenta desprender el significante de su relación con el significado, jugando con él, multiplicándolo y transformando la unicidad convencional de los signos. Es un arte de la no realidad que conforma una realidad nueva. Es también una nueva y diferente forma de *fikr*. Como manifestaciones concretas de este "arte nuevo", al-Hakim acepta tanto el desdoblamiento de la imagen llevada a cabo por los cubistas como la incorporación de lo onírico, y de lo no-racional propuesta por el surrealismo.

Sin embargo, para al-Hakim, tales manifestaciones no son privativas del arte europeo de este siglo, sino que configuran un modo de expresión y una fuente de inspiración permanente para el arte popular egipcio ya desde la época faraónica. De esta inspiración popular que no obedece a reglas determinadas surge un tipo de creación que, en vez de asumir el *fikr* individual, asume el *fikr* popular, el cual responde a lo no real y a lo no

racional (al-lawaqi'i as-sa'bi al-fikri) quiere ser "una criatura independiente del pensamiento del hombre... quiere decir algo cuando (aparentemente) no dice nada".¹ De esta forma, la destrucción de las convenciones dramáticas es la negación de la percepción unívoca de la realidad. "El teatro no puede existir sin los personajes y los personajes tienen que hablar, y si hablan tienen que decir algo... El teatro es una actividad humana. El teatro necesita del hombre... La situación del hombre en el mundo es una situación extraña. Necesita siempre hablar, preguntar y dar respuestas... y si no encuentra en sí mismo respuestas claras está dispuesto a destruir el mundo o destruirse a sí mismo... Pero el mundo sólo da la impresión de destruirse. En realidad siempre está presente pero sin decir nada... y a pesar de eso lo dice todo. Y nuestro arte popular fuente de creación inmediatamente relacionada con la naturaleza y con el mundo, dice muchas cosas cuando parece que no dice nada".²

La antigua canción popular "Tú que subes al árbol trae contigo una vaca..." es la expresión de ese algo recóndito que quiere expresar el pueblo. La obra dramática del mismo nombre es el desarrollo del *leitmotiv* representado por dicha canción. Asumiendo su propio fracaso —la negación de *al-fikr al-waqi'i* lo glosa, lo incluye, lo amplifica y le da sentido.

¹ al-Hakim, T., *Ya tali'as-sayara*, Cairo, Maktabat Misr, s. f., p. 21.

² *Ibid.*, pp. 25-26.

TÚ QUE SUBES AL ÁRBOL



PRIMER ACTO

En esta obra no hay escenografía. Tampoco hay divisiones de tiempo o espacio. El pasado, el presente y el futuro, algunas veces, transcurren simultáneamente. Un mismo personaje puede estar en dos lugares al mismo tiempo y hablar con la misma voz. Todo está mezclado. No hay muebles fijos. Cada personaje aparece trayendo los muebles que necesitará y se los lleva al retirarse. Así, el oficial de investigaciones o "investigador" aparece trayendo en la mano derecho una silla y un portafolio. Detrás de él, "la vieja sirvienta" trae un escritorio portátil que coloca delante del policía, quien desparrama sobre él sus papeles.

INVESTIGADOR.—¿Cuándo desapareció tu ama, exactamente?

SIRVIENTA.—A la misma hora en que la lagartija volvió a su escondrijo.

INVESTIGADOR.—¿Quieres decir a la puesta del sol?

SIRVIENTA.—No me fijé si el sol se había puesto.

INVESTIGADOR.—¿Y cuándo vuelve la lagartija a su escondrijo?

SIRVIENTA.—Cuando mi señor sale de abajo del árbol.

INVESTIGADOR.—¿Y cuándo sale tu señor de abajo del árbol?

SIRVIENTA.—Cuando mi señora lo llama.

INVESTIGADOR.—¿Y cuándo lo llama tu señora?

SIRVIENTA.—Cuando empieza a refrescar en el jardín.

INVESTIGADOR.—¿Y cuándo empieza a refrescar en el jardín?

SIRVIENTA.—Cuando mi señora se lo dice.

INVESTIGADOR.—¿Y cuándo se lo dice tu señora?

SIRVIENTA.—Cuando termino mi trabajo aquí y me preparo para regresar a mi casa.

INVESTIGADOR.—¿Y por qué regresas a tu casa?

SIRVIENTA.—Porque siempre paso la noche allí con mi esposo ciego e inválido al que mantengo.

INVESTIGADOR.—¿Y mientras te preparabas para regresar a tu casa el día del hecho, estaba aquí tu señora?

SIRVIENTA.—No estaba aquí.

INVESTIGADOR.—Entonces, ¿dónde estaba?

SIRVIENTA.—Había salido.

INVESTIGADOR.—¿Antes de llamar a su esposo, como de costumbre?

SIRVIENTA.—Sí, antes de llamarlo. Lo dejó en el jardín.

INVESTIGADOR.—¿Por qué?

SIRVIENTA.—Dijo que no tardaría más de media hora, lo que tardaba en ir y volver. Iba a comprar una madeja nueva de lana para tejerle un vestidito a su hija.

INVESTIGADOR.—¿A su hija?

SIRVIENTA.—Sí. A su hija Bahiya.

INVESTIGADOR.—¿Y dónde está su hija Bahiya?

SIRVIENTA.—No ha nacido.

INVESTIGADOR.—¿No ha nacido? ¿Y cuándo va a nacer?

SIRVIENTA.—No va a nacer.

INVESTIGADOR.—¿Y cómo sabes que no va a nacer?

SIRVIENTA.—Eso es bien sabido.

INVESTIGADOR.—Pero yo no lo sé. ¡Dime!

SIRVIENTA.—Iba a nacer hace cuarenta años. Pero no nació.

INVESTIGADOR.—¿Y por qué no nació?

SIRVIENTA.—Abortó al cuarto mes. Lo hizo a pedido de su esposo.

INVESTIGADOR.—De este esposo que está en el jardín.

SIRVIENTA.—De su difunto primer marido.

INVESTIGADOR.—¿Y su marido actual, el que está vivo, no le dio niños?

SIRVIENTA.—Cuando su esposo actual se casó con ella, hace nueve años, ella pasaba los cincuenta y ya no podía tener niños.

INVESTIGADOR.—Entonces, si ya no puede tener hijos y no los tuvo, ni los va a tener..., ¿por qué le teje un vestido a una niña que no nació y que no va a nacer?

SIRVIENTA.—Ella la ve nacer todos los días. Y nace cada día.

INVESTIGADOR.—¿Salía muchas veces de casa?

SIRVIENTA.—Poco. Muy raras veces. Para comprar algo que necesitaba.

INVESTIGADOR.—¿Y siempre volvía sin demorarse?

SIRVIENTA.—Sin demorarse, lo que tardaba en ir y volver.

INVESTIGADOR.—¿Y esta vez salió y no volvió?

SIRVIENTA.—No volvió.

INVESTIGADOR.—Desde hace tres días. Un poco antes del anoche-
cer.

SIRVIENTA.—Sí, un poco antes del anochecer.

INVESTIGADOR.—(Mira la hora.) Dentro de una hora, hará tres días y tres noches desde su desaparición.

SIRVIENTA.—Nunca antes le había pasado algo así.

INVESTIGADOR.—¿Nunca había pasado la noche fuera?

SIRVIENTA.—Nunca. Ni la mitad de una noche.

INVESTIGADOR.—¿Hace mucho que estás sirviendo aquí?

SIRVIENTA.—Hace nueve años, cuando se casó con el señor Bahādir, que en aquel entonces era funcionario.

INVESTIGADOR.—¿Y qué sabes tú acerca de la desaparecida?

SIRVIENTA.—La señora Bihana es conocida en el barrio y su pequeña casa fue una de las primeras que se construyeron en el suburbio del Zaitun. La heredó de su primer esposo, el comisionista.

INVESTIGADOR.—Lo que me interesa son tus observaciones personales.

SIRVIENTA.—¿Mis observaciones personales?

INVESTIGADOR.—Sí. Lo que veías tú personalmente.

SIRVIENTA.—Todos sus pensamientos estaban en su hija.

INVESTIGADOR.—Y tu señor, Bahadir... ¿Qué opinas de él?

SIRVIENTA.—Todos sus pensamientos están en el árbol.

INVESTIGADOR.—(*Mirando hacia el jardín.*) ¿El árbol? ¿Ése?

SIRVIENTA.—¿Acaso hay otro?

INVESTIGADOR.—No, en realidad no hay otro. ¡En ese pedacito de tierra que llaman jardín! Parece un naranjo.

SIRVIENTA.—Sí, es un naranjo. Y bajo el tronco está el hogar bendito.

INVESTIGADOR.—¿El hogar bendito?

SIRVIENTA.—Sí. El hogar de la dama verde.

INVESTIGADOR.—¿Y quién es la dama verde?

SIRVIENTA.—La lagartija aquella. Así la llama él. Yo no la he visto nunca pero él la ve todos los días.

INVESTIGADOR.—Y además del árbol y de la lagartija, ¿qué hace?

SIRVIENTA.—Nada. Está jubilado. Dejó el ferrocarril hace cinco años.

INVESTIGADOR.—Y tu señora, ¿no tiene parientes que pueda visitar?

SIRVIENTA.—No, ninguno. ¡No tiene a nadie!

INVESTIGADOR.—¿Tampoco conocidos?

SIRVIENTA.—Tampoco conocidos.

INVESTIGADOR.—¿Estás segura?

SIRVIENTA.—Completamente segura. Durante todo el tiempo que he trabajado aquí, nunca vi que alguien los visitara y ellos no visitaban a nadie. (*Suena el teléfono.*)

INVESTIGADOR.—Es la llamada que esperaba.

SIRVIENTA.—(*Saliendo apresurada.*) Un momento. Traeré el teléfono.

(*Vuelve al poco tiempo con el aparato provisto de un largo cable.*)

INVESTIGADOR.—(*Al teléfono.*) Hola, hola. Sí, Yo... ¡Es extraño! ¿Nada absolutamente?... ¿En todas las delegaciones de policía?... ¿Están seguros? En todos los hospitales... Y en los servicios de emergencia... Buscaron cuidadosamente... Ningún rastro... ¡Gracias!

(*Cuelga el teléfono y coloca el aparato bajo el escritorio.*)

SIRVIENTA.—¿No encontraron ningún rastro?

INVESTIGADOR.—No.

SIRVIENTA.—¡Pobre señora Bihana!

INVESTIGADOR.—¿Nadie se puso en contacto con ella por teléfono antes de su desaparición?

SIRVIENTA.—Nadie.

INVESTIGADOR.—Y ella, ¿no habló con nadie?

SIRVIENTA.—No. Es raro que usen el teléfono desde que el señor Bahādir se jubiló. Pidió al gobierno que lo instalaran mientras estaba en servicio... Por si lo necesitaban para alguna guardia nocturna, o de día, mientras él estaba descansando, para algún trabajo inesperado. Y desde entonces, pocas veces se lo oye sonar.

INVESTIGADOR.—¿Y las relaciones entre los esposos?

SIRVIENTA.—¿Las relaciones?

INVESTIGADOR.—Sí. Por ejemplo, ¿discutían entre ellos, se peleaban o tenían desacuerdos?

SIRVIENTA.—¡Nunca! ¡Nada! Desde que estoy aquí, nunca los vi estar en desacuerdo sobre algo.

INVESTIGADOR.—¿Nunca tuvieron un desacuerdo?

SIRVIENTA.—¡Ni una sola vez!

INVESTIGADOR.—Pero las relaciones entre dos esposos nunca están libres de...

SIRVIENTA.—Excepto en el caso de estos esposos.

INVESTIGADOR.—¿A tal grado?

SIRVIENTA.—Sí. En total armonía. ¿Quiere ver con sus propios ojos cómo vivían?

INVESTIGADOR.—Claro que quiero, pero ¿cómo será posible?

SIRVIENTA.—Es muy simple. Mire allí y los verá.

INVESTIGADOR.—¿Dónde?

SIRVIENTA.—(*Señalando con la mano.*) Allí, en aquel rincón, cerca

de la ventana que da al jardín. Ésa es mi señora Bihana, con el mismo vestido verde. Sentada en su silla, como de costumbre.

(En ese momento, aparece la esposa. Está alrededor de los sesenta años, sus cabellos son canos y el vestido es verde. Trae una silla, se sienta y comienza a tejer un vestido a dos agujas.)

ESPOSA.—*(Se vuelve hacia donde se supone que está la ventana.)*

Ven Bahādir. Deja tu árbol ahora y entra. Está refrescando.

ESPOSO.—*(Entra trayendo las herramientas del jardín.)* Lo sé. Cuando empieza a refrescar, la dama verde entra a su casa. Pero lo que no sé es por qué, a pesar de que hoy el viento está en calma, se cayeron unas naranjas. ¿Qué las habrá hecho caer?

ESPOSA.—*(Ocupada en su tejido.)* Yo la hice caer... Fue el primer fruto y yo lo hice caer con mi propia mano. Entonces él no la quería porque éramos pobres. Aún no teníamos nada. Sólo la pequeña tienda de comestibles. Aún no se dedicaba al negocio de tierras en este barrio. En aquel entonces, esto todavía estaba despoblado. Y me dijo: ten paciencia, no me preocupes ahora con niños.

ESPOSO.—*(Limpiando las herramientas.)* Eso es lo que me preocupa realmente, que a pesar de que hoy el viento está en calma...

ESPOSA.—A pesar de eso, oí sus palabras y lo hice. Lo hice yo misma. A mí misma. Y después sopló el viento de la buena suerte y vino el dinero y construimos esta pequeña casa y este jardín.

ESPOSO.—Este jardín no está expuesto al viento y sin embargo, cuando el naranjo floreció, temí por las flores... Pero, gracias a Dios, se salvaron.

ESPOSA.—Sí, nos salvamos, gracias a Dios... Dejamos atrás los días de pobreza y al llegar la dicha pedimos un hijo. Pero no fue posible. Fue por el primer aborto, sin duda. Mi vientre quedó estéril... Sí... Fue el primer fruto caído...

ESPOSO.—Sí... Estos frutos que han caído... No es nada importante, no son más que tres o cuatro naranjitas verdes del tamaño de una avellana...

ESPOSA.—El aborto fue en el cuarto mes. La niña estaba formada y tendría el tamaño de un puño. Estoy segura...

ESPOSO.—Sí... Estoy seguro... porque las ramas se movían muy lentamente...

ESPOSA.—Sí... Se movía en mi vientre. Sentía sus movimientos,

los movimientos de una niña. Porque se pueden reconocer los movimientos de una niña... Además, yo deseaba una hija...

ESPOSO.—Yo también deseaba esos movimientos imperceptibles o ninguno en absoluto, porque las ramas quietas impiden que se dañen las flores y los frutos en su primera época...

ESPOSA.—Sí. En la primera época del embarazo sabía el nombre que le daría: Bahiya. Y sabía que sería hermosa y lozana. Porque es posible saberlo. ¿No es así?

ESPOSO.—¡Naturalmente! Eso se puede saber por la apariencia de los frutos, apretados como las uvas en los racimos, fuertes y sólidos como dispuestos a vivir y a crecer...

ESPOSA.—A crecer. ¡Sí! Ojalá la hubiera dejado crecer... ¿Sabes, querido, qué hubiera pasado si la hubiera dejado crecer?

ESPOSO.—Lo sé muy bien. A medida que creciera necesitaría mejores alimentos...

ESPOSA.—Sí, mejores alimentos... En aquel entonces, eso era lo que nos preocupaba.

ESPOSO.—Y ahora es lo que me preocupa a mí. Para que los frutos crezcan espléndidos, es necesario abonar el árbol con muchos fertilizantes y, ¿de dónde voy a sacar para pagarlos? Mi pensión, como sabes, apenas basta para nuestros gastos. ¡Inspector de ferrocarriles durante cuarenta años y salí con lo que apenas cubre nuestras mínimas necesidades! Si no fuera por esta pequeña casa que nos cobija y este precioso jardín en que no cabe más que un árbol, no tendría sabor la vida. Sin embargo, gracias a Dios y a sus bendiciones, las naranjas de ningún otro árbol pueden crecer tan espléndidas...

ESPOSA.—¡Estoy segura de que hubiera crecido espléndida!

ESPOSO.—¿No es así? ¡Mira! ¡Mira! (*Señala el árbol.*)

ESPOSA.—Lo sé. Lo sé. Estoy segura de que hubiera crecido espléndida... si yo la hubiera dejado. ¡Mira! ¡Mira! Tiene siete días y parece una criatura de un año. Hoy cumple una semana. Es su fiesta. ¡Mira!... ¡Mira!... ¡Las velitas!... ¡Oye!... ¡Oye!... El sonido del pandero..., el sonido del pandero... ¿Oyes cómo cantan?...

*“Birgalatak... birgalatak,
aretes de oro en sus orejas.
Oh, señor, nuestro señor,
haz que crezca como nosotros
birgalatak... birgalatak”*

(Se oye el eco de una fiesta con sus voces y ruidos y el sonido del pandero.)

ESPOSO.—(*Al apagarse los ruidos de la fiesta.*) La campana de la estación, el tumulto de los pasajeros y el ruido de los trenes... siempre en mis orejas...

ESPOSA.—Sí, en sus orejas... ¿Ves los aretes en sus orejas?

ESPOSO.—En mis orejas, sí. Siempre ese ruido. Yo pensaba que después de retirarme descansaría...

ESPOSA.—Ahora descanso realmente al ver la fiesta. ¿Qué te parece el vestido verde que le tejí con mis propias manos? ¿No le sienta maravillosamente a su cuerpecito?

ESPOSO.—Su cuerpecito se viste siempre con el vestido verde, invierno y verano. Hasta cuando el árbol pierde sus hojas, ella sigue radiante en su verdor y desciende a su casa en el tronco del árbol...

ESPOSA.—Sí, sí, querido. ¡Qué hermosa está Bahiya con su vestido verde!... ¡Con su pequeño cuerpo!...

ESPOSO.—Yo siempre la veo hermosa, con ese pequeño cuerpo. Siempre radiante en su verdor, con esos ojos luminosos de brillo extraño... ¡Es hermosa, en verdad, la dama verde!...

ESPOSA.—Sí... ¡En verdad es hermosa mi hija Bahiya!...

ESPOSO.—¡Sí!... ¡Sí!...

ESPOSA.—¡Sí!... ¡Sí!...

(*Se hace un profundo silencio entre los esposos.*)

INVESTIGADOR.—(*A la sirvienta.*) ¿Así hablan siempre?...

SIRVIENTA.—¡Sí!... ¡Sí!...

INVESTIGADOR.—¡Sí!... ¡Sí!... (*A la sirvienta.*) ¡Gracias!... ¡Gracias!...

SIRVIENTA.—¿Puedo retirarme?

INVESTIGADOR.—Sí, vete.

(*La sirvienta se va. El Investigador se vuelve hacia el jardín.*)

INVESTIGADOR.—(*Llamando.*) ¡Señor Bahādir!

ESPOSO.—(*Desde afuera.*) ¿Señor?

INVESTIGADOR.—¿Me permite un momento?

ESPOSO.—(*Aparece limpiándose las manos de la tierra del jardín.*) ¿Otra vez?

INVESTIGADOR.—Sí. Para hacerle otra pregunta.

ESPOSO.—Antes que nada, tengo algo que decir. Algo maravilloso y extraño..., muy extraño...

INVESTIGADOR.—Por supuesto, algo relacionado con la desaparición.

ESPOSO.—Sí, con la desaparición.

INVESTIGADOR.—¡Por favor! ¡Hable!

ESPOSO.—¡Ha desaparecido! ¿Se lo puede imaginar?

INVESTIGADOR.—Eso lo sabemos desde hace varios días.

ESPOSO.—Pero yo no me di cuenta hasta hoy.

INVESTIGADOR.—¿No se ha dado cuenta hasta hoy de que su esposa ha desaparecido?

ESPOSO.—No estoy hablando de mi esposa.

INVESTIGADOR.—Y entonces, ¿de quién?

ESPOSO.—¡De la dama verde!

INVESTIGADOR.—¡Ah!... La lagartija.

ESPOSO.—¡Ella también ha desaparecido!

INVESTIGADOR.—¿Y cómo lo sabe?

ESPOSO.—¡No está en el jardín!

INVESTIGADOR.—¿Está seguro?

ESPOSO.—¡Totalmente!

INVESTIGADOR.—¿Pero cómo puede asegurarlo?

ESPOSO.—No la he visto en todo el día. Miré en su casa. No ha salido ni entrado. Definitivamente no está en su casa ni en todo el jardín. Es la primera vez que ocurre esto desde... desde hace nueve años.

INVESTIGADOR.—¿Pero usted conoce a esta lagartija desde hace nueve años?

ESPOSO.—Sí, hace nueve años. Desde que puse el pie en esta casa, en este jardín.

INVESTIGADOR.—¿A la misma lagartija?

ESPOSO.—Sí, a la misma.

INVESTIGADOR.—¿Pero cómo es posible que una lagartija tan pequeña pueda vivir nueve años?

ESPOSO.—¡Pues los vivió! La conozco y la veo todos los días desde hace años.

INVESTIGADOR.—Quizás haya otra lagartija.

ESPOSO.—No hay otra lagartija. Es la misma. Jamás he visto otra aquí.

INVESTIGADOR.—Pero es posible que haya visto otra...

ESPOSO.—¡Jamás me ha sucedido! No he visto otra lagartija, no he visto con ella otra. Nunca he visto dos juntas. Siempre estuvo sola. La misma. No ha cambiado. Estoy seguro. Es ella. Conozco sus movimientos, sus miradas y sus gestos... y también sus rasgos.

INVESTIGADOR.—¿Sus rasgos?

ESPOSO.—Sí, sus rasgos. Hace nueve años que la estoy observando todos los días. Entonces, ¿cómo no voy a conocer sus rasgos?... ¿Cómo no ser su amigo? Me acostumbré a su presencia. Me acostumbré a tenerla cerca. Yo la amo.

INVESTIGADOR.—¿La ama?

ESPOSO.—Ahora sí. Cuando se ve algo cerca de uno, todos los días durante nueve años, es inevitable que se lo llegue a conocer y a amar. ¿No es así? Pero no puedo negarlo; no fue así la primera vez que mi mirada se posó en ella. Entonces la vi fea, horrible. Me causaba disgusto. Pensé matarla. Luego abandoné esa idea por un tiempo. La dejé vivir por un tiempo. Y comencé a verla todos los días. Salía de su casa y regresaba a horas establecidas y al poco tiempo me acostumbré. Así me uní a ella, y ordené mi vida en el jardín de acuerdo con la suya, con su disposición y sus costumbres...

INVESTIGADOR.—¡De veras es extraño!

ESPOSO.—Sí. Esta criatura llegó a vincularse estrechamente conmigo. No le extrañe, entonces, que su desaparición me sea dolorosa.

INVESTIGADOR.—Sí... Sí...

ESPOSO.—Sí. Cada vez que recuerdo que un día iba a matarla...

Pero entonces era natural que la matara porque no la conocía.

INVESTIGADOR.—¿Entonces la idea de matarla se le ocurrió?

ESPOSO.—¡Claro!

INVESTIGADOR.—¿Y con qué iba a matarla?

ESPOSO.—¿Matar a quién? ¿A mi esposa?

INVESTIGADOR.—¿A su esposa? ¿Acaso yo mencioné a su esposa?

¡Pues sea! Su esposa, entonces. Sí, su esposa.

ESPOSO.—Pero hablábamos de la lagartija.

INVESTIGADOR.—Ya hemos hablado bastante de lagartijas. Hablemos de su esposa. ¿Alguna vez sintió deseos de matarla?

ESPOSO.—Naturalmente.

INVESTIGADOR.—¿Qué dice?

ESPOSO.—Digo que es un sentimiento natural. ¿Usted nunca ha pensado en matar a su esposa?

INVESTIGADOR.—¿Y usted? ¿Lo ha pensado?

ESPOSO.—Yo le estoy preguntando a usted.

INVESTIGADOR.—Pero el que pregunta soy yo.

ESPOSO.—Respóndame usted primero.

INVESTIGADOR.—Yo soy el que pregunta y usted el que responde. Por favor, no invierta los papeles.

ESPOSO.—Es muy importante para mí conocer sus sentimientos.

INVESTIGADOR.—En virtud de mi misión oficial, es más importante para mí que para usted conocer los sentimientos del otro. Se lo ruego, responda. ¿Pensó alguna vez en matar a su esposa?

ESPOSO.—¿Por qué quiere que mate a mi esposa?

INVESTIGADOR.—Yo no lo quiero. Usted fue el que dijo...

ESPOSO.—¿Qué he dicho?

INVESTIGADOR.—Ha dicho que es natural que pensase en matar a su esposa.

ESPOSO.—Sí, natural para mí y para usted.

INVESTIGADOR.—Déjeme a mí de lado. Hábleme de usted.

ESPOSO.—Mi opinión es que semejante pensamiento sería muy natural si hubiera algo que me molestara en mi esposa.

INVESTIGADOR.—Y, naturalmente, algo le molesta.

ESPOSO.—No.

INVESTIGADOR.—Lo dudo.

ESPOSO.—¿Por qué lo duda?

INVESTIGADOR.—Porque los he visto ahora con mis propios ojos. Los he oído conversar.

ESPOSO.—Y usted quiere que dos esposos no conversen.

INVESTIGADOR.—Eso no era conversar.

ESPOSO.—¿Y por qué no?

INVESTIGADOR.—Porque eso no puede suceder.

ESPOSO.—Por el contrario. Eso sucede siempre entre dos esposos, en todas las casas, en todas. En su casa, por ejemplo...

INVESTIGADOR.—En mi casa no, señor mío.

ESPOSO.—¿No sucede eso en su casa?

INVESTIGADOR.—Si eso sucediera en mi casa, yo...

ESPOSO.—Usted mataría a su esposa.

INVESTIGADOR.—No he dicho eso.

ESPOSO.—Pero dígalo, dígalo con sinceridad, ¿la mataría?

INVESTIGADOR.—¿Matar a quién?

ESPOSO.—A su esposa, naturalmente.

INVESTIGADOR.—Por favor. Ahora estamos hablando de su esposa.

ESPOSO.—Y de su esposa.

INVESTIGADOR.—Señor, por favor. Usted no tiene nada que hacer con mi esposa. Mi esposa está bien y en su casa.

ESPOSO.—¡Sea! Entonces usted me justifica, por lo menos.

INVESTIGADOR.—¿Justificarlo?

ESPOSO.—Eso es lo que quiero decir.

INVESTIGADOR.—Entonces, usted la ha matado de verdad.

ESPOSO.—¿Está seguro?

INVESTIGADOR.—Casi.

ESPOSO.—¿Y sabe dónde la enterré?

INVESTIGADOR.—Eso lo sabe usted, naturalmente.

ESPOSO.—Pero no sería difícil que usted lo supiera.

INVESTIGADOR.—Le pido que usted me lo diga.

ESPOSO.—El lugar es sencillo y muy natural. Me sorprende que usted no lo sepa.

INVESTIGADOR.—¿Dónde?

ESPOSO.—Adivine.

INVESTIGADOR.—¿Cómo puedo?

ESPOSO.—¿No se puede imaginar un buen lugar para poner el cadáver?

INVESTIGADOR.—(*Mira alrededor.*) ¿Dónde? Dígamelo usted.

ESPOSO.—Trate de adivinar.

INVESTIGADOR.—¿Adivinar?

ESPOSO.—Sí, ¿no puede adivinar?

INVESTIGADOR.—Por favor. ¡Dejemos las adivinanzas por el momento!

ESPOSO.—¿Se da por vencido?

INVESTIGADOR.—Sí.

ESPOSO.—(*Señalando al jardín.*) Bajo el árbol.

INVESTIGADOR.—(*Volviéndose hacia el árbol.*) ¿El naranjo?

ESPOSO.—No hay duda de que es sencillo. Para que su cuerpo se transforme en abono. Un abono excelente. Alimentará al árbol y el naranjo crecerá espléndido. Ella era la que se preocupaba por que creciera espléndido.

INVESTIGADOR.—Es verdad. Era lógico pensar en eso.

ESPOSO.—Le dije que pensara un poco y se daría cuenta usted mismo.

INVESTIGADOR.—¿Entonces lo reconoce?

ESPOSO.—¿Reconocer qué?

INVESTIGADOR.—Que el cadáver está enterrado debajo del árbol.

ESPOSO.—¿No cree que es el mejor lugar para ponerla?

INVESTIGADOR.—En cuanto al lugar, sin duda, es hermoso.

ESPOSO.—Y allí, se convertirá en espléndidas flores y en frutos maravillosos. ¿Puede un cuerpo humano desear algo más bello y útil que eso?

INVESTIGADOR.—Desde ese punto de vista, seguro que no.

ESPOSO.—¿Entonces opina igual que yo?

INVESTIGADOR.—Como descripción poética no tengo objeciones.

ESPOSO.—¿Estamos de acuerdo, entonces?

INVESTIGADOR.—¡Afortunadamente!

ESPOSO.—Es afortunado, en verdad, que coincidamos en nuestros puntos de vista.

INVESTIGADOR.—Gracias a esa coincidencia, pudimos llegar a un rápido resultado que quizás hubiéramos tardado semanas o meses en obtener.

ESPOSO.—¡Gracias a Dios!

INVESTIGADOR.—Además de que estos resultados favorables son debidos, en gran parte, a su ayuda.

ESPOSO.—¿A mi ayuda?

INVESTIGADOR.—Sin duda. ¿Cómo hubiera sido posible saber el lugar de la sepultura con tanta rapidez? (*Se levanta.*)

ESPOSO.—¿Se va?

INVESTIGADOR.—¡Quiero un picol ¡Necesito un pico!

ESPOSO.—¿Un pico? ¿Y qué va a hacer con él?

INVESTIGADOR.—Cavar, por supuesto.

ESPOSO.—¿Cavar?

INVESTIGADOR.—Sí, debajo de ese árbol.

ESPOSO.—¿Debajo de mi naranjo? ¿Se ha vuelto loco, señor Investigador?

INVESTIGADOR.—Lo siento, pero es necesario.

ESPOSO.—¿Y por qué es necesario?

INVESTIGADOR.—No me es posible completar el trabajo sin cavar.

¡Eso es evidente!

ESPOSO.—¿Quiere arruinar mi árbol? ¿No sabe lo que ese árbol significa para mí?

INVESTIGADOR.—Lo sé.

ESPOSO.—¿Para mí, para mi vida entera?

INVESTIGADOR.—Lo sé. Pero la cuestión tiene que ver con un cadáver y con un asesinato.

ESPOSO.—Ese cadáver será el mío. ¡Será mi muerte! El pico que corte las raíces me cortará el cuello. ¿No entiende eso? ¿No lo entiende?

INVESTIGADOR.—(*Con violencia.*) ¡Un picol! ¿Dónde hay un picol?

ESPOSO.—(*Trata de hacerlo sentar.*) ¡Me está matando! ¡Me va a matar! ¡Va a cometer un asesinato!

INVESTIGADOR.—Usted ha cometido un asesinato. ¡Mató a su esposa!

ESPOSO.—¿Que yo maté a mi esposa? ¿Pero se ha vuelto loco, señor Investigador?

INVESTIGADOR.—¿No acaba de reconocerlo?

ESPOSO.—¿Que yo reconocí qué?

INVESTIGADOR.—¿No acaba de decir que la enterró debajo del árbol después de matarla?

ESPOSO.—Claro que hablé del entierro, pero no hablé de matarla.

INVESTIGADOR.—¿Quiere decir que la enterró pero que no la mató?

ESPOSO.—No la maté.

INVESTIGADOR.—Pero la enterró.

ESPOSO.—Eso es cuestión de ella y mía. Pero yo no la maté.

INVESTIGADOR.—¿Y quién la mató?

ESPOSO.—¿Pero la han matado?

INVESTIGADOR.—Si usted la enterró, tiene que saberlo.

ESPOSO.—¿Está de veras enterrada?

INVESTIGADOR.—¡Escuche! He sido más paciente con usted que lo conveniente. Le he dado más confianza que la debida. Pero ahora no voy a llevar la broma a ese límite. ¿Me entiende?

ESPOSO.—Cálmese, señor Investigador. Puede estar completamente seguro de la pureza de mis intenciones. Sigamos hablando como hace un instante, con comprensión. Yo estoy dispuesto a explicarle todo.

INVESTIGADOR.—Está bien. Explíqueme todo.

ESPOSO.—Dígame primero: ¿por qué se imagina que he matado a mi esposa?

INVESTIGADOR.—Todas sus acciones lo confirman.

ESPOSO.—¿Y por qué la maté?

INVESTIGADOR.—Por un motivo muy claro: no soportaba vivir con ella.

ESPOSO.—¿Que no soportaba vivir con ella?

INVESTIGADOR.—Sin duda. No es posible soportar la vida junto a una mujer como ésa.

ESPOSO.—Esa es su opinión.

INVESTIGADOR.—Y la de todo el mundo... ¿Quién podría hacer vida común con una mujer semejante?

ESPOSO.—Pero yo vivo con ella feliz y tranquilo desde hace nueve años. No ha habido entre nosotros ni un desacuerdo.

INVESTIGADOR.—Pero tampoco ha habido acuerdo entre ustedes.

ESPOSO.—Eso no me parece.

INVESTIGADOR.—A mí sí me parece.

ESPOSO.—Pero yo no me quejo de nada.

INVESTIGADOR.—Que no se queje no es prueba de que estuviera conforme.

ESPOSO.—Entonces, ¿de qué es prueba?

INVESTIGADOR.—De desesperación.

ESPOSO.—Por el contrario. Yo sólo vivo por la esperanza.

INVESTIGADOR.—Por la esperanza de librarse de su esposa.

ESPOSO.—Créame que yo no he pensado librarme de ella.

INVESTIGADOR.—No es necesario que lo haya pensado clara y abiertamente. Basta con que en un momento haya pasado por su mente esa idea.

ESPOSO.—Quizás, pero yo me olvido rápidamente de mis ideas.

INVESTIGADOR.—Eso se cree usted. Pero una idea siempre permanece, como una semilla que hace su trabajo en silencio.

ESPOSO.—¿Y qué trabajo hace en silencio?

INVESTIGADOR.—Buscar un modo de librarse...

ESPOSO.—¿Librarme de mi esposa? ¡Pero yo no quiero hacerlo!

INVESTIGADOR.—Sí quiere y se esfuerza por lo que quiere, sin darse cuenta y sin demostrarlo.

ESPOSO.—¿Y por qué haría eso?

INVESTIGADOR.—¿Porque es un esposo infeliz!

ESPOSO.—¿Pero yo soy un esposo feliz!...

INVESTIGADOR.—¿Eso no es verdad!

ESPOSO.—Le aseguro que soy feliz.

INVESTIGADOR.—Yo le aseguro que no es feliz.

ESPOSO.—¿Cómo puede asegurármelo? ¿Quién es el esposo, usted o yo?

INVESTIGADOR.—No importa. Hay una forma de medir la felicidad conyugal que no miente.

ESPOSO.—¿Cuál?

INVESTIGADOR.—La comprensión.

ESPOSO.—Nosotros nos comprendemos.

INVESTIGADOR.—¿Se puede llamar comprensión a lo que vi y oí hace un momento?

ESPOSO.—¿Cómo lo llamaría entonces?

INVESTIGADOR.—Lo llamaría simplemente incomprensión.

ESPOSO.—Pues yo lo llamo comprensión.

INVESTIGADOR.—No es posible que eso sea comprensión.

ESPOSO.—Entonces usted y yo no nos comprendemos.

INVESTIGADOR.—Es que usted llama a las cosas por otro nombre.

ESPOSO.—Los nombres no importan. Yo y mi esposa nos comprendemos y nuestro hogar está basado en esa comprensión

INVESTIGADOR.—Eso es tergiversar el significado de las cosas.

ESPOSO.—¿El significado de las cosas? ¿Qué es ese significado? ¿Usted quiere que yo vea la comprensión o la felicidad como usted la entiende, no como la entiendo yo.

INVESTIGADOR.—Como la entiende todo el mundo.

ESPOSO.—¿Y qué tengo que ver yo con todo el mundo? Yo hablo de mí mismo. La gente no está casada con mi esposa. Yo soy el único esposo.

INVESTIGADOR.—¿Entonces usted es un esposo feliz?

ESPOSO.—¡Mucho!

INVESTIGADOR.—¿Y ella? ¿Ella es una esposa feliz?

ESPOSO.—¡Mucho!

INVESTIGADOR.—¿Entonces, por qué dejó su hogar y desapareció?

ESPOSO.—Eso no lo sé.

INVESTIGADOR.—Yo se lo diré. Hay varias posibilidades. O le sucedió un accidente, lo cual está descartado por la ausencia de noticias por parte de los hospitales y de los departamentos de policía. O la han raptado, y esto no es posible, porque,

¿quién puede ser el loco que rapte a una mujer vieja y pobre que no sirve para nada? O se fue a visitar a algún pariente o amigo y esto tampoco es posible porque está probado que no se puso en contacto con amigos ni con parientes. O ha sido un asesinato, lo cual ahora usted niega.

ESPOSO.—¡Por supuesto que lo niego!

INVESTIGADOR.—¡Por supuesto! ¿Entonces, cómo se explica la desaparición?

ESPOSO.—No le veo explicación.

INVESTIGADOR.—Tiene que haber alguna explicación.

ESPOSO.—¿Y cómo se explica la desaparición de la dama verde?

INVESTIGADOR.—Olvídese de esa lagartija.

ESPOSO.—¡Es muy importante! Si encontramos una explicación para su desaparición, encontraremos la explicación de la desaparición de mi esposa.

INVESTIGADOR.—¿Pero qué relación hay?

ESPOSO.—Sería muy largo de explicar...

INVESTIGADOR.—Explíquemelo.

ESPOSO.—Sería inútil. No me entendería. Usted sólo entiende lo que le parece que tiene sentido. Su tarea es hacer preguntas concretas y quiere que le den respuestas concretas. Y yo hace largo tiempo que no hago preguntas a nadie y no espero respuestas de nadie.

INVESTIGADOR.—Es verdad. No vi que le hiciera ni una sola pregunta directa a su esposa, ni le pidió que le contestara a ninguna pregunta.

ESPOSO.—A partir de eso, se imaginará el dolor de cabeza que me provoca esta situación de preguntas y respuestas.

INVESTIGADOR.—Perdone que lo ponga en esta situación. Pero, ¿cómo quiere que un investigador investigue y averigüe sin hacer preguntas y esperar respuestas?

ESPOSO.—¡Es verdad! Me compadezco de usted y de su trabajo.

INVESTIGADOR.—¿Hay algún otro medio de llegar a la verdad?

ESPOSO.—¿Qué verdad?

INVESTIGADOR.—La verdad de semejante desaparición.

ESPOSO.—A usted le toca llegar a la verdad. Usted es el investigador. Yo soy sólo el esposo.

INVESTIGADOR.—El esposo de la desaparecida. Sí. ¿Pero no es natural que al esposo de la esposa desaparecida le interese conocer la verdad sobre la desaparición de su esposa?

ESPOSO.—A mí me interesa.

INVESTIGADOR.—No lo parece.

ESPOSO.—¿Cómo espera que parezca?

INVESTIGADOR.—Preocupado... , inquieto...

ESPOSO.—Hace mucho tiempo que he perdido esa costumbre.

INVESTIGADOR.—¿Es posible perder la costumbre de preocuparse y de inquietarse?

ESPOSO.—Sí. Cuando se es inspector de ferrocarriles durante treinta o cuarenta años.

INVESTIGADOR.—¿Qué quiere decir?

ESPOSO.—Quiero decir que el inspector de ferrocarriles es el único de los pasajeros que no se inquieta por la demora del tren, por si llega o no llega.

INVESTIGADOR.—Pero tiene que haber algo que despierte su preocupación o su inquietud.

ESPOSO.—A veces me molesta un poco la campana de la estación o el silbato del tren. Especialmente cuando estoy dormido o por dormir.

INVESTIGADOR.—¿Sólo la campana de la estación o el silbato del tren?

ESPOSO.—Sobre todo el silbato del tren.

INVESTIGADOR.—Es extraño.

ESPOSO.—(*Tratando de captar un sonido.*) Escuche... Es el silbato del tren... ¿Escuchó?...

INVESTIGADOR.—No.

ESPOSO.—¡Cómo no lo escuchas! El tren se está aproximando. Allí... ¿No lo ves?...

INVESTIGADOR.—¿Dónde?

ESPOSO.—(*Señala hacia un extremo del escenario.*) ¡Allí! ¡Mire!... ¡Mire!...

INVESTIGADOR.—(*Mira hacia donde señala.*) Sí... sí...

ESPOSO.—¡Lo ha visto!

INVESTIGADOR.—(*Mirando.*) Sí... Realmente es el tren.

(*Se oye el silbato del tren y el ruido de su marcha.*)

ESPOSO.—Dentro de poco voy a empezar a controlar los pasajes.

INVESTIGADOR.—(*Mira hacia donde señala.*) No lo veo.

ESPOSO.—Aún no he aparecido. Me verá en un instante. (*Por el otro lado aparece un empleado de uniforme, llevando un marco de ventana de tren que fija en el escenario. Luego regresa con una silla, se sienta junto a la ventana y comienza a bostezar.*)

INVESTIGADOR.—(*Mirándolo.*) ¿Quién es ése?

ESPOSO.—El ayudante del inspector. Mi ayudante. Es un empleado perezoso, como puede ver. Le agrada sentarse y dormir junto

a la ventana y, si no lo controlara, descuidaría aún más sus ocupaciones.

INVESTIGADOR.—Y entonces, ¿usted dónde está?

ESPOSO.—Cumpliendo con mis obligaciones, naturalmente.

INVESTIGADOR.—¿Dónde?

ESPOSO.—En el mismo tren. En otro vagón, sin duda. Mis responsabilidades son enormes y es necesario que esté siempre alerta.

INVESTIGADOR.—Por supuesto.

ESPOSO.—(*Señalando el tren con la mano.*) Allí aparezco para sorprender al señor ayudante que está profundamente dormido.

INVESTIGADOR.—(*Mirando.*) Es verdad. Es usted de uniforme.

(*Aparece el Inspector Bahadir de uniforme. Sólo se le ve la espalda. La voz debe ser la misma que sale simultáneamente de dos lugares diferentes.*)

INSPECTOR.—(*Golpea con la perforadora de pasajes el respaldo de la silla.*) ¿Conque durmiendo, señor ayudante?

AYUDANTE.—(*Se levanta confundido.*) ¡Señor Inspector!

INSPECTOR.—¿Acaso lo he sacado de sus hermosos sueños?

AYUDANTE.—No estaba soñando.

INSPECTOR.—Eso es cosa suya. Soñar o no soñar... Lo importante es que estaba durmiendo.

AYUDANTE.—No estaba durmiendo. Me senté para descansar hace sólo un momento.

INSPECTOR.—No importa. Dejemos eso por ahora. ¿Terminó con todos los vagones?

AYUDANTE.—Todo listo, señor.

INSPECTOR.—¿Y me trajo el informe?

AYUDANTE.—Se lo traje, señor.

INSPECTOR.—¿Cuándo fue eso?

AYUDANTE.—Hace un cuarto de hora.

INSPECTOR.—¿Y yo dónde estaba?

AYUDANTE.—En un compartimiento vacío de primera clase.

INSPECTOR.—¿Y lo firmé?

AYUDANTE.—No, señor.

INSPECTOR.—¿Y por qué?

AYUDANTE.—Temí despertarlo, señor.

INSPECTOR.—¿Despertarme? ¿Estaba... durmiendo?

AYUDANTE.—Estaba mirando por la ventana.

INSPECTOR.—Entonces no estaba durmiendo.

AYUDANTE.—Estaba contando los árboles que el tren dejaba atrás.

INSPECTOR.—¿Me escuchó?

AYUDANTE.—Sí. Estaba diciendo: quiero ese árbol... y ése... y

ése... y ése... Dénme uno de esos árboles que el tren deja atrás... Primero ése... segundo ése... tercero ése... cuarto aquél... y ése el quinto... y ése... y ése... Y así...

INSPECTOR.—¿Todo eso oyó?

AYUDANTE.—No sólo hoy, señor Inspector.

INSPECTOR.—Quiere decir que hago lo mismo todos los días.

AYUDANTE.—Sí, todos los días.

INSPECTOR.—Entonces, ¿usted me espía?

AYUDANTE.—No lo hago a propósito.

INSPECTOR.—¿Y por qué no me llamó la atención?

AYUDANTE.—Traté. Pero su excelencia estaba en un estado...

INSPECTOR.—¿En qué estado?

AYUDANTE.—De éxtasis... Quiero decir... de absorción.

INSPECTOR.—¡Olvidémoslo! Deme su informe.

(El ayudante le presenta el informe. Desde lejos llegan cada vez más fuertes las voces de un grupo de jóvenes que cantan.)

Tú que subes al árbol, trae contigo una vaca,
la ordeñan y me da de beber, en cuchara de porcelana.

INSPECTOR.—*(Al ayudante.)* ¿Qué es eso?

AYUDANTE.—Una excursión escolar en la segunda clase.

INSPECTOR.—¿Cuántos son?

AYUDANTE.—Cien estudiantes. La cifra, por supuesto, aparece en la hoja.

INSPECTOR.—*(Consulta la hoja.)* ¿Esta última cifra es el total de los pasajeros?

AYUDANTE.—Sí, todos los pasajeros del tren.

INSPECTOR.—¿Todos con pasajes?

AYUDANTE.—Sí...

INSPECTOR.—¿No encontró a ninguno sin pasaje?

AYUDANTE.—No... Excepto...

INSPECTOR.—¿Excepto?

AYUDANTE.—Excepto aquel derviche.

INSPECTOR.—Un derviche.

AYUDANTE.—Sí, un derviche sin pasaje.

INSPECTOR.—¿Y ha tomado medidas contra él?

AYUDANTE.—No.

INSPECTOR.—¿Y por qué no?

AYUDANTE.—Me habló de una forma que no entendí.

INSPECTOR.—¿Y por eso no ha tomado medidas?

AYUDANTE.—Esperaba exponerle el caso a usted.

INSPECTOR.—¿Y por qué no me expuso el caso?

AYUDANTE.—Estaba a punto de hacerlo...

INSPECTOR.—¿Cuándo? ¿Después de dormir?

AYUDANTE.—Yo no estaba...

INSPECTOR.—¡Por favor! ¡Tómese el trabajo y tráigalo aquí en seguida!

AYUDANTE.—¡En seguida! (*Sale.*)

INSPECTOR.—¡Qué impertinencial! (*Se sienta en la silla, mira por la ventanilla y canta.*)

Tú que subes al árbol, trae contigo una vaca.

Tú que subes a la vaca, trae contigo un árbol,

Trae contigo un árbol, trae contigo un árbol...

(*El Investigador murmura al esposo.*)

INVESTIGADOR.—Cambia las palabras a su antojo.

ESPOSO.—Las palabras salen de mi boca a su antojo.

INVESTIGADOR.—¿Sin darse cuenta?

ESPOSO.—Como puede ver, estoy mirando por la ventana y no pienso en nada.

INVESTIGADOR.—Observa los árboles...

ESPOSO.—Así es.

INVESTIGADOR.—Sí...

(*Aparece el ayudante con el derviche.*)

AYUDANTE.—Aquí lo traigo, señor Inspector.

INSPECTOR.—(*Al derviche.*) ¿En qué estación ha subido, señor Shaij?

DERVICHE.—No he subido en ninguna estación.

INSPECTOR.—¿Quiere decir que subió en el camino?

DERVICHE.—Naturalmente.

INSPECTOR.—¿El tren estaba detenido o iba despacio?

DERVICHE.—No, estaba en marcha como de costumbre.

INSPECTOR.—¡Qué extraño! ¿Y pudo subir mientras estaba en marcha?

DERVICHE.—Naturalmente. Como todo el mundo.

INSPECTOR.—¿Como todo el mundo? ¿Acaso todos suben con el tren en marcha?

DERVICHE.—También descienden con el tren en marcha.

INSPECTOR.—Pero, ¿qué clase de gente es ésa?

DERVICHE.—Toda la gente.

INSPECTOR.—¿Dónde está su pasaje?

DERVICHE.—Aquí está.

INSPECTOR.—(*Extiende la mano.*) ¿Me lo permite?

DERVICHE.—(*Saca un papel.*) Tome.

INSPECTOR.—(*Le echa una mirada.*) Es una partida de nacimiento.

DERVICHE.—Mi partida de nacimiento.

INSPECTOR.—Pero yo quiero su pasaje.

DERVICHE.—Ése es mi pasaje.

INSPECTOR.—Quiero el pasaje con el que subió al tren.

DERVICHE.—Ése es el pasaje con el que subí al tren.

INSPECTOR.—¿A qué tren?

DERVICHE.—Al tren original.

INSPECTOR.—¿Cuál tren original?

DERVICHE.—El tren original, el que partió antes que este tren secundario. ¿No lo conoce?

INSPECTOR.—Escuche. No entiendo sus palabras. Deme el pasaje con el que subió a este tren.

DERVICHE.—¿Y si no le doy el pasaje?

INSPECTOR.—Tomaré medidas en su contra.

DERVICHE.—¿Y cuáles son esas medidas?

INSPECTOR.—El pago del pasaje y una multa.

DERVICHE.—¿Y si no tengo dinero?

INSPECTOR.—Lo bajaré del tren en la primera estación y lo pondré en manos del Superintendente.

DERVICHE.—¿Y qué hará conmigo el Superintendente?

INSPECTOR.—Lo entregará a la policía.

DERVICHE.—¿Y qué hará conmigo la policía?

INSPECTOR.—Redactará un oficio por contravención y lo llevará a juicio.

DERVICHE.—¿Y cómo terminará el juicio?

INSPECTOR.—Lo condenarán a pagar una multa.

DERVICHE.—¿Y si no pago la multa?

INSPECTOR.—Lo pondrán en prisión.

DERVICHE.—¿Y qué haré en prisión?

INSPECTOR.—No hará nada.

DERVICHE.—Tampoco ahora estoy haciendo nada.

INSPECTOR.—¿Quiere entonces que tome medidas en su contra?

DERVICHE.—¿Y por qué va a tomar medidas en mi contra?

INSPECTOR.—Porque subió sin pasaje.

DERVICHE.—¿Quiere un pasaje?

INSPECTOR.—Sí.

DERVICHE.—¿Un solo pasaje?

INSPECTOR.—Naturalmente, uno solo, porque es un solo pasajero.

DERVICHE.—¡Tome diez pasajes!

(*Extiende la mano fuera de la ventanilla, toma del aire diez pasajes y se los extiende al Inspector.*)

INSPECTOR.—(*Asombrado.*) ¿Qué significa esto?

DERVICHE.—Mírelos bien. ¿No son pasajes verdaderos?

INSPECTOR.—(*Examina maravillado los diez pasajes.*) ¡Es verdad, es verdad! Son todos verdaderos? Pero, ¿de dónde los sacó?

DERVICHE.—Eso es cosa mía.

INSPECTOR.—¿Y qué va a hacer con todos esos pasajes?

DERVICHE.—¿No me pidió un pasaje? Esos son pasajes.

INSPECTOR.—Basta con uno. ¿Y el resto?...

DERVICHE.—Distribúyalo entre los pasajeros que no tengan ninguno.

INSPECTOR.—No hay ningún otro sin pasaje.

DERVICHE.—¿Y no necesita los nueve que sobran?

INSPECTOR.—No.

DERVICHE.—Devuélvamelos entonces.

INSPECTOR.—(*Se los devuelve fascinado.*)

DERVICHE.—(*Los arroja por la ventana.*) Que vuelvan al lugar de donde vinieron.

INSPECTOR.—¿Y de dónde vinieron?

DERVICHE.—Eso es cosa mía.

INSPECTOR.—Pero esto es extraño.

DERVICHE.—Es de lo más simple. Conseguir pasajes para su tren es de lo más simple. (*Se ríe.*) Pasajes para su tren... Simple... ¡Muy simple!

INSPECTOR.—Usted es un hombre afortunado. Ante usted se corren los velos. ¿Me permite sentarme un rato a su lado?

DERVICHE.—Mientras no haga preguntas, pídamelo que quiera.

INSPECTOR.—¿Acaso usted sabe lo que quiero de la vida?

DERVICHE.—(*Canta.*)

Tú que subes al árbol, trae contigo una vaca,
la ordeñan y me da de beber, en cuchara de porcelana.

INSPECTOR.—Parece que lo sabe.

DERVICHE.—El que sabe no sabe.

INSPECTOR.—Entonces no necesito explicarle.

DERVICHE.—Allí, en el barrio del Zaitun...

INSPECTOR.—¿En el barrio del Zaitun?

DERVICHE.—Allí encontrarás...

INSPECTOR.—¿Qué encontraré?

DERVICHE.—El árbol. En invierno producirá naranjas, y en primavera duraznos, en verano higos y en otoño toronjas.

INSPECTOR.—¿Un solo árbol?

DERVICHE.—Uno solo. Todas las cosas son únicas. Allí estarán el árbol, la vaca y la dama verde...

INSPECTOR.—¿La dama verde?

DERVICHE.—Todas las cosas son verdes, todas verdes...

INSPECTOR.—¿Todas las cosas son verdes? Esas palabras son tranquilizadoras.

DERVICHE.—Hasta que...

INSPECTOR.—¿Ve algo triste?

DERVICHE.—No me hagas preguntas. Te lo he dicho. ¡No me hagas preguntas!

INSPECTOR.—Pero hay una pregunta que quiero hacerle, ¿me aceptaría como su discípulo?

DERVICHE.—¿Por qué?

INSPECTOR.—Porque junto a usted me siento en paz.

DERVICHE.—Tú no necesitas paz. Quien sube al tren sin esperar la estación de llegada está siempre en paz.

INSPECTOR.—Eso es verdad pero...

DERVICHE.—Pero tú miras demasiado por la ventana y ves que en esos instantes se te escapan muchos árboles.

INSPECTOR.—Eso es verdad también pero...

(Se oye el silbato del tren.)

DERVICHE.—Su trabajo lo llama, señor Inspector.

INSPECTOR.—Comienza a cansarme mi trabajo. Treinta y cinco años en el tren. ¿No tengo derecho a estar cansado?

DERVICHE.—Pero el tren no se cansa.

INSPECTOR.—Porque no sabe lo que es el cansancio.

DERVICHE.—Sólo conoce la marcha... la marcha... la marcha... la marcha... la marcha... la marcha... ¿No sería bueno que tú fueras un tren?

INSPECTOR.—Yo fui un tren.

DERVICHE.—Cuando eras niño.

INSPECTOR.—Sí...

DERVICHE.—¿Y no sentías cansancio?

INSPECTOR.—No...

DERVICHE.—Sí... ¡Qué dulces aquellos días en que éramos trenes!...

INSPECTOR.—Nos tomábamos por la cintura y nos pasábamos todo el día marchando por las calles, silbando y echando humo por nuestras pequeñas bocas. Pero no nos cansábamos...

DERVICHE.—El tren no se cansa. Son los pasajeros los que se cansan.

INSPECTOR.—Y al crecer ya no servimos para ser trenes.

DERVICHE.—Y comenzó el cansancio... y comenzó el hastío...

INSPECTOR.—Sí.

DERVICHE.—Vuelva a su trabajo, señor Inspector.

INSPECTOR.—¿No quiere quedarse conmigo y conversar?

DERVICHE.—A su trabajo, señor Inspector, a su trabajo.

(El esposo al Investigador.)

ESPOSO.—¿Por qué me inquieta ese hombre?

INVESTIGADOR.—Calle. Oiga la respuesta.

ESPOSO.—Pero no le voy a responder. Voy a retornar a mi trabajo.

INVESTIGADOR.—Por el contrario, va a hablar. ¡Mire!

ESPOSO.—¡Es verdad! Pero, ¿qué puedo decir ahora?

INVESTIGADOR.—Eso usted no lo sabe. Pero él sí. Quiero decir que usted...

ESPOSO.—No lo sé y lo sé...

INVESTIGADOR.—Va a hablar.

ESPOSO.—¡No hablaré! No tengo nada que decir.

INVESTIGADOR.—Allí... ¡Mire!... ¡Mire!... Está hablando.

(El Inspector habla.)

INSPECTOR.—¡Señor Shaij! ¡Sálveme! ¡Por Dios, sálveme!

DERVICHE.—¿Salvarte?

INSPECTOR.—Sí... Sálveme del hombre que me perturba...

DERVICHE.—Está siempre contigo...

INSPECTOR.—Sí...

DERVICHE.—A veces no entiendes lo que quiere...

INSPECTOR.—No entiendo lo que quiere.

DERVICHE.—Y sin embargo te perturba...

INSPECTOR.—Me perturba y me asusta y siento que un día será mi perdición...

DERVICHE.—Lo sé... lo sé...

(El Investigador al esposo.)

INVESTIGADOR.—¿Quién es ese hombre que lo perturba y que un día será su perdición?

ESPOSO.—No sé...

INVESTIGADOR.—Sin embargo, usted lo ha dicho.

ESPOSO.—No sé por qué lo he dicho.

INVESTIGADOR.—Pero el derviche parece saberlo.

ESPOSO.—Sin duda, él sabe.

INVESTIGADOR.—¿Cómo se podrá aclarar este asunto?

ESPOSO.—No sé.

INVESTIGADOR.—¡Si pudiéramos preguntarle al derviche!

ESPOSO.—¿Quiere preguntárselo?

INVESTIGADOR.—Sin duda, él puede hacer luz.

ESPOSO.—¡Claro que puede, sin duda!

INVESTIGADOR.—¿Dónde estará ahora?

ESPOSO.—(*Señalando el tren.*) Delante de usted. ¡En el tren!

INVESTIGADOR.—¿Y cómo llegaremos a él?

ESPOSO.—Si quiere, podemos llamarlo. Pero el tren, como ve, está en marcha.

INVESTIGADOR.—¿Qué haremos?

ESPOSO.—Espere que el tren se detenga en la primera estación.

(*El derviche al Inspector en el tren.*)

DERVICHE.—¿Por qué quieres entregarme a la policía?

INSPECTOR.—¿Que yo quiero qué? No hay necesidad, tiene su billete.

DERVICHE.—Tú lo quieres.

INSPECTOR.—¿Por qué?

DERVICHE.—No lo sé con certeza. Quizás por mi testimonio...

INSPECTOR.—¿Testimonio?

DERVICHE.—Mi testimonio en el caso...

INSPECTOR.—¿Contra mí?

DERVICHE.—Sí, contra ti...

INSPECTOR.—¿Cuándo será eso?

DERVICHE.—No lo sé aún...

INSPECTOR.—Pero ahora estoy con usted, aquí.

DERVICHE.—No es aquí...

INSPECTOR.—¿Dónde entonces?

DERVICHE.—Allí... en el barrio del Zaitun...

INSPECTOR.—¿En el barrio del Zaitun?

DERVICHE.—En tu casa... en casa de tu esposa...

INSPECTOR.—¿Esposa? Pero si aún no me he casado.

DERVICHE.—No es necesario esperar que el tren se detenga en la primera estación. Es mejor que vaya a ti... allá...

(*El derviche se levanta y abandona el tren, dejando al Inspector maravillado por su desaparición.*)

INSPECTOR.—Señor Shaij..., señor Shaij... ¿Dónde ha ido?... ¿Por qué ha desaparecido?...

(*Se asoma por la ventana buscando al derviche, pero éste ya está en camino con pasos vacilantes hacia el Investigador y el esposo. Mientras tanto se oye la campana y el silbato del tren que parte. Desaparece el Inspector con la ventana y la silla. Sólo quedan el Investigador frente a su escritorio, el esposo y el derviche que se aproxima con pasos lentos.*)

DERVICHE.—La paz esté con vosotros.

INVESTIGADOR.—La paz esté con vosotros. Dios tenga misericordia.

DERVICHE.—¿Han solicitado mi ayuda?

INVESTIGADOR.—Sí.

ESPOSO.—Ha venido muy rápidamente, señor Shaij.

DERVICHE.—No veo necesidad de alargar tu espera.

INVESTIGADOR.—(*Dejando su asiento al derviche.*) Por favor, señor Shaij, aquí.

DERVICHE.—(*Mirando alrededor.*) ¿Es ésta la casa?

ESPOSO.—Sí.

DERVICHE.—(*Mirando hacia el jardín.*) ¿Y aquél, el árbol?

ESPOSO.—Sí.

DERVICHE.—(*Señalando al Investigador.*) ¿Y su excelencia, un policía?

ESPOSO.—Sí.

DERVICHE.—Encantado.

INVESTIGADOR.—Necesitamos su ayuda.

DERVICHE.—Estoy a su disposición.

INVESTIGADOR.—¿Sabe algo sobre el caso?

DERVICHE.—¿Qué caso?

INVESTIGADOR.—La desaparición de la esposa.

DERVICHE.—(*Al esposo.*) ¿¡Entonces lo has hecho!?

ESPOSO.—¿Qué quiere decir?

DERVICHE.—Tú entiendes lo que quiero decir...

ESPOSO.—No, por favor, señor Shaij... Estamos ante un investigador. Toda palabra puede dar a entender algo que no quiso decir.

DERVICHE.—Quise decirlo.

INVESTIGADOR.—¿Qué ha hecho?

DERVICHE.—¿Acaso dije que hubiera hecho algo?

INVESTIGADOR.—Le dije: entonces lo has hecho. ¿Hacer qué?

DERVICHE.—¡No me haga preguntas! Pídamelo que quiera pero no me haga preguntas.

INVESTIGADOR.—Soy un investigador. Para investigar tengo que hacer preguntas.

DERVICHE.—Yo no tengo nada que ver con su investigación. Si quiere algo, pídamelo pero no me haga preguntas.

INVESTIGADOR.—Entonces quiero su opinión sobre la desaparición de la esposa. Es un pedido, no una pregunta.

DERVICHE.—La esposa...

INVESTIGADOR.—Sí, le pido su opinión sobre la desaparición.

DERVICHE.—La esposa... O la mató... o aún no la ha matado...

ESPOSO.—(*Gritando.*) ¿Qué está diciendo, señor Shaij?

- DERVICHE.—La paz esté con vosotros.
- INVESTIGADOR.—La paz esté con vosotros. Dios tenga misericordia.
- DERVICHE.—¿Han solicitado mi ayuda?
- INVESTIGADOR.—Sí.
- ESOSO.—Ha venido muy rápidamente, señor Shaij.
- DERVICHE.—No veo necesidad de alargar tu espera.
- INVESTIGADOR.—(*Dejando su asiento al derviche.*) Por favor, señor Shaij, aquí.
- DERVICHE.—(*Mirando alrededor.*) ¿Es ésta la casa?
- ESOSO.—Sí.
- DERVICHE.—(*Mirando hacia el jardín.*) ¿Y aquél, el árbol?
- ESOSO.—Sí.
- DERVICHE.—(*Señalando al Investigador.*) ¿Y su excelencia, un policía?
- ESOSO.—Sí.
- DERVICHE.—Encantado.
- INVESTIGADOR.—Necesitamos su ayuda.
- DERVICHE.—Estoy a su disposición.
- INVESTIGADOR.—¿Sabe algo sobre el caso?
- DERVICHE.—¿Qué caso?
- INVESTIGADOR.—La desaparición de la esposa.
- DERVICHE.—(*Al esposo.*) ¿¡Entonces lo has hecho!?
- ESOSO.—¿Qué quiere decir?
- DERVICHE.—Tú entiendes lo que quiero decir...
- ESOSO.—No, por favor, señor Shaij... Estamos ante un investigador. Toda palabra puede dar a entender algo que no quiso decir.
- DERVICHE.—Quise decirlo.
- INVESTIGADOR.—¿Qué ha hecho?
- DERVICHE.—¿Acaso dije que hubiera hecho algo?
- INVESTIGADOR.—Le dije: entonces lo has hecho. ¿Hacer qué?
- DERVICHE.—¡No me haga preguntas! Pídame lo que quiera pero no me haga preguntas.
- INVESTIGADOR.—Soy un investigador. Para investigar tengo que hacer preguntas.
- DERVICHE.—Yo no tengo nada que ver con su investigación. Si quiere algo, pídamelo pero no me haga preguntas.
- INVESTIGADOR.—Entonces quiero su opinión sobre la desaparición de la esposa. Es un pedido, no una pregunta.
- DERVICHE.—La esposa...
- INVESTIGADOR.—Sí, le pido su opinión sobre la desaparición.
- DERVICHE.—La esposa... O la mató... o aún no la ha matado...
- ESOSO.—(*Gritando.*) ¿Qué está diciendo, señor Shaij?

DERVICHE.—¿La has matado?

ESPOSO.—¿¡Yo!?

DERVICHE.—¿Entonces, aún no la has matado?

ESPOSO.—¿Qué está diciendo, hombre?

INVESTIGADOR.—Entonces, señor Shaij, su opinión es que él la ha matado.

DERVICHE.—O la mató o aún no la ha matado...

INVESTIGADOR.—Entonces, de una forma u otra su destino es la muerte...

DERVICHE.—Sí...

INVESTIGADOR.—A manos de su esposo...

DERVICHE.—Sí...

INVESTIGADOR.—(*Al esposo.*) ¿Qué dice a esto?

ESPOSO.—(*Gritando.*) ¡Este hombre es un impostor, un mentiroso, un miserable!

INVESTIGADOR.—Pero usted confiaba en él hasta hace un momento. Quería ser su discípulo.

ESPOSO.—Me imputa una mentira. Y sin razones.

INVESTIGADOR.—Tiene que tener alguna razón.

ESPOSO.—La única razón es que me odia porque le pedí el pasaje.

INVESTIGADOR.—Ése no es un odio grave, y además le mostró diez en lugar de uno.

DERVICHE.—Dígaselo, señor Investigador, dígaselo.

ESPOSO.—¿Por qué supone que maté a mi esposa?

DERVICHE.—No lo supongo, Yo lo vi.

ESPOSO.—¿Vio que mataba a mi esposa?

DERVICHE.—Si no la mataste, la matarás...

ESPOSO.—¿Vio eso?

DERVICHE.—Sí...

ESPOSO.—¿Y por qué no me lo dijo cuando nos encontramos en el tren?

DERVICHE.—Aún no lo había visto.

ESPOSO.—¿Y sin embargo, vio el barrio del Zaitun, el árbol y la esposa?

DERVICHE.—Sí, los vi...

ESPOSO.—¿Pero no vio que la matara?

DERVICHE.—El tren no había llegado a donde se pudiera ver más de lo que vi.

ESPOSO.—¿Qué tren?

DERVICHE.—Mi tren.

ESPOSO.—Está confundido, señor Shaij.

DERVICHE.—Yo no digo sino lo que veo. Cuando veo algo lo digo.

ESPOSO.—¿Y por qué maté a mi esposa?

INVESTIGADOR.—Permítame. Eso no es cosa que el testigo tenga que responder. Las causas que lo impulsaron a cometer el crimen pueden encontrarse en cualquier momento, de una forma u otra.

ESPOSO.—Yo amo a mi esposa.

INVESTIGADOR.—Pero quiere más al árbol.

ESPOSO.—Ella no se quejaba de eso.

INVESTIGADOR.—Pero el árbol se quejaba de falta de alimentos.

ESPOSO.—¿Qué quiere decir?

INVESTIGADOR.—Usted era el que lo decía hace un instante.

ESPOSO.—No entiendo a dónde quiere llegar.

INVESTIGADOR.—Dejémoslo por ahora. Hablemos de árboles. Que le explique el tema el señor Shaij. Sin duda sabe mucho de eso.

DERVICHE.—Sólo un poco.

INVESTIGADOR.—Nos bastará ese poco, señor Shaij. Quiero su opinión sobre el modo de crecer de un naranjo como ése, de crecer espléndidamente...

DERVICHE.—Se dice que tales árboles pueden dar naranjas en invierno, duraznos en primavera, higos en verano y toronjas en otoño.

ESPOSO.—¿Un solo árbol puede dar todos esos frutos?

DERVICHE.—Sí, un solo árbol.

ESPOSO.—¿Un solo árbol reúne todos esos contrastes? ¿Es eso razonable? ¿Puede suceder tal cosa? Mire, señor Investigador, este hombre está bromeando. ¿Dónde hay un árbol semejante?

DERVICHE.—Donde tú quieras, quizás sea tu árbol.

ESPOSO.—Ese árbol, ese naranjo, ¿puede hacer tal cosa?

DERVICHE.—¿No lo sabes? ¿No te lo dije en el tren?

ESPOSO.—¿Puede mi árbol dar todos esos frutos distintos en diferentes estaciones?

INVESTIGADOR.—Si lo alimentas con el abono que sabes.

ESPOSO.—¿A qué abono se refiere?

DERVICHE.—Si entierras debajo el cuerpo de una persona, éste lo alimentará con sus propios contrastes.

ESPOSO.—No sabía eso.

INVESTIGADOR.—Sí lo sabía.

ESPOSO.—Quizá haya oído algo parecido pero no le di importancia.

INVESTIGADOR.—Basta con que algo de eso haya llegado a su mente.

ESPOSO.—¡Seal Pero, ¿a qué resultado quiere llegar?

INVESTIGADOR.—Pienso que las causas del crimen empiezan a hacerse evidentes.

ESPOSO.—Por favor, aclare eso, señor Investigador.

INVESTIGADOR.—El caso no necesita aclaraciones. ¡Confiese! Es mejor para usted.

ESPOSO.—¿Confesar qué?

INVESTIGADOR.—Que usted mató a su esposa y la enterró bajo el árbol.

ESPOSO.—¿Para alimentarlo? ¿Para que diera naranjas en invierno, duraznos en primavera y en verano higos y en otoño toronjas?

INVESTIGADOR.—En todo caso, es un motivo importante.

ESPOSO.—¿Piensa que si lo hubiera hecho estaría en pleno control de mis facultades mentales?

INVESTIGADOR.—Dictaminar sobre sus facultades mentales es asunto del jurado. Él será quien ponga eso en claro. Mi tarea es esclarecer el crimen y obtener su confesión. Es mejor que confiese, especialmente después de la declaración del testigo.

ESPOSO.—¿Qué testigo?

INVESTIGADOR.—El respetable Shaij.

ESPOSO.—¿Este hombre que vino del aire?

INVESTIGADOR.—Del aire, del cielo... Pero dio un testimonio en el que se puede confiar.

ESPOSO.—¿Matar a mi esposa para alimentar al árbol? Es un motivo descabellado. ¿Cómo se le puede ocurrir tal cosa a un hombre de nuestra época?

INVESTIGADOR.—¿Tiene otra razón más apropiada para nuestra época? Estoy dispuesto a oírla y aceptarla.

ESPOSO.—Y yo estoy dispuesto a oír una razón lógica, o por lo menos no tan descabellada, que pueda impulsar a un hombre de nuestra época a matar a su esposa sin que le importe su relación con ella.

INVESTIGADOR.—¿Quiere saber por qué un hombre de nuestra época mata a su esposa?

ESPOSO.—Sí, dígame las causas más importantes. Y yo elegiré de ellas la que más me guste.

INVESTIGADOR.—Hay muchas, señor mío: la primera es la infidelidad conyugal.

ESPOSO.—Eso no es probable, yo tengo cincuenta y seis años y mi mujer sesenta. Ninguno de los dos siente deseos.

INVESTIGADOR.—La segunda es el afán de heredar.

ESPOSO.—Eso tampoco es probable. Ella es pobre. No posee más que esta pequeña casa. Es una tontería que la matara por eso. No es necesario en absoluto.

INVESTIGADOR.—Tercera: la falta de armonía entre caracteres.

ESPOSO.—Esa no es una causa que conduzca al asesinato.

INVESTIGADOR.—Por el contrario. Es una de las causas más impor-

tantes en nuestra época. ¿No ha oído el caso del marido que estranguló a su esposa porque siempre le estaba haciendo preguntas? ¿Y de la esposa que envenenó a su marido porque él siempre se rehusaba a opinar sobre su peinado?

ESPOSO.—Mi esposa no me hacía preguntas ni yo le preguntaba a ella nada. Lo ha visto con sus propios ojos. Y ni ella ni yo teníamos un cabello que mereciera peinados ni opiniones sobre él.

DERVICHE.—(*Al esposo.*) ¡Calma! En su caso el asesinato tiene un motivo muy actual.

ESPOSO.—¿Y ahora qué, señor Shaij?

DERVICHE.—Todo lo que quiero es llevar la calma a tu corazón. La razón, en tu caso, se ajusta a la filosofía de la época.

ESPOSO.—¿A la filosofía de la época?

DERVICHE.—El asesinato por causas filosóficas es una creación de la época actual.

ESPOSO.—¿Que yo maté a mi esposa por causas filosóficas? Sólo eso me faltaba, de veras, señor Shaij.

DERVICHE.—¡Calma! ¡Calma!

ESPOSO.—Estoy calmado. Pero quiero que repare en el hecho de que yo no sé una palabra de filosofía, sólo lo que habla la gente... No olvide que yo no soy más que un inspector de ferrocarriles y no leía en mi vida otro libro que el horario de trenes y algunas historias policiales.

INVESTIGADOR.—¿Historias policiales?

ESPOSO.—A veces caían en mis manos. Las encontraba abandonadas en los asientos después de que algún pasajero terminaba de leerlas.

INVESTIGADOR.—Entonces leía historias policiales...

ESPOSO.—¿Qué tiene de malo?

INVESTIGADOR.—No..., nada... Todo empieza a aclararse...

ESPOSO.—¿Qué es lo que empieza a aclararse? No niego...

INVESTIGADOR.—¿No lo niega?

ESPOSO.—Sí, no niego que leí historias policiales, pero no leí un solo libro de filosofía.

INVESTIGADOR.—No me importan los libros de filosofía.

ESPOSO.—Pero el señor Shaij cree que yo maté a causa de la filosofía...

DERVICHE.—De la filosofía de la época.

ESPOSO.—(*Al Investigador.*) ¿Ha oído? Ha vuelto a decirlo.

DERVICHE.—La filosofía de la época está en ti y la filosofía del árbol está en ella...

ESPOSO.—¿La filosofía del árbol?

DERVICHE.—Sí.

ESPOSO.—¿Y en qué consiste la filosofía del árbol?

DERVICHE.—Producir sin hacer preguntas. Producir una flor y no olerla, un fruto y no comerlo. Y no preguntar por qué. No afligirse por preguntar lo que nunca le van a responder.

ESPOSO.—¡Es verdad! Eso es algo hermoso en el árbol, pero yo, ¿qué tengo yo que ver con eso?

DERVICHE.—Tú no eres un árbol.

ESPOSO.—Eso es evidente.

DERVICHE.—Y por eso matarás a tu esposa, si no la has matado ya.

ESPOSO.—¿Entiende algo, señor Investigador?

INVESTIGADOR.—No entiendo exactamente, pero lo importante en todo caso es que la virtud del testigo confirma que usted mató a su esposa.

ESPOSO.—Me están poniendo la soga al cuello con pruebas imaginarias.

INVESTIGADOR.—La sospecha es una prueba en sí misma. Es mejor que confiese.

ESPOSO.—¿Que maté a mi esposa?

INVESTIGADOR.—De paso, ¿con qué la mató? ¿Cómo la mató? Con cuchillo, con veneno o con...

ESPOSO.—Todo, menos con veneno.

INVESTIGADOR.—No importa, no importa. ¡Cálmese! Eso lo descubrirá el forense cuando haga la autopsia del cadáver. No es necesario que lo diga. Respeto sus sentimientos.

ESPOSO.—Si ustedes me dieran una causa lógica para justificar el crimen...

INVESTIGADOR.—Deje de lado la causa lógica. Todos los asesinatos tienen un motivo ante los ojos de quien los comete, lógico o ilógico.

ESPOSO.—(Se ríe.) Cualquier cosa, menos motivos filosóficos.

INVESTIGADOR.—Yo no soy partidario de ese motivo.

ESPOSO.—Pero nuestro señor Shaij parece ser partidario de él.

INVESTIGADOR.—Con mis respetos por la opinión del señor Shaij, le prometo no mencionar en mi informe una causa que no le agrade. ¿Estamos de acuerdo?

ESPOSO.—¡Estamos de acuerdo!

INVESTIGADOR.—(Se levanta.) Entonces, vamos.

ESPOSO.—¿A dónde?

INVESTIGADOR.—A la cárcel.

ESPOSO.—¿A la cárcel? ¿Por qué?

INVESTIGADOR.—Porque está arrestado, por supuesto.

ESPOSO.—¿Me va a arrestar?

INVESTIGADOR.—Perdone, pero tengo que tomar esta medida.

ESPOSO.—¿Está hablando en serio?

INVESTIGADOR.—¡Por supuesto! ¿Para qué cree que vine aquí, para bromear con usted o para cumplir con mi misión oficial?

ESPOSO.—Pero yo no hice nada digno de cárcel.

INVESTIGADOR.—Si le parece que matar a su esposa no es digno de cárcel, ésa es una opinión que no es digna de respeto. En todo caso, no es la opinión de la ley.

ESPOSO.—Pero yo, señor Investigador...

INVESTIGADOR.—¡Basta! La investigación ha durado más de lo conveniente. Es mejor que se ponga a disposición de la justicia sin resistirse. Es el mejor consejo que puedo darle.

ESPOSO.—¿El mejor consejo que puede darme?

INVESTIGADOR.—Sí. Y le pido que escuche mi consejo. ¡Entréguese!

ESPOSO.—¿Entregarme?

INVESTIGADOR.—Y sin vacilar. Es mejor para usted. Escuche mi consejo.

ESPOSO.—(*Mira al derviche.*) ¿Está satisfecho, señor Shaij?

DERVICHE.—No me hagas preguntas; te dije que no me hicieras preguntas.

ESPOSO.—¡Pero esto es una injusticia!

DERVICHE.—¿Puedo irme, señor Investigador?

INVESTIGADOR.—Si quiere... ¡Muy agradecido!

DERVICHE.—(*Al esposo que parte.*) ¡Hasta pronto, señor Inspector! Volveré al tren.

ESPOSO.—¡Dios lo maldiga a usted y al que lo llamó!

INVESTIGADOR.—Mientras se obstina en su posición, tomaremos las medidas. (*Va hacia la puerta y llama.*) ¡Guardia! ¡Guardia!

(*Se oye el ruido de las botas de los soldados en el exterior, sin que se los vea.*)

INVESTIGADOR.—Lleven a este sospechoso al Departamento de Policía y prepárense para cavar bajo el árbol.

ESPOSO.—(*Gritando.*) ¡Cavarán bajo mi árbol! ¡Matarán al árbol! ¡Es un crimen!... ¡Es un crimen!...

SEGUNDO ACTO

El mismo lugar. El Investigador, de pie, observa el jardín y supervisa la excavación. Habla con alguien que excava fuera de escena. Del otro lado, como desde una ventana que diera a la calle, la vieja sirvienta habla con un lechero que tampoco aparece en escena.

INVESTIGADOR.—(*Al que excava en el jardín.*) Por supuesto, de bajo del árbol. Sí, sí...

EXCAVADOR.—(*Se oye una voz pero no se entiende lo que dice.*) ¿...?

INVESTIGADOR.—¿Por dónde? En realidad, no puedo decírtelo. Yo tampoco lo sé.

EXCAVADOR.—¿...?

INVESTIGADOR.—Quieres decir que... Quizás estés en el cierto Cava alrededor de todo el árbol. No muy profundo al principio; quizás tropieces con algo que te indique la dirección y entonces... ¿Qué dices?...

EXCAVADOR.—¿...?

INVESTIGADOR.—En efecto, en efecto. Primero con la pala ¡Ten cuidado con la azada para no dañar el cadáver!

EXCAVADOR.—¿...?

INVESTIGADOR.—No, no, por supuesto... Confío en tu experiencia.

EXCAVADOR.—¿...?

INVESTIGADOR.—Sí, así. Sigue... Sigue... (*Acompaña con la cabeza los movimientos de la pala.*)

SIRVIENTA.—(*Al lechero.*) No, no traigas más leche, ¿para quién la vas a traer?

LECHERO.—(*Voz que no se entiende.*)...

SIRVIENTA.—¿Te has enterado por los vecinos...? ¿No es así?

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—Sólo la policía. Van a sacar el cadáver del jardín...

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—Sí, en la cárcel.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—Nadie sabe por qué la mató.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—Yo tampoco. Quizás la odiaba. La gente tiene sus secretos. Lo que se guarda en el corazón...

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿Qué dices?

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¡Ah! Es muy simple. En la casa hay muchas azadas y palas; herramientas de jardín. Un golpe en la cabeza con una de éstas basta.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¡Por Dios que era bueno! Y ella también. Pero la gente tiene sus secretos.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿Quién te dijo eso? No, es mentira. Ella no tenía dinero que él pudiera desear.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—No, tampoco joyas.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿Otra mujer? No, este hombre ya no está para frivolidades. Y si ama algo, es a su árbol.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—En la investigación dijo que la había matado y la había enterrado debajo del árbol.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿Qué va a ser de la casa?... ¿No oíste al señor oficial decir que la van a cerrar y sellar con lacre?

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿Yo?... ¿Qué pasará conmigo?... ¡Dios mío, no sé! Detesto servir en las casas. Ésta era una excepción. Ni niños ni gritos. La señora hacía la mayor parte del trabajo. Sólo me necesitaba para lavar y barrer el piso. Después de terminar el trabajo, me dejaba regresar a casa. Por eso me quedé aquí tantos años. Pero no todas las casas son como ésta. Y hete aquí que todo termina con un crimen y la van a cerrar y a lacrar.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿Qué dices?... ¿Que tienes un trabajo para mí?... ¿Dónde?...

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—No, no me gusta trabajar en los hospitales. ¿Lavandera en un hospital de caridad? ¡Dios me libre! Pasarse todo el día lavando la ropa nauseabunda de los enfermos...

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—Tienes razón... ¡Hay un Dios en el cielo y Nuestro Señor cuida de todos!... ¿Qué?

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿Cuánto exactamente?

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿Es una cuenta atrasada?

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—No sé. La señora no me dijo, quiero decir, la difunta...

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—No. Un día antes de que la mataran me dijo que la leche estaba pagada.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—Mil veces segura. La oí con mis propios oídos. Me dijo con su propia lengua: debes saber que la cuenta de la leche está pagada y que no debemos nada.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿Y qué voy a hacer con el recibo? Guárdalo tú...

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—Sé lo mismo que tú.

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¡Estamos en las manos de Dios!

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—Todos estamos igual. Yo tampoco cobré el resto del mes. No te estoy engañando. ¿A quién se lo voy a pedir? ¿A mi patrón que está en la cárcel o a mi señora que está debajo del árbol?

LECHERO.—¿...?

SIRVIENTA.—¿A la policía? ¿Al gobierno? El gobierno se tomaría años y tú lo sabes bien. ¡Dios nos ampare! En todo caso nuestro problema es muy simple...

LECHERO.—...

SIRVIENTA.—Hasta luego...

(La sirvienta se dirige hacia el Investigador, el cual no le presta atención y sigue observando al que excava en el jardín.)

INVESTIGADOR.—(Al excavador.) ¿No has dado con nada aún?

EXCAVADOR.—...

INVESTIGADOR.—¿Qué dices? ¿Estás por llegar? ¿Estás lo suficientemente hondo?...

EXCAVADOR.—...

INVESTIGADOR.—Sigue entonces y con cuidado.

SIRVIENTA.—(*Mientras observa al excavador.*) Despacio, por favor, no vayas a cortarle la cara con la azada. ¡Ten respeto a los muertos!

INVESTIGADOR.—(*Se dirige a la sirvienta.*) ¿Estabas conversando con alguien desde la ventana?

SIRVIENTA.—Con el lechero. Estaba en la calle.

INVESTIGADOR.—Estabas diciendo que el acusado mató a su esposa de un golpe de azada o de pala o con alguna otra herramienta. ¿Cómo lo sabes?

SIRVIENTA.—Ni sé nada ni vi nada. Era pura adivinanza.

INVESTIGADOR.—¿Y por qué pensaste o adivinaste justamente eso?

SIRVIENTA.—¿Y cómo la mató entonces?

INVESTIGADOR.—¿La había amenazado antes con alguna de esas heramientas?

SIRVIENTA.—Nunca, ni siquiera de palabra.

INVESTIGADOR.—¿Entonces opinas que el medio más natural de matarla es con una de esas herramientas?

SIRVIENTA.—Porque las tenía siempre a mano y trabajaba con ellas todo el día. Y como usted habrá visto, él mismo las limpiaba.

INVESTIGADOR.—(*Se vuelve hacia el excavador.*) De todos modos, lo sabremos dentro de poco. En el cadáver se verá claramente cómo la mató.

(*Golpean en la puerta de entrada.*)

SIRVIENTA.—Llaman a la puerta.

INVESTIGADOR.—¿Quién podrá ser?

SIRVIENTA.—El carnicero o el verdulero. ¿Voy a ver?

INVESTIGADOR.—Ve.

SIRVIENTA.—(*En voz alta, mientras se apresura a abrir.*) ¡Un momento, ya voy!

INVESTIGADOR.—(*Dirigiéndose al excavador.*) Cava, cava... Sigue...

(*Fuera de escena, la sirvienta da un grito de terror.*)

SIRVIENTA.—(*Aparece corriendo hacia el investigador.*) ¡Su espíritu!... ¡Auxilio!...

INVESTIGADOR.—(*A la sirvienta.*) ¿Qué te pasa?

SIRVIENTA.—Es ella. Es ella... la difunta... la señora...

(*Aparece la señora en traje de calle, asombrada.*)

ESPOSA.—(*A la sirvienta.*) ¿Qué son estas locuras?... ¿Qué te pasa?... ¿Por qué gritas así?...

INVESTIGADOR.—(*Perplejo.*) ¿Es ella?

SIRVIENTA.—(*Al investigador.*) Sí es ella, es ella en persona...

ESPOSA.—(*A la sirvienta.*) ¿Qué pasa? ¿Quién es este señor?

SIRVIENTA.—(*A la señora.*) ¿No está usted muerta?

ESPOSA.—¿Te has vuelto loca? Sin duda está loca.

INVESTIGADOR.—Señora mía... (*La observa.*) ¿De veras?... ¿Es usted?...

ESPOSA.—Yo soy la dueña de la casa. ¿Y usted?

INVESTIGADOR.—¿Yo?... ¡Un policía!

ESPOSA.—¿Un policía?... ¿De veras?... ¿Pasó algo?...

INVESTIGADOR.—Pasó que nosotros... que usted...

ESPOSA.—¿Que yo qué? ¿Qué necesidad hay de que la policía venga a nuestra casa? ¿Dónde está mi esposo?

INVESTIGADOR.—Su esposo, señora, está en la cárcel?

ESPOSA.—¿En la cárcel?

INVESTIGADOR.—Pensamos que la habían asesinado.

ESPOSA.—¿Asesinado?

INVESTIGADOR.—Su desaparición hizo pensar...

ESPOSA.—¿Mi desaparición? Es verdad que estuve ausente. Pero si alguien se ausenta de su casa se debe pensar que...

INVESTIGADOR.—¿Entonces sólo se ausentó?

ESPOSA.—Naturalmente.

INVESTIGADOR.—Pero su esposo...

ESPOSA.—¿Mi esposo? ¿Dónde está mi esposo? ¿Dice que en la cárcel?

INVESTIGADOR.—Sí. Pero permítame que rectifique ese error en el acto.

ESPOSA.—¡Es un caso de lo más extraño! ¿Con qué derecho lo encerraron en la cárcel? Es un hombre bueno y no ha cometido ni un solo error en la vida.

INVESTIGADOR.—Le ruego... por favor... un instante... ¿Dónde está el teléfono?

(*Va con rapidez hacia el teléfono.*)

ESPOSA.—Es extraño... Todo esto es extraño...

INVESTIGADOR.—(*Al teléfono.*) Hola... Hola... Escuche... Hablo desde la casa del crimen. Sí, sí... del barrio del Zaitun. Oiga lo que le voy a decir. No ha habido crimen. Hay que poner en libertad al sospechoso de inmediato... Naturalmente, no ha habido ningún asesinato... Estoy seguro, naturalmente. ¡Cien por cien!... Señor, no ha habido asesinato. ¿Me oye?... ¿Cómo estoy seguro?... Porque la víctima está delante de mí, viva, sin daño. Sí..., sí..., sólo estaba ausente. Lo importante... hay que liberar inmediatamente al esposo, lo más rápido posible... Así es... ¡Esperaré aquí!

(*Cuelga el teléfono.*)

ESPOSA.—(*A la sirvienta.*) ¿Qué te pasa? Dime, ¿por qué me miras así? Estás raras, nunca te había visto en ese estado. ¿Por qué tienes la cara amarilla?

SIRVIENTA.—Perdóneme, señora, estaba... estaba...

ESPOSA.—¡No entiendo! Aún no entiendo nada de lo que pasa aquí.

INVESTIGADOR.—Se lo explicaré, señora. Cállese un poco, le explicaré.

EXCAVADOR.—(*Llama desde el jardín.*) ¡Señor oficial!

INVESTIGADOR.—¿Qué? ¿Lo encontraste?

EXCAVADOR.—(*Desde afuera.*) Aún no lo he encontrado... ¿Sigo?

INVESTIGADOR.—¡Detente! Ahora está aquí.

EXCAVADOR.—¿El cadáver?

INVESTIGADOR.—¡Silencio, cállate! ¡Deja todo por ahora y vete! Ya no es necesario. ¡Vete por favor, rápido!

ESPOSA.—(*Mira hacia el jardín.*) ¿Quién era ese hombre y qué hacía en el jardín? ¿Qué raro! ¿Quién estuvo cavando de esa manera bajo el naranjo? Mi esposo se va a enfurecer.

INVESTIGADOR.—Lo sentimos mucho, señora, pero...

ESPOSA.—¿Por qué han cavado bajo el naranjo?

INVESTIGADOR.—¡Tratábamos de buscar!

ESPOSA.—¿Buscar?... ¿Qué cosa?

INVESTIGADOR.—A usted... con perdón...

ESPOSA.—¿A mí? ¿Me buscaban a mí debajo de ese árbol?

INVESTIGADOR.—Creíamos que estaba enterrada allí. Su ausencia sin notificación hizo sospechoso el caso.

ESPOSA.—¿Enterrada debajo de ese árbol?

INVESTIGADOR.—Creíamos que la habían asesinado y enterrado allí.

ESPOSA.—¿Y quién podría haberme asesinado y enterrado allí?

INVESTIGADOR.—Se pensaba que podría haber sido su esposo.

ESPOSA.—¿Mi esposo? ¿Mi esposo hacerme eso a mí? ¿Y por qué?

INVESTIGADOR.—Las evidencias y las apariencias... Además, confesó.

ESPOSA.—¿Confesó? ¿Confesó qué?

INVESTIGADOR.—No confesó abiertamente pero dijo cosas que podían tomarse casi como una confesión.

ESPOSA.—¿Confesión de qué?

INVESTIGADOR.—De que la había matado y enterrado bajo el árbol.

ESPOSA.—Dijo que me había matado y enterrado... ¿Y por qué mintió? ¿Por qué dijo algo que no hizo?

INVESTIGADOR.—La verdad es que no entiendo.

ESPOSA.—¿Y qué motivos lo podrían haber llevado a matarme?

INVESTIGADOR.—La verdad es que no llegamos a establecer un motivo satisfactorio.

ESPOSA.—Somos dos esposos amantes.

INVESTIGADOR.—Ya lo sé.

ESPOSA.—No ha habido ni un solo desacuerdo entre nosotros.

INVESTIGADOR.—Eso también lo sé.

ESPOSA.—¿Y cómo lo sabe?

INVESTIGADOR.—Él me lo dijo.

ESPOSA.—Le dijo que nos amamos y que no hay desacuerdos entre nosotros...

INVESTIGADOR.—Sí, eso me dijo.

ESPOSA.—Y a pesar de todo, dijo que me había matado...

INVESTIGADOR.—No lo dijo con claridad. Pero casi llegué a entender que había cometido un crimen.

ESPOSA.—¿Y no sería posible que hubiera entendido otra cosa?

INVESTIGADOR.—¿Otra cosa?

ESPOSA.—Yo siempre entiendo algo diferente de lo que dice.

INVESTIGADOR.—La verdad es que yo...

ESPOSA.—Es que usted no entendió bien lo que él dijo.

INVESTIGADOR.—Es posible...

ESPOSA.—¿Quizás entendió una cosa distinta de lo que dijo?

INVESTIGADOR.—Es posible...

ESPOSA.—Entonces él no dijo nada sobre el crimen y el entierro...

INVESTIGADOR.—Es posible...

ESPOSA.—Entonces ¿cómo lo arrestaron y lo metieron en la cárcel?...

INVESTIGADOR.—Es verdad. ¿Cómo sucedió eso? Pero espere, espere... ¡Hubo un testigo!

ESPOSA.—¿Qué testigo?

INVESTIGADOR.—¡El derviche!

ESPOSA.—¿El derviche? ¿Qué derviche?

INVESTIGADOR.—Un hombre que lo sabe y lo ve todo. Dio fe de que su esposo mató a su esposa y la enterró debajo de este árbol.

ESPOSA.—¿Eso atestiguó? ¿Atestiguó que me había matado y enterrado?... ¿Y de dónde salió ese hombre?

INVESTIGADOR.—Salió del tren.

ESPOSA.—¿De qué tren?

INVESTIGADOR.—Del aire. Quiero decir, estaba en el tren. Entonces lo llamamos y dejó a su esposo en el tren, haciendo su control, y vino aquí y se sentó con nosotros, conmigo y con su esposo, en este lugar...

ESPOSA.—¿Qué está diciendo? ¿Se da cuenta de lo que dice?

INVESTIGADOR.—No...

ESPOSA.—¡Yo tampoco entiendo!

INVESTIGADOR.—No alcanzo a entender lo que dije. Parecen palabras sin sentido...

ESPOSA.—¡Realmente!

INVESTIGADOR.—Y sin embargo ocurrió. Todo eso ocurrió. El derviche vino hasta nosotros y dijo muchas cosas y su esposo se mostró de acuerdo. Naturalmente, no estuvo de acuerdo con todo. Pero las evidencias y las apariencias en su contra eran muy fuertes.

ESPOSA.—Reconoce que sus palabras no tienen sentido. Entonces, ¿cómo esas evidencias y esas apariencias pudieron ser tan fuertes?

INVESTIGADOR.—En ese momento todo parecía tener sentido. No sé por qué todo se me viene abajo ahora.

ESPOSA.—Entonces, si yo no vuelvo en el momento apropiado, no se le viene abajo nada.

INVESTIGADOR.—Naturalmente.

ESPOSA.—Y mi esposo hubiera permanecido en la cárcel.

INVESTIGADOR.—Naturalmente.

ESPOSA.—Y lo hubieran sometido a juicio y condenado.

INVESTIGADOR.—Naturalmente.

ESPOSA.—Y quizás lo hubieran sentenciado a muerte mientras que yo estaba viva.

INVESTIGADOR.—Es posible.

ESPOSA.—Y usted hubiera seguido toda su vida convencido de sus evidencias y de sus apariencias y de su derviche y de su testimonio y de todos esos errores... Y no se ofenda, eran cosas ciertas, que tenían sentido... ¿no es así?

INVESTIGADOR.—Es verdad.

ESPOSA.—¿Y no le sorprende el resultado?

INVESTIGADOR.—Pero se justifica, señora, se justifica. Su esposo es tan responsable como yo. Él mismo me ayudó a establecer un cuadro erróneo de los hechos.

ESPOSA.—¿Mi propio esposo lo ayudó?

INVESTIGADOR.—Fue una ayuda extraordinaria. Algunas veces incluso casi cooperamos. Una sólida ayuda para la investigación. ¿Conoce al derviche? Su esposo fue quien lo trajo hasta aquí.

ESPOSA.—Mi esposo no recibe a nadie desde hace cinco años. Desde que dejó su empleo y se jubiló.

INVESTIGADOR.—Lo sé. Pero al derviche lo conoció cuando aún estaba en servicio.

ESPOSA.—¿Y cómo apareció aquí ahora?

INVESTIGADOR.—Lo llamó desde aquí, mientras estaba en el tren y él acudió al llamado.

ESPOSA.—¿Acudió al llamado?

INVESTIGADOR.—Parece que oyó la invitación de su esposo y dejó a su esposo en el tren haciendo el control y vino aquí a hablar-nos a mí y a su esposo.

ESPOSA.—Lógico.

INVESTIGADOR.—¿No es así? Entonces usted también piensa que es lógico.

ESPOSA.—¡Sin duda! ¿Usted tiene alguna duda?

INVESTIGADOR.—No, pero siento que usted no lo cree.

ESPOSA.—¿Y por qué no lo voy a creer?

INVESTIGADOR.—Quizás, por ejemplo, ve en esas palabras...

ESPOSA.—Algo confuso.

INVESTIGADOR.—Por ejemplo.

ESPOSA.—Si usted insiste en que eso sucedió...

INVESTIGADOR.—Le juro que sucedió. ¡Se lo juro por mi honor profesional!

ESPOSA.—No jure. Sí sucedió.

INVESTIGADOR.—¿Dice que sucedió? Entonces, ¡¿lo cree?!

ESPOSA.—¡Totalmente!

INVESTIGADOR.—Y hace un instante me estaba mintiendo, quería confundirme.

ESPOSA.—Porque hablaba según la razón.

INVESTIGADOR.—¿Y ahora?

ESPOSA.—De acuerdo con lo que sucedió.

INVESTIGADOR.—Puede estar segura de que sucedió.

ESPOSA.—Lo estoy. Estoy dispuesta a creer todo lo que usted creyó.

Todo lo que vieron usted y mi esposo. El tren estaba allí.

¿No pasaba por aquel costado?

(Señala el lugar del tren.)

INVESTIGADOR.—¡Exactamente!

ESPOSA.—Sí. Y usted y mi esposo estaban en aquel otro.

(Señala el lugar.)

INVESTIGADOR.—¡Exactamente!

ESPOSA.—Y el derviche vino por acá.

(Señala la dirección.)

INVESTIGADOR.—¡Exactamente! ¡Exactamente!

ESPOSA.—¡Ahora lo veo todo!

INVESTIGADOR.—¿Entonces fue real?

ESPOSA.—¡Por supuesto!

INVESTIGADOR.—¿Y tiene sentido?

ESPOSA.—¡Naturalmente!

INVESTIGADOR.—Entonces nada se me viene abajo... Todo lo que construimos es verdad...

ESPOSA.—Por supuesto que sí. Todo es verdad porque sucedió. Pero también sucedió otra cosa...

INVESTIGADOR.—¿Qué cosa?

ESPOSA.—Que he vuelto. Sucede que he vuelto.

INVESTIGADOR.—Es verdad, ha vuelto sana y salva. Y entonces hay que cambiar todo y hacer otra cosa... Y eso es lo que hice sin dilación. ¿No hablé por teléfono con la policía para que dejaran en libertad a su esposo de inmediato? Dentro de poco lo verá aquí.

ESPOSA.—¿Estará ya en camino?

INVESTIGADOR.—Es posible.

ESPOSA.—Temo que la prisión haya dañado su salud.

INVESTIGADOR.—Pero no estuvo allí mucho tiempo.

ESPOSA.—Al pobre nunca antes lo habían encarcelado.

INVESTIGADOR.—De todos modos nuestra cárcel no es tan incómoda que digamos.

ESPOSA.—Está acostumbrado al aire libre.

INVESTIGADOR.—Hay ventanas en la prisión.

ESPOSA.—Las ventanas por las que acostumbraba mirar daban a cosas que se movían.

INVESTIGADOR.—Pero desde que dejó el servicio y se retiró no volvió a ver cosas que se movían.

ESPOSA.—Veía moverse el árbol.

INVESTIGADOR.—Sí, el árbol.

ESPOSA.—(*Observando el árbol.*) ¿Por qué le hicieron eso? Se va a poner muy triste.

INVESTIGADOR.—Era necesario. Sin embargo, creo que no le hicieron daño. Las raíces están bien.

ESPOSA.—Eso espero. ¡Es su vida!

INVESTIGADOR.—Lo sé, lo he visto con mis propios ojos.

ESPOSA.—¿Qué vio?

INVESTIGADOR.—Lo vi conversando con usted. Aunque en realidad no conversaba con usted. Estaba hablando del árbol.

ESPOSA.—¿Él?... Nunca habla del árbol.

INVESTIGADOR.—Pero yo lo oí con mis propios oídos.

ESPOSA.—Quizás haya oído mal, señor mío. Yo era la que hablaba del árbol. Siempre le hablo de él, porque sé que es su vida.

INVESTIGADOR.—Pero si usted estaba hablando de su hija...

- ESPOSA.—Mi hija, es verdad. Pero él era el que hablaba de mi hija. Siempre me habla de ella.
- INVESTIGADOR.—¡Qué raro! Sin embargo, estoy seguro de lo que digo. No puede ser que me equivoque a tal grado.
- ESPOSA.—Lo que usted dice no puede ser. Él siempre me habla sobre las cosas que amo y yo sobre lo que él ama. Por eso nos amamos y nos entendemos.
- INVESTIGADOR.—Es natural, pero no es lo que sucedió. Estoy seguro, no puede ser que me equivoque a tal grado. ¡Me voy a volver loco! ¡Me voy a volver loco en esta casa!
- ESPOSA.—Haga memoria, señor mío.
- INVESTIGADOR.—Mi memoria es buena, compruébelo usted misma. Usted estaba sentada allí, ocupada con su tejido, hablando de su hija que no nació. Él estaba de pie delante suyo, allí, limpiando sus tijeras y su pala y hablando del árbol, de sus frutos y de su crecimiento.
- ESPOSA.—Él me hablaba del fruto que se movía en mi vientre y de cuánto podía crecer.
- INVESTIGADOR.—No, ¡era usted!
- ESPOSA.—¡Era él!
- INVESTIGADOR.—¿Quiere una prueba? Usted hablaba de la fiesta, la estaba oyendo... El sonido del tambor y después, el canto: *birgalatak, birgalatak...*
- ESPOSA.—¿Oyó eso?
- INVESTIGADOR.—También el silbato del tren y el ruido de las ruedas y las voces de los alumnos en excursión. Cantaban: tú que subes al árbol, trae contigo una vaca...
- ESPOSA.—¿Dónde estaba usted?
- INVESTIGADOR.—Aquí, sentado. En este mismo lugar.
- ESPOSA.—Yo no lo vi.
- INVESTIGADOR.—Creo que no.
- ESPOSA.—¿Y qué hacía en ese lugar?
- INVESTIGADOR.—Estaba llevando a cabo la investigación.
- ESPOSA.—¿La investigación?
- INVESTIGADOR.—Sí, por su desaparición.
- ESPOSA.—Pero yo aún no me había ausentado, no había salido de la casa...
- INVESTIGADOR.—Yo vine aquí porque usted salió de la casa y desapareció.
- ESPOSA.—Usted me vio aquí, hablándole a mi esposo y él me hablaba...
- INVESTIGADOR.—Sí, eso lo vi con mis propios ojos y lo oí con mis propios oídos.

ESPOSA.—Entonces tiene que haber sucedido. Si está seguro de haberlo visto con sus propios ojos y oído con sus propios oídos...

INVESTIGADOR.—¡Totalmente seguro!

ESPOSA.—Y sin embargo, si nos vio aquí con sus ojos y nos oyó con sus oídos, ¿por qué comenzó la investigación?

INVESTIGADOR.—Antes de eso me habían llamado a causa de su desaparición.

ESPOSA.—¿Y quién lo llamó?

INVESTIGADOR.—No lo sé con precisión. Desde esta casa hubo una llamada telefónica al departamento de policía. Desde esta misma casa. De la sirvienta... de su esposo... Aún no he aclarado ese punto. Y ya no hay necesidad de aclararlo. ¿No es así?

ESPOSA.—Sí hay necesidad de aclararlo. Es importante saber quién llamó a la policía.

INVESTIGADOR.—Como usted ha regresado y no ha habido crimen, no corresponde que yo prosiga la investigación.

ESPOSA.—Permítame preguntarle a la sirvienta.

INVESTIGADOR.—Por favor.

ESPOSA.—(*Hace una seña a la sirvienta, que se acerca desde el vestíbulo.*) ¡Acércate! Ya que estabas escuchando todo, responde a esa pregunta.

SIRVIENTA.—Yo no llamé a la policía.

ESPOSA.—Entonces fue mi esposo.

SIRVIENTA.—Yo no vi que lo hiciera. Estaba ocupada en la cocina.

ESPOSA.—¿Y no te dijo que tenía intención de hablar con la policía?

SIRVIENTA.—No. Me dijo solamente: ¿cuánto tiempo toma ir a comprar una madeja de estambre y volver? Le contesté que la señora había dicho: una media hora. Y dijo: cuando pase media hora, dímelo. Y me dejó y se fue con su azada al jardín. Eso fue al día siguiente.

INVESTIGADOR.—¿Al día siguiente?

SIRVIENTA.—Sí. Ya había pasado una noche.

INVESTIGADOR.—¿Y no parecía inquieto?

SIRVIENTA.—El primer día, no. Me dijo: Si la señora no volvió, aún no pasó media hora. Ella es muy cuidadosa en sus cálculos. Confío más en estos cálculos que en la rotación de la tierra. Y al día siguiente de la segunda noche...

INVESTIGADOR.—¿Qué dijo el segundo día?

SIRVIENTA.—Dijo: Si tu señora no vino a tiempo, es posible que la tierra haya dejado de dar vueltas un día.

INVESTIGADOR.—¿Y el tercer día?...

SIRVIENTA.—El tercer día empezó a preocuparse.

ESPOSA.—¡Pobrecito!

INVESTIGADOR.—¿Y qué hizo?

SIRVIENTA.—Dijo: Sin duda tu señora dio dos vueltas a la tierra con el ovillo de estambre que compró... pero dar tres vueltas con un solo ovillo... eso es mucho...

ESPOSA.—Es verdad, tenía razón.

INVESTIGADOR.—¿Y qué hizo?

SIRVIENTA.—Sólo entonces pensó que debía hacer algo.

INVESTIGADOR.—Entonces fue él quien llamó a la policía.

SIRVIENTA.—No hay otro.

ESPOSA.—¡Qué desgracia! ¡Mala señal!...

INVESTIGADOR.—¿Le parece mal que se preocupe?

ESPOSA.—No me gusta que se preocupe.

INVESTIGADOR.—En un caso semejante tenía que preocuparse.

ESPOSA.—Él nunca supo lo que era una preocupación. Y no tenía por qué saberlo.

INVESTIGADOR.—Eso prueba el lugar que usted ocupa en su corazón.

(Tocan a la puerta de entrada.)

ESPOSA.—¡Es él!

SIRVIENTA.—*(Corre a abrir.)* Sí, es él.

INVESTIGADOR.—Me quedé aquí tan sólo para disculparme personalmente.

SIRVIENTA.—*(Fuera de escena.)* ¡Señor, señor!

(Aparece el esposo con aspecto de cansancio.)

ESPOSA.—¡Querido esposo!

ESPOSO.—¡Querida esposa!

(Se abrazan.)

ESPOSA.—*(Observa al esposo.)* ¿Estás bien?

ESPOSO.—*(Observa a la esposa.)* ¿Y tú?

ESPOSA.—Estoy bien, como ves.

ESPOSO.—Y yo también.

INVESTIGADOR.—Permítanme que me retire. Lo esperé tan sólo para presentarle personalmente mis excusas.

ESPOSO.—¿Excusas? ¿Por qué?

INVESTIGADOR.—Por esta molestia.

ESPOSO.—¿Quiere decir por la cárcel?

INVESTIGADOR.—Lo siento mucho.

ESPOSO.—Yo, en lo personal, no lo siento. La cárcel no me causó ninguna molestia, por el contrario...

INVESTIGADOR.—¿De veras?

ESPOSO.—Puede estar seguro. No me imaginaba que la cárcel tuviera tales virtudes...

INVESTIGADOR.—(*Asombrado.*) ¿Qué virtudes?

ESPOSO.—¿Nunca probó estar en la cárcel?

INVESTIGADOR.—¿Quién? ¡¿Yo?!

ESPOSO.—Naturalmente, nunca lo han encarcelado...

INVESTIGADOR.—¡Por supuesto que no!

ESPOSO.—Sucede algo muy especial.

INVESTIGADOR.—¿Qué cosa?

ESPOSO.—Uno se siente un feto que ha vuelto al vientre de la madre. Uno se alimenta y respira desde el interior. Y se está a la espera de una mano que en algún momento lo saque al exterior.

ESPOSA.—¡Qué hermoso sería volver al vientre y salir viva!

ESPOSO.—El momento de salir despierta una alegría incomparable.

INVESTIGADOR.—Naturalmente, la hora de la liberación siempre es alegre para el prisionero...

ESPOSO.—La salida de la semilla del vientre de la tierra verde y viva...

ESPOSA.—(*Repitiendo.*) ¡Qué hermoso sería volver al vientre y salir viva!

INVESTIGADOR.—Gracias a Dios, usted salió bien y contento. No estuvo mucho tiempo en la cárcel. Y ahora démonos la mano. Le renuevo mis excusas y mis disculpas. Con permiso.
(*Estrecha la mano al esposo, luego a la esposa y sale.*)

ESPOSO.—(*Vuelve de acompañar al Investigador.*) Y ahora, mi querida esposa, al trabajo. ¿Dónde están la pala y la azada?

ESPOSA.—Ve al jardín en seguida y ocúpate de eso.

ESPOSO.—¿Le dirías al niño al salir del vientre de su madre que se mueva...? ¡No es necesario!

ESPOSA.—No, gritaría de alegría.

ESPOSO.—Entonces grita, grita... (*Se dirige al jardín, lo contempla y da un grito.*) ¡Desgracia! ¡Desgracia!

ESPOSA.—¿Qué, querido?

ESPOSO.—¿Qué es esta excavación? ¿Qué es esta excavación? No pensé que excavarían de tal modo. ¡Malditos ellos y maldito yo, si le hicieron daño al árbol!

ESPOSA.—Sabía que te ibas a enojar y a entristecer.

ESPOSO.—(*Desaparece en el jardín.*) ¡Malditos ellos y yo!... ¡Malditos ellos y maldito yo!...

SIRVIENTA.—(*Aparece.*) ¿Por qué grita así el señor?

ESPOSA.—Por el árbol...

SIRVIENTA.—Cavaron como locos.

ESPOSA.—¿Estuviste aquí todo el tiempo.

SIRVIENTA.—Sí.

ESPOSA.—Ve a tu casa y regresa mañana por la mañana. No creo que te necesitemos hoy. Ya es bastante con que te hayas quedado cuidando la casa.

SIRVIENTA.—Gracias, señora, gracias. Mi esposo está realmente enfermo y hoy me necesita. Que siga bien, señora. (*Sale.*)

ESPOSO.—(*Grita en el jardín.*) ¡Qué extraño, qué extraño!

ESPOSA.—(*Asomándose.*) ¿Qué pasa?...

ESPOSO.—(*Aparece.*) La lagartija... ¡La lagartija apareció! ¡Volvió!

ESPOSA.—¿Volvió?!

ESPOSO.—Sí, la dama verde volvió. La vi caminar con su vestido verde. Se dirigía a su morada y se detuvo sorprendida. Se encontró con una prodigiosa excavación esperándola.

ESPOSA.—¿Esperándola?

ESPOSO.—¿Dónde podría estar?

ESPOSA.—En algún lugar, sin duda.

ESPOSO.—¿En qué lugar pudo quedarse todo este tiempo, lejos de su casa? Y a propósito, ¿tú dónde estuviste?

ESPOSA.—¿Yo?

ESPOSO.—Sí, tú. ¿Dónde estuviste todo este tiempo?

ESPOSA.—Me fui, como sabes, a comprar estambre...

ESPOSO.—Entiendo. ¿Por media hora?

ESPOSA.—Así es.

ESPOSO.—Pero no volviste a la media hora, volviste después de tres días.

ESPOSA.—¿Tres días? ¿Estás seguro?

ESPOSO.—Totalmente seguro.

ESPOSA.—Así es, así es, tienes razón...

ESPOSO.—Sin duda estuviste en algún lugar estos tres días...

ESPOSA.—Así es, en algún lugar...

ESPOSO.—¿En qué lugar pudiste quedarte todo este tiempo, lejos de casa

ESPOSA.—Claro, esa pregunta puede hacerse.

ESPOSO.—Debe hacerse.

ESPOSA.—¿Debe? ¿Y por qué debe hacerse?

ESPOSO.—Porque, porque yo... porque yo tengo que saberlo.

ESPOSA.—¿Es indispensable que lo sepas?

ESPOSO.—¡Muy indispensable! ¿No te parece indispensable que sepa dónde estuviste todo este tiempo?

ESPOSA.—¿Y si no te lo digo?

ESPOSO.—¿Por qué no me lo vas a decir? Entonces, tendrás alguna razón para ocultarlo.

ESPOSA.—¿Una razón?

ESPOSO.—Probablemente una razón vergonzosa.

ESPOSA.—¿Vergonzosa?

ESPOSO.—He dicho que probablemente. Porque el ser humano, la mayoría de las veces, sólo oculta cosas por razones que producen vergüenza. Pero no es una condición necesaria en todos los casos.

ESPOSA.—Sobre todo en el mío.

ESPOSO.—Sobre todo en el tuyo. Por eso descarto la posibilidad de que haya pasado algo vergonzoso.

ESPOSA.—Me haces reír.

ESPOSO.—Ya he retirado mis palabras.

ESPOSA.—Es mejor así. ¿Estamos de acuerdo? Entonces, hablemos de otra cosa.

ESPOSO.—¿Tengo que entender que insistes en ocultarlo?

ESPOSA.—No entiendo por qué insistes en preguntarlo.

ESPOSO.—Porque el caso induce a preguntar. Quizás no sea necesario ocultar nada pero el solo hecho de que lo ocultes me impulsa a querer saber las razones. ¿Por qué me lo ocultas? Si hay algo que te da vergüenza que yo sepa... Pero si ya rechacé esa razón... Entonces, ¿qué otra razón puede haber?

ESPOSA.—¿Otra razón? ¿Qué otra razón?

ESPOSO.—Una razón que no sea vergonzosa.

ESPOSA.—¿Vergonzosa como qué?

ESPOSO.—No quiero dar ejemplos. Toda razón cuyo recuerdo produzca vergüenza, es vergonzosa. A eso es a lo que me refiero. Aunque ante los ojos de toda la gente sea irreprochable... Pero tengo confianza, te lo juro. Pienso que no hay necesidad de este juramento y tú lo sabes. Cualesquiera hayan sido tus razones y el lugar donde estuviste, haya pasado lo que haya pasado en estos días..., nada de eso me provocaría enojo ni cambiaría el vínculo del uno hacia el otro. Estás segura de ello, ¿no es así?

ESPOSA.—Así es, estoy segura.

ESPOSO.—Estamos en una edad en la que no podemos juzgarnos el uno al otro.

ESPOSA.—Así es.

ESPOSO.—El techo que nos cobija es nuestra única riqueza. Después de esto, ¿qué va a poder conmovernos?

ESPOSA.—Así es.

ESPOSO.—No nos queda mucho tiempo de vida. No vale la pena desperdiciarlo examinando lo que es correcto y lo que no lo es. Suponte que en estos tres días cometiste un crimen grave: adulterio, un robo o un asesinato... o algo todavía más horrendo.

ESPOSA.—¿Qué dices?

ESPOSO.—Suponte, ¡supóntelo!... ¿Qué esperas que haga? En una edad como la mía y la tuya, si no trato de salvarte, por lo menos que no te acusen por culpa mía... ¿No es eso lo que esperas de mí?

ESPOSA.—Naturalmente.

ESPOSO.—La única persona a la que no hay necesidad de ocultárselo es a mí.

ESPOSA.—Naturalmente.

ESPOSO.—¿Tienes a otro en el mundo?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—Entonces, ¿por qué me lo ocultas?

ESPOSA.—Yo no pienso en ocultártelo. Me extraña que hables todo el tiempo de mi secreto. No estoy tratando de ocultar nada.

Ni siquiera me pasó por la mente. ¿De dónde sacas esa idea?

ESPOSO.—¡Qué raro! No me quieres ocultar nada. Es sólo idea mía.

ESPOSA.—Por supuesto. Es idea tuya.

ESPOSO.—Entonces, el problema está resuelto.

ESPOSA.—Tú fuiste el que complicó la cosa.

ESPOSO.—Aparentemente. Si la cosa es así, todo está en perfecto orden.

ESPOSA.—Naturalmente.

ESPOSO.—¿Y obtendré de ti la respuesta?

ESPOSA.—¿Vuelves a las preguntas?

ESPOSO.—¡Qué raro! ¿No me prometiste contestar?

ESPOSA.—¿Que yo prometí contestar?

ESPOSO.—¡Dios mío! ¿No me dijiste que no querías ocultarme nada?

ESPOSA.—Sí, lo dije.

ESPOSO.—Dime, pues, dónde estuviste.

ESPOSA.—Estuve en algún lugar...

ESPOSO.—Por supuesto. Tienes que haber estado en algún lugar.

Porque no puedes no haber estado en algún lugar. Pero,

¿cuál es ese lugar? ¿La casa de uno de tus parientes?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿La casa de algún conocido?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—En todo caso, ¿era una casa?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Un hotel?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Un hospital?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Un sanatorio?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿La cárcel?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Una pensión?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Una taberna?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Un salón de baile? ¿Un club?

ESPOSA.—No, no.

ESPOSO.—¿Con la costurera?... ¿En una tienda de modas?

ESPOSA.—No, no.

ESPOSO.—¿En la verdulería? ¿En la perfumería? ¿En la mercería?

ESPOSA.—No, no y no.

ESPOSO.—¿En un asilo de huérfanos?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un jardín de infantes?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una escuela de señoritas?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Con un astrólogo?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Con una bruja?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una mezquita?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En los mausoleos de los hombres santos?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Con alcahuetes y ladrones?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una barca del Nilo?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un restaurante flotante?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un tren?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un automóvil?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un avión?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un barco a vapor?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un submarino?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una finca?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una tienda del desierto?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En la litera de un camello?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿A caballo?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En burro?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En motocicleta?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Arriba de una pirámide?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Sobre los techos?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un muelle?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En el pasto?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En la playa?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una cabaña?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Bajo una sombrilla?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Bajo un puente?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Con el doctor?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Con la comadrona?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Con el barbero?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Con un amante?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿Con malvivientes?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un fumadero de hashish?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un mercado de verduras?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un mercado de pescado?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un mercado de pulgas?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una tienda de armas?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una fábrica?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un taller?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una lavandería?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En una fonda?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En un depósito?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—¿En el cementerio?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—Entonces, ¿dónde estuviste? ¿Dónde estuviste, dónde?
¿Dónde, dónde? ¡Me va a estallar la cabeza, me voy a volver loco!

ESPOSA.—¿Por qué le das tanta importancia al lugar donde estuve?

ESPOSO.—¿Por qué le doy tanta importancia? No ves su importancia, ahora, después de que te he mencionado todos los lugares entre el cielo y la tierra sin poder descubrirlo?

ESPOSA.—No le veo importancia a eso.

ESPOSO.—Tú no se la ves porque ya lo sabes pero para mí es de suma gravedad.

ESPOSA.—¿De suma gravedad?

ESPOSO.—¡Seguro! Tengo que saber dónde es ese lugar. Ese lugar que no hay manera de conocer.

ESPOSA.—¿Y por qué no nos olvidamos de eso? ¿No sería mejor?

ESPOSO.—¡Imposible! ¡Ahora es imposible! ¿Te lo puedes imaginar? ¿Crees que es posible? ¿Que me saque esa idea de la

cabeza, que duerma, que trabaje y que coma y beba atormentarme una y otra vez con esa pregunta?

ESPOSA.—¿Dudas de mí a tal grado?

ESPOSO.—¡No dudo, no dudo! Ni dudo, ni critico tus actos, nada de eso. Ya te lo he dicho claramente. Quiero que entiendas bien. La cuestión es más grave.

ESPOSA.—Exageras. Yo no lo veo tan grave.

ESPOSO.—Quizás, quizás sea como dices. Quizás sea de lo más insignificante, extremadamente simple. Pero el solo hecho de ocultármelo, de desconocerlo... ¿No entiendes lo que quiero decir?

ESPOSA.—No.

ESPOSO.—El solo hecho de que no respondas una pregunta tan simple no me deja en paz. ¿Entiendes ahora?

ESPOSA.—Dudas de mí...

ESPOSO.—¡No, no! No es eso, es otra cosa. No sé cómo explicártelo...

ESPOSA.—Ya no te entiendo. Nunca te había visto en ese estado.

ESPOSO.—Porque nunca antes estuve en una situación como ésta. Una simple pregunta que no tiene respuesta, que no hay forma de saber la respuesta...

ESPOSA.—Ese tipo de cosas sucede todos los días y no hay necesidad de preocuparse ni de ofenderse.

ESPOSO.—No, en este caso. No, en una situación como la nuestra. Escucha y entiéndeme bien. Suponte que dejemos de lado esta cuestión y que cada uno se vaya a su trabajo, ¿te parece que dejaría de preguntarme dónde estuvo mi esposa durante estos tres días, en qué lugar? Porque tienes que haber estado en algún lugar. Esto lo admitiste y muy claramente. No es posible que no hayas estado en algún lugar. Acabamos de recorrer juntos todos los lugares posibles y tú me respondiste que no estuviste allí. Yo no dudo ni una palabra de lo que me dijiste. A no ser que haya algo que te haga mentir...

ESPOSA.—No, no he mentido.

ESPOSO.—Cuando dices que no, es no.

ESPOSA.—Puedes estar seguro.

ESPOSO.—Estoy seguro. Entonces aún queda la respuesta a la pregunta original: ¿dónde es ese lugar, el lugar en que estabas? Pero insistes en tu silencio, un silencio cortante y un silencio terrible, inquietante, alarmante.

ESPOSA.—Hablas en una forma extraña.

ESPOSO.—Es la forma más sencilla que puedo expresarme. ¿Cómo podría decirlo?... ¡Un silencio asesino!

ESPOSA.—¿Asesino?

ESPOSO.—Sí, me vas a matar. Si me dejas así otra hora habrás cometido un crimen.

ESPOSA.—¿Qué estás diciendo?

ESPOSO.—Hablas con tanta frialdad e indiferencia, como si todo fuera muy simple.

ESPOSA.—Y realmente es así.

ESPOSO.—Para ti. Porque quieres atormentarme, según parece.

ESPOSA.—Tú solo te atormentas con esta conversación inútil.

ESPOSO.—No es inútil, es algo muy importante.

ESPOSA.—Ya no entiendo. Desde que volviste de la cárcel no entiendo lo que dices.

ESPOSO.—¿Acaso no estuve en la cárcel por tu culpa?

ESPOSA.—¡No fue por mi culpa!

ESPOSO.—Por tu desaparición.

ESPOSA.—¡No había desaparecido!

ESPOSO.—Estuviste en un lugar que nadie conoce, ni la policía...

ESPOSA.—La policía no tiene nada que ver conmigo.

ESPOSO.—¿Y tu esposo tampoco tiene que ver contigo?

ESPOSA.—¿Cuál es tu interés en esto?

ESPOSO.—Me acusaron de haberte asesinado. Porque estabas en un lugar que nadie conoce.

ESPOSA.—El que te acusó se equivocó.

ESPOSO.—¿Y tú no te equivocaste?

ESPOSA.—¡No!

ESPOSO.—¿No trataste de avisarme que te ausentarías?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¿No pensaste en los problemas que podría causar tu ausencia?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¿No te pasó por la mente que todo podría acabar mal?

ESPOSA.—¡No!

ESPOSO.—¿Entonces te fuiste resuelta a ausentarte esos tres días?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¿Entonces te fuiste y las circunstancias te obligaron a ausentarte sin pensarlo de antemano?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¿Entonces pensaste en ausentarte, antes de salir?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—Escucha y entiéndeme bien: la respuesta no puede ser "no" en ambos casos. O pensaste en ausentarte o no lo pensaste. ¿Lo pensaste?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¿Entonces no lo pensaste?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—Te estás burlando de mí. Es evidente, quieres burlarte de mí. ¿No es eso lo que pretendes ahora? Burlarte de mí. Es lo que te propones, ¿no es así?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—No soportaré mucho tiempo esta conducta. Te lo advierto, ¿quieres que recurra a la violencia?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—Yo nunca he sido violento contigo pero estoy perdiendo el control. Puedo hacerte daño, hacérmelo a mí. ¿Quieres que te haga daño?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¿Quieres que me haga daño?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¡Entonces habla, dime algo! Se me va a acabar la paciencia. ¿Qué ganas con este silencio? ¿Temes que te pase algo si hablas?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—Entonces, ¿por qué el silencio? ¿Cuál es la razón? Quizás para ti tiene justificación, alguna razón de ser.

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—Si tu silencio no tiene razón ni justificación, entonces, ¿significa algo para ti?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¡Habla, entonces! ¿No puedes hablar?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¿Por qué? No eres muda, tienes lengua y puedes hablar. Pero callas cuando te pido que contestes. Porque no me quieres responder, no quieres responder. Eso es todo, no quieres. ¿No es así?

ESPOSA.—No...

ESPOSO.—¡Siempre no! ¿No dejarás de burlarte? ¿No pondrás fin a tus bromas? ¿Qué ser humano podría soportarlas?... Ya he sido muy paciente contigo. Pero yo sé cómo obligarte a hablar... ¡Te obligaré! Verás cómo hablas y me respondes. *(Le aprieta el cuello.)* ¡Habla, habla!

ESPOSA.—No... no...

ESPOSO.—¡Te digo que hables!... ¡Dímelo!...

ESPOSA.—No... no... no...

ESPOSO.—No me obligues a apretarte más el cuello. ¡Habla! ¡Habla! Que tu lengua suelte las respuestas...

ESPOSA.—*(Con un estertor.)* No... no... no... no...

ESPOSO.—¿No quieres?... ¡Que hables, te digo! ¡Dime! ¡Te digo que hables! ¡Habla, habla!

(La cabeza de la esposa cae hacia atrás. Al darse cuenta de que está muerta, la sacude asustado.)

¡Bihana! ¡Bihana!, ...esposa mía, ...mi querida... ¡Bihana! ¡Bihana!... ¡Dios lo ha querido!... ¿Era necesario llegar a esto?... ¿Qué haré ahora? ¿Qué haré? Tengo que hacer algo y rápido. ¡Rápido! Llamar a la policía antes que nada y entregarme. Es lo que corresponde. Maté a mi esposa porque ella... porque yo... porque...

(Sigue repitiendo lo mismo mientras se dirige al teléfono que está sobre el escritorio pero se desvía y desaparece de escena. Vuelve con una sábana blanca y cubre a su esposa. Luego la empuja y la oculta en un rincón. Vuelve al teléfono y marca el número. Se lleva el auricular al oído mientras en el otro lado del escenario aparece el inspector frente a su escritorio. Éste toma a su vez el auricular y ambos dialogan.)

ESPOSO.—¡Hola! ¿Señor oficial...?

INVESTIGADOR.—¡Señor Bahadir! Lo reconocí por la voz.

ESPOSO.—Sí, soy yo.

INVESTIGADOR.—¡Qué bien! Una vez más le reitero mis disculpas.

Dígame..., estoy a sus órdenes

ESPOSO.—Gracias. Yo... le hablo desde la casa por un problema...

INVESTIGADOR.—¿Por un problema?

ESPOSO.—La verdad es que quería... quería... informarle...

INVESTIGADOR.—Por favor. Estoy a sus órdenes, no titubee. Pídame lo que quiera.

ESPOSO.—La verdad es que creí necesario informarle...

INVESTIGADOR.—¿Informarme?... ¿Está bien su esposa?...

ESPOSO.—No... mi esposa...

INVESTIGADOR.—No me diga que desapareció.

ESPOSO.—En efecto, en efecto. En efecto, desapareció pero...

INVESTIGADOR.—¿Otra vez? ¿Desapareció otra vez?

ESPOSO.—Sí, pero...

INVESTIGADOR.—¡Es extraño! Permítame decirle que su esposa es bastante extravagante. Estas reiteradas desapariciones se han convertido en una especie de manía.

ESPOSO.—Es verdad, pero...

INVESTIGADOR.—¿Tampoco ahora le dijo a dónde iba?

ESPOSO.—No, pero...

INVESTIGADOR.—Quizá fue al mismo lugar que la vez anterior.

ESPOSO.—No, pero...

INVESTIGADOR.—¿Quién se lo dijo ¿Se lo dijo ella?

ESPOSO.—Ella no me dijo nada.

INVESTIGADOR.—Por supuesto, ¿le preguntó dónde había estado

ESPOSO.—Se lo pregunté, se lo pregunté, pero no quiso decirme nada.

INVESTIGADOR.—¿Entonces usted ignora dónde estuvo?

ESPOSO.—¡Totalmente!

INVESTIGADOR.—¡Qué raro! ¿Y esta vez también se fue?

ESPOSO.—Se fue. Sí, se fue, pero...

INVESTIGADOR.—No le dijo adónde.

ESPOSO.—No, no me dijo nada, pero...

INVESTIGADOR.—¿Qué le hace pensar que no se fue al mismo lugar

ESPOSO.—No sé, pero...

INVESTIGADOR.—Entonces usted ignora los secretos de su mujer

ESPOSO.—¡Totalmente!

INVESTIGADOR.—Y ella no quiso decirle nada.

ESPOSO.—¡No, no quiso!

INVESTIGADOR.—Y se fue de la misma manera que la vez anterior

ESPOSO.—Sí, se fue, pero...

INVESTIGADOR.—Entonces, escuche. Escuche mi consejo. No se haga problemas.

ESPOSO.—Que no me haga problemas...

INVESTIGADOR.—¡En absoluto! Volverá como volvió la vez pasada

ESPOSO.—Volverá...

INVESTIGADOR.—Estoy seguro, no se preocupe.

ESPOSO.—Que no me preocupe...

INVESTIGADOR.—Es lo mejor. Tranquilidad de espíritu, no preocupe par la mente. Cultive su jardín. Ella volverá cuando quiera Volverá a la casa cuando quiera volver.

ESPOSO.—Ésa es su opinión...

INVESTIGADOR.—Sí, ésa es mi opinión. Es el mejor consejo que puedo darle. Olvídese del asunto y no piense más en ello ¡En absoluto! Manténgase en calma. No se preocupe.

ESPOSO.—Que me mantenga en calma y que no me preocupe.

INVESTIGADOR.—Por ningún motivo.

ESPOSO.—Y no haga nada en absoluto...

INVESTIGADOR.—Eso es lo que le aconsejo de todo corazón.

ESPOSO.—¡Gracias, gracias!

INVESTIGADOR.—De nada. Estoy a sus órdenes.

(Ambos cuelgan el teléfono. El Investigador desaparece.)

ESPOSO.—Si ése es el consejo de la policía... Mantenerme en

calma y no preocuparme... Sí, es lo mejor que puedo hacer. Pero, ¿y el cadáver? Tengo que enterrarlo. ¿Dónde? ¡Qué maravilla! (*Mira hacia el jardín.*) Ahí está su tumba, la que cavó la policía, la propia policía. ¡Gracias, gracias! Entonces, ¡a enterrarla con calma!

(*Se dirige hacia el cadáver, se lo pone al hombro y va hacia el jardín. Se oye golpear la puerta. Oculta nuevamente el cadáver y va a abrir.*)

ESPOSO.—(*Al derviche que aparece por la puerta.*) ¿Usted?

DERVICHE.—Sí, yo.

ESPOSO.—¿Cómo se acordó de mí?

DERVICHE.—Supe que habías salido de la cárcel.

ESPOSO.—¿Y eso le importa?

DERVICHE.—Por supuesto, yo no te deseo ningún mal.

ESPOSO.—Eso espero pero...

DERVICHE.—¿Dudas de mi buena fe?

(*Mira alrededor como si buscara algo.*)

ESPOSO.—¿Por qué mira a su alrededor? ¿Qué busca?

DERVICHE.—Dicen que tu esposa volvió.

ESPOSO.—Sí.

DERVICHE.—Entonces, está aquí.

ESPOSO.—Sí.

DERVICHE.—¿Durmiendo?

ESPOSO.—Sí, durmiendo.

DERVICHE.—La paz de la casa lo confirma.

ESPOSO.—Sí.

DERVICHE.—Y también la expresión de tu rostro.

ESPOSO.—¿La expresión de mi rostro?

DERVICHE.—Confirma que todo está bien ahora. Siento que mi presencia molesta.

ESPOSO.—No, no, de ninguna manera.

DERVICHE.—El tono de tu voz confirma que te soy molesto.

ESPOSO.—La verdad es que no esperaba su visita.

DERVICHE.—Es evidente. Mi visita te tomó de sorpresa. ¿No te resulta desagradable esta sorpresa?

ESPOSO.—¿Por qué desagradable?

DERVICHE.—Sólo es una pregunta. El visitante siempre teme llegar en un momento inoportuno.

ESPOSO.—En un momento inoportuno..., ¿por qué?

DERVICHE.—Es una suposición.

ESPOSO.—No hay necesidad de suponer tal cosa.

DERVICHE.—Entonces, ¿no interrumpo el trabajo que estabas por llevar a cabo?

ESPOSO.—No, en absoluto.

DERVICHE.—¡Gracias a Dios! Así podré quedarme un rato y descansar la mente.

ESPOSO.—Pero...

DERVICHE.—¿Pero qué?

ESPOSO.—No, no... Nada, nada...

DERVICHE.—Por favor, habla. Sé sincero conmigo.

ESPOSO.—Tenía la intención de trabajar un rato en el jardín...

DERVICHE.—El naranjo...

ESPOSO.—Sí...

DERVICHE.—Por lo que veo, encontraste el fertilizante apropiado para hacerlo crecer en todo su esplendor...

ESPOSO.—¿Eso cree?

DERVICHE.—Estoy seguro.

ESPOSO.—¿Cómo lo sabe?

DERVICHE.—Lo sé desde hace mucho tiempo. Pero tú tienes mala memoria...

ESPOSO.—Es verdad, es verdad. Usted sabe muchas cosas.

DERVICHE.—No te inquietes. No tienes por qué.

ESPOSO.—¿Le parezco inquieto?

DERVICHE.—Créeme que no quiero hacerte daño. He venido solamente a visitarte. A visitarte a ti y a tu señora esposa.

ESPOSO.—¿A mi esposa?

DERVICHE.—Que está durmiendo... Eso dijiste...

ESPOSO.—Sí...

DERVICHE.—Y dormirá por mucho tiempo...

ESPOSO.—Quizás...

DERVICHE.—Sí, quizás dure más de lo que pensamos...

ESPOSO.—¿Qué quiere decir?

DERVICHE.—El sueño... Hay gente que duerme mucho...

ESPOSO.—¿A qué se refiere con eso de dormir mucho?

DERVICHE.—A la muerte, por supuesto.

ESPOSO.—¿La muerte? ¿Y qué relación tiene con esto?

DERVICHE.—¿No ves la relación?

ESPOSO.—¿Entonces lo sabe?

DERVICHE.—Por supuesto que sí. Ya te lo había dicho, pero tú tienes mala memoria.

ESPOSO.—Es verdad, me lo había dicho y lo hice...

DERVICHE.—Sí, sí, esta vez lo has hecho.

ESPOSO.—Sólo usted puede servir de testigo. Usted es el único que puede enviarme a la cárcel.

DERVICHE.—¿Y quién dice que quiero acusarte o enviarte a la cárcel?

ESPOSO.—Ya lo ha hecho antes.

DERVICHE.—Porque tú me lo pediste. Tú fuiste quien me trajo del aire para dar mi testimonio.

ESPOSO.—Y usted atestiguó contra mí.

DERVICHE.—Dije lo que sabía. Si me lo pides otra vez, diré lo que sé.

ESPOSO.—¿Y si no se lo pido?

DERVICHE.—No diré nada.

ESPOSO.—¿Puedo confiar en usted?

DERVICHE.—Totalmente. No haré nada por mí mismo. No hablaré si tú no lo pides.

ESPOSO.—No se lo pediré.

DERVICHE.—Entonces no hablaré.

ESPOSO.—¿Cómo puedo estar seguro?

DERVICHE.—Puedes estarlo. En todo caso, yo confío en mí mismo y no en ti.

ESPOSO.—¿No confía en mí?

DERVICHE.—Quién dice que no cambiarás de opinión y me pedirás algún día que venga y que hable.

ESPOSO.—¿Pedirle yo eso? ¿Pedirle mi ruina?

DERVICHE.—No puedo dar garantías por ti, sólo puedo darlas por mí. No hablaré si no me lo pides y cuando hable diré lo que sé.

ESPOSO.—No me importa lo que sepa. Lo importante es que no hable. ¡Venga conmigo!

DERVICHE.—¿A dónde?

ESPOSO.—Ayúdeme un poco.

DERVICHE.—¿A hacer qué?

ESPOSO.—A enterrarla. Su tumba está pronta, la cavó la misma policía.

DERVICHE.—¡Dios no lo permita!

ESPOSO.—¿Se rehúsa?

DERVICHE.—Por supuesto que me rehúso.

ESPOSO.—Pero sabe que yo la maté.

DERVICHE.—Saberlo no significa aprobarlo.

ESPOSO.—Entonces, ¿para usted soy un criminal?

DERVICHE.—¿Hay alguna duda de que lo eres?

ESPOSO.—Sea justo, se lo ruego. La maté accidentalmente, me obligó a hacerlo. ¿Podía seguir viviendo con semejante mujer?

DERVICHE.—Viviste a su lado muchos años.

ESPOSO.—Pero al final se había vuelto temible, era un muro de silencio.

DERVICHE.—Una excusa apropiada para eliminarla.

ESPOSO.—No se burle. Si estuviera en mi lugar, ¿no habría hecho lo mismo?

DERVICHE.—Nunca estaré en tu lugar.

ESPOSO.—Entonces no sea injusto.

DERVICHE.—Siento pena por ti. Crearse tantos problemas por una pregunta a la que no dan respuesta.

ESPOSO.—No pude controlarme. Estaba fuera de mis posibilidades.

DERVICHE.—Lo sé.

ESPOSO.—¿Podía seguir toda mi vida ignorándola?

DERVICHE.—No, tú no.

ESPOSO.—Entonces...

DERVICHE.—Si hubieras ido a la policía te hubieran eliminado a ti también...

ESPOSO.—Sí.

DERVICHE.—¿Y valdría la pena todo eso?

ESPOSO.—Tuve que hacerlo, ya se lo dije.

DERVICHE.—Sí, tuviste que hacerlo. ¡Ahora ve y entiérrala!

ESPOSO.—¿Me ayudará?

DERVICHE.—No esperes ayuda de nadie. ¡Cárgala tú mismo!

ESPOSO.—¡Sea! La cargaré solo.

DERVICHE.—Estoy seguro de la fuerza de tus brazos.

ESPOSO.—La cargaré y la enterraré bajo el árbol. No me arrepiento de nada. Su vida fue un absurdo, perdió su fruto y sólo vivía con la ilusión de ser madre.

DERVICHE.—Si va a servir de alimento a tu árbol, su vida no fue un absurdo.

ESPOSO.—¿Quiere decir que desde ese punto de vista es útil?...

DERVICHE.—Si hay algo absurdo, es la vida del árbol.

ESPOSO.—¿Cómo?... ¿El árbol?...

DERVICHE.—Produce flores que no huele, colores que no ve, frutos que no come y, sin embargo, todos los años, repite la misma tarea absurda.

ESPOSO.—No es absurda, es una tarea útil.

DERVICHE.—Para ti.

ESPOSO.—Naturalmente.

DERVICHE.—Entonces lo que llamas absurdo lo es en relación a ti...

ESPOSO.—¿Quiere decir que la vida de mi mujer tenía algún significado?

DERVICHE.—El significado de cada ser está dentro de sí mismo, no en tu cabeza.

ESPOSO.—Pero sólo le encuentro significado ahora porque se la daré de alimento al árbol. El árbol crecerá gracias a ella y dará frutos maravillosos...

DERVICHE.—Naranjas en invierno, duraznos en primavera, higos en verano y toronjas en otoño.

ESPOSO.—¡Sí, sí!

DERVICHE.—Entonces, ve y prepárale la comida a tu árbol.

ESPOSO.—Voy, pero...

DERVICHE.—¿Pero qué?

ESPOSO.—¿De veras dará todos esos frutos en las cuatro estaciones?

DERVICHE.—No me lo preguntes.

ESPOSO.—¡Hagamos la prueba! Y si sale bien el experimento..., ¡qué maravilla!

DERVICHE.—Verdaderamente, ¡qué maravilla!

ESPOSO.—Pero el árbol que diera todos esos frutos ya no sería un naranjo.

DERVICHE.—No, por supuesto, no lo llamarán naranjo.

ESPOSO.—¿Cómo podremos llamarlo?

DERVICHE.—Deja el nombre para más adelante.

ESPOSO.—Tiene razón. ¡Dejémoslo para más adelante! ¿Quién sabe?... Quizás lo llame por mi nombre: el árbol de Bahadir.

DERVICHE.—O el Bahadir...

ESPOSO.—Es verdad, el Bahadir en vez del naranjo. El Bahadir es un nombre apropiado, ¿no es así?

DERVICHE.—¡Muy apropiado!

ESPOSO.—Y aparecerá en los libros y en los diccionarios...

DERVICHE.—¡Por supuesto! Lo estudiarán en las universidades...

ESPOSO.—Y dirán que es uno de los descubrimientos más importantes de la nueva era científica...

DERVICHE.—¡Sin ninguna duda! Los sabios investigarán el árbol...

ESPOSO.—¿Lo investigarán? ¿Vendrán los sabios a este jardín?

DERVICHE.—Por supuesto, por supuesto. Lo examinarán pulgada a pulgada.

ESPOSO.—¿Pulgada a pulgada?

DERVICHE.—Claro, para conocer las raíces de semejante maravilla.

ESPOSO.—¿Cavarán debajo del árbol?

DERVICHE.—Hasta lo más profundo de sus raíces.

ESPOSO.—Pero van a dar con el cadáver.

DERVICHE.—O con el esqueleto.

ESPOSO.—De todos modos, con restos humanos.

DERVICHE.—¡Por supuesto!

ESPOSO.—¿Y habrá preguntas y respuestas?

DERVICHE.—¡Con seguridad!

ESPOSO.—¿Y vendrá la policía?

DERVICHE.—Sin ninguna duda!

ESPOSO.—Pero, ¿y el árbol maravilloso y el descubrimiento y el progreso de la ciencia y del mundo?...

DERVICHE.—La ciencia y la gente progresará con eso...

ESPOSO.—Progresarán con el Bahadir...

DERVICHE.—Sí, progresarán con el Bahadir. Pero al propio Bahadir lo meterán en la cárcel.

ESPOSO.—¿Qué dice?

DERVICHE.—La ley...

ESPOSO.—¿La ley me juzgará por este crimen?

DERVICHE.—Por supuesto. Se trata de un asesinato.

ESPOSO.—Pero llevó a un descubrimiento útil.

DERVICHE.—La ley lo sigue llamando asesinato.

ESPOSO.—¿Y por qué no cambiarle el nombre?

DERVICHE.—¿Y cómo lo llamarán? ¿El crimen de Bahadir, en vez de asesinato?

ESPOSO.—¡Por ejemplo! Y no lo castigarán, lo mandarán al archivo

DERVICHE.—Lo archivarán en beneficio de todos.

ESPOSO.—¡En efecto! ¡Exactamente!

DERVICHE.—También el caso requerirá la opinión de los sabios.

ESPOSO.—¿Y por qué no?

DERVICHE.—Eso hará cambiar el significado de muchas cosas. Del asesinato por ejemplo y del asesino y de la víctima.

ESPOSO.—¿Y por qué no? ¡Que cambien todo eso, que lo cambien!

DERVICHE.—Sí, ¡que cambien todo eso!

ESPOSO.—Si el naranjo ya no será naranjo, todas las cosas tendrán que cambiar de nombre y de significado.

DERVICHE.—Es verdad, pero...

ESPOSO.—¿Pero qué?

DERVICHE.—Tendrá que pasar mucho tiempo antes de que llamen a la cárcel por otro nombre. Para que te puedan sacar de entre sus rejas.

ESPOSO.—¿De veras cree que me juzgarán?

DERVICHE.—Te condenarán a muerte. Sin embargo, ¿qué te importa a ti la muerte?

ESPOSO.—¿Que qué me importa?

DERVICHE.—¿No estuviste a punto de confesar el crimen y de entregarte? A menos que no fuera en serio...

ESPOSO.—Era en serio al principio, pero...

DERVICHE.—¿Cambiaste de opinión?

ESPOSO.—En resumen, usted quiere asustarme, hacer que me eche atrás y cambie de idea.

DERVICHE.—Quiero que veas el problema con claridad y que sepas bien lo que te espera.

ESPOSO.—Mi maravilloso descubrimiento significará el descubrimiento del crimen...

DERVICHE.—¡Por supuesto!

ESPOSO.—Y pagar el precio...

DERVICHE.—¡Por supuesto!

ESPOSO.—(*Pensando.*) Tengo que decidirme entonces...

DERVICHE.—Toma tu decisión después de pensarlo bien.

ESPOSO.—No hay necesidad de pensarlo. Mi decisión está tomada y no la cambiaré. Nada me hará temer, no me echaré atrás. Aunque me condenen a muerte. Porque mi vida después de esto ya no vale nada.

DERVICHE.—¿Cuál es tu decisión?

ESPOSO.—¡Quiero el árbol maravilloso!

DERVICHE.—Entonces, ve. Llévale su alimento.

ESPOSO.—¡Voy!

(Se dirige hacia donde había dejado el cadáver. Se oye un grito. Aparece con expresión de sorpresa.)

DERVICHE.—¿Qué sucede?

ESPOSO.—¡El cadáver! Mi esposa, el cadáver...

DERVICHE.—¿Qué le pasó?

ESPOSO.—¡Desapareció! ¡El cadáver desapareció!

DERVICHE.—¿Desapareció? ¡¿De su lugar!?

ESPOSO.—¡Desapareció! No está donde la dejé.

DERVICHE.—Quizás esté en el jardín...

ESPOSO.—¿Y quién la habrá llevado? ¡Yo no!

DERVICHE.—De todos modos ve y mira.

ESPOSO.—(*Va.*) ¡Esto es extraño, esto es extraño!

(Va hacia el jardín. El derviche lo sigue con la mirada.)

DERVICHE.—¿Lo encontraste?

ESPOSO.—(*Gritando desde el jardín.*) No, no lo encontré pero la dama verde...

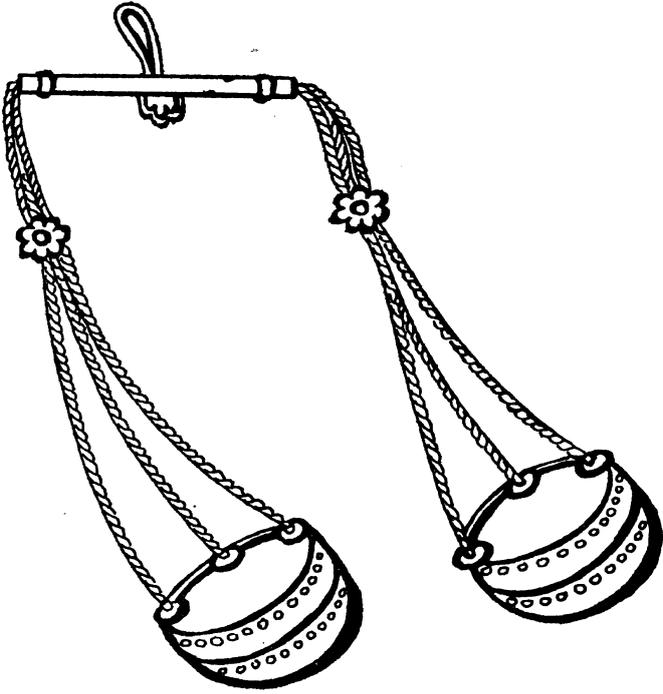
DERVICHE.—¿Qué pasa con ella? La dama verde...

ESPOSO.—¡Está muerta! ¡Está tendida en la excavación!

DERVICHE.—Somos hijos de Dios y a Él regresamos! Me voy rápido al correo, te enviaré un telegrama de condolencias.

(El derviche desaparece. El escenario queda vacío. De repente se oyen los cantos de la fiesta: birgalatak, birgalatak... Luego se escucha la marcha del tren, el silbato y el canto de los escolares: "Tú que subes al árbol, trae contigo una vaca..." Todos los sonidos terminan confundándose, mientras baja el telón.)

UN SULTÁN EN VENTA



PRIMER ACTO

La plaza de una ciudad en la época de los sultanes mamelucos. Va a amanecer, todo está en silencio. Un condenado a muerte se halla necadenado a una columna. Cerca de él, el verdugo lucha por vencer al sueño.

CONDENADO.—(*Observando al verdugo.*) ¡Duermes! Por supuesto, duermes. Dulcemente, tranquilamente. Porque nada empaña tu tranquilidad.

VERDUGO.—¡Silencio!

CONDENADO.—¿Y, finalmente ¿Cuándo?

VERDUGO.—¡Te he dicho, silencio!

CONDENADO.—(*Suplicando.*) Dime, por favor, ¿cuándo?... ¿cuándo?...

VERDUGO.—¿Cuándo dejarás de molestarme?

CONDENADO.—Lo siento, pero esto me interesa muy especialmente... ¿Cuándo culminará este acontecimiento para ti tan placentero?...

VERDUGO.—Al amanecer. Te lo he dicho más de diez veces. La sentencia se cumplirá al amanecer. ¿Has entendido ahora?...

Entonces, déjame gozar unos instantes de tranquilidad.

CONDENADO.—¿Al amanecer? Aún está lejos, ¿no es así, verdugo?

VERDUGO.—No lo sé.

CONDENADO.—¿No lo sabes?

VERDUGO.—El almuédano es el que sabe. Cuando suba a ese mirarete para llamar a la plegaria del amanecer, yo alzaré mi sable y te cortaré la cabeza. Ésas son las órdenes. ¿Estás tranquilo, ahora?

CONDENADO.—¿Sin juicio? ¡Aún no me han juzgado! ¡Aún no me han llevado ante el juez!

VERDUGO.—Eso no es asunto mío.

CONDENADO.—Claro, a ti sólo te corresponde ejecutarme.

VERDUGO.—¡Al amanecer! En cumplimiento de las órdenes del Sultán.

CONDENADO.—Pero, ¿por qué crimen?

VERDUGO.—Eso no es cosa mía.

CONDENADO.—Porque dije...

VERDUGO.—¡Silencio! ¡Silencio! Cierra la boca. Tengo orden de cortarte el cuello en el acto si dices una sola palabra sobre tu crimen.

CONDENADO.—No te preocupes. Ya está cerrada.

VERDUGO.—Es lo mejor que puedes hacer. Cerrar la boca y dejarme disfrutar de mi sueño. Será en tu beneficio que disfrute de un sueño tranquilo y saludable.

CONDENADO.—¿En mi beneficio?

VERDUGO.—¡Seguro! Será en tu beneficio que me encuentre en paz, en perfecto estado de cuerpo y espíritu. Porque cuando estoy cansado, intranquilo, nervioso, me tiemblan las manos. Y si me tiemblan las manos, mi trabajo no va a salir bien.

CONDENADO.—¿Y a mí qué me importa tu trabajo?

VERDUGO.—¡Necio! Mi trabajo tiene que ver con tu cuello. Un mal trabajo quiere decir que tu cuello no cederá al primer intento. Porque para cortar bien, de manera que la cabeza caiga de un solo golpe, se necesita una mano firme y un espíritu en paz. No tendrás tiempo para sentir dolor. ¿Entiendes ahora?

CONDENADO.—Tienes razón. Es verdad.

VERDUGO.—¿Has visto? ¿Te has convencido? Lo que debes hacer es dejarme dormir para que la tranquilidad penetre en mi alma y eleve mi espíritu sensible.

CONDENADO.—¿Espíritu sensible? ¿Tú?

VERDUGO.—¡Naturalmente! Y si estuviera en tu lugar...

CONDENADO.—Dios mío, escúchalo!... ¡Ojalá estuvieras en mi lugar!...

VERDUGO.—¿Qué dices?

CONDENADO.—¡Continúa! ¿Qué harías si tuvieras el honor y la dicha de estar en mi lugar?

VERDUGO.—Te diré lo que haría, ¿tienes dinero contigo?

CONDENADO.—¡Ah!, dinero... Sí, sí, sí, dinero... ¡Es una buena idea! En cuanto al dinero, amigo mío, no tengas cuidado. No hay problemas. Toda la ciudad, y tú entre ellos, sabe que soy uno de los comerciantes más ricos, uno de los más poderosos tratantes de esclavos...

VERDUGO.—No, no has entendido. No es un soborno, es imposible sobornarme. No porque sea muy honesto ni honrado, sino porque, con toda sinceridad, no puedo salvarte. Todo lo que quiero es aceptar tu invitación a beber, si es que me invitas... Un vaso de vino no es deshonesto y además sería poco

cortés rechazar tu invitación. Mira. Allí hay una taberna. Está abierta toda la noche. Allí van los clientes de la cortesana que vive enfrente.

CONDENADO.—¿Quieres beber ¿Nada más?

VERDUGO.—¡Nada más!

CONDENADO.—Tengo una idea más atractiva. Que subamos juntos, tú y yo, a la casa de esa preciosura. Yo la conozco. Si vamos, pasaremos una noche espléndida. Jamás te la imaginarias... Una noche que ha de colmar tu corazón de dicha y alegría, que ha de elevar tu espíritu sensible... ¿Qué me dices?

VERDUGO.—No, generoso señor.

CONDENADO.—Aceptas una invitación a beber y renuncias a una velada en buena compañía, rodeado de cosas bellas, entretenimientos y buen vino.

VERDUGO.—¿En esa casa? No, mi querido condenado. Prefiero que te quedes como estás, atado con cadenas, hasta que llegue el amanecer.

CONDENADO.—¡Qué pena! No confías en mí. ¿Y si te prometiera que antes de la plegaria regresaré a mi sitio, encadenado como estaba?...

VERDUGO.—¿Como un pájaro que vuelve al nido?...

CONDENADO.—Sí... ¡te lo juro por mi honor!

VERDUGO.—¿Por tu honor? ¡Qué juramento más extraño!

CONDENADO.—¿No confías en mí?

VERDUGO.—Confiaré en ti mientras estés en ese lugar y con cadenas en las manos...

CONDENADO.—Entonces, ¿cómo voy a invitarte a beber?

VERDUGO.—Es muy simple. Yo voy a la taberna, le pido al tabernero que nos traiga dos vasos de su mejor vino y, cuando los traiga, beberemos cada cual en su lugar. ¿Qué dices?

CONDENADO.—De acuerdo.

VERDUGO.—Entonces, voy y tú no tendrás que molestarte. Un momento. Con tu permiso.

(Se dirige hacia la taberna situada en un extremo de la plaza y golpea la puerta. Sale el tabernero y el verdugo le murmura unas palabras al oído; luego, vuelve a su sitio.)

VERDUGO.—*(Al condenado.)* Ya está cumplido nuestro deseo. Está satisfecho tu pedido y pronto verás, querido condenado, qué buen resultado...

CONDENADO.—¿Qué resultado?

VERDUGO.—El de mi excelente trabajo... Porque cuando bebo, lo hago a la perfección y si no..., ¡que Dios se apiade de mi

trabajo! A propósito de esto, te contaré lo que me sucedió una vez. Tenía que ejecutar a una persona y no había bebido nada en todo el día... ¿Sabes qué sucedió? Le di al pobre un golpe tan fuerte que le hice volar la cabeza por los aires. Cayó lejos. No en mi canasta, que es ésta, sino en otra de por allá, la canasta del zapatero vecino. ¡Sólo Dios sabe cuántas dificultades pasamos para rescatar esa cabeza, perdida entre las pilas de zapatos, y luego, para volver a acomodar los zapatos!

CONDENADO.—¡La canasta del zapatero! ¡Qué triste morada! Te juro por Dios que guardaré mi cabeza de semejante destino.

VERDUGO.—No temas. Tu caso es diferente. La otra era de un hombre corrompido por la avaricia.

(Aparece el tabernero trayendo dos vasos.)

TABERNERO.—*(Dirigiéndose al condenado.)* Esto es para ti, seguramente. Tu último deseo.

CONDENADO.—Es para el verdugo. ¡Su bendito deseo!

VERDUGO.—*(Al tabernero.)* Para inspirarle calma y felicidad.

TABERNERO.—¿Y a quién le reclamaré lo que me deben?

CONDENADO.—A mí, naturalmente..., para inspirarle beatitud y alegría.

VERDUGO.—Para mí es un deber aceptar su invitación.

CONDENADO.—Y el mío, elevar su espíritu sensible.

TABERNERO.—¡Qué fervientes amigos!

VERDUGO.—Nuestro cariño es recíproco...

CONDENADO.—Hasta que llegue el amanecer...

VERDUGO.—¡Olvidate del amanecer! Aún está lejos. Vamos, brindemos. *(El verdugo toma los dos vasos y los golpea uno contra otro, luego alza uno a la salud del condenado.)* ¡A tu salud!

CONDENADO.—¡A la tuya!

VERDUGO.—*(Después de apurar su vaso, aproxima el otro a la boca del condenado.)* Ahora te toca a ti, mi querido.

CONDENADO.—*(Bebe un trago y tose.)* ¡Basta! Bébetelo tú lo que queda.

VERDUGO.—¿Es ése tu deseo?

CONDENADO.—El último.

VERDUGO.—*(Bebe el segundo vaso.)* Elevo mi copa, entonces, a la salud...

CONDENADO.—¡De tu excelente trabajo!

VERDUGO.—¡Si Dios quiere! Y también de tu generosidad y gentileza, amigo condenado.

TABERNERO.—(*Recoge los vasos.*) ¿Qué ha hecho este viejo mercader? ¿Cuál es su crimen? Todos en la ciudad lo conocemos. No es un asesino ni un ladrón.

CONDENADO.—Y a pesar de eso me cortarán la cabeza al amanecer, como si fuera uno de ellos.

TABERNERO.—¿Por qué? ¿Por qué crimen?

CONDENADO.—Sólo por decir...

VERDUGO.—¡Silencio! ¡Ni una palabra más! ¡Cierra la boca!

CONDENADO.—Ya está cerrada.

VERDUGO.—Y tú, tabernero, toma tus vasos y ocúpate de tus asuntos.

TABERNERO.—¿Y mi dinero?

VERDUGO.—Él invitó y hubiera sido de mala educación rehusar.

CONDENADO.—Es verdad. Yo lo invité y él se dignó aceptar. Tu dinero, estimado tabernero, está aquí en mi cinturón, en la bolsa. Busca y toma lo que quieras.

VERDUGO.—Permíteme que lo haga por él. (*Se acerca, toma el dinero de la bolsa del condenado y paga.*) Toma tu dinero y aún más. Para que veas que somos generosos.

(*El tabernero toma el dinero y vuelve a la taberna. El verdugo comienza a entonar una canción en voz baja.*)

CONDENADO.—(*Inquieto.*) ¿Y ahora?...

VERDUGO.—Ahora comenzaremos a cantar y a deleitarnos. ¿Acaso no sabes, mi querido condenado, que soy aficionado al buen canto, que me cautiva la belleza de las melodías y que disfruto cantando y recitando? Eso me llena el corazón de felicidad, de dicha, de alegría de vivir... ¡Cántame algo!

CONDENADO.—¿Que cante?

VERDUGO.—Sí, ¿por qué no?... ¿Qué te lo impide? Tu garganta, gracias a Dios, está libre. Entonces, ¿qué te impide elevar tu voz en un canto, dejar que la música fluya dulcemente para regalar mis oídos...? ¡Vamos! ¿Me complacerás?

CONDENADO.—¡Que sea lo que Dios quiera!

VERDUGO.—Vamos... Canta... Dame ese gusto...

CONDENADO.—¿Crees que estoy de humor para cantar?

VERDUGO.—¿No me prometiste hace unos instantes regocijar mi espíritu y quitarme esta opresión del pecho?

CONDENADO.—¿Tú eres el que siente la opresión?

VERDUGO.—Sí y te ruego que me liberes de ella. Sumérgeme en la dicha. Deléitame con la fragancia de las canciones. Ahógame de placer con la dulzura de la música y la belleza de las melodías... ¡Oye! Me he acordado de algo. Recordé una can-

ción que yo mismo compuse una noche de insomnio y de tristeza...

CONDENADO.—¡Cántala, entonces!

VERDUGO.—Es que yo no tengo buena voz...

CONDENADO.—¿Y quién te dijo que la mía era hermosa?

VERDUGO.—Las voces de los demás siempre me parecen hermosas, porque no les presto atención, especialmente cuando estoy borracho. Lo único que me interesa es que la melodía me rodee por todas partes... Sentir la atmósfera a mi alrededor, saturada de música, me calma los nervios... Algunas veces me gusta cantar. Pero con una condición: encontrar a alguien que me escuche. Y si encuentro a alguien que me escuche, que ponga mucho cuidado en demostrar su admiración y en aplaudir. Porque si no..., si no..., me da vergüenza y me siento herido, y me faltan las palabras, y entonces me enojo tremendamente. Y ahora que conoces la condición, ¿aún quieres que cante?

CONDENADO.—Canta...

VERDUGO.—¿Y te admirarás y me aplaudirás?

CONDENADO.—¡Sí!

VERDUGO.—¿De veras? ¿Me lo prometes?

CONDENADO.—Te lo prometo.

VERDUGO.—Entonces te cantaré esa canción delicada. ¿Me escuchas?

CONDENADO.—Escucho y aplaudo.

VERDUGO.—El aplauso viene al final. Por ahora debes escuchar solamente.

CONDENADO.—Escucho solamente.

VERDUGO.—Bien, ¿estás listo?

CONDENADO.—¿Para qué? ¿No eres tú el que va a cantar?

VERDUGO.—¡Claro! Pero debes estar preparado para escuchar.

CONDENADO.—¿Puedo hacer otra cosa, acaso? Dejaste mis oídos en libertad, seguramente para esto...

VERDUGO.—Entonces, empecemos. Esta delicada canción se llama "La flor y el jardinero". Yo la compuse con mi propia inspiración.

CONDENADO.—Lo sé.

VERDUGO.—¡Qué extraño! ¿Quién te lo dijo?

CONDENADO.—Tú mismo, hace un instante.

VERDUGO.—¿De veras? ¿De veras?... Y ahora, ¿quieres que comience?

CONDENADO.—Comienza.

VERDUGO.—Aquí voy. Escucha... ¡Pero no escuchas!

CONDENADO.—¡Sí que escucho!

VERDUGO.—Es preciso que me escuches con el máximo de atención.

CONDENADO.—Con el máximo de atención.

VERDUGO.—Tendrás cuidado de no avergonzarme distrayéndote.

CONDENADO.—Estoy atento.

VERDUGO.—¿Estás listo?

CONDENADO.—Sí.

VERDUGO.—No te veo muy entusiasmado.

CONDENADO.—¿Qué debo hacer?

VERDUGO.—Quiero que te entusiasmes sin reservas. Dime una y otra vez que quieres escuchar mi canción.

CONDENADO.—Te lo pido y te lo vuelvo a pedir.

VERDUGO.—Es que lo dices con indiferencia y frialdad.

CONDENADO.—¿Con frialdad?

VERDUGO.—Sí. Quiero que tu pedido salga de lo más profundo del corazón.

CONDENADO.—Te lo pido desde lo más profundo de mi corazón.

VERDUGO.—No percibo en tu voz el calor de la sinceridad.

CONDENADO.—¿De la sinceridad?

VERDUGO.—Sí... No se nota en el tono de tu voz. Porque el énfasis y la emoción revelan la veracidad de los sentimientos...
¡Y tu voz suena indiferente y fría!

CONDENADO.—Finalmente, ¿cantarás o no cantarás?

VERDUGO.—¡No cantaré!

CONDENADO.—¡Gracias a Dios!

VERDUGO.—¿Agradeces a Dios que no cante?

CONDENADO.—Agradezco a Dios que cantes o que no cantes. Es lo mismo. Y no creo que sea objetable dar gracias a Dios.

VERDUGO.—En realidad, en el fondo de tu corazón deseas que no cante.

CONDENADO.—¿En el fondo de mi corazón? Sólo Dios conoce sus secretos.

VERDUGO.—Entonces, ¿quieres que cante?

CONDENADO.—Si quieres...

VERDUGO.—¡Cantaré!

CONDENADO.—¡Canta!

VERDUGO.—Pero con una condición: ruégame, primero, que cante.
¡Ruégamelo!

CONDENADO.—Te lo ruego.

VERDUGO.—Pídelo con gentileza..., suplicando...

CONDENADO.—Te lo pido. Te lo ruego..., por tu Dios, por el Dios de todos... Pido a Dios, el único, el todopoderoso, el excelso, que suavice tu duro corazón. Escucha mi ruego, sé benigno y disponte graciosamente al canto.

VERDUGO.—Otra vez.

CONDENADO.—¿Qué?

VERDUGO.—Repite tu ruego.

CONDENADO.—¡Bendito sea Dios ¡Ten misericordia de mí! Me está matando con esas vacilaciones. ¡Canta si quieres cantar y si no, por Dios, déjame en paz con mis problemas!

VERDUGO.—¿Te has enojado? No me gusta que te enojés. Cantar para calmar la agitación de tu espíritu y desvanecer la nubes que perturban tu felicidad... Ahí voy... (*Tose, luego entona en voz baja una introducción.*)

CONDENADO.—¡Por fin!

VERDUGO.—(*Se pone repentinamente de pie.*) Si no deseas que cante, dilo claramente.

CONDENADO.—¡Oh, Dios de los cielos! Va a empezar de nuevo..

VERDUGO.—¿Ya se te acabó la paciencia?

CONDENADO.—¿Si se me acabó?...

VERDUGO.—¿Te hago sufrir?

CONDENADO.—Y de qué manera.

VERDUGO.—¡Qué poca paciencia, querido mío! ¡Qué poca paciencia!

CONDENADO.—¡Este verdugo me va a matar!

VERDUGO.—¿Qué dices?

CONDENADO.—¡No aguanto más!

VERDUGO.—No soporta más la espera. ¡Pobre desdichado! Lo mataré el deseo de que cante. Empezaré entonces. No te haré esperar mucho. Ahí voy. Escucha. Ésta es una canción delicada.

(*Se aclara la garganta, entona y luego canta con voz de borracho.*)

¡Oh, flor que vives una noche!

Para ti la paz.

Mañana, al llegar la aurora, serás cosechada.

Y caerá lejos de ti el ropaje del rocío.

Descansarás en la canasta de paja.

Y mis cantos a tu alrededor se acallarán.

Brilla en el aire la hoja de la destrucción.

Brilla en la mano del jardinero.

¡Oh, flor que vives una noche!

¡Para ti la paz, para ti la paz!

(*Se calla.*)

VERDUGO.—¿Por qué callas? ¿No aplaudes? Éste es el momento de admirarme y de aplaudir.

CONDENADO.—¿Es ésa tu canción delicada, condenado verdugo?

VERDUGO.—Por favor... ¡Yo no soy un verdugo!

CONDENADO.—¿Y quién eres?

VERDUGO.—¡Yo soy el jardinero!

CONDENADO.—¿El jardinero?

VERDUGO.—Sí, el jardinero... ¿Entiendes?... El jardinero...

Jar... di... ne... ro...

(Se abre una ventana en la casa de la cortesana y aparece una criada.)

CRIADA.—¿Qué es ese ruido?... ¿Qué son esos gritos cuando la gente duerme? A mi señora le duele la cabeza y quiere dormir en paz.

VERDUGO.—*(Irónico)* ¿Tu señora...? *(Ríe sarcásticamente.)* ¿Tu señora?...

CRIADA.—Te dije que dejaras de gritar.

VERDUGO.—Fuera de mi vista, sirvienta de la corrupción.

CRIADA.—No insultes a mi señora. Si ella quisiera tendría diez siervos como tú, para que barriesen el polvo que pisan sus babuchas.

VERDUGO.—Calla y vete, basura inmunda.

(Aparece la cortesana en la ventana, detrás de la criada.)

CORTESANA.—¿Qué sucede?

CRIADA.—Este verdugo borracho está haciendo ruido y nos está insultando.

CORTESANA.—¿Cómo se atreve?

VERDUGO.—*(Señalando la ventana.)* Ésa es su ama, su majestad, su famosa patrona...

CORTESANA.—Algo de respeto, hombre.

VERDUGO.—*(Se ríe sarcásticamente.)* ¿Respeto?

CRIADA.—Sí, no nos obligues a enseñarte cómo se respeta a las damas.

VERDUGO.—¿A las damas?... *(Ríe)* ¿A las damas?... ¿Dijiste damas? ¡Escuchamos y nos sorprendemos!

CORTESANA.—*(A la sirvienta.)* Baja y dale una lección de buenos modales.

SIRVIENTA.—*(Al verdugo.)* Espérame si eres hombre...

(Las dos mujeres se retiran de la ventana.)

VERDUGO.—*(Al condenado, recobrándose un poco.)* ¿Qué pensará hacer ese demonio?... ¿Lo sabes tú? Es capaz de cualquier barbaridad. ¿Viste cómo me amenazó?

SIRVIENTA.—(*Sale de la casa llevando en la mano una babucha.*)
¡Ven aquí!

VERDUGO.—¿Qué vas a hacer con esa babucha?

SIRVIENTA.—Es lo más sucio y viejo que encontré en la casa..
¿Entiendes? No encontré nada ni más viejo ni más sucio
que vaya con tu horrible cara.

VERDUGO.—Fue ese vaso de vino el que me sacó de mis cabales..
Y tú, condenado, ¿te das cuenta qué palabras tan gentiles
educadas?

CONDENADO.—Sí.

VERDUGO.—¿Y no dices nada?

CONDENADO.—¿Yo?

VERDUGO.—¿Y no haces nada?

CONDENADO.—¿Cómo?

VERDUGO.—¿Dejas que me insulte y te quedas callado?

CONDENADO.—¿Qué quieres que haga?

VERDUGO.—¡Haz algo!... ¡Di algo por lo menos!

CONDENADO.—¡No es cosa mía!

VERDUGO.—¡Eres el colmo de la indiferencia! La estás viendo en
puñar su babucha como si fuera una espada desenvainada
y no sales en mi defensa. Te quedas con las manos cruzadas.
Te quedas mirando sin inmutarte. No te importa que me
insulten y me humillen. ¡Por Dios! Eso no es propio de un
caballero.

CONDENADO.—Tienes razón.

SIRVIENTA.—(*Agita la babucha.*) Escucha, hombre, deja a ese des-
graciado con sus problemas. Mírame, si tienes valor. Tiene
que arreglar cuentas conmigo. Nos has agraviado y debe
presentarnos excusas y pedir perdón.

VERDUGO.—(*Gentilmente.*) Despacio... Despacio...

SIRVIENTA.—¡Habla! ¿Qué dices?

VERDUGO.—¡Comprensión!

SIRVIENTA.—Primero pide perdón.

VERDUGO.—¿A quién, a ti?

SIRVIENTA.—A mi señora.

VERDUGO.—¿Dónde está?

CORTESANA.—(*Aparece en el umbral de la casa.*) Aquí estoy..
¿Se excusó?

SIRVIENTA.—Lo hará, señora.

VERDUGO.—Sí, mi señora.

CORTESANA.—Bien, acepto tus excusas.

VERDUGO.—¿Y no sería bueno, señora, que las aguas volvieron a su
cauce?

CORTESANA.—Ya han vuelto, ¿no?

VERDUGO.—¿Y que el vino corra otra vez por mi garganta?

CORTESANA.—¿Qué quieres decir?

VERDUGO.—Quiero decir que yo también he sufrido un daño y esto necesita remedio. Tu devota servidora me quitó la borrachera y ¿quién va a llenar ese vacío?

CORTESANA.—Yo lo llenaré. Pide al tabernero lo que quieras, a mi cargo.

VERDUGO.—Gracias, generosa señora.

(El verdugo hace señas al tabernero, que está parado en la puerta de la taberna, para que le traiga vino.)

CONDENADO.—*(A la cortesana.)* ¿No me reconoces, hermosa?

CORTESANA.—¡Claro que te reconozco! Desde el primer momento, cuando te trajeron al caer la noche. Te vi desde mi ventana y te reconocí. Me appena verte encadenado. Pero, ¿qué crimen has cometido?

CONDENADO.—Nada digno de mención. Todo lo que pasó fue que dije...

VERDUGO.—*(Lo oye y grita.)* ¡Cuidado, cuidado! ¡Cierra la boca!

CONDENADO.—¡Ya está cerrada!

CORTESANA.—Te habrán hecho juicio, supongo.

CONDENADO.—No...

CORTESANA.—¿Qué dices? ¿No te han hecho juicio?

CONDENADO.—No me han llevado ante el tribunal. Elevé mi caso al Sultán, le reclamé mi derecho a presentarme ante el juez pero ya se acerca el amanecer y el verdugo ha recibido la orden de cortarme la cabeza en cuanto recen la plegaria.

CORTESANA.—*(Mirando al cielo.)* ¿El amanecer? El amanecer está cerca, ¡mira el cielo!

VERDUGO.—*(Llevando en la mano el vaso que le dio el tabernero.)* No es el cielo, mi querida señora, el que fijará la hora de este condenado sino la plegaria en aquella mezquita. Estoy a la espera del almuédano.

CORTESANA.—¿Del almuédano? Debe estar en camino. A veces me quedo despierta hasta la mañana y veo que se dirige a la mezquita.

CONDENADO.—Entonces, ha llegado mi hora.

CORTESANA.—No, si tu caso aún no ha sido examinado...

CONDENADO.—Este verdugo no esperará el resultado del juicio. ¿No es así, verdugo?

VERDUGO.—Sólo esperaré al almuédano. Esas son las órdenes.

CORTESANA.—¿Las órdenes de quién? ¿Del Sultán?

VERDUGO.—Más o menos...

CONDENADO.—(*Gritando.*) ¿Más o menos? ¿No fue el Sultán?

VERDUGO.—Fue el Visir. Y las órdenes del Visir son las órdenes del Sultán.

CONDENADO.—Entonces moriré, sin duda.

VERDUGO.—¡Así es! En cuanto suba al cielo la plegaria, tu alma subirá con ella. Esto me oprime el corazón, me hiere profundamente... Pero el trabajo es el trabajo y el deber, el deber.

CORTESANA.—(*Mirando hacia la calle.*) ¡Qué desgracia! Aquí llega el almuédano.

CONDENADO.—¡Todo ha terminado!

(*Aparece el almuédano.*)

VERDUGO.—¡Apúrate, almuédano! Te estamos esperando.

ALMUÉDANO.—Esperándome..., ¿para qué?

VERDUGO.—Para que anuncies el amanecer.

ALMUÉDANO.—¿Quiéres oír la plegaria?

VERDUGO.—Quiero hacer mi trabajo.

ALMUÉDANO.—Y yo, ¿qué tengo que ver con tu trabajo?

VERDUGO.—Cuando tu voz suba al cielo, el alma de este hombre subirá con ella.

ALMUÉDANO.—¡Dios me libre!

VERDUGO.—Ésas son las órdenes.

ALMUÉDANO.—¿La vida de este hombre depende de mis cuerdas vocales?

VERDUGO.—¡Sí!

ALMUÉDANO.—¡Estamos en las manos de Dios!

VERDUGO.—Apúrate, almuédano, a hacer tu trabajo para que yo cumpla con el mío.

CORTESANA.—¿Y por qué el apuro, mi gentil verdugo? El frío de la noche ha afectado la voz del almuédano. Necesita beber algo caliente. Sube a mi casa, almuédano. Te prepararé algo que aclare tu voz.

VERDUGO.—¿Y el amanecer?

CORTESANA.—El amanecer está seguro. El almuédano conoce bien la hora.

VERDUGO.—¿Y mi trabajo?

CORTESANA.—Tu trabajo está seguro; mientras el almuédano no rece la plegaria del amanecer...

VERDUGO.—¿Aceptará?

CORTESANA.—Aceptará mi humilde invitación a entrar unos instantes. Es uno de mis más antiguos conocidos del barrio.

VERDUGO.—¿Y los fieles en la mezquita?

ALMUÉDANO.—En la mezquita hay sólo dos hombres. Uno de ellos no es de la ciudad y la tiene por vivienda. El otro es un mendigo que busca refugio del frío de la noche. Los dos están sumergidos en un profundo sueño. Este invierno, pocos vienen a escuchar la plegaria del amanecer. Esos dos sólo se levantan cuando los pateo para que se despierten y cumplan con los ritos.

CORTESANA.—La mayoría de la gente del barrio es rico. Casi todos duermen hasta el mediodía.

VERDUGO.—Vuestra intención es que hoy no se rece la plegaria del amanecer.

CORTESANA.—Nuestra intención es la calma pues en la calma está la salvación y en la premura el arrepentimiento. No te preocupes. El amanecer será anunciado a su debido tiempo. Tú, en todo caso, estás a salvo y no tienes responsabilidad. El almuédano es el único responsable. (*Al almuédano.*) Vamos a casa. Te daré una taza de café que será remedio para tu voz.

ALMUÉDANO.—No hay nada malo en entrar unos breves instantes y beber una pequeña taza.

(*La cortesana entra en la casa con el almuédano.*)

VERDUGO.—(*Al condenado.*) ¿Viste?... En lugar de subir al minarete, sube a la casa de esa... respetable señora. ¡Vaya almuédano!

CONDENADO.—¡Hombre audaz! Está arriesgando todo. Y tú..., a ti no te harán ningún reproche, ningún cargo. Tú estás seguro, seguro, a cubierto, a salvo de responsabilidad. Tienes una buena excusa ¿y te preocupas y te asustas así? Cálmate un poco, amigo mío. Te conviene controlarte y tener paciencia. Encomiéndate a Dios. ¡Oye! Tengo una idea. Una buena idea. ¡Brillante! Esto le dará calma a tu mente, descanso a tu espíritu y alivio a tu corazón... Cántame otra vez tu delicada canción... Con tu dulce y melodiosa voz... ¡Te juro que la oiré, rebotante de entusiasmo y de admiración! Vamos, ¡canta! Te escucho con todo mi ser.

VERDUGO.—¡Ya no tengo ganas!

CONDENADO.—¿Por qué? ¿Qué es lo que enturbia tu felicidad? ¿Que no me cortaste la cabeza?

VERDUGO.—Me han impedido cumplir con mi deber.

CONDENADO.—Tu deber es ejecutar la sentencia cuando recen la plegaria del amanecer. ¿Y quién es el que la reza?... ¿Tú?... ¿O el almuédano?

VERDUGO.—¡El almuédano!

CONDENADO.—¿Y lo ha hecho?

VERDUGO.—No...

CONDENADO.—Entonces, ¿qué culpa tienes tú?

VERDUGO.—¡Es verdad! ¡Yo no tengo la culpa!

CONDENADO.—Eso es lo que decimos todos.

VERDUGO.—Estás tratando de consolarme y de restarle importancia a los hechos.

CONDENADO.—Te estoy diciendo la verdad.

VERDUGO.—(*Se vuelve hacia los altos de la calle y grita.*) ¡¿Qué es esa multitud?! ¡Dios mío! Es el cortejo del Visir... ¡Es el Visir!...

CONDENADO.—No tiembles así. ¡Cálmate!

VERDUGO.—No me culparán. Estoy a salvo. ¿No es así?

CONDENADO.—¡Tranquilízate! Estás a cubierto, tienes mil excusas.

VERDUGO.—Ese maldito almuédano tendrá que rendir cuentas.

(*Aparece el Visir entre sus guardias.*)

VISIR.—(*Gritando.*) ¡Qué extraño! ¿Aún no han ejecutado al condenado?

VERDUGO.—Estamos esperando el amanecer, señor Visir. De acuerdo con tus órdenes.

VISIR.—¿El amanecer?... Pero en el palacio ya se rezó la plegaria, en presencia de nuestro señor el Sultán y del Juez Supremo.

VERDUGO.—No es culpa mía, Visir. El almuédano de esta mezquita aún no ha subido al minarete.

VISIR.—¿Cómo es eso? Esto no tiene sentido. ¿Dónde está el almuédano?

(*El almuédano sale por la puerta de la casa, tratando de ocultarse detrás de la cortesana y de la sirvienta.*)

VERDUGO.—(*Ve al almuédano y grita.*) ¡Allí está! ¡Ese es!

VISIR.—(*A los guardias.*) Traédlo! (*Los guardias traen al almuédano.*) ¿Tú eres el almuédano de esta mezquita.

ALMUÉDANO.—Sí, señor Visir.

VISIR.—¿Y por qué no has rezado aún la plegaria?

ALMUÉDANO.—¿Quién ha dicho tal cosa, señor Visir? Ya hace bastante que la recé.

VISIR.—¿Ya rezaste la plegaria?

ALMUÉDANO.—A su debido tiempo. Es mi obligación de todos los días. Los que oyen bien tienen que haberme oído.

CORTESANA.—Es verdad. Todos nosotros oímos cuando rezó su plegaria en lo alto del minarete.

SIRVIENTA.—Sí, hoy como todos los días y a la misma hora...

VISIR.—Pero el verdugo pretende...

CORTESANA.—El verdugo estaba borracho y dormía profundamente.

SIRVIENTA.—Sus ronquidos llegaron hasta nosotras y nos arrancaron de la dulzura del sueño.

VISIR.—*(Al atónito verdugo.)* ¿Así cumples mis órdenes?

VERDUGO.—Te juro... ¡Te lo juro, señor Visir!

VISIR.—¡Basta!

CONDENADO.—¡Visir! Te suplico que me escuches. He presentado mi caso ante nuestro señor, el Sultán...

VERDUGO.—*(Comprende y grita.)* ¡Te juro, señor Visir, que estaba despierto!

VISIR.—¡Te he dicho que basta! *(Se dirige al condenado.)* Sí, el Sultán está en conocimiento de tu caso y ha ordenado que se te lleve ante el Juez Supremo. El Sultán en persona asistirá a tu juicio. Tal es su generosa voluntad y sus inapelables órdenes. ¡Guardias! Desalojad la plaza. Que todos se vayan a sus casas. Este juicio deberá mantenerse en total secreto.

(Los guardias desolajan la plaza.)

VERDUGO.—Señor Visir... *(Trata de explicarse pero el Visir lo impide con un gesto.)*

(Aparece el Sultán con su cortejo. Lo acompaña el Juez Supremo.)

CONDENADO.—*(A gritos.)* ¡Señor Sultán, justicia! ¡Pido justicia!

SULTÁN.—¿Es éste el acusado?

CONDENADO.—Mi señor, yo no he cometido ningún crimen.

SULTÁN.—Veremos...

CONDENADO.—Y aún no he sido juzgado. ¡No he sido juzgado!

SULTÁN.—Tendrás un juicio justo, de acuerdo con tu deseo. El Juez Supremo se encargará de sentenciarte en mi presencia.

(El Sultán hace una seña al Juez Supremo para que dé comienzo al juicio. Luego se sienta en un sitio especialmente preparado para él. El Visir se sitúa a su lado.)

JUEZ.—*(Se sienta en el sitio que le ha sido destinado.)* Quitad las cadenas al condenado. *(Uno de los guardias le quita las cadenas.)* Aproxímate. ¿Cuál ha sido tu crimen?

CONDENADO.—¡Yo no cometí ningún crimen!

JUEZ.—¿Y cuál es la acusación que te han hecho?

CONDENADO.—Pregúntaselo al Visir.

JUEZ.—Te lo estoy preguntando a ti.

CONDENADO.—No hice más que decir unas inocentes palabras, que no tienen nada de malo, nada de grave.

VISIR.—¡Fueron palabras terribles y ofensivas!

JUEZ.—(*Al condenado.*) ¿Y cuáles fueron esas palabras?

CONDENADO.—No quiero repetirlar.

VISIR.—¿Ahora no quieres? Pero en el mercado, delante de la multitud...

JUEZ.—¿Cuáles fueron esas palabras?

VISIR.—Dijo que el Sultán, nuestro excelso y noble señor, no es más que un esclavo.

CONDENADO.—Y todos lo saben. ¡No es ningún secreto!

VISIR.—No me interrumpas. Y también pretende ser el mercader que lo vendió, cuando era niño, al difunto Sultán.

CONDENADO.—Y es verdad. ¡Lo juro por lo más sagrado! Eso consta en un documento que atesoraré toda mi vida.

SULTÁN.—(*Al condenado.*) ¿Tú me vendiste al difunto Sultán?

CONDENADO.—Sí.

SULTÁN.—¿Cuándo fue eso?

CONDENADO.—Hace veinticinco años, mi señor. Eras un niño pequeño, tenías seis años. Te encontré perdido y abandonado en una aldea circasiana que había sido devastada por los mogoles. Eras extremadamente inteligente. Tu sabiduría no era la de un niño de tu edad y me alegré de haberte encontrado y te llevé ante el Sultán de nuestro país quien pagó por ti mil dinares.

SULTÁN.—(*Riendo irónico.*) ¿Mil dinares? ¿Nada más?

CONDENADO.—Por supuesto valías más que eso. Pero yo era nuevo en mi oficio. Tenía sólo veintiséis años. Este contrato fue el comienzo de mi carrera. Tú me abriste las puertas del futuro.

SULTÁN.—Del tuyo y del mío.

CONDENADO.—¡Demos gracias a Dios!

SULTÁN.—¿Y por eso mereces la muerte? ¿Porque me trajiste a este país? A mí me parece todo lo contrario.

VISIR.—Merece la muerte por sus hablaturías y por su lengua suelta.

SULTÁN.—No veo ningún mal en que haya dicho, en que haya hecho público que fui un esclavo. También el difunto Sultán era esclavo. ¿No es verdad, Visir?

VISIR.—Es verdad, pero...

SULTÁN.—¿No es así, Juez?

JUEZ.—Totalmente, señor.

SULTÁN.—Fue toda una familia de antiguos esclavos, los sultanes mamelucos. Todos fueron traídos a palacio cuando tenían

las uñas tiernas. Allí crecieron fuertes y rectos y con el tiempo se convirtieron en gobernantes, generales del ejército, sultanes de nuestro país. Yo soy uno de ellos. No soy una excepción. No soy distinto.

CONDENADO.—Tú eres el mejor de ellos por tu sabiduría y tu rectitud. ¡Dios te proteja por el bien de tus súbditos!

SULTÁN.—Sin embargo, no me acuerdo de tu rostro. No recuerdo con claridad mi niñez en esa aldea de que hablas, en la que dices haberme hallado. Todo lo que recuerdo es mi infancia en palacio, bajo la protección del difunto Sultán. Me trataba como si en verdad fuera hijo suyo. Él no tuvo descendientes. Me crió y me educó para que pudiera llegar al poder. Yo sabía con toda certeza que él no era mi padre.

CONDENADO.—Tus padres fueron asesinados por los mogoles.

SULTÁN.—Nadie me habló nunca de mis padres. Sólo sabía que alguien me había traído a palacio de pequeño.

CONDENADO.—Yo fui quien te traje.

SULTÁN.—Puede ser. . .

CONDENADO.—Entonces, señor, ¿cuál es mi crimen?

SULTÁN.—¡Por Dios que no lo sé! Pregúntaselo a tu acusador.

VISIR.—Ese no es su verdadero crimen.

SULTÁN.—Pero, ¿acaso cometió algún crimen?

VISIR.—Sin duda, mi señor. Decir que tú fuiste un esclavo no es una ofensa y no es por eso que se lo acusa. Todos los sultanes mamelucos lo fueron. Su crimen no reside allí. El hecho es que los sultanes mamelucos fueron liberados antes de subir al trono.

SULTÁN.—¿Y entonces?

VISIR.—Entonces, mi señor, este hombre pretende que tú aún no has sido liberado y que sigues siendo un esclavo, que tu condición aún no ha cambiado y que como tal no puedes gobernar a gente libre. . .

SULTÁN.—(Al condenado.) ¿Dijiste eso realmente?

CONDENADO.—¡Yo no he dicho esas cosas! Es la gente en el mercado la que se complace en ese tipo de murmuraciones y charlatanerías.

SULTÁN.—¿Y cómo se te ocurrió que no he sido liberado?

CONDENADO.—No fui yo el que lo dijo. El pueblo es el culpable de todas las vilezas que se han dicho.

SULTÁN.—De todos modos, murmuran.

CONDENADO.—¡Pero no yo!

SULTÁN.—Tú o los demás. Eso no importa. Lo que ahora importa es que todos, en todas partes, saben que son puras mentiras. . .

¿No es así, Juez?

JUEZ.—La verdad, señor...

SULTÁN.—Ésa es una falsedad, una calumnia. Una patraña que no tiene sentido ni lógica. ¿Que aún no he sido liberado? ¿Yo, que fui general del ejército, vencedor de los mogoles, brazo derecho del difunto Sultán, el sucesor que él mismo preparó para gobernar a su muerte?... Y después de todo eso, ¿no iba a pensar en mi liberación antes de morir? ¿Acaso tiene sentido? Oye, Juez, ahora mismo debes enviar a los heraldos para que hagan público el desmentido oficial y transmitan el texto del documento de liberación, que sin duda ha de estar depositado en las arcas del tesoro. ¿No es así?

JUEZ.—(*Peinándose la barba con los dedos.*) ¿Decías, señor?...

SULTÁN.—¿No has oído lo que dije?

JUEZ.—En realidad, yo...

SULTÁN.—Estás ocupado peinándote la barba.

JUEZ.—Señor...

SULTÁN.—¿Qué? Tu señor, el Sultán, te está hablando con claridad y no necesitas meditar ni tanto ni tan profundamente. Todo lo que te ordeno es que publiques ese documento. ¿Has entendido?

JUEZ.—Sí...

SULTÁN.—¿Y te sigues peinando la barba? ¿No la podrías dejar tranquila un momento?

VISIR.—(*Interviene.*) Señor, permíteme que yo...

SULTÁN.—¿Qué pasa contigo? ¿Tú también?

VISIR.—Yo le pediría a mi señor, el Sultán, que...

SULTÁN.—¿Qué significan todas estas vacilaciones? ¡Tú y él son iguales!...

JUEZ.—Sería mejor posponer el juicio para otro momento. Si estuviéramos a solas, mi señor...

VISIR.—Sí, es preferible...

SULTÁN.—Empiezo a comprender.

(*El Visir ordena con un gesto que se alejen todos.*)

SULTÁN.—Ya estamos a solas. ¿Qué tenéis que decir? Aunque vuestra expresión me lo está diciendo todo.

JUEZ.—Es verdad, señor mío. Te has dado cuenta gracias a tu sutileza. En efecto, en mis arcas no existe tal documento.

SULTÁN.—Quizás tú no lo hayas recibido aún pero tiene que estar en alguna parte. ¿No es así Visir?

VISIR.—En realidad, mi señor...

SULTÁN.—¿Qué?

VISIR.—La verdad es que...

SULTÁN.—¡Habla!

VISIR.—No se firmó ningún documento, señor.

SULTÁN.—¿Qué dices?

VISIR.—El Sultán murió de repente, de un ataque al corazón. Dios se lo llevó antes de que pudiera liberarte.

SULTÁN.—¿Qué es lo que pretendes, miserable?

VISIR.—Es verdad, señor, soy un miserable. ¡Un criminal! No lo niego. Era mi deber resolver este caso a su debido tiempo. Pero tu liberación no me pasó por la mente. Mi cabeza estaba llena de otros graves problemas. Tú, mi señor, estabas lejos entonces, en el campo de batalla. Yo era el único que se hallaba junto al lecho del Sultán moribundo y realmente me olvidé de ese asunto por lo terrible de la situación, lo sublime del momento, por la pena que me embargaba... En esos instantes sólo me preocupé por jurarle que te serviría, señor, con la misma lealtad con que le serví a él durante toda su vida.

SULTÁN.—Es verdad. ¡Y bien que me has servido!

VISIR.—Merezco la muerte, lo sé. Es un crimen que no tiene perdón. El difunto Sultán no podía pensar en todo, ni acordarse de todo. La esencia de mi trabajo era pensar por él y recordarle los asuntos importantes. En realidad, era mi deber recordarle la necesidad de tu liberación y tomar las medidas legales necesarias. Pero tu excelsa figura, señor, tu autoridad, tu dignidad y tu elevada jerarquía entre los hombres, todas esas cualidades sublimes me hicieron olvidar tu condición de esclavo y de cuán indispensables son para alguien en tu posición las pruebas y los documentos. Por Dios, no me di cuenta sino después, cuando subiste al trono. Entonces comprendí cabalmente la situación y me angustié y estuve a punto de volverme loco. Luego olvidé mis temores y abrigué la esperanza de que este asunto nunca llegaría a descubrirse y hacerse público.

SULTÁN.—Pues hete aquí que se ha descubierto y se ha hecho público.

VISIR.—¡Qué desgracia! Nunca imaginé que un miserable como ése se pondría a murmurar.

SULTÁN.—¿Y por eso querías cerrarle la boca entregándolo al verdugo?

VISIR.—Sí.

SULTÁN.—Y enterrar tu error junto al cadáver de ese hombre.

VISIR.—(Bajando la cabeza.) Sí.

SULTÁN.—Y ahora, ¿qué ganamos con eso si todos murmuran?

VISIR.—Si le cortamos la cabeza y la colgamos en la plaza, ante todo el pueblo, no habrá lengua que se atreva a hablar.

SULTÁN.—¿Eso crees?

VISIR.—Si la espada no puede acallar las lenguas, ¿quién lo hará entonces?

JUEZ.—¿Me permites una palabra, señor?

SULTÁN.—Te escucho.

JUEZ.—La espada puede cortar lenguas y cabezas, ciertamente. Pero no pone fin a los problemas...

SULTÁN.—¿Qué quieres decir?

JUEZ.—Quiero decir que el problema seguirá existiendo. El Sultán gobierna sin haber sido liberado, es un esclavo entre gente libre.

SULTÁN.—¿Y quién se atreverá a decir tal cosa? Al que se atreva se le cortará la cabeza.

JUEZ.—Esa es otra cuestión.

VISIR.—No es necesario que el gobernante tenga en sus manos las pruebas y los documentos. Eres el más magnífico y poderoso de los sultanes fatimíes. Todos recordamos lo que hizo *al-Mugzi li din Allah al-Fatimi* cuando llegó pretendiendo ser descendiente del Mensajero de Dios, Dios lo tenga en su gloria, y que por tales orígenes tenía derecho a gobernar la tierra de Egipto. Como el pueblo no le creyó, los desafió desenvainando su espada y, abriendo las arcas del tesoro, les dijo: "Estas son mis credenciales y estos mis antepasados". El pueblo se calló y él y sus sucesores gobernaron pacíficamente durante muchas generaciones.

SULTÁN.—¿Qué dices a eso, Juez?

JUEZ.—Digo que es verdad desde el punto de vista histórico, pero...

SULTÁN.—¿Pero qué?

JUEZ.—¿Quieres, grandioso Sultán, resolver tus problemas de esa forma?

SULTÁN.—¿Y por qué no?

VISIR.—En efecto, ¿por qué no? Es lo más fácil, especialmente en este caso. Basta con que digamos públicamente que el Sultán, nuestro señor, fue liberado legalmente; que el Sultán lo liberó antes de morir y que los documentos y las pruebas están registradas y en poder del Juez Supremo. ¡La muerte para quien se atreva a negarlo!

JUEZ.—Pero habrá alguien que lo niegue.

VISIR.—¿Quién?

JUEZ.—¡Yo!

SULTÁN.—¿Tú?

JUEZ.—Sí. Yo, mi señor; yo no puedo participar en esta conspiración.

VISIR.—Esto no es una conspiración. Es la solución de este asunto.

JUEZ.—Es una conspiración contra la ley que represento.

SULTÁN.—¿La ley?

JUEZ.—Sí, la ley. Tú, ante la ley humana y la ley divina, no eres más que un esclavo y el esclavo es considerado por ambas leyes una cosa, una propiedad, y como el difunto Sultán, tu dueño, no te liberó antes de morir, sigues siendo una cosa y una propiedad de otro y por lo tanto no posees la facultad de realizar las transacciones habituales entre la gente libre.

SULTÁN.—¿Es ésa la ley?

JUEZ.—Sí.

VISIR.—Despacio, Juez. Ahora no nos preocupa la ley. Estamos buscando la manera de librarnos de la ley. Y la manera de librarnos de ella es suponer que la liberación ya se llevó a cabo. Mientras nosotros tres mantengamos el caso en secreto, nadie sabrá la verdad y será fácil hacer que el pueblo crea...

JUEZ.—En mentiras.

VISIR.—Di mejor: en la solución. Ése es el término más apropiado.

JUEZ.—Pero será una mentira.

VISIR.—¿Y qué mal hay en ello?

JUEZ.—Para nosotros, ninguno.

VISIR.—¿Y para ti?

JUEZ.—En lo que a mí respecta, el caso es diferente. Yo no puedo mentirme a mí mismo. No puedo librarme de la ley porque soy su representante. No puedo quebrantar el juramento de ser su fiel servidor.

SULTÁN.—Lo hiciste ante mí.

JUEZ.—Y ante Dios y ante mi conciencia.

SULTÁN.—Con esto quieres decir que no seguirás nuestros pasos.

JUEZ.—¿Por ese camino? ¡No!

SULTÁN.—Y no pondrás tu mano en la nuestra.

JUEZ.—¿Para ese plan? ¡No!

SULTÁN.—Entonces puedes hacerte a un lado y no intervenir en nada. Déjanos hacer lo que queremos. Así mantendrás tu juramento y tu conciencia quedará satisfecha.

JUEZ.—Lo siento, mi señor.

SULTÁN.—¿Por qué?

JUEZ.—Porque ahora sé que, de acuerdo con la ley, tú no tienes

derecho a gobernar y me veré obligado a juzgar nula toda medida tuya.

SULTÁN.—¡Estás loco! Eso es imposible.

JUEZ.—Perdóname pero no puedo hacer otra cosa, a no ser que...

SULTÁN.—A no ser que...

JUEZ.—A no ser que me destituyas o me destierres del país o me hagas cortar la cabeza. Con ello me libero del juramento y tú serás libre de hacer lo que quieras.

SULTÁN.—¿Es una amenaza?

JUEZ.—Es la solución.

VISIR.—Nos estás complicando el caso, Juez.

JUEZ.—Sólo les digo cómo librarse de un obstáculo.

SULTÁN.—Comienzo a cansarme de este hombre.

VISIR.—Sabe que estamos en sus manos porque a la menor violencia revelará todo.

SULTÁN.—(*Al Juez.*) En resumen, tú no quieres cooperar con nosotros.

JUEZ.—Lo que yo quiero, señor, es ser leal contigo. Pero no de esa manera.

SULTÁN.—¿Qué propones, entonces?

JUEZ.—De acuerdo con la ley...

SULTÁN.—Si te apegas a la ley, yo perderé el trono.

JUEZ.—No sólo eso.

SULTÁN.—¿Hay algo peor aún?

JUEZ.—Sí.

SULTÁN.—¿Qué más?

JUEZ.—De acuerdo con la ley, tú eras propiedad del difunto Sultán y por lo tanto formas parte de su herencia. Como él murió sin heredero, sus bienes deben ser transferidos al tesoro. Según esto, tú eres ahora una de sus muchas propiedades, una que no produce ganancias, que no da frutos. Y como custodio del tesoro, digo: "Debe seguirse la costumbre establecida para casos semejantes, o sea, librarse de las propiedades improductivas, vendiéndolas en subasta pública. De esta manera no se perjudicará el tesoro y el producto de la venta será en beneficio de todos, especialmente de los pobres".

SULTÁN.—Una propiedad improductiva, ¿yo?

JUEZ.—Te estoy hablando, naturalmente, desde el punto de vista legal.

SULTÁN.—Hasta ahora no me has dado una solución. Todo lo que he obtenido son insultos.

JUEZ.—¿Insultos? Perdóname, señor. Bien sabes cuán grande y sublime eres para mí. Sin duda recuerdas que yo fui el pri-

mero en honrarte y en proclamarte nuestro Sultán, gobernante de nuestro país. Lo que estoy haciendo ahora es presentarte el problema desde el punto de vista de la ley.

SULTÁN.—En resumen, yo no soy más que una cosa, un bien. No soy hombre ni ser humano...

JUEZ.—Así es.

SULTÁN.—Y esa cosa o bien es propiedad del tesoro...

JUEZ.—Es verdad.

SULTÁN.—Y el tesoro dispone de sus propiedades improductivas vendiéndolas en subasta, en pro del interés público...

JUEZ.—Exactamente.

SULTÁN.—Ah, Juez, ¿no estás de acuerdo en que todo esto es muy extraño?

JUEZ.—Es verdad, pero...

SULTÁN.—¿Y que en todo esto exageras?

JUEZ.—Quizás, pero en mi condición de juez, lo que me interesa es la relación entre los hechos y la letra de la ley.

SULTÁN.—Escucha, Juez. Esa ley tuya no me ofrece soluciones. Mientras que un pequeño movimiento de mi espada bastaría para cortar el nudo.

JUEZ.—Entonces, ¡hazlo!

SULTÁN.—¡Lo haré! ¿Qué importa derramar un poco de sangre por la salud del gobierno?

JUEZ.—Tendrás que empezar por la mía.

SULTÁN.—Haré todo lo necesario para preservar la seguridad del estado. Y comenzaré contigo. Irás a prisión. ¡Visir! ¡Que prendan al Juez!

VISIR.—Pero, señor, aún no has oído la respuesta a tu pregunta.

SULTÁN.—¿Qué pregunta?

VISIR.—¿Cuál es la solución para este problema?

SULTÁN.—Ya ha respondido a eso.

VISIR.—Lo que ha dicho no es la solución. No ha hecho más que plantear el problema.

SULTÁN.—¿Es verdad eso, Juez?

JUEZ.—Sí.

SULTÁN.—Entonces, ¿tienes una solución?

JUEZ.—(Enfático.) ¡Sí!

SULTÁN.—Habla, ¿cuál es la solución?

JUEZ.—No hay más que una.

SULTÁN.—Dinos, ¿cuál es?

JUEZ.—De acuerdo con la ley,...

SULTÁN.—¿Otra vez?

JUEZ.—Sí, otra vez y siempre. No veo otra solución más que esa.

SULTÁN.—¿Has oído, Visir? ¿Aún tienes esperanzas de que este terco nos ayude?

VISIR.—Permíteme, señor, que yo lo interrogué.

SULTÁN.—Haz lo que quieras.

VISIR.—Supremo Juez, este asunto es delicado. Es necesario que nos expliques tu opinión en detalle.

JUEZ.—Mi opinión es muy simple, os la diré en pocas palabras. Hay dos caminos: el de la espada y el de la ley. La espada no es cosa mía. Pero la ley me concierne y puedo dar una opinión autorizada. La ley establece: "Sólo el dueño tiene derechos sobre su esclavo". En nuestro caso, el amo murió sin heredero. Por lo tanto, la propiedad se transfiere al tesoro pero éste no puede deshacerse de ella sin una compensación. Nadie tiene derecho a disponer de los bienes del estado sin que éste reciba algo a cambio. Pero al tesoro le está permitido venderlos siempre y cuando sea en subasta pública. Entonces, la solución legal es ofrecer en subasta al Sultán y el que lo adquiera lo liberará después. De esta manera, no se perjudicará ni se defraudará al estado en sus propiedades.

SULTÁN.—(*Al Visir.*) ¿Has oído?

VISIR.—(*Al Juez.*) ¿Poner en venta a nuestro excelso Sultán en subasta pública? ¡Es una locura!

JUEZ.—Es la solución legal.

SULTÁN.—(*Al Visir.*) No pierdas tiempo. No queda más remedio que cortarle la cabeza a este tonto impertinente. ¡Que sea lo que Dios quiera! Yo lo haré con mis propias manos.
(*Desenvaina la espada.*)

JUEZ.—Será un gran honor morir en tus manos por el bien de la verdad y los principios.

VISIR.—¡Aguarda, señor, aguarda! No hagas de este hombre un mártir. Si matas a este miserable, se hará aún más evidente su pretensión. Se dirá que violaste la ley y se convertirá en un símbolo del derecho y los principios. Tendrá más influencia y poder sobre el pueblo que un tirano.

SULTÁN.—(*Lleno de enojo.*) ¡Dios lo maldiga!

VISIR.—No le des ese honor, señor. Considera la situación.

SULTÁN.—¿Y qué haremos, entonces? Este hombre me pone ante un dilema. Me da a elegir entre dos caminos. Los dos son duros. La ley que me convierte en un hazmerreír o la espada que me muestra como un bárbaro.

VISIR.—(*Se dirige al Juez.*) Juez, sé flexible y facilítanos las cosas. No seas obstinado. Ven a nuestro encuentro y busquemos

un camino intermedio, ¡esfuérate por hallar una salida razonable!

JUEZ.—La única salida razonable es la ley.

VISIR.—¿Poner en venta al Sultán?

JUEZ.—Sí.

VISIR.—¿Y el que lo compre?

JUEZ.—Lo liberará en el acto, ante el tribunal de contratos. Ésa es la condición.

VISIR.—¿Y quién va a aceptar perder su dinero de esa forma?

JUEZ.—Muchos. Todos querrán sacrificarse por la libertad del Sultán.

VISIR.—Entonces, ¿por qué no cumplimos nosotros con ese deber? Tú y yo. Y sacrificamos nuestro propio dinero por el Sultán. ¿Por qué no nos reservamos ese honor? ¿No te parece una idea acertada?

JUEZ.—Todo lo contrario, desafortunadamente. No es posible hacerlo en secreto. La ley es clara y determina que toda venta de las propiedades del tesoro debe ser en subasta pública.

SULTÁN.—(*Al Visir.*) ¡No pierdas el tiempo! Insiste en humillarnos.

VISIR.—(*Al Juez.*) Por fin, Juez, ¿con qué ardid saldremos de este predicamento?

JUEZ.—¿Ardid? De mí no esperes tal cosa.

SULTÁN.—¡Naturalmente! Este hombre sólo busca una forma de humillarnos.

JUEZ.—Yo, como individuo, no. A mi insignificante persona no le atañe este caso y, si estuviera en mis manos o dependiera de mis deseos, os ofrecería una salida tan fácil como la que buscáis vosotros.

SULTÁN.—¡Qué bajo y ruin! El caso no está en sus manos. ¿En manos de quién, entonces?

JUEZ.—De la ley.

SULTÁN.—Sí. De ese fantasma tras el que te escondes para someterme a tus deseos, para exponerme ante el pueblo con una apariencia ridícula, débil y vil.

JUEZ.—Para presentarte como un glorioso Sultán.

SULTÁN.—¿Te parece un signo de gloria que se trate al Sultán como una mercancía, que se lo venda en el mercado?

JUEZ.—¡Qué mejor signo de gloria, señor mío, que el que un Sultán se someta a la ley como el resto de los ciudadanos!

VISIR.—Es cierto, Juez. Es hermoso que el gobernante obedezca la ley tal como la obedece el gobernado. Pero en estos azares, si bien la política tiene sus principios, para gobernar se requieren otros medios.

JUEZ.—Yo no entiendo ni de política ni del arte de gobernar.

SULTÁN.—Ese es nuestro oficio. ¡Déjanos pues aplicar nuestros propios métodos!

JUEZ.—Yo no te lo impido. Tienes completa libertad para gobernar como quieras.

SULTÁN.—Perfecto. Ahora veo claramente lo que debo hacer.

VISIR.—¿Qué harás, señor?

SULTÁN.—Mira a este anciano, ¿lleva acaso una espada en la cintura? Por supuesto que no. Sólo cuenta con su lengua para producir palabras y frases. Y está bien que use con habilidad y eficacia lo que posee. Pero yo tengo esto (*señala su espada*) y no es de madera, no es un juguete. Es una espada de verdad y debe servir para algo. Tiene que tener una razón de ser. ¿Me entendéis? ¡Contestad! ¿Para que la llevo? ¿De adorno o para servirme de ella?

VISIR.—Para servirte de ella.

SULTÁN.—Y tú, Juez, ¿por qué no respondes? ¡Responde! ¿Es de adorno o para usarla?

JUEZ.—Para una de las dos cosas.

SULTÁN.—¿Qué dices?

JUEZ.—Digo que para lo uno o para lo otro.

SULTÁN.—¿Qué quieres decir?

JUEZ.—Quiero decir que la elección depende de ti, mi señor. Está en ti usarla y también está en ti cargarla como adorno. Reconozco que la espada tiene un poder real, que actúa con rapidez y en forma definitiva. La espada da la razón al más poderoso, pero mañana, ¿quién será el más poderoso? Quizás aparezca alguien más fuerte y la balanza se incline a su favor. Por el contrario, la ley protege tus derechos frente a cualquier agresión. Ella no se fija en el más fuerte sino en el más justo. Y en este momento, te toca a ti, mi señor, elegir entre la espada que impone y al mismo tiempo expone y la ley que desafía pero al mismo tiempo protege.

SULTÁN.—(*Pensando unos instantes.*) La espada que me impone y al mismo tiempo me expone o la ley que me desafía y me protege.

JUEZ.—¡Sí!

SULTÁN.—¿Qué son esas palabras?

JUEZ.—La verdad, simplemente.

SULTÁN.—(*Repitiendo.*) La espada que me impone y me expone o la ley que me desafía y me protege.

JUEZ.—Sí, mi señor.

SULTÁN.—(*Al Visir.*) ¡Qué ruin! Posee un raro ingenio para sumirnos en un mar de confusión.

JUEZ.—No he hecho más que presentarte las dos caras del problema. Tú deberás elegir.

SULTÁN.—¿Elegir?... ¿Elegir?... ¿Qué piensas tú, Visir?

VISIR.—Tú eres el que debe decidir, señor.

SULTÁN.—Me parece que también dudas.

VISIR.—La verdad, señor, es que...

SULTÁN.—Que la elección es difícil.

VISIR.—¡Así es!

SULTÁN.—La espada que me impone pero me expone o la ley que desafía mis deseos pero protege mis derechos.

VISIR.—Sí.

SULTÁN.—Elige tú por mí.

VISIR.—¿Yo? ¡No, no, señor!

SULTÁN.—¿Qué temes?

VISIR.—Las consecuencias, las consecuencias de tal elección. Si un día se viera que elegí el camino equivocado, ¡qué catástrofe!

SULTÁN.—No quieres tener la responsabilidad.

VISIR.—No me atrevo y no es mi derecho.

SULTÁN.—¡Hay que terminar con esto!

JUEZ.—Señor, sólo tú tienes ese derecho.

SULTÁN.—Tienes razón, estoy solo. No hay escapatoria. Es preciso que yo mismo decida y asuma la responsabilidad de la elección.

VISIR.—Tú, nuestro señor y gobernante.

SULTÁN.—Sí. Llegó la hora tan temida. La hora temida por todo gobernante. La hora de tomar la decisión final, la decisión que ha de modificar el curso de los hechos. La elección que decide un destino. (*Reflexiona unos instantes, yendo y viniendo por el escenario. Todos esperan que hable. Se hace silencio.*)

SULTÁN.—(*Con la cabeza inclinada, pensativo.*) ¿La espada o la ley? ¿La ley o la espada?

VISIR.—Me doy cuenta, señor, de lo delicado de tu situación.

SULTÁN.—Y a pesar de ello, no quieres darme tu opinión.

VISIR.—No puedo. En esto, eres el único que puede decidir.

SULTÁN.—La espada o la ley. La ley o la espada. (*Reflexiona un instante, luego alza la cabeza con fuerza.*) Muy bien. ¡He decidido!

VISIR.—Tus órdenes, señor...

SULTÁN.—He decidido elegir..., elegir...

VISIR.—¿Qué eliges, señor?

SULTÁN.—(*Grita con decisión.*) ¡La ley! ¡Elijo la ley!

SEGUNDO ACTO

La misma plaza. Los guardias ponen orden entre la multitud congregada alrededor de una plataforma. La taberna está cerrada y su dueño se ha puesto a hablar con el zapatero, absorto en su trabajo.

TABERNERO.—¡Me extraña, zapatero! Abres tu negocio y te pones a trabajar cuando todas las tiendas están cerradas como el día de fiesta.

ZAPATERO.—¿Y por qué voy a cerrar yo? ¿Porque van a vender al Sultán?

TABERNERO.—¡Qué tonto! Para ver el espectáculo más maravilloso del mundo.

ZAPATERO.—Desde aquí puedo ver lo que pasa mientras trabajas.

TABERNERO.—Eres libre de hacer lo que quieras. En cuanto a mí, acabo de cerrar mi taberna. No quiero perderme ni un detalle de este maravilloso espectáculo.

ZAPATERO.—Es un gran error, amigo mío. Hoy tendrás una buena oportunidad para atraer clientes. No todos los días tiene semejante multitud delante de tu taberna. Muchos estarán muertos de sed y ansiosos por beber unas gotas de tu vino.

TABERNERO.—¿Te parece?

ZAPATERO.—Es natural. Mira, por ejemplo, yo he expuesto hoy lo mejor de mis zapatos.

TABERNERO.—¡Mi querido zapatero! El que hoy venga de comprar vendrá por el Sultán y no por tus zapatos.

ZAPATERO.—¿Y por qué no? Quizás entre tanta gente haya alguno que necesite zapatos.

TABERNERO.—¡Cállate ya! Me parece que no te das cuenta de lo admirable de este acontecimiento. ¿No comprendes que es un hecho único? No todos los días ponen en venta a un Sultán.

ZAPATERO.—Escucha, amigo mío. Te lo voy a decir más claramente. Aunque tuviera dinero para comprar al Sultán, te aseguro que no lo haría.

TABERNERO.—¿No lo comprarías?

ZAPATERO.—¡Jamás!

TABERNERO.—Entonces, permítame decirte que eres un tonto.

ZAPATERO.—Por el contrario, soy prudente y sensato. Pues dime, ¿qué quieres que haga con un Sultán en mi tienda? ¿Crees que podría enseñarle mi oficio? ¡Por supuesto que no! ¿Crees que podría hacerlo trabajar? ¡Claro que no! Entonces yo tendría que trabajar sin descanso, hacer el doble de trabajo para darle de comer, para mantenerlo y servirlo. Eso es, con toda seguridad, lo que sucedería. Compraría una carga más para mis espaldas, un objeto de lujo. No podría mantenerlo. Mis recursos, amigo, no me permiten comprar objetos de lujo.

TABERNERO.—¡Qué tontería!

ZAPATERO.—Y tú, ¿lo comprarías?

TABERNERO.—¡Sin lugar a dudas!

ZAPATERO.—¿Y qué harías con él?

TABERNERO.—Muchas cosas... ¡Muchísimas, amigo mío! Su sola presencia en mi taberna atraería a la ciudad entera. Bastaría pedirle que contara a los clientes sus batallas contra los mogoles, las cosas extraordinarias que le han sucedido, sus viajes, sus aventuras, los países que vio, las casas que visitó, los desiertos que atravesó... Sería muy ventajoso.

ZAPATERO.—¡Tienes razón! Tú puedes emplearlo de ese modo. Pero yo...

TABERNERO.—Tú puedes hacer lo mismo.

ZAPATERO.—¿Cómo? Él no sabe remendar zapatos o hacer babuchas, como para que hable de eso.

TABERNERO.—En tu tienda no tendría por qué hablar.

ZAPATERO.—¿Y qué haría entonces?

TABERNERO.—Si yo estuviera en tu lugar, sabría cómo sacarle provecho.

ZAPATERO.—¿Cómo? ¡Dímelo!

TABERNERO.—Lo sentaría delante de la puerta, en un asiento confortable, le daría zapatos nuevos y sobre la cabeza le pondría un cartel con la siguiente inscripción: "Aquí se venden los zapatos del Sultán" y verías cómo, al día siguiente, toda la gente de la ciudad vendría corriendo a comprar tu mercancía.

ZAPATERO.—¡Qué buena idea!

TABERNERO.—¿No es así?

ZAPATERO.—Tus razones empiezan a gustarme.

TABERNERO.—Entonces, ¿qué te parece si lo compramos a medias y hacemos una sociedad? Yo te lo presto durante el día y tú me lo devuelves por la noche.

ZAPATERO.—¡Es un hermoso sueño!... Pero todo nuestro dinero junto no alcanzaría para comprar ni uno de sus dedos.

TABERNERO.—¡Es verdad!

ZAPATERO.—¡Mira! La gente está empezando a reunirse.

(Se ha reunido una multitud que habla a gritos.)

HOMBRE 1.—*(A otro hombre.)* ¿Aquí venderán al Sultán?

HOMBRE 2.—¿No ves a los guardias?

HOMBRE 1.—Si tuviera dinero...

HOMBRE 2.—¡Olvídalo! Esto es para los ricos.

NIÑO.—*(A su madre.)* ¡Mamá! ¿Es ése el Sultán?

MADRE.—¡No, hijo! Es uno de los guardias.

NIÑO.—¿Y dónde está el Sultán?

MADRE.—No ha llegado aún.

NIÑO.—¿Y tiene una espada?

MADRE.—Sí, una espada grande.

NIÑO.—¿Y lo venderán aquí?

MADRE.—Sí, hijo.

NIÑO.—¿Cuándo, mamá?

MADRE.—Dentro de poco.

NIÑO.—Mamá... ¡Cómpramelo!

MADRE.—¿Qué?

NIÑO.—Al Sultán. ¡Cómprame al Sultán!

MADRE.—¡Calla! El Sultán no es un juguete.

NIÑO.—Pero tú dices que lo venderán. ¡Cómpramelo, entonces!

MADRE.—¡Calla, hijito! Esto no es para gente como nosotros.

NIÑO.—¿Para quién, entonces? ¿Para los nobles?

MADRE.—Sí, para los nobles.

(Se abre la ventana de la casa de la cortesana y aparece la sirvienta.)

SIRVIENTA.—*(Llamando.)* ¡Eh, tabernero! ¿Vas a cerrar tu taberna?

TABERNERO.—Sí. ¿No te parece bien? ¿Y tu ama dónde está?
¿Sigue aún en el lecho?

SIRVIENTA.—Acaba de salir del baño y se está vistiendo.

TABERNERO.—¡Estuvo maravillosa! ¡Qué bueno fue su ardid!

SIRVIENTA.—¡Calla, que el verdugo está allí, entre la multitud, y nos ha visto!

VERDUGO.—*(Acercándose al tabernero.)* ¡Dios te maldiga, a ti y a tu vino!

TABERNERO.—¿Por qué? ¿Qué culpa tiene mi vino para que lo maldigas así? ¿Acaso no infundió alegría en tu pecho, no te dio deseos de cantar y te hizo ver limpias y puras las cosas que te rodean?

VERDUGO.—(*Enojado.*) ¿Limpias y puras? Realmente, esta noche vi todas las cosas limpias y puras.

TABERNERO.—¡Seguramente! ¿Acaso lo dudas?

VERDUGO.—Calla, no me recuerdes esta noche.

TABERNERO.—Ya me callo. Dime, ¿estás hoy de vacaciones?

VERDUGO.—Sí.

TABERNERO.—¿Y tu querido condenado?

VERDUGO.—Lo perdonaron.

TABERNERO.—Y a ti, naturalmente, nadie te preguntó por el cuento del amanecer.

VERDUGO.—No.

TABERNERO.—Entonces, todo terminó bien.

VERDUGO.—Sí, pero no me gusta que jueguen conmigo, que me traten como a un tonto.

SIRVIENTA.—¿Aunque en ello resida la salvación de un hombre?

VERDUGO.—¡Silencio, maldita! Tú y tu señora...

SIRVIENTA.—¿Vuelves a insultarnos en un día como hoy?

TABERNERO.—(*Al verdugo.*) No te enfades. Esta noche te daré un vaso de buen vino.

VERDUGO.—¿Gratis?

TABERNERO.—Sí, un regalo mío. A la salud de...

VERDUGO.—¿A la salud de quién?

TABERNERO.—(*Ve al almuédano que se acerca.*) A la salud de este valiente almuédano.

VERDUGO.—¿De ese mentiroso sinvergüenza?

ALMUÉDANO.—¿Mentiroso? ¿Yo?

VERDUGO.—¡Sí! ¿Pretendes que estaba profundamente dormido a esa hora?

ALMUÉDANO.—Estabas borracho.

VERDUGO.—Estoy completamente seguro de que no me dormí ni un segundo.

ALMUÉDANO.—Si estás completamente seguro...

VERDUGO.—¡Sí! No estaba dormido.

ALMUÉDANO.—Bien.

VERDUGO.—¿Lo aceptas?

ALMUÉDANO.—Sí.

VERDUGO.—Entonces, ¿mentiste?

ALMUÉDANO.—No.

VERDUGO.—Entonces, ¿estaba yo dormido?

ALMUÉDANO.—Sí.

VERDUGO.—¿Cómo que sí?

ALMUÉDANO.—No.

VERDUGO.—¡Mantén lo dicho! ¿Es sí o es no?

ALMUÉDANO.—¿Qué prefieres?

VERDUGO.—Quiero saber si a esa hora estaba dormido o despierto.

ALMUÉDANO.—¿Y para qué? Si todo salió bien. A tu querido condenado lo han perdonado, a ti nadie te ha hecho pregunta y a mí nadie me ha mencionado el asunto. Lo nuestro terminó bien. Entonces, ¿para qué desenterrar el pasado?

VERDUGO.—Sí, pero el hecho no ha dejado de preocuparme. Aún no veo clara la situación. Quiero saber si en realidad estaba dormido y si tú rezaste la plegaria sin que me diera cuenta. Debes aclararme eso de una vez por todas, porque sin duda sabes toda la verdad. Dime qué sucedió exactamente. Yo estaba un poco borracho, pero...

ALMUÉDANO.—Si te preocupas a tal extremo, ¿por qué voy yo tranquilizarte? Prefiero dejarte así, consumiéndote, retorciéndote en el fuego de la duda.

VERDUGO.—Consúmeme tú en el fuego del infierno, miserable almuédano.

ALMUÉDANO.—¡Mira, mira! El cortejo se aproxima.

(Aparece el cortejo, encabezado por el Sultán. Lo siguen el Juez, el Visir y el condenado. Se dirigen a la plataforma. El Sultán se sienta en el centro de la misma. Los demás lo rodean. El mercader se para a su lado, de frente a la gente.)

TABERNERO.—*(Al verdugo.)* ¡Qué maravilla! ¡Tu amigo el condenado! ¿Qué hará allí, junto al Sultán?

VERDUGO.—*(Mirándolo.)* ¡Por Dios, es verdad! Es él en persona.

ALMUÉDANO.—Estará encargado de la venta. ¿Acaso no es uno de los más poderosos mercaderes de esclavos?

TABERNERO.—¿Has visto, verdugo? No lo salvamos en vano.

VERDUGO.—¡Qué extraño! Va a vender al Sultán dos veces, un cuando era niño y la otra, ahora, de grande.

ALMUÉDANO.—¡Calla! Va a hablar.

MERCADER.—*(Batiendo palmas.)* ¡Silencio, pueblo! Os anuncio que yo, en calidad de mercader y comisionista de esclavos, he sido encargado de llevar a cabo esta venta, en subasta pública en beneficio del tesoro. Es un honor para mí que el Juez Supremo inaugure este procedimiento con unas palabras aclaratorias sobre las condiciones de la venta. Tiene la palabra nuestro respetado Juez.

JUEZ.—¡Oh, pueblo! La venta que se realizará ante vosotros no es como otra cualquiera; posee una peculiaridad. Como ha sido anunciado de antemano, es imprescindible que la venta vaya unida a otro contrato, el de liberación. Esto significa

que al comprador no le está permitido conservar la propiedad y que deberá proceder a la liberación ante el tribunal de contratos, es decir, ante este tribunal. Y no es necesario que os recuerde el texto de la ley, la cual prohíbe a los servidores del estado participar en la compra de lo que a éste pertenece. Habiendo dicho esto, tiene ahora la palabra el Visir, quien os hablará sobre el carácter patriótico de este procedimiento.

ZAPATERO.—(*Murmurando al tabernero.*) ¿Has oído? El comprador no puede conservar lo que compró. ¡Eso se tirar dinero al agua!

TABERNERO.—(*En un murmullo.*) Ahora veremos quién es el idiota que se adelanta.

MERCADER.—(*A gritos.*) ¡Silencio! ¡Silencio!

VISIR.—¡Distinguido pueblo! Asistís hoy a un hecho portentoso, a uno de los acontecimientos más significativos de nuestra historia: un glorioso Sultán trata de obtener la libertad y recurre a su pueblo en lugar de recurrir a su espada, a esta filosa y omnipotente espada que le dio el triunfo sobre el mogol. Nuestro Sultán, victorioso y justo, ha elegido someterse a la ley, tal como lo hace el más débil de sus súbditos y nos pide su libertad mediante la vía estipulada por el derecho. El que desee sacrificarse por la libertad de nuestro amado Sultán, que se presente en esta subasta y el que pague el precio más alto habrá realizado una obra en bien de su país y se le habrá de recordar eternamente.

(*Exclamaciones por parte del pueblo.*)

VOZ.—(*Elevándose entre el pueblo.*) ¡Viva el Sultán!

OTRA VOZ.—¡Viva la ley!

MERCADER.—¡Silencio, pueblo!

VISIR.—(*Continúa su discurso.*) Ya conocéis, noble pueblo, el pequeño sacrificio que el país espera de vosotros. Tal es el precio de un fin justo y noble: el Sultán será liberado gracias a vuestro dinero, éste será destinado al tesoro y así se beneficiarán los pobres y los necesitados. Vuestro muy amado Sultán se presenta ante vosotros para que luchéis por su liberación. Declaro abierto este procedimiento.

(*Entre las exclamaciones de la multitud, hace un signo al mercader para que dé comienzo a su trabajo.*)

MERCADER.—¡Silencio! ¡Silencio! Gente de esta ciudad: ¡queda abierta la subasta! No voy a recurrir a los calificativos usuales

para encarecer la mercancía y atraer a los compradores. Este objeto está por encima de toda descripción, de toda calificación y comentario. No es exageración ni extravagancia si digo que vale su peso en oro. Sin embargo, tampoco es mi intención ponerlo fuera de vuestro alcance y por eso comenzaré con una suma insignificante: diez mil dinares.

(Se escucha un clamor entre la multitud.)

ZAPATERO.—*(Al tabernero.)* ¿Diez mil? ¿Solamente? ¡Qué cantidad ridícula! Mira el rubí que lleva en el turbante. ¡Por Dios, él solo vale cien mil!

TABERNERO.—En verdad, es una insignificancia. Especialmente si se trata de un fin noble, patriótico. ¿Diez mil dinares? No corresponde. Yo soy un ciudadano devoto y no estoy satisfecho con esto. *(Gritando.)* ¡Once mil dinares!

MERCADER.—¿Once mil dinares? ¡Once mil!

ZAPATERO.—¿Once mil, solamente? ¿Eso es todo lo que tienes? Entonces, yo digo... *(Gritando.)* ¡Doce mil dinares!

MERCADER.—¿Doce mil dinares? ¡Doce mil!

TABERNERO.—*(Al zapatero.)* ¿Ofreces más que yo? Entonces, yo digo: ¡trece mil dinares!

MERCADER.—¿Trece mil dinares? ¡Trece mil!

(Un desconocido se abre paso entre la multitud.)

DESCONOCIDO.—¡Quince mil dinares!

ZAPATERO.—¡Qué horror! ¿Quién es ese hombre?

TABERNERO.—Sin duda, un desvergonzado como tú.

ZAPATERO.—O como tú.

MERCADER.—¡Quince mil dinares! ¡Quince mil! ¡Quince mil!

ZAPATERO.—*(Gritando.)* ¡Dieciséis mil dinares!

MERCADER.—*(Gritando.)* ¡Dieciséis mil dinares! ¡Dieciséis!

DESCONOCIDO.—¡Dieciocho mil dinares!

ZAPATERO.—*(Al tabernero.)* ¿De golpe? ¡Ese hombre es un exagerado!

MERCADER.—¡Dieciocho mil dinares! ¡Dieciocho mil!

TABERNERO.—*(Examinando detenidamente al desconocido)* Me parece que he visto a este hombre en algún lugar. Sí, es él, uno de los ricos. Viene de vez en cuando a mi taberna para festejar y beber un vaso antes de subir a la casa de la cortesana.

ZAPATERO.—*(Volviéndose hacia el balcón de la cortesana.)* ¡Mira! Allí está, en la ventana. Está radiante, con sus mejores adornos y chucherías, ¡como una muñeca de mazapán! *(Le grita.)*

¡Eh, belleza de las alturas, ¿acaso no eres tú una devota ciudadana

CORTESANA.—¡Silencio, zapatero! Yo no bromeo en tales circunstancias. Por Dios, que si no te callas, haré que te metan en la cárcel.

MERCADER.—(*Repitiendo.*) ¡Dieciocho mil dinares! ¡La suma es de dieciocho mil dinares!

(*Uno de los nobles se acerca a la plataforma.*)

NOBLE.—(*Gritando.*) ¡Diecinueve mil dinares!

DESCONOCIDO.—¡Subo a veinte mil dinares!

MERCADER.—¡Veinte mil dinares! ¡Veinte mil dinares! ¡Veinte!

NOBLE.—¡Subo a veintiún mil dinares!

DESCONOCIDO.—¡Veintidós mil dinares!

(*Otro noble se acerca.*)

NOBLE 2.—¡Veintitrés mil dinares!

MERCADER.—¡Veintitrés mil dinares! ¡Veintitrés!

DESCONOCIDO.—¡Veinticinco mil!

MERCADER.—¡Veinticinco mil dinares! ¡Veinticinco mil!

(*Se acerca un tercer noble.*)

NOBLE 3.—¡Veintisiete mil!

MERCADER.—(*Gritando.*) ¡Veintisiete mil dinares! ¡Veintisiete!

DESCONOCIDO.—¡Veintiocho mil!

MERCADER.—(*Gritando.*) ¡Veintiocho mil! Veintiocho mil dinares!

NOBLE 3.—¡Veintinueve!

ZAPATERO.—(*Murmurándole al tabernero.*) ¿Lo estarán haciendo en serio? ¿Esos...?

TABERNERO.—Parece que sí.

MERCADER.—¡Veintinueve! ¡Veintinueve mil dinares! ¡Veintinueve!

DESCONOCIDO.—(*Gritando.*) ¡Treinta! ¡Subo a treinta mil dinares!

MERCADER.—¡Treinta! Ofrece treinta. ¡Treinta mil dinares!

ZAPATERO.—(*Murmurando.*) Treinta mil dinares tirados al agua, ¡qué locura!

MERCADER.—(*Gritando a voz en cuello.*) ¡Treinta mil dinares! ¡Treinta! ¿Nadie da más? ¿Nadie? ¿Nadie ofrece más de treinta mil dinares? ¿Eso es todo lo que ofrecéis por nuestro grandioso Sultán?

SULTÁN.—(*Al Visir.*) Hasta aquí llegaron los sentimientos patrióticos...

VISIR.—Mi señor, la mayoría son comerciantes ricos. Los corrompe

la avaricia, el afán de ganancias. Regatean dinero hasta para un fin excelso.

MERCADER.—(*Gritando.*) ¡Treinta mil dinares! Lo repito: ¿quién da más? ¿Quién ofrece más? ¿Nadie? ¿No?... ¿No?... (*El mercader cambia una mirada con el Visir y anuncia.*) Lo repetiré tres veces: A la una..., a las dos... ¡Vendido! Se cierra la subasta en treinta mil dinares.

(*Aclamaciones entre la multitud.*)

TABERNERO.—(*Al zapatero.*) El ganador es cliente mío.

MERCADER.—Que se adelante el ganador. Recibe mis congratulaciones por tu buena fortuna.

(*La multitud lo aclama.*)

VISIR.—Te felicito, ciudadano ejemplar, y te saludo.

(*Aclamaciones de la multitud.*)

MERCADER.—(*Gritando.*) ¡Silencio! ¡Silencio!

VISIR.—(*Continúa.*) Te saludo, ciudadano ejemplar, en nombre de la nación, de este pueblo fiel y leal. Tu noble acción quedará grabada para siempre en las páginas de nuestra historia.

(*Aclamaciones del pueblo.*)

MERCADER.—(*Gritando.*) ¡Silencio! (*Se dirige hacia el desconocido*) ¡Ciudadano ejemplar! ¿Tienes preparada la suma, no es así?

DESCONOCIDO.—Sin duda. Las bolsas con el oro están a unos pocos pasos.

MERCADER.—Bien, espera entonces lo que disponga nuestro venerable Juez.

JUEZ.—(*Anuncia.*) El caso está cerrado. Se ha cumplido lo que decreta la ley y se ha resuelto el problema. ¡Acércate, ciudadano ejemplar! ¿Puedes firmar?

DESCONOCIDO.—Sí, señor Juez.

JUEZ.—Firma, entonces, estos documentos.

DESCONOCIDO.—Escucho y obedezco.

JUEZ.—(*Le presenta un documento.*) Aquí, firma aquí.

DESCONOCIDO.—(*Lee antes de firmar.*) ¿Qué es esto? ¿Qué es?

JUEZ.—Es el contrato de venta.

DESCONOCIDO.—Sí... Firmaré. (*Firma el documento.*)

JUEZ.—(*Le presenta un segundo documento.*) Y esto también.

DESCONOCIDO.—¿Esto? ¿Qué es esto?

JUEZ.—El documento de liberación.

DESCONOCIDO.—(*Da un paso atrás.*) ¡Lo siento!

- JUEZ.—(*Sorprendido.*) ¿Qué dices?
- DESCONOCIDO.—No puedo firmar este documento.
- JUEZ.—¿Cómo? ¿Qué es lo que dices?
- DESCONOCIDO.—Digo que eso no está en mis manos.
- JUEZ.—¿Qué cosa no está en tus manos?
- DESCONOCIDO.—Firmar el documento de liberación.
- JUEZ.—(*Asombrado.*) ¿Que no está en tus manos firmar?
- DESCONOCIDO.—No, no está en mis manos. No me es posible.
- JUEZ.—¿Qué significa esto? ¿Qué quieres decir? Estás loco, no cabe duda. Es tu deber firmarlo. Esa era la condición, la condición básica del procedimiento.
- DESCONOCIDO.—Desafortunadamente, no puedo hacerlo. Esto está más allá de mis atribuciones.
- VISIR.—¿Qué está diciendo este hombre?
- JUEZ.—¡No entiendo!
- VISIR.—(*Al desconocido.*) ¿Por qué te niegas a firmar el documento de liberación?
- DESCONOCIDO.—Porque no me está permitido.
- VISIR.—¿No te está permitido?
- DESCONOCIDO.—(*Asintiendo con la cabeza.*) No, sólo me autorizaron a participar en la subasta y a realizar la compra. Pero más allá de eso, no tengo autorización.
- JUEZ.—No tienes autorización, ¿de quién?
- DESCONOCIDO.—De quien me confió esta misión.
- JUEZ.—¿Representas a otra persona?
- DESCONOCIDO.—Sí, señor Juez.
- JUEZ.—¿Y quién es esa persona?
- DESCONOCIDO.—No puedo responder.
- JUEZ.—¡Pero debes hacerlo!
- DESCONOCIDO.—No, no puedo.
- VISIR.—Estás obligado a decirnos quién te encargó firmar el contrato de venta.
- DESCONOCIDO.—No puedo revelar su nombre.
- VISIR.—¿Por qué no?
- DESCONOCIDO.—Porque juré mantenerlo en secreto y no puedo quebrantar mi juramento.
- VISIR.—Pero el que te confió esta misión, ¿por qué quiere mantener oculto su nombre.
- DESCONOCIDO.—No sé.
- VISIR.—Naturalmente, debe tener mucho dinero si puede pagar esta cantidad de una vez.
- DESCONOCIDO.—Esos treinta mil dinares son los ahorros de toda su vida.

VISIR.—¿Y te autorizó para que los pusieras todos en esta subasta
DESCONOCIDO.—Sí.

VISIR.—¡Es la generosidad en persona! ¡Qué nobleza de sentimientos! ¿Pero por qué oculta su nombre? ¿Es humilde
¿O es por el deseo de que su bondad permanezca en secreto y su buena acción, ignorada?

DESCONOCIDO.—Quizás.

JUEZ.—En ese caso, debía haber dado a su representante poder para firmar el documento de liberación.

DESCONOCIDO.—No. Sólo me autorizó a realizar la compra.

JUEZ.—Eso prueba sus malvadas intenciones.

VISIR.—Es verdad.

SULTÁN.—(En tono irónico.) Parece que el caso se ha complicado.

JUEZ.—Un poco, mi señor.

VISIR.—Este hombre tiene que hablar. Si no, lo obligaré por la fuerza.

JUEZ.—Calma, Visir. ¡Calma! Hablará por su voluntad y responderá amistosamente a mis preguntas. Oye, buen hombre: es que te ha confiado esta misión, ¿qué hace?

DESCONOCIDO.—No hace nada.

JUEZ.—¿Tendrá una profesión?

DESCONOCIDO.—Eso dicen.

JUEZ.—Dices que tiene una profesión pero no hace nada.

DESCONOCIDO.—Así es.

JUEZ.—Es funcionario, entonces...

DESCONOCIDO.—No.

JUEZ.—Es rico...

DESCONOCIDO.—Algo.

JUEZ.—Y tú estás encargado de administrar sus negocios...

DESCONOCIDO.—Más o menos.

JUEZ.—¿Es noble?

DESCONOCIDO.—Más que eso.

JUEZ.—¿Cómo puede ser?

DESCONOCIDO.—Los nobles lo visitan pero no le interesan sus visitas.

JUEZ.—Es un Visir, entonces...

DESCONOCIDO.—No.

JUEZ.—Tiene influencias...

DESCONOCIDO.—Sí, sobre sus conocidos.

JUEZ.—¿Y tiene muchos?

DESCONOCIDO.—Sí, muchos.

JUEZ.—(Reflexiona en silencio, mientras se peina la barba con los dedos.) Sí..., sí...

SULTÁN.—Por fin, Juez, ¿has encontrado una solución para todos estos enigmas? ¿O vamos a perder el tiempo jugando a las adivinanzas?

VISIR.—(*Impaciente.*) Tendremos que recurrir a la fuerza, señor. No nos queda otro camino. Ese individuo misterioso que oculta su nombre y trastorna así esta subasta, debe de tener en mente un plan dudoso, un proyecto siniestro. Con tu permiso, tomaré cartas en el asunto. (*Grita a los guardias.*) ¡Llevalo al tormento hasta que os diga el nombre de su instigador!

DESCONOCIDO.—(*Gritando.*) ¡No, no! No me enviéis al tormento. ¡Por Dios! ¡Al tormento, no! ¡Os lo suplico!

VISIR.—¡Habla, entonces!

DESCONOCIDO.—He jurado...

VISIR.—(*A los guardias.*) ¡Lleváoslo!

(*Los guardias lo rodean.*)

DESCONOCIDO.—(*Gritando.*) ¡No, no, no!

(*Se abre la puerta de la casa de la cortesana. Aparece ésta y avanza hacia la plataforma. La siguen la sirvienta y los esclavos que cargan los sacos.*)

CORTESANA.—¡Dejadlo! ¡Dejadlo! Yo lo he enviado. Aquí tenéis las bolsas con el oro. Treinta mil dinares, contantes y sonantes.

(*Agitación y confusión entre la multitud.*)

GUARDIAS.—(*Gritando.*) ¡Silencio! ¡Silencio!

VISIR.—¿Quién es esta mujer?

PÚBLICO.—La que tenemos ante nosotros es una cortesana.

VISIR.—¡Una cortesana!

CORTESANA.—Sí, una cortesana famosa en el barrio.

SULTÁN.—¡Bravo! ¡Muy bien! El toque que faltaba...

VISIR.—¿Tú, mujer? ¿Tú eres la que...?

CORTESANA.—Sí, yo envié a este hombre a la subasta. (*Se dirige al desconocido.*) ¿No es así?

DESCONOCIDO.—Es verdad, señora mía.

VISIR.—¿Te has atrevido a comprar a nuestro Sultán?

CORTESANA.—¿Y por qué no? ¿No soy una ciudadana? Tengo el dinero y los mismos derechos que los demás.

JUEZ.—Sí, tienes los mismos derechos. La ley es igual para todos.

Pero, asimismo, deberías conocer las condiciones de esta venta.

CORTESANA.—Naturalmente. Yo sé que ésta es una...

JUEZ.—Una venta que tiene ciertas peculiaridades...

CORTESANA.—Es una subasta pública.

JUEZ.—Sí, pero...

VISIR.—Es antes que nada una acción patriótica y tú eres ur
ciudadana que se interesa por el bien de su país, según
creo...

CORTESANA.—¡Sin duda!

VISIR.—Entonces, firma este documento.

CORTESANA.—¿Y qué es ese documento?

VISIR.—La liberación.

CORTESANA.—¿Y eso qué significa?

VISIR.—¿No sabes qué significa liberación?

CORTESANA.—¿Significa acaso que debo renunciar a lo que poseo?

VISIR.—Sí.

CORTESANA.—¿Renunciar a la mercancía que compré en la subasta?

VISIR.—¡Así es!

CORTESANA.—¡No! No quiero renunciar a ella.

SULTÁN.—¡Hermoso!

VISIR.—¡Renunciarás, mujer!

CORTESANA.—¡No!

VISIR.—No me obligues a ser violento. Sabes que puedo obligarte.

CORTESANA.—¿De qué modo?

VISIR.—(*Señala su sable.*) ¡Con esto!

SULTÁN.—¿Ahora recurres al sable? Ya pasó el momento.

VISIR.—¡Tiene que obedecer!

CORTESANA.—Pero yo obedezco, Visir. Obedezco la ley. ¿Acaso no
he firmado el contrato de venta de acuerdo con ella? ¿Ha
sido respetada la ley o no?

SULTÁN.—Responde, Juez.

JUEZ.—Es verdad, mujer. Firmaste el contrato de venta pero existían
ciertas condiciones...

CORTESANA.—Lo cual quiere decir...

JUEZ.—Quiere decir que la venta está condicionada.

CORTESANA.—¿A qué?

JUEZ.—A la liberación. En caso contrario, será nula.

CORTESANA.—Quieres decir, Juez, que para que sea válida, tengo
que firmar la liberación...

JUEZ.—¡Sí!

CORTESANA.—Y asimismo, que tengo que firmar la liberación para
que sea efectiva la compra...

JUEZ.—¡Exactamente!

CORTESANA.—Pero, señor mío. ¿Qué es comprar? ¿No significa adquirir algo a cambio de un valor equivalente?

JUEZ.—¡Así es!

CORTESANA.—¿Y qué es la liberación? No es lo contrario a la posesión? Renunciar a la posesión.

JUEZ.—Sí...

CORTESANA.—Entonces, Juez, tú haces de la liberación un requisito de la posesión. Es decir, para que se haga efectiva la posesión de la cosa comprada, el comprador debe renunciar a dicha cosa...

JUEZ.—¿Qué?... ¿Qué?...

CORTESANA.—En otras palabras: para poseer algo, hay que renunciar a ello..

JUEZ.—¿Cómo puedes decir que para poseer algo hay que renunciar a ello?

CORTESANA.—O si quieres: para poseer algo es necesario no poseerlo.

JUEZ.—¿Qué está diciendo?

CORTESANA.—Ésa es tu condición. Para comprar, tengo que liberar. Para poseer algo, tengo que no poseer. ¿Te parece lógico eso?

SULTÁN.—Tiene razón. Sería ilógico, absurdo aceptar tal cosa.

JUEZ.—¿Quién te enseñó eso, mujer? Sin duda un jurisconsulto. El que inspiró tus palabras tiene talento pero es un insolente, un desvergonzado.

SULTÁN.—¿Y eso qué importa? No va a cambiar en nada la situación. Esa es tu ley, Juez, ¿has visto? Con la ley siempre hay un argumento para hacer frente a otro argumento y ninguno carece de lógica o de razón.

JUEZ.—Pero eso es una falacia, un sofisma. Lo que dice esta mujer no es más que un sofisma.

SULTÁN.—El sofisma está en tu condición. Una venta es una venta. Eso es evidente.

JUEZ.—¡Claro, señor! Pero esta mujer conocía la naturaleza de la subasta. Sabía perfectamente qué significado, qué objetivo tenía. Entonces, su comportamiento no es más que un fraude, un engaño, una impostura...

SULTÁN.—Si quieres darle una lección de moral, es cosa tuya. En cuanto a la ley, ya no tiene nada que hacer aquí.

JUEZ.—Pero es mi deber defenderla ante esta criatura que se burla de ella.

CORTESANA.—Te lo suplico, Juez. No me insultes.

JUEZ.—Y tú, mujer, ¿no sientes vergüenza? ¿No te avergüenzas de tu proceder?

CORTESANA.—¿Avergonzarme? ¿Por qué? ¿Porque compré algo que el tesoro vendía? ¿Porque me niego a que me quiten lo mío, a que me priven de algo por lo que pagué un alto precio? Aquí tenéis las bolsas con el oro. Contad vuestro dinero y guardáoslo.

JUEZ.—Yo rechazo tu dinero y declaro nulo el contrato.

CORTESANA.—¿Por qué motivo?

JUEZ.—Porque eres una mujer de mala reputación y pésima conducta. Quizás este dinero sea producto del pecado. ¿Cómo podría el estado aceptarlo?

CORTESANA.—Pues lo aceptan cuando pago mis impuestos. ¿Acaso no van al estado? Si ésa es tu opinión, Juez, de hoy en adelante no pagaré un solo centavo.

SULTÁN.—Recibe el dinero, Juez. Es lo más sencillo.

JUEZ.—¿Entonces, persistes en tu actitud, mujer?

CORTESANA.—¡Sin duda! ¡Yo no bromeo con el oro! Yo pago para comprar y compro para poseer. La ley me da ese derecho. La venta es la venta y la propiedad, propiedad. Tomad lo que os corresponde y entregadme lo que me corresponde.

VISIR.—Pero, mujer, ¿cómo quieres que te entreguemos al Sultán de nuestro país?

CORTESANA.—¿Y por qué lo pusisteis en venta?

SULTÁN.—Sus palabras son lógicas.

CORTESANA.—Yo os contestaré. La respuesta es simple. Lo pusisteis en venta para que alguien lo comprara. Y yo lo compré. Me fue adjudicado en la subasta, públicamente, delante de todos. Aquí está la suma pedida y no os queda más que entregarme la mercancía.

SULTÁN.—¿La mercancía?

CORTESANA.—Sí y os pido que me la enviéis a casa.

SULTÁN.—¿A cuál casa?

CORTESANA.—A mi casa, naturalmente. Ésa, la casa de enfrente.

SULTÁN.—(Al Juez.) ¿Has oído?

JUEZ.—No tiene sentido, no servirá de nada discutir con semejante mujer. Mi señor, yo me lavo las manos.

SULTÁN.—Una buena solución, Juez. Tú me hundiste en el lodo y ahora te lavas las manos.

JUEZ.—Reconozco mi fracaso. No sabía que tendría que enfrentarme con gente de esta clase.

SULTÁN.—¿Entonces...?

JUEZ.—Castígame, señor. Merezco el castigo más atroz. Envíame al exilio o hazme cortar la cabeza.

SULTÁN.—¿Y de qué me serviría? Si con la cabeza bien puesta me condujiste a esta encrucijada, ¿crees que sin cabeza me harías salir de ella?

VISIR.—Deja el asunto en mis manos, señor. Ahora veo claramente lo que tengo que hacer. (*Desenvaina la espada.*)

SULTÁN.—¡No!

VISIR.—Pero señor...

SULTÁN.—Te dije que no, ¡enfunda la espada!

VISIR.—Escúchame un instante, señor...

SULTÁN.—Guarda esa espada. Ya hemos tomado una decisión. ¡Sigamos adelante!

VISIR.—Señor mío, ya que el Juez ha fracasado y se declara incompetente, volvamos a nuestros métodos.

SULTÁN.—No, no volveremos atrás.

VISIR.—Con la espada todo se soluciona fácilmente, en un abrir y cerrar de ojos.

SULTÁN.—¡No! He elegido la ley y seguiré por ese camino; sin fijarme en el lodo que encuentre.

VISIR.—¿La ley?

SULTÁN.—Sí, tú lo dijiste hace poco. Lo expresaste con hermosas palabras; el Sultán, como el más humilde de los ciudadanos, ha elegido obedecer la ley. Hacer realidad tales palabras merece los más denodados esfuerzos.

VISIR.—¿Piensas, señor mío, que el más humilde de los ciudadanos aceptaría esta situación? Aquí está el pueblo, delante de nosotros. Si me permites, apelaré a él.

SULTÁN.—Hazlo y veremos.

VISIR.—(*Dirigiéndose al pueblo.*) ¡Pueblo! Habéis visto cómo esta desvergonzada mujer trata a vuestro glorioso Sultán, ¿estáis de acuerdo con lo que ha hecho?

PUEBLO.—(*Gritando.*) ¡No!

VISIR.—¿Podéis tolerar este mezquino acto en contra de nuestro sublime gobernante?

PUEBLO.—¡No!

VISIR.—¿No creéis que merece un castigo?

PUEBLO.—(*A gritos.*) ¡Sí!

VISIR.—¿Y cuál sería la pena adecuada?

PUEBLO.—(*Gritando.*) ¡La muerte!

VISIR.—(*Dirigiéndose al Sultán.*) ¿Has visto, señor? El pueblo ha pronunciado su sentencia.

CORTESANA.—(*Enfrentando al pueblo.*) ¿La muerte? ¿Por qué me

condenáis? ¿Qué crimen cometí? ¿Acaso comprar es un crimen? ¿Acaso robé ese dinero? ¿Son los ahorros de toda mi vida! ¿Acaso robé lo que estaba en venta? Lo compré con mi dinero en una subasta pública, delante de vuestros ojos. ¿Cuál es mi crimen, entonces? ¡Hablad! ¿Por qué queréis derramar la sangre de una mujer desamparada?

VOCES.—(*Elevándose entre la multitud.*) ¡La muerte para la cortesana!

OTRA VOZ.—(*De entre al multitud.*) ¡No, no la matéis!

SULTÁN.—(*Al Visir.*) ¿Has visto?

VISIR.—(*Al pueblo.*) ¿Creéis que debe ser ejecutada?

UNAS VOCES.—¡Sí!

OTRAS VOCES.—¡No!

SULTÁN.—Las opiniones están divididas, Visir.

VISIR.—Pero la mayoría está por la muerte.

SULTÁN.—Esa no es una razón para matarla. Tú buscas una excusa con visos de legalidad para servirte de la espada.

VISIR.—Es preciso que muera si queremos salir de este dilema.

SULTÁN.—Ahora necesitamos un cadáver para salvarme.

VISIR.—Sí.

SULTÁN.—Estamos otra vez entre el lodo y la sangre.

VISIR.—Sólo la espada nos abrirá el camino.

SULTÁN.—El que marcha por un camino recto siempre encuentra una salida.

VISIR.—Quieres decir, mi señor,...

SULTÁN.—Quiero decir que no hay forma de retroceder. ¿Entiendes?

VISIR.—Entiendo. Quieres caminar en pos de la ley.

SULTÁN.—¡Así es! No desistiré de mi elección.

VISIR.—¿Y cómo lo harás, si el mismo Juez confesó su fracaso?

SULTÁN.—Él es libre de hacerlo. En cuanto a mí, no daré un paso atrás. ¡Sigamos hasta el final!

VISIR.—¿Y esta mujer que nos obstruye el camino?

SULTÁN.—¡Déjame a mí! (*Se vuelve hacia la mujer.*) Ven aquí, mujer. Acércate. Un paso más. Aquí, delante de mí. Quiero hacerte unas pocas preguntas. ¿Me lo permites?

CORTESANA.—Señor mío,...

SULTÁN.—Antes que nada, ¿quién soy?

CORTESANA.—¿Que quién eres?

SULTÁN.—Sí, ¿quién soy?

CORTESANA.—El Sultán.

SULTÁN.—Reconoces que soy el Sultán.

CORTESANA.—¡Naturalmente!

SULTÁN.—Correcto. ¿Y cuál es el trabajo de un Sultán?

CORTESANA.—¿Su trabajo?... ¡Gobernar!

SULTÁN.—¿Y te parece bien que yo gobierne?

CORTESANA.—¡Sin duda!

SULTÁN.—Muy bien. Entonces, si aceptas todo esto, ¿cómo puedes exigir que te entreguen al Sultán?

CORTESANA.—¡Es mi derecho!

SULTÁN.—No discuto tus derechos. Te pregunto solamente sobre la posibilidad de hacerlos efectivos. Si el Sultán gobierna, ¿cómo cumplirá con su oficio si lo envían a tu casa?

CORTESANA.—Nada más simple. Serás Sultán durante el día y, al caer la noche, vendrás a mi casa.

SULTÁN.—Discúlpame pero no comprendes exactamente mi trabajo. El Sultán no es como el dueño de un negocio que abre de día y cierra de noche. Está en todo momento a completa disposición. Hay problemas graves, urgentes, que lo obligan a reunirse con sus ministros en medio de la noche.

CORTESANA.—Eso también es fácil. En mi casa hay un cuarto aislado en el que puedes trabajar con ellos.

SULTÁN.—¿Te parece razonable esa situación?

CORTESANA.—Más que razonable, ¡me parece maravillosa!

SULTÁN.—En efecto, maravillosa. El Sultán disponiendo los asuntos de estado desde la casa de una mujer de la que se dice que es, discúlpame, una cortesana.

CORTESANA.—Dilo, dilo. Después de los golpes que he recibido, las palabras ya no pueden herirme. Pero yo te lo aseguro, Sultán, en mi casa hallarás la alegría que no encuentras en la tuya.

SULTÁN.—Puede ser... Sin embargo, el gobernante no puede cumplir con sus tareas desde otras casas.

CORTESANA.—Eso, si el gobernante es libre...

SULTÁN.—¡Acertaste! Yo no soy libre.

(Inclina la cabeza y se produce un silencio.)

CORTESANA.—Lo que me gusta de ti, Sultán, es tu tranquilidad. Tu calma ante la catástrofe.

SULTÁN.—*(Levanta la cabeza hacia ella.)* ¿Reconoces que es una catástrofe?

CORTESANA.—¡Naturalmente! ¡Que a un Sultán grandioso como tú se lo trate de esta manera!...

SULTÁN.—Sólo tú me tratas así.

CORTESANA.—¡Es verdad! ¡Qué orgullo, qué alegría escuchar esto de tu boca! Es un honor que vale todo el oro del mundo.

Desde hoy, nadie en la ciudad se atreverá a despreciarme. Porque yo puedo tratar mal a los sultanes.

VISIR.—(Alterado.) ¡Basta, mujer, basta! Te has excedido. ¡Hay que cortarle la cabeza a esta miserable impertinente!

SULTÁN.—¡Calma!

CORTESANA.—Sí, calma. Y no intervengas en lo que no te importa.

VISIR.—¡Cómo tolerar esto! ¡Oh, Dios, danos paciencia, danos paciencia!

CORTESANA.—Sí, es mejor que tengas paciencia, Visir, y nos dejes conversar a mí y al Sultán. Este problema sólo nos interesa a los dos.

SULTÁN.—Es verdad.

CORTESANA.—¿Dónde habíamos quedado, señor?

SULTÁN.—Ya no lo sé. Tú eras la que hablaba.

CORTESANA.—Sí, ya recuerdo. Nos detuvimos en mi afirmación de que es un honor...

SULTÁN.—...tratarme mal.

CORTESANA.—En realidad, estoy disfrutando el placer de tu conversación. Es la primera vez que te veo de cerca. Me habían hablado mucho de ti, pero no sabía que eras tan gentil.

SULTÁN.—Gracias.

CORTESANA.—Es como si fuéramos amigos desde hace mucho tiempo.

SULTÁN.—¿Es tu costumbre humillar a los amigos?

CORTESANA.—¡No, de ninguna manera! ¡Todo lo contrario!

SULTÁN.—Entonces, ¿por qué haces de mí una excepción?

CORTESANA.—Eso es lo que ha comenzado a molestarme. ¡Tanto que deseo alegrarte y ofrecerte mi estima y respeto! ¿Pero cómo, cómo hacerlo? ¿De qué manera?

SULTÁN.—Es muy simple.

CORTESANA.—¿Firmando el documento de liberación?

SULTÁN.—Creo que sí.

CORTESANA.—¡No, no pienso dejarte! No quiero abandonarte. ¡Eres mi esclavo! ¡Tú eres mío, mío!

SULTÁN.—Soy tuyo y de todo el pueblo.

CORTESANA.—¡Quiero que seas sólo mío!

SULTÁN.—¿Y el pueblo?

CORTESANA.—No pagó para tenerte.

SULTÁN.—Es verdad. Pero es imposible ser tuyo y ser Sultán al mismo tiempo. Si me quieres tener sólo para ti, queda una única solución.

CORTESANA.—¿Cuál?

SULTÁN.—Que dejara de ser Sultán, que abandonara el trono y me alejara del gobierno.

CORTESANA.—No, no quiero eso de ti. Quiero que sigas gobernando.

SULTÁN.—En ese caso, tienes que sacrificarte.

CORTESANA.—¿Yo?

SULTÁN.—¡O yo!

CORTESANA.—¿Renunciar a ti?

SULTÁN.—¡O yo al pueblo?

CORTESANA.—¿Soy yo la que debe elegir?

SULTÁN.—Naturalmente, las riendas del poder están en tus manos.

CORTESANA.—¿Tal es mi importancia?

SULTÁN.—En este momento, sí.

CORTESANA.—¡Es maravilloso!

SULTÁN.—En verdad.

CORTESANA.—¿Tengo ahora las riendas del poder?

SULTÁN.—¡Sí!

CORTESANA.—¿Debo decidir si seguirás siendo Sultán?

SULTÁN.—¡Sí!

CORTESANA.—¿Con una palabra mía dejarías de serlo?

SULTÁN.—¡Sí!

CORTESANA.—¡Esto es sorprendente!

SULTÁN.—¡Sin duda!

CORTESANA.—¿Y quién me da todo ese poder? ¿El dinero?

SULTÁN.—La ley.

CORTESANA.—Una palabra mía podría cambiar tu destino: la esclavitud y la servidumbre o la libertad y el poder.

SULTÁN.—¡Tuya es la elección!

CORTESANA.—(*Reflexionando.*) La esclavitud que te hace mío o la libertad que te rescata para tu trono y para tu pueblo.

SULTÁN.—Tú debes decidir.

CORTESANA.—La opción es difícil.

SULTÁN.—Lo sé.

CORTESANA.—Es penoso dejarte ir. Te perderé para siempre. Pero también es doloroso verte alejado del trono. Porque nuestro país nunca tendrá un Sultán tan justo y valiente como tú. No, no abandones el gobierno, no renuncies al trono. ¡Quiero que sigas siendo el Sultán!

SULTÁN.—Entonces. . .

CORTESANA.—¡Firmaré el documento!

SULTÁN.—¿El documento de liberación?

CORTESANA.—¡Sí!

JUEZ.—(*Acude a presentar el documento.*) ¡Aquí está!

CORTESANA.—Tengo un último pedido.

SULTÁN.—¿Cuál es?

CORTESANA.—Que me concedas, señor mío, esta noche. Una única noche. Hazme el honor de aceptar mi invitación y sé mi huésped hasta el amanecer. Cuando el almuédano llame a la plegaria desde lo alto de ese minarete, firmaré, y mi señor, el Sultán, será libre.

JUEZ.—¿Cuando el almuédano llame a la plegaria?...

CORTESANA.—Sí. ¿Es mucho? Si he comprado al Sultán por tantas bolsas de oro, ¡qué sea mi huésped por una noche!

SULTÁN.—¡Acepto!

VISIR.—Pero señor, ¿quién nos garantiza que cumplirá su promesa?

SULTÁN.—Yo, yo lo garantizo. Confío en su palabra.

JUEZ.—¿Nos lo juras, mujer?

CORTESANA.—Sí, ¡lo juro! Lo juro por Dios. Firmaré el documento cuando el almuédano llame a la plegaria.

JUEZ.—Dios y nosotros somos testigos.

SULTÁN.—En cuanto a mí, confío en ella sin juramentos.

CORTESANA.—Y ahora, señor mío, noble Sultán, permíteme honrar mi humilde casa con tu generosa visita.

(Se levanta el Sultán y sigue a la cortesana. Música.)

Telón.

TERCER ACTO

La misma plaza. A un lado, la mezquita con su minarete. En el otro extremo, la casa de la cortesana y parte de un cuarto cuya ventana da a la calle.
Es de noche.

VISIR.—(*En la plaza, gritando a los guardias.*) ¿Qué espera aquí, a medianoche, toda esta gente? ¡Expulsadlos! Que se vaya cada cual a su casa. A dormir, he dicho.

GUARDIAS.—(*Desalojan a la multitud.*) ¡A vuestras casas! ¡A dormir!

GENTE.—(*Protestando.*) ¡No!... ¡No!...

ZAPATERO.—(*Grita.*) ¡Quiero quedarme aquí!

TABERNERO.—¡Yo tampoco me moveré!

VISIR.—(*A los guardias.*) ¿Qué dicen?

GUARDIAS.—Se niegan.

VISIR.—(*Gritando.*) ¿Se niegan? ¡Qué son estas tonterías! ¡Obligadlos!

GUARDIAS.—(*Con fuerza.*) ¡Todos a sus casas! ¡A dormir! ¡Váyanse! ¡Váyanse!

ZAPATERO.—¡Yo estoy en mi casa! ¡Éste es mi negocio!

TABERNERO.—También el mío está aquí enfrente.

GUARDIAS.—¿No obedecen las órdenes? ¡Vamos! ¡Vamos! (*Los empujan.*)

ZAPATERO.—No hay necesidad de violencia. ¡Os lo ruego!

TABERNERO.—¡No me empujéis así!

VISIR.—(*A los guardias.*) Traed a esos dos rebeldes.

(*Los guardias aprehenden al zapatero y al tabernero y los traen ante el Visir.*)

ZAPATERO.—¡Por Dios! Si no hicimos nada, señor Visir.

VISIR.—¿Por qué se niegan a ir a casa?

ZAPATERO.—No quiero acostarme. Quiero quedarme aquí, señor Visir, para ver...

VISIR.—¿Para ver qué?

ZAPATERO.—Para ver cómo sale nuestro Sultán de esa casa.

TABERNERO.—Yo también, señor mío. ¡Déjame verlo!

VISIR.—¡Qué atrevidos! El atrevimiento de todos ha llegado a los límites del descaro. Hasta os atrevéis a hablar en este tono.

TABERNERO.—No es un atrevimiento, señor Visir. Es un pedido.

VISIR.—¿Un pedido?

ZAPATERO.—Sí, señor mío. Te rogamos que nos permitas observar... .

VISIR.—¡Qué desvergüenza! ¿Y qué tenéis que ver en este asunto?

ZAPATERO.—¿Acaso no somos buenos ciudadanos? ¡Nos importa el destino de nuestro Sultán!

VISIR.—Esa no es razón para desobedecer órdenes.

ZAPATERO.—Es que no estamos desobedeciendo, sino suplicando.

¿Cómo vamos a pegar un ojo en toda la noche si el destino de nuestro señor, el Sultán, está en la balanza?

VISIR.—¿En la balanza?

ZAPATERO.—Sí, señor. En la balanza de los caprichos cambiantes.

VISIR.—¿Qué quieres decir?

ZAPATERO.—Quiero decir que los acontecimientos no nos inspiran tranquilidad.

VISIR.—¿Y qué sabes tú de eso?

ZAPATERO.—Con semejante mujer no se puede estar seguro de nada. Hemos hecho una apuesta. Él dice que va a quebrantar su juramento y yo, que lo va a cumplir.

VISIR.—¡Qué bonito! Un caso grave como éste se convierte en motivo de apuestas.

TABERNERO.—No somos los únicos, señor Visir. Hasta el almuédano y el verdugo han apostado.

VISIR.—¿El verdugo? ¿Dónde está el verdugo?

TABERNERO.—(*Señalando con la mano.*) Allí, señor. Tratando de esconderse entre la gente.

VISIR.—(*A los guardias.*) ¡Traedlo!

(*Los guardias traen al verdugo ante el Visir.*)

VERDUGO.—(*Temeroso.*) La culpa no es mía, señor Visir. La culpa es del almuédano. ¡Él es el responsable! Él no rezó la plegaria del amanecer!

VISIR.—¿Del amanecer? ¿De qué amanecer me hablas? ¡El amanecer aún está lejos, tonto! (*El tabernero y el zapatero se rien.*) Os atrevéis a reír en mi presencia. ¡Desapareced de mi vista! ¡Marchaos! (*El tabernero y el zapatero huyen precipitadamente.*) ¿Y ahora, verdugo? ¿Participaste en las apuestas?

VERDUGO.—¿Apuestas? ¿Quién ha dicho eso, señor Visir?

VISIR.—Quiero que respondas a mis preguntas con sinceridad.

VERDUGO.—Pero, señor... .

VISIR.—No temas. Dime.

VERDUGO.—Pero esa apuesta, señor...

VISIR.—Lo sé, lo sé y no te criticaré. Respóndeme con franqueza.
En tu opinión, ¿mantendrá esa mujer su promesa o no?

VERDUGO.—Pero yo, señor...

VISIR.—Te dije que no tuvieras miedo y me dijeras tu opinión.
Sin tapujos. ¡Es una orden, obedece!

VERDUGO.—Tu orden será obedecida, señor mío. En realidad, yo
no confío en esa mujer...

VISIR.—¿Por qué?

VERDUGO.—Porque es una mentirosa, una embustera, una mujer
falaz...

VISIR.—¿La conoces?

VERDUGO.—Conocí algunos de sus trucos aquel día, cuando tuve
que esperar el amanecer para ejecutar la sentencia.

VISIR.—Una mentirosa..., una impostora..., una mujer falaz...

VERDUGO.—¡Sí!

VISIR.—¿Y qué merece una mujer como ésa?

VERDUGO.—¡Un castigo, naturalmente!

VISIR.—¿Y qué castigo le corresponde, si mintió y engañó a nues-
tro glorioso Sultán?

VERDUGO.—¡La muerte, sin duda!

VISIR.—¡Correcto! Disponte a ejecutarla al amanecer.

VERDUGO.—(*Hablando consigo mismo.*) ¿Al amanecer? ¿Otra vez?

VISIR.—¿Qué dices?

VERDUGO.—Digo que al amanecer estaré dispuesto a ejecutar la
orden del señor Visir.

VISIR.—Sí, si el almuédano llama a la plegaria y nuestro Sultán
no sale libre de esa casa.

VERDUGO.—Entonces, le cortaré el cuello a esa mujer.

VISIR.—Sí, en castigo de su ofensa...

VERDUGO.—De sus mentiras y sus engaños...

VISIR.—¡No!

VERDUGO.—(*Sin entender.*) ¿No?

VISIR.—(*Hablando consigo mismo.*) No, no es suficiente. Tal ofen-
sa no merece la muerte. Además, es capaz de encontrar en la
ley y en la lógica alguna frase altisonante que justifique
su acción. ¡No! Tendrá que ser un crimen terrible, espe-
luznante, que no tenga justificación ni defensa. Una culpa
que subleve la indignación de todo el pueblo. Por ejemplo,
podríamos decir que es una... ¡una espía!

VERDUGO.—¿Una espía?

VISIR.—Sí, una espía al servicio de los mogoles. Entonces, el pueblo se levantaría como un solo hombre pidiendo su cabeza.

VERDUGO.—Sí, sería un castigo apropiado.

VISIR.—¿No te parece?

VERDUGO.—Y yo alzaré la voz: ¡La muerte para la traidora!

VISIR.—Tu sola voz no basta. Tiene que haber otras lanzando el mismo grito.

VERDUGO.—¡Las habrá!

VISIR.—¿Sabes de otras?

VERDUGO.—¡No será difícil encontrarlas!

VISIR.—Sí, hay que preparar testigos.

VERDUGO.—¡Será muy fácil!

VISIR.—Me parece que este plan puede tener éxito. De ti depende que no fracase.

VERDUGO.—Soy tu fiel servidor, Visir.

(Se ilumina el cuarto en la casa de la cortesana.)

VISIR.—¡Silencio! Hay luz en la ventana, alejémonos un poco...

(Se oscurece la plaza; en el cuarto, aparecen el Sultán y la cortesana. Se dirigen a un confortable diván.)

SULTÁN.—*(Sentándose.)* Tu casa es lujosa. Y tus vestidos, costosos.

CORTESANA.—*(Sentándose a sus pies.)* Sí. Te he dicho, señor, que mi esposo era uno de los más ricos mercaderes. Tenía buen gusto, amaba la poesía y el canto.

SULTÁN.—¿Eras su esclava?

CORTESANA.—Sí. Me compró cuando tenía dieciséis años. Luego me liberó y me desposó antes de morir.

SULTÁN.—Tu suerte es mejor que la mía.

CORTESANA.—Mi buena suerte es que esta noche honres mi casa.

SULTÁN.—¿Qué te propones hacer conmigo?

CORTESANA.—Distraerte un poco, nada más.

SULTÁN.—¿Eso es todo?

CORTESANA.—Simplemente eso. Ya te lo dije. En mi casa hay una alegría que no existe en la tuya. Tengo hermosas esclavas, expertas en la danza, el canto y todo tipo de instrumentos. Puedes estar seguro de que no te aburrirás.

SULTÁN.—Hasta que llegue el amanecer...

CORTESANA.—No pienses ahora en el amanecer. Aún está lejos.

SULTÁN.—Haré todo lo que me pidas.

CORTESANA.—Sólo pido que me hables, que comas, que oigas mi música...

SULTÁN.—¿Eso nada más?

CORTESANA.—¿Y qué más puedo pedir?

SULTÁN.—No sé, ¡tú sabrás!

CORTESANA.—Empecemos a conocernos. ¡Cuéntame!

SULTÁN.—¿Sobre mí?

CORTESANA.—Sí, sobre tu vida. ¡Cuéntame tu vida!

SULTÁN.—¿Quieres que te cuente un cuento?

CORTESANA.—Sí, debes de ser un tesoro de historias maravillosas.

SULTÁN.—Ahora soy yo el que cuenta cuentos...

CORTESANA.—¿Y por qué no?

SULTÁN.—¡Es verdad! Estoy en la situación de Sherezada. Ella también tenía que contar historias para alargar la noche, para esperar el amanecer que decidiría su destino.

CORTESANA.—(Sonriendo.) ¿Y yo, entonces, el terrible y temido Shahriyar?

SULTÁN.—Sí. ¿No es extraño? Hoy todo marcha al revés.

CORTESANA.—No. Tú siempre serás el Sultán. Yo estoy en el lugar de Sherezada, sentada siempre a tus pies.

(Golpea las manos. Se escucha una música suave detrás de los cortinados.)

SULTÁN.—¡Qué hermoso!

CORTESANA.—Yo misma bailaré para ti.

(Se levanta y danza.)

SULTÁN.—(Al terminar la danza.) ¡Hermoso! Todo es muy hermoso. ¿Haces esto todas las noches?

CORTESANA.—No, mi señor. Es una excepción, para ti. No he bailado desde que me casé. Siempre son mis esclavas las que tocan, bailan y cantan.

SULTÁN.—¿Para tus clientes?

CORTESANA.—Debes decir, para mis huéspedes.

SULTÁN.—Como quieras. Tus huéspedes. Pero tus huéspedes pagarán un precio muy elevado. Ahora porque eres tan rica.

CORTESANA.—Mis riquezas las heredé de mi esposo. A veces gasto en estas noches más de lo que recibo.

SULTÁN.—¿Por qué? ¿Por amor a Dios?

CORTESANA.—Por amor al arte. Soy una apasionada...

SULTÁN.—(Irónicamente.) ¿De las bellas artes?

CORTESANA.—No me crees. No me tomas en serio. ¡Sea! Piensa mal de mí, si quieres. No acostumbro a defenderme de lo que piensan los demás. A los ojos de la gente soy una mujer de mala reputación. He terminado por aceptar ese juicio y he encontrado la tranquilidad. Ya no me preocupa cambiar la

opinión de la gente. Cuando se cruzan los límites de la maledicencia, uno está libre. Y yo necesito mi libertad.

SULTÁN.—¿Tú también?

CORTESANA.—Sí, para hacer lo que me place.

SULTÁN.—¿Y qué es lo que te gusta?

CORTESANA.—La compañía de los hombres.

SULTÁN.—Entiendo.

CORTESANA.—No. Has entendido mal. No es como entendiste.

SULTÁN.—¿Cómo es entonces?

CORTESANA.—¿Quieres una mentira o la verdad?

SULTÁN.—La verdad, naturalmente.

CORTESANA.—No vas a creerla. ¿Para qué decirla, entonces? La verdad que no se cree, es una verdad inútil.

SULTÁN.—Díla de todas maneras.

CORTESANA.—Voy a decirla sólo para divertirme. Me gusta la compañía de los hombres por sus almas, no por sus cuerpos.

¿Entendiste?

SULTÁN.—No, no entendí bien.

CORTESANA.—Voy a explicártelo. Cuando era una joven esclava, como éstas que tengo ahora, mi amo me enseñó a gustar de la poesía y el canto. Me dejaba asistir a sus banquetes y conversar con sus huéspedes, todos poetas y músicos. Eran personas de mente y espíritu refinado. Pasábamos las noches recitando, cantando y hablando. Y reíamos desde el fondo de nuestros corazones. Fueron noches tan espléndidas como puras e inocentes. Te ruego que me creas. Porque mi amo era un hombre honesto y no tenía más goces en la vida que esas noches. Goces sin pecado... Él me educó de acuerdo con esas creencias. Cuando me hizo su esposa no quiso privarme del placer de esas veladas y me permitió seguir asistiendo tras cortinas de seda. Ésa es la historia.

SULTÁN.—¿Y después de su muerte?

CORTESANA.—Y después de su muerte no pude abandonar la costumbre y continué recibiendo a los huéspedes de mi esposo. Al principio, lo hacía oculta tras las cortinas pero cuando la gente del barrio comenzó a murmurar no encontré sentido en permanecer escondida y me dije: si el pueblo me juzga culpable, yo decidiré mi conducta de acuerdo con mi conciencia.

SULTÁN.—En tu negocio se anuncian cosas que no se venden.

CORTESANA.—Puedes creerlo o no.

SULTÁN.—Prefiero creerte. Eso da más tranquilidad.

CORTESANA.—De todos modos, estoy decidida a no cambiar mi

vida y mis costumbres. Persistiré en mi camino aunque esté lleno de lodo.

SULTÁN.—¿Lodo? Lo hay en todo camino. Puedes estar segura de ello.

CORTESANA.—Me recuerdas lo que dijiste frente a la multitud.

SULTÁN.—Es verdad. Me revolcaste en el lodo.

CORTESANA.—Fui insolente contigo, con toda intención. Vulgar e imprudente. ¿Sabes por qué? Porque tenía otra imagen de ti. Me imaginaba un Sultán presuntuoso, orgulloso de su poder, como la mayoría de los sultanes. Y tal vez seas el más vanidoso y arrogante, a causa de tus guerras y victorias. El pueblo siempre habla de ese rubí legendario que llevas en el turbante, ese rubí único en el mundo que le arrebataste al mogol. Sí, tus maravillosas y grandiosas acciones. Tenía de ti una imagen de arrogancia y crueldad. Pero en cuanto me hablaste con esa voz, con esa humildad, me quedé perpleja.

SULTÁN.—No me halagues. No siempre tengo esa voz ni esa humildad. Hay instantes en que pongo en ella la severidad y el salvajismo del más malvado de los sultanes.

CORTESANA.—No lo puedo creer.

SULTÁN.—La fuerza de las circunstancias.

CORTESANA.—Quieres decir que te muestras especialmente amistoso conmigo. Para complacer mi orgullo y mi vanidad. Pero, quizás yo no entendí bien el tono de tu voz. ¿Es por mi persona? ¿O por la decisión que esperas de mí cuando llegue la aurora?

SULTÁN.—Dulcifico la voz para ganarme tu simpatía.

CORTESANA.—¿Y en cuanto obtengas la libertad, mostrarás tu verdadero carácter y te convertirás en el sultán soberbio que se apresura a vengar los momentos de humillación? Entonces, habrá sonado la hora de mi perdición.

SULTÁN.—Es razonable. Si veo que insistes en ser mi dueña...

CORTESANA.—¿No es así? Es lógico, si en tu interior sospechas...

SULTÁN.—¿No tengo derecho a dudar?

CORTESANA.—No te critico por hacerlo; sembré en tu espíritu, con toda simpleza y sin precaución, las semillas de la sospecha.

(Se pone a observarlo.) No.

SULTÁN.—No, ¿qué?

CORTESANA.—Prefiero confiar en mi instinto de mujer. No me ha decepcionado jamás.

SULTÁN.—¿Y qué dice tu instinto de mujer?

CORTESANA.—Que tú no eres de ese tipo de hombre, que eres

diferente. Y debo haber percibido eso desde el momento en que te oí renunciar a la espada.

SULTÁN.—¡Qué fácil hubiera sido todo si la hubiera empleado!

CORTESANA.—¿Te arrepientes?

SULTÁN.—Hablo de la facilidad. La verdadera victoria está en salvar con decoro el obstáculo.

CORTESANA.—Y eso mismo tratas de hacer ahora...

SULTÁN.—Sí, pero no confío en el resultado.

CORTESANA.—Supón que defrauda tus esperanzas, ¿qué harías?

SULTÁN.—Ya te lo he dicho.

CORTESANA.—¿Abandonarías el trono?

SULTÁN.—Sí.

CORTESANA.—No, no creo que lo hagas. No soy tan tonta como para creerlo. Aunque quisieras, nadie lo aceptaría. Te vencerían de aceptar la solución más fácil y recurrirás al medio más simple.

SULTÁN.—No me retractaré jamás. Ni aunque hubiera combates en la plaza. Podrá ser un error desde el punto de vista militar; hay circunstancias ante las que es necesario retroceder. Pero no lo haré bajo ninguna condición. Quizá la suerte esté de mi parte. De todos modos, ya me acostumbré a este mal hábito.

CORTESANA.—¡Eres sorprendente!

SULTÁN.—La verdad es que soy un hombre sin imaginación.

CORTESANA.—¿Tú?

SULTÁN.—Si la tuviera y hubiera imaginado lo que me esperaba al final del camino, me hubiera quedado estupefacto.

CORTESANA.—Nada te asombra. Tienes dominio de ti mismo, confianza y control sobre tus actos, puedes hacer lo que quieras con exactitud y resolución. Te son ajenos la debilidad y el engaño. Eres puro por naturaleza, valiente, respetuoso de las reglas del juego. Eso es todo.

SULTÁN.—¿Tú adulándome? ¿Quién adula a quién? De nuevo se han cambiado los papeles.

CORTESANA.—Permíteme, amado Sultán...

SULTÁN.—¿Qué?

CORTESANA.—Una pregunta personal.

SULTÁN.—¿Personal? Todo lo que hemos hablado es personal.

CORTESANA.—Quiero preguntarte sobre tu corazón. Sobre el amor.

SULTÁN.—¿El amor?... ¿Cuál amor?

CORTESANA.—El amor de una mujer.

SULTÁN.—¿Crees que tengo tiempo para ocuparme de semejantes cosas?

CORTESANA.—¡Qué extraño! ¿Acaso tu corazón nunca se abrió al amor?

SULTÁN.—No abras así tus enormes ojos. ¿Es un problema tan importante?

CORTESANA.—Pero seguramente conoces muchas mujeres.

SULTÁN.—Tal es la naturaleza de la vida guerrera. Al jefe del ejército le envían todas las noches una de las esclavas cautivas. A veces son muy hermosas. Eso es todo.

CORTESANA.—¿Y ninguna logró atraer tus miradas?

SULTÁN.—¿Mis miradas? Al fin del día, cuando vuelvo a mi tienda, tengo los ojos llenos del polvo del campo de batalla.

CORTESANA.—¿Y al día siguiente?... ¿No recuerdas a ninguna de esas bellezas?

SULTÁN.—Al día siguiente vuelvo a montar mi caballo y pienso en otra cosa.

CORTESANA.—Pero ahora..., eres el Sultán y sin duda tienes mucho tiempo para el amor.

SULTÁN.—¿Eso crees?

CORTESANA.—¿Qué quieres decir?

SULTÁN.—Están los problemas del gobierno. Y éste es uno de ellos. Éste que tan inesperadamente me cayó encima, que me atrapó en un dilema. Hoy no estoy para amores.

CORTESANA.—(*Riendo.*) ¡Es verdad!

SULTÁN.—¿Te ríes?

CORTESANA.—Otra pregunta, la última. Tenlo por seguro. Es muy seria, porque está relacionada conmigo.

SULTÁN.—¿Contigo?

CORTESANA.—Sí. Hemos decidido que serás libre al amanecer. Y naturalmente, volverás a tu palacio.

SULTÁN.—Naturalmente, hay trabajos que me esperan.

CORTESANA.—¿Y yo?

SULTÁN.—¿Y tú, qué?

CORTESANA.—¿Pensarás en mí?

SULTÁN.—No entiendo...

CORTESANA.—¿Realmente no entiendes?

SULTÁN.—La lengua de una mujer es sutil y oscura.

CORTESANA.—Me entiendes muy bien porque eres inteligente y noble de sentimientos. A pesar de eso, te lo explicaré. He aquí lo que quiero saber: ¿me olvidarás completamente, me arrojarás de tus recuerdos tan pronto salgas por esa puerta?

SULTÁN.—No creo que pueda hacerlo.

CORTESANA.—¿Será un buen recuerdo?

SULTÁN.—Sin ninguna duda.

CORTESANA.—¿Y eso es todo? ¿Así termina todo para mí?

SULTÁN.—¿Volvemos a lo de antes?

CORTESANA.—No, sólo quiero preguntarte: ¿es ésta nuestra última noche?

SULTÁN.—Es difícil responder.

CORTESANA.—Está bien. No me respondas ahora.

(Aparece la sirvienta.)

SIRVIENTA.—La cena está servida, señora.

CORTESANA.—*(Se levanta.)* Por favor, señor mío.

SULTÁN.—*(Se levanta.)* Eres muy generosa y hospitalaria.

CORTESANA.—Tú eres el generoso.

(Lo lleva al interior de la casa. La música los acompaña, se apaga la luz de la habitación y se ilumina débilmente la plaza.)

ZAPATERO.—*(Al tabernero, en un ángulo de la plaza.)* Mira esos dos. Apagaron la luz.

TABERNERO.—*(Observando la ventana.)* Es una buena señal.

ZAPATERO.—¿Cómo?

TABERNERO.—Si apagaron la luz, es que se fueron a la cama.

ZAPATERO.—¿Y entonces?

TABERNERO.—Y entonces se cerró el trato.

ZAPATERO.—¿Quieres decir que aceptará liberarlo al amanecer?

TABERNERO.—Sí.

ZAPATERO.—Y con eso ganas la apuesta.

TABERNERO.—Sin la menor duda.

ZAPATERO.—Eres más optimista de lo que conviene, amigo mío.

Ésa no va a arrojar su dinero al mar con tanta facilidad.

TABERNERO.—¿Quién sabe? Yo digo que sí.

ZAPATERO.—¡Yo yo digo que no!

TABERNERO.—Perfecto. Esperemos el amanecer.

ZAPATERO.—¿Qué hora será?

TABERNERO.—*(Mirando las estrellas.)* Según las estrellas, medianoche.

ZAPATERO.—El amanecer está lejos. Ya empezó a tentarme el sueño.

TABERNERO.—Vete a la cama.

ZAPATERO.—¿Yo? Imposible. Toda la ciudad está despierta y yo, ¿voy a dormir? Tengo más interés que nadie en mantenerme despierto, para presenciar tu derrota.

TABERNERO.—¿Mi derrota?

ZAPATERO.—Sin duda.

TABERNERO.—Ya veremos quién es el vencedor.

ZAPATERO.—(*Mira atentamente al otro extremo de la plaza.*) Mira, allí.

TABERNERO.—¿Qué?

ZAPATERO.—(*Murmurando.*) El Visir y el verdugo. Parece que estuvieran conspirando.

TABERNERO.—¡Silencio!

(*El Visir, yendo y viniendo por la escena, le pregunta al verdugo.*)

VISIR.—¿Qué oíste exactamente de los guardias?

VERDUGO.—Señor Visir, les oí decir: ¿quién entiende al pueblo, esta noche? No se les puede obligar a irse a la cama. La mayoría está al sereno, en las calles, todos cuchichean y murmuran.

VISIR.—¿Murmuran?

VERDUGO.—Sí.

VISIR.—¿Y a qué, tantas murmuraciones?

VERDUGO.—Por el Sultán, naturalmente. Y lo que estará haciendo en esa casa.

VISIR.—¿Y qué puede estar haciendo en esa casa, según tu opinión?

VERDUGO.—¿Preguntas mi opinión, Visir?

VISIR.—Sí, te lo pregunto. ¿Acaso no eres del pueblo y tu opinión, igual a la de todos? Contesta, ¿qué piensas que hace en esa casa?

VERDUGO.—Definitivamente, no debe estar rezando la plegaria.

VISIR.—¿Te burlas? ¿Cómo te atreves?

VERDUGO.—Perdón, señor Visir. Sólo quería decir que esa casa... no es un lugar decente.

VISIR.—Entonces eso se murmura en la ciudad: que el Sultán pasa la noche en un...

VERDUGO.—...en un burdel.

VISIR.—¿Qué dices?

VERDUGO.—Eso dicen. Yo repito lo que he oído.

VISIR.—Eso es lo que se comenta. ¡Se olvidan del noble propósito, del elevado objetivo y del ideal patriótico! Incluso tú, por lo que veo, has olvidado todo eso.

VERDUGO.—No, Visir. No olvido nada.

VISIR.—Veremos. Dime entonces, ¿por qué el Sultán aceptó entrar en esa casa?

VERDUGO.—Para... para complacer a la cortesana.

VISIR.—¡Qué trivialidad!

VERDUGO.—Visir, yo estaba presente y vi y oí todo desde el principio.

VISIR.—Y no entendiste nada de nada, excepto el lado grotesco de la situación. Y seguramente habrá muchos como tú.

VERDUGO.—Todos estuvieron presentes, como yo.

VISIR.—Y todos entendieron lo que tú. Nadie se preocupa por las profundas razones de este suceso. Lo único que les interesa es que el Sultán pasa la noche en un burdel. ¡Qué catástrofe! ¡Es una verdadera catástrofe!

(Aparece el Juez Supremo.)

JUEZ.—No he dormido en toda la noche.

VISIR.—¿Tampoco tú?

JUEZ.—¿Cómo que tampoco yo?

VISIR.—La ciudad no ha dormido esta noche.

JUEZ.—Lo sé.

VISIR.—Y todos murmuran y comentan.

JUEZ.—También lo sé.

VISIR.—¿Y sabes qué dicen en la ciudad?

JUEZ.—Lo peor. La gente se preocupa por el lado vergonzoso del problema.

VISIR.—Desafortunadamente.

JUEZ.—Fue mi error.

VISIR.—Y mío también. Tendría que haber defendido mi opinión con mayor firmeza.

JUEZ.—Pero si lo miras desde otro ángulo, ¿cómo podíamos saber que esa mujer intervendría?

VISIR.—Tendríamos que haber esperado cualquier cosa.

JUEZ.—Tienes razón.

VISIR.—Y ya no podemos hacer nada.

JUEZ.—Podemos sacar al Sultán de esa casa.

VISIR.—Hay que esperar el amanecer.

JUEZ.—Debe ser ahora, inmediatamente.

VISIR.—Pero el amanecer está lejos.

JUEZ.—Tenemos que anunciarlo ahora, inmediatamente.

VISIR.—¿Qué?

JUEZ.—El amanecer.

VISIR.—Lo siento pero no te entiendo.

JUEZ.—Entenderás dentro de poco. ¿Dónde está el almuédano?

VISIR.—*(Dirigiéndose al verdugo.)* El verdugo debe saber.

VERDUGO.—Estaba allí, entre el gentío.

JUEZ.—Ve y tráelo.

(El verdugo se apresura a obedecer.)

VISIR.—(*Al juez.*) Parece que tienes un plan.

JUEZ.—Sí.

VISIR.—¿Me lo harás conocer?

JUEZ.—Dentro de poco.

(*Amanece el almuédano, respirando entrecortadamente.*)

ALMUÉDANO.—Aquí estoy.

JUEZ.—Acércate. Quiero que provoques el amanecer.

ALMUÉDANO.—Créeme, señor Juez, no cometí ningún error. Este verdugo me acusa falsamente de que yo...

JUEZ.—Escúchame bien.

ALMUÉDANO.—Te juro, señor Juez, que ayer...

JUEZ.—¡Basta ya de tonterías! Te dije que me escucharas bien. Harás lo que voy a decirte, al pie de la letra. ¿Entiendes?

VISIR.—Sí.

JUEZ.—Ve y sube al minarete y reza la plegaria del amanecer.

VISIR.—¿Cuándo?

JUEZ.—Ahora.

VISIR.—(*Sorprendido.*) ¿Ahora?

JUEZ.—Sí, en el acto.

VISIR.—¿Del amanecer?

JUEZ.—Sí, del amanecer. Ve y reza la plegaria. Están claras mis palabras, ¿o no?

VISIR.—Muy claras. Pero estamos a medianoche.

JUEZ.—Sea.

ALMUÉDANO.—¿El amanecer a medianoche?

JUEZ.—Sí. Apúrate.

VISIR.—¿No sería adelantarlo demasiado?

JUEZ.—No.

ALMUÉDANO.—(*Hablando consigo mismo.*) Este amanecer me va a volver loco. Una vez me piden que lo retrase y otra que lo adelante.

JUEZ.—¿Qué estás diciendo?

ALMUÉDANO.—Nada, señor Juez. Iré ahora mismo a cumplir tus órdenes.

JUEZ.—Oye, no debes decir a nadie que fue el Juez quien te lo ordenó.

ALMUÉDANO.—Quieres decir, señor, que...

JUEZ.—Sí, que tú lo hiciste por tu cuenta.

ALMUÉDANO.—Por mi cuenta. Subir al minarete y anunciar el amanecer a medianoche... ¡Pero tendría que estar loco para hacer eso!

JUEZ.—Déjame a mí las explicaciones.

ALMUÉDANO.—Pero, señor, esta acción me granjeará la indignación del pueblo. Pedirán que se me castigue.

JUEZ.—¿Y ante quién se van a presentar y sentar querella?... Ante mí, el Juez Supremo.

ALMUÉDANO.—Y entonces, tú no me respaldarás.

JUEZ.—No temas. Eso no sucederá.

ALMUÉDANO.—¿Y cómo los calmarás?

JUEZ.—Te lo prometo. ¿Acaso no confías en mí?

ALMUÉDANO.—(*Murmurando.*) Hoy se han hecho muchas promesas y nadie está seguro de nada.

JUEZ.—¿Qué estás diciendo?

ALMUÉDANO.—Nada. Me pregunto solamente, ¿para qué exponerse a este riesgo?

JUEZ.—Para servir a la nación.

ALMUÉDANO.—(*Dudando.*) ¿A la nación?

JUEZ.—Sí, te lo explicaré para tu tranquilidad. Escucha, si rezas la plegaria del amanecer en este momento, nuestro Sultán saldrá libre de esa casa. Eso es todo, en pocas palabras. ¿Entiendes ahora?

ALMUÉDANO.—Es una acción patriótica.

JUEZ.—Así es. ¿Qué dices?

ALMUÉDANO.—Cumpliré mi misión y estaré orgulloso de ella toda la vida. Permíteme, señor Juez, que te confiese, y que quede entre nosotros, que ya dije una mentira semejante para salvar la cabeza del condenado. ¿Cómo no hacer lo mismo para lograr la libertad de nuestro amado Sultán?

JUEZ.—Correcto, pero te recomiendo que mantengas el secreto. Guárdate el orgullo en el pecho. Porque si ahora comienzas a pregonar lo que hiciste, todo se arruinará. Cierra bien la boca si quieres que tu trabajo dé frutos.

ALMUÉDANO.—La mantendré bien cerrada.

JUEZ.—Está bien. Apúrate y haz lo que te pido.

ALMUÉDANO.—Más rápido que el viento.

(*El almuédano se retira.*)

JUEZ.—(*Al Visir.*) ¿Qué estás pensando?

VISIR.—¿Crees que el truco dará resultado?

JUEZ.—Ya verás cómo cambia el curso de los acontecimientos. Yo no me considero derrotado. Aún tengo muchas estratagemas en mi bolsa. Mejor dicho, en la bolsa de la ley.

VISIR.—Pidamos humildemente a Dios que esta vez den resultado. Tu honor está en juego.

JUEZ.—Veremos.

(Se oye la voz del almuédano.)

ALMUÉDANO.—*(A lo lejos.)* ¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¡Acudid a la plegaria!

(Aparece una muchedumbre agitada que cuchichea y protesta enojada.)

PUEBLO.—*(Gritando.)* El amanecer, ¿a esta hora? Aún es de noche. Está loco. Ese hombre está loco. Atrapadlo. Agarradlo. ¡Bajadlo del minarete! ¡Bajadlo!

VISIR.—*(Al Juez.)* La multitud va a atacar a ese pobre.

JUEZ.—Envía a los guardias a dispersar al gentío.

VISIR.—*(Ordena a los guardias.)* ¡Despejad la plaza! ¡Desalojad a la muchedumbre!

(Los guardias desalojan la plaza; el almuédano continúa la plegaria.) En ese momento el cuarto de la cortesana se ilumina y aparece en la ventana, seguida por el Sultán.)

CORTESANA.—¿Ya amaneció?

JUEZ.—Es la llamada a la plegaria. Baja inmediatamente.

CORTESANA.—Esto no es lógico. Mira las estrellas en el firmamento.

SULTÁN.—*(Observando el cielo.)* Es verdad, ¡qué extraño!

JUEZ.—Te dije que bajaras en el acto.

SULTÁN.—*(A la cortesana.)* Bajemos a ver qué pasa.

CORTESANA.—Vamos, señor mío.

(Abandonan el cuarto y se apaga la luz. Aparecen a la puerta de la casa.)

SULTÁN.—*(Mirando el cielo.)* ¿El amanecer, a esta hora?

VISIR.—Sí, señor Sultán.

SULTÁN.—Es extraño. ¿Qué dices a esto, Juez?

JUEZ.—El amanecer no ha llegado aún.

SULTÁN.—*(Sorprendido.)* ¿Cómo?

JUEZ.—Es un hecho evidente.

SULTÁN.—*(Al Juez, dudando.)* Pero...

JUEZ.—Pero todos nosotros oímos al almuédano. ¿Lo oíste tú, mujer?

CORTESANA.—Sí, lo oí.

JUEZ.—Entonces, ¿reconoces que oíste la voz del almuédano llamando a la plegaria?

CORTESANA.—Sí, pero...

JUEZ.—No digas más. Habiendo reconocido eso, no te resta más

que cumplir tu promesa. Este es el documento de liberación. Sólo te queda firmarlo.

(Le presenta el documento.)

CORTESANA.—Prometí firmarlo al amanecer y tú reconoces que estamos a medianoche.

JUEZ.—Calma, mujer. Tu promesa la tengo grabada en la memoria, palabra por palabra. Dijiste literalmente: cuando oiga la voz del almuédano llamando a la plegaria del amanecer... Entonces, todo se limita a esto: ¿oíste o no la voz del almuédano?

CORTESANA.—La oí. Pero como el amanecer está lejos...

JUEZ.—No estamos discutiendo el amanecer. La promesa está en relación con la voz del almuédano y él ya llamó a la plegaria. Si el almuédano se equivocó en sus cálculos o en su forma de actuar, él es responsable de su error. Eso es asunto suyo. ¿Entiendes?

CORTESANA.—Entiendo. No puedo luchar contra esa artimaña.

JUEZ.—El almuédano será juzgado por su error. Pero eso no altera en nada la naturaleza del hecho: todos lo oímos. Y entonces los procedimientos legales relacionados con ello tienen que seguir su curso. Ven y firma.

CORTESANA.—¿Así explicas mi condición?

JUEZ.—Como tú explicaste la nuestra.

VISIR.—No te queda otra alternativa: resígnate y firma.

CORTESANA.—¿Qué acto de mala fe! ¡Esto es un fraude!

VISIR.—Truco por truco y tú comenzaste. El que comienza sale perdiendo. Eres la última que podría protestar.

SULTÁN.—*(Gritando.)* ¡Qué vergüenza! ¡Basta, basta! ¡Terminación con esta farsa! No firmará. Me niego rotundamente. Y tú Juez, ¿no te avergüenzas de jugar así con la ley?

JUEZ.—Señor mío...

SULTÁN.—Y yo tenía una buena opinión de ti... ¿Ésa es la ley para ti: un truco, una jugarreta?

JUEZ.—Yo quise, señor mío...

SULTÁN.—Liberarme. Lo sé. ¿Pero piensas que aceptaría salvarme por esos medios?

JUEZ.—Con una mujer como ésta..., es nuestro derecho.

SULTÁN.—No, no lo es, ¡de ninguna manera! Esta mujer sí tiene derecho a valerse de trucos y no podemos censurarla por hacerlo. Debe ser perdonada por su inteligencia y habilidad. Pero para un Juez Supremo, representante de la justicia defensor y servidor de la ley, el más imperioso deber es pre-

servar la pureza de la misma, su santidad y grandeza, a cualquier precio. Tú mismo, desde un comienzo, me enseñaste sus virtudes y el respeto que a ella le debía. Me dijiste qué mi deber era inclinarme ante ella y así lo hice, con toda humildad, hasta el final. Pero jamás pensé que tú harías esto, que la despojarías de su santidad, convirtiéndola en trucos y frases, en palabras y artimañas.

JUEZ.—Déjame explicarte.

SULTÁN.—No, no me expliques nada. ¡Vete ya! Es mejor que vuelvas a casa y permanezcas hasta mañana en el lecho. En cuanto a mí, respetaré, tal como la entendimos todos, la condición de esta mujer. ¡Vamos, señora mía! Volvamos a tu casa. Obedezco tus órdenes.

CORTESANA.—No, señor Sultán.

SULTÁN.—¿No?

CORTESANA.—¡No! El Juez quiso salvarte. Y yo no quiero ser menos devota que él. Estás libre, mi señor.

SULTÁN.—¿Libre?

CORTESANA.—Sí. (*Al Juez.*) Dadme el documento para que lo firme.

JUEZ.—¿Lo firmarás ahora?

CORTESANA.—Ahora mismo.

JUEZ.—(*Le presenta el documento.*) Dios quiera que seas sincera.

CORTESANA.—(*Firma el documento.*) Aquí está mi firma. Confiad en mí.

JUEZ.—(*Examina la firma.*) Sí. A pesar de todo eres una mujer buena.

SULTÁN.—Una de las mujeres más virtuosas. La gente de la ciudad deberá respetarla. ¡Es una orden, Visir!

VISIR.—Escucho y obedezco, señor mío.

JUEZ.—(*Doblando el documento.*) Todo ha terminado de la mejor manera.

SULTÁN.—Y sin derramar una gota de sangre. Eso es lo más importante.

VISIR.—Gracias a tu valor. Cómo imaginar que este camino requeriría un valor más grande que el de la espada.

JUEZ.—¡Es verdad!

SULTÁN.—Demos gracias por la generosidad de esta noble mujer. Permíteme, señora, darte las gracias y acepta la devolución de tu dinero. No hay razón para que lo pierdas. (*Al Visir.*) Págale la suma entregada.

CORTESANA.—¡No, no, mi señor! No me quites ese honor. No hay fortuna en la tierra comparable a este hermoso recuerdo. Aun-

que mi parte fue insignificante, he participado en uno de los más grandiosos sucesos.

SULTÁN.—Así sea. Si los recuerdos tienen tanto valor para ti, conserva esto contigo.

(Se quita el rubí del turbante.)

VISIR.—*(En voz baja.)* ¡El rubí, único en el mundo!

SULTÁN.—Comparado con su virtud, no tiene ningún valor.

(Le presenta el rubí.)

CORTESANA.—¡No, mi señor! ¡No, amado Sultán! No lo merezco. No merezco todo esto.

SULTÁN.—*(Se dispone a partir.)* Adiós, virtuosa, señora.

CORTESANA.—*(Con lágrimas en los ojos.)* Adiós, querido Sultán.

SULTÁN.—*(Percibiendo sus lágrimas.)* ¿Lloras?

CORTESANA.—De alegría.

SULTÁN.—Nunca olvidaré que por una noche fui tu esclavo.

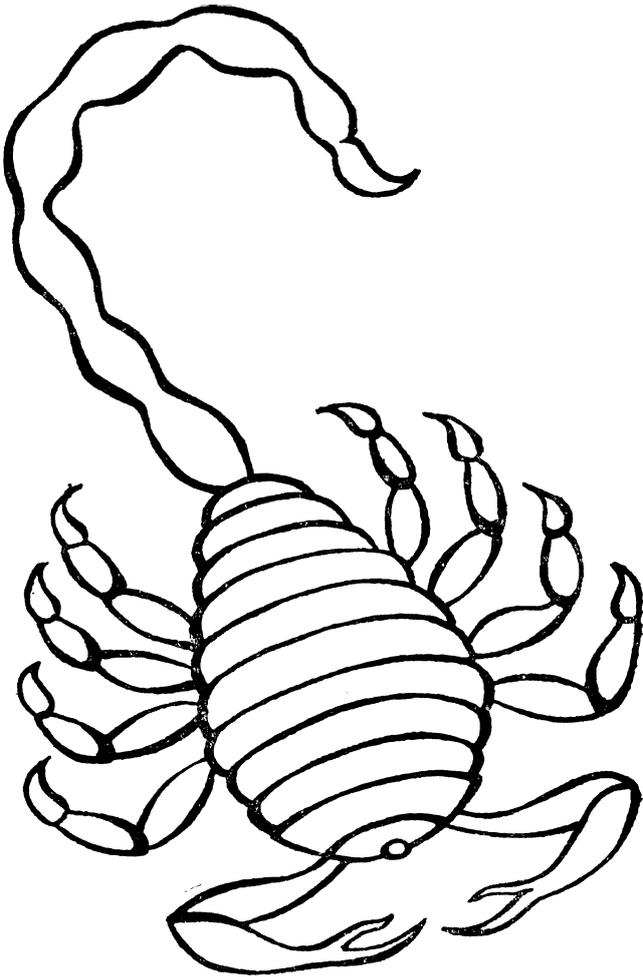
(Baja la cabeza para esconder las lágrimas.)

CORTESANA.—En aras de los principios y la ley.

(Música. El cortejo del Sultán se pone en marcha.)

Telón.

I S I S



PRIMER ACTO

ESCENA PRIMERA

Un lugar a orillas del Nilo donde abundan las cañas y los papiros. El horizonte se ha vuelto rojo anunciando la salida del sol. Unas campesinas llevan sus productos al mercado. Una joven les sale al encuentro.

CAMPESINAS.—(A la campesina joven.) ¿Por qué has vuelto?

CAMPESINA JOVEN.—El *Shaij al-balad*¹ está a la puerta del mercado. Me quitó mi ganso.

CAMPESINA VIEJA.—¡Qué se lo coman los cocodrilos! ¿Está allí ahora? Nosotras madrugamos sólo para librarnos de él.

CAMPESINA JOVEN.—Hoy nadie se librará de él.

CAMPESINA VIEJA.—Yo traigo un pato y quiero cambiarlo por trigo.

CAMPESINA JOVEN.—¡No vayas!

CAMPESINA VIEJA.—¿Qué está pasando en el pueblo? Antes no sucedían estas cosas.

CAMPESINA JOVEN.—Ya ni las quejas sirven de nada. Una vecina mía le pidió ayuda al escriba Tot. La semana pasada le escribió una queja y no obtuvo respuesta.

CAMPESINA 1a.—Ni los amuletos sirven. El mago Tot me hizo uno pero no surtió efecto.

CAMPESINA 2a.—¿Cómo es eso? Los amuletos y los escorpiones de Tot siempre han servido. Nunca olvidaré el día que desapareció mi cabra. Vine a buscarlo por estos lados. Siempre se lo encuentra aquí, donde estamos, en estos lugares en que hay muchas cañas y papiros. Porque con las cañas hace sus flautas y sus plumas y con el papiro, hojas.

CAMPESINA JOVEN.—¿Te hizo algún amuleto que sirviera?

CAMPESINA 1a.—Nunca vi uno más útil que ése. Al poco tiempo encontré la cabra que había perdido. Volvió a casa por su cuenta.

¹ *Shaij al-balad*: autoridad menor a cargo de una comunidad.

CAMPESINA JOVEN.—Sí, es un mago muy hábil... ¿Qué te pare si voy con él para que me devuelva el ganso que me quitaro

CAMPESINAS.—Vamos juntas para que nos defienda del Saij balad. ¡Vamos! ¡Vamos! *(Se ponen todas en marcha, sal la campesina vieja.)*

CAMPESINAS.—*(A la vieja.)* ¿No vienes con nosotras, abuela?

CAMPESINA VIEJA.—No, yo iré al mercado. Sólo tengo este pato puedo escondérmelo en el pecho.

CAMPESINAS.—*(Se marchan llamando a gritos.)* ¡Tot!... ¿Dón estás, Tot?... *(La vieja esconde el pato entre las ropas cuando se dispone a levantarse aparece el Shaij al-balad q viene del otro lado.)*

SHAIJ AL-BALAD.—*(Buscando a su alrededor.)* ¿Dónde está la campesina que huyó del mercado?

CAMPESINA VIEJA.—*(Confusa por la sorpresa.)* ¡Shaij al-balad!

SHAIJ AL-BALAD.—¿Por qué te turbas al verme, anciana? ¿Dón está la campesina que se escapó?

CAMPESINA VIEJA.—Yo no vi a nadie.

SHAIJ AL-BALAD.—Llevaba unos gansos.

CAMPESINA VIEJA.—No he visto ni gansos ni patos.

SHAIJ AL-BALAD.—*(La examina cuidadosamente.)* Y tú, ¿qué lleva

CAMPESINA VIEJA.—*(Con calma, repuesta ya de su confusión.)* ¿Quieres saber lo que llevo?

SHAIJ AL-BALAD.—Sí. Y quiero la verdad.

CAMPESINA VIEJA.—Llevo algo que es sólo mío.

SHAIJ AL-BALAD.—Habla y no temas. ¿Qué llevas?

CAMPESINA VIEJA.—Llevo mi pobreza, mis preocupaciones y i vejez.

SHAIJ AL-BALAD.—Es verdad. Esa carga la llevas tú sola. Pero i has comprendido el significado de mi pregunta. No te preguntado por esa carga que tú sola llevas. Te pregun por una carga que otro podría compartir contigo.

CAMPESINA VIEJA.—No llevo ninguna otra cosa.

SHAIJ AL-BALAD.—¿Estás diciendo la verdad?

CAMPESINA VIEJA.—Jamás en la vida he mentado.

(Se oye el grito del pato.)

SHAIJ AL-BALAD.—Y ese grito, ¿de quién es?

CAMPESINA VIEJA.—*(Culpable.)* ¿De qué grito hablas?

SHAIJ AL-BALAD.—Del grito de la verdad, de ese que ahora te bro del pecho. No lo ocultes, no lo sofoques. Deja que salg libre, volando...

CAMPESINA VIEJA.—*(Tartamudea.)* ¿Volando?

SHAIJ AL-BALAD.—Batiendo alas. Feliz de librarse de ese pecho

curo. Como los secretos ocultos del corazón... ¡Déjalo salir al aire..., a la luz...! ¡Vamos, apúrate!

CAMPESINA VIEJA.—(*Saca el pato.*) Tómalo. Es todo lo que llevo.

SHAIJ AL-BALAD.—(*Toma el pato.*) ¿Has visto? Hete aquí que llevabas algo más que tu pobreza. Compartamos entonces la carga, para que te sea más liviana. Tú llevas tu pobreza y yo te llevo el pato.

CAMPESINA VIEJA.—(*Suspirando.*) Es todo lo que poseo. Quería comprar trigo para hacerle pan a mi nieto huérfano.

SHAIJ AL-BALAD.—Yo también soy huérfano. ¡Créeme! Cuando digo una cosa, tienes que creérmela. ¡Jamás en la vida he mentido! Hasta pronto, hasta el próximo día de mercado, anciana veraz.

(Parte llevándose el pato; la vieja se levanta golpeándose el rostro de desesperación. Se aleja en la misma dirección que sus compañeras. Se oye entonces el sonido de una flauta, apenas audible, que sale de entre las cañas. Aparecen siete hombres. Llevan en la cabeza unas gorras que semejan colas de escorpiones; tras las orejas llevan plumas de caña. Marchan tocando la flauta, excepto el séptimo, que se llama Mistat y se halla algo apartado de los demás.)

LOS ESCORPIONES.—(*Cantan mientras caminan en una especie de danza.*)

Somos los siete escorpiones.

Así nos llaman porque

nuestros aguijones son punzantes

nuestros aguijones son punzantes

y en los dientes de nuestras plumas

se encuentra la triaca y los venenos.

MISTAT.—(*Llamándolos.*)

Llegó el tiempo de la aurora

y hoy es día de mercado.

Bailamos por los caminos

entre el opresor y el oprimido,

el que roba y el robado.

ESCORPIONES.—

Llegó el tiempo de la aurora

y hoy es día de mercado.

(Se alejan dejando solo a Mistat, el cual se vuelve como si esperara a alguien. En ese momento aparece Tot de entre los arbustos.)

TOT.—Apúrate, Mistat. Se nos han adelantado.

MISTAT.—¡No iré!

TOT.—¿Por qué?

MISTAT.—¿Te parece bien lo que se dice del *Shaij al-balad*? ¿Había sucedido antes algo así?

TOT.—Eso no es asunto nuestro. Alcancemos a nuestros hermanos. Alegremos a la gente del mercado con nuestras flautas.

MISTAT.—Hoy la gente del mercado no necesita de nuestras flautas. Necesitan nuestra ayuda. Y nosotros nos escondemos detrás de estas cañas y huimos de quienes nos llaman.

TOT.—¿Y qué podemos hacer? Ya me cansé de fabricar amuletos y de hacer hechizos. Yo no soy un mago. ¡Soy un artista! Mi magia es mi arte. Pero ellos no pueden entenderlo. ¡Esos cándidos! Han llegado a llamarme “el mago” e insisten con los amuletos y los hechizos. Yo los dejo en sus creencias pero ellos exageran. Todo el que lleva una pluma es un mago según ellos. ¡Esos ignorantes!...

MISTAT.—Y están en lo cierto.

TOT.—¿Qué estás diciendo?

MISTAT.—Todo el que lleva una pluma es mago. ¿Por qué no ha de ser así?

TOT.—¿Tú también dices eso? ¿Tú, que conoces la verdad de nuestra ciencia?

MISTAT.—Quizás las quejas escritas con fe y sinceridad surtan un efecto mágico.

TOT.—Las hemos escrito y no ha habido quien las escuchara.

MISTAT.—Porque no llegaron a quien correspondía. Y tú lo sabes, Tot. Van a parar a manos del acusado. Bien sabes quién es el verdadero gobernante de este país.

TOT.—Sí, desgraciadamente. Tifón es el verdadero gobernante.

MISTAT.—Y él solo dirige desde su castillo todos los asuntos del reino. Mientras que su buen hermano, nuestro rey Osiris...

TOT.—Con sus descubrimientos y sus inventos se ha alejado de los asuntos de gobierno. Sí, todos estamos conscientes de eso. Pero respóndeme, ¿tú lo culparías?

MISTAT.—¿Y quién lo culpa? Yo sería el último en hacerlo. Sus conocimientos y sus inventos derraman el bien sobre este país. Sólo eso cuenta para mí. Y tú lo sabes. Sin ellos los campesinos no podrían cultivar, no podría existir nuestra civilización. ¿Quién puede negar que es el inventor del arado y del *shaduf*,² el constructor de presas y acueductos?... Pero

² *Shaduf*: dispositivo para sacar agua.

tampoco podemos negar que dejó los asuntos de gobierno a su hermano, y que el muy astuto y embustero lucha por hacerse de adeptos y ya se ha ganado a los *Shuyuj al-balad*³ dejándolos saquear al pueblo...

(*Se oyen gritos y llamados.*)

VOZ.—(*A lo lejos.*) ¡Tot!... ¿Dónde estás, Tot?

TOT.—Una mujer me llama. ¡Vamos, huyamos!

MISTAT.—¿Huir?... ¿Huir de un llamado tan lastimero?

TOT.—Sin duda, esa mujer perdió un pato o le quitaron una cabra. Eso es todo, las conozco. Conozco a esas mujeres.

MISTAT.—Puede ser. Pero no tenemos el derecho de huir de quien nos llama.

VOZ.—(*Gritando desde lejos.*) ¡Tot!... ¡Tot!...

TOT.—(*Preparándose para huir.*) Yo me voy. Quédate tú si quieres. Si el caso te interesa...

MISTAT.—(*Lo detiene.*) ¡No te irás! Nos quedaremos juntos y la enfrentaremos. Y haremos algo por ella.

(*Aparece una mujer con la cara oculta por un velo.*)

MUJER.—Tot... ¡Ayúdame!

TOT.—Habla y apúrate. ¿Qué te quitaron? ¿Qué perdiste?

MUJER.—A mi esposo.

TOT.—¿Qué estás diciendo? ¿A tu seposo?

MUJER.—Sí, a mi esposo.

TOT.—Reconozco que no esperaba esto. El problema sale de la esfera de los patos, de los gansos o de las cabras. Es más serio aún. (*Se dirige hacia su compañero.*) ¿Estás satisfecho, Mistat?

MUJER.—No te burles, Tot. El caso es más grave de lo que piensas.

MISTAT.—La mujer tiene razón; perder un esposo no es asunto de risa.

MUJER.—¡Y qué esposo! Si supiérais... ¿No conoces, Tot, al hombre por quien recurro a ti?

TOT.—¿Quién es él?

MUJER.—Osiris.

TOT.—¿Qué oigo?

MUJER.—Sí. Es Osiris.

TOT.—¿El rey Osiris?

MUJER.—(*Se quita el velo.*) Sí, mi esposo.

TOT.—(*Mirándola.*) ¡Isis!

³ *Shuyuj al-balad*: plural de *Shaij al-balad*.

ISIS.—Me conoces bien. No hubiera venido a estas horas pero lo que ha sucedido me preocupa. Más que preocuparme: el corazón me dice, y pocas veces mi corazón se equivoca, que está a punto de suceder una desgracia. Si es que no ha ocurrido ya.

TOT.—¿Qué le sucedió a Osiris? ¡Habla!

ISIS.—Salió ayer del castillo y aún no ha regresado.

TOT.—No deberías preocuparte tanto. Quizás esté ocupado en algún nuevo invento, en otro de sus descubrimientos. El trabajo lo habrá entretenido y se olvidó de sí mismo y del tiempo. Eso le sucede a veces, tú lo sabes perfectamente. En estos días, según hemos oído, está ocupado perfeccionando una nueva noria. Quién te dice, quizás se encuentre en algún lugar del Nilo con sus experimentos.

ISIS.—No, no fue a trabajar. Tifón, su hermano, lo invitó a un banquete y se fue solo al palacio.

TOT.—¿Y preguntaste allí por él?

ISIS.—Pregunté y su hermano se mostró sorprendido. Me dijo que abandonó el palacio a medianoche. Me prometió hacerlo buscar por todas partes.

TOT.—Entonces, espera el resultado de la búsqueda.

ISIS.—¿Eso es todo lo que me aconsejas? ¿Para eso vine a ti, Tot? ¿Para que me digas esas palabras? Para que me digas: espera. ¿Que espere a que Tifón busque a mi esposo?

TOT.—¿Quieres buscarlo tú misma?

ISIS.—¡Es mi deber!

TOT.—Entonces, hazlo.

ISIS.—Es lo que estoy haciendo. Por eso vine a ti pidiendo ayuda.

TOT.—Estoy a tu disposición. ¿Pero cómo ayudarte en semejante problema?

ISIS.—Sí puedes. Tus poderes mágicos...

TOT.—¡Qué extraño! ¿Tú también dices eso?

ISIS.—¿Y qué hay de extraño en ello?

TOT.—¿Recurres a la magia?

ISIS.—Recurro a cualquier medio que me indique dónde está mi esposo.

TOT.—Como esas simples campesinas que creen en milagros...

ISIS.—¿Y qué diferencia hay entre ellas y yo? ¿No soy una de ellas? Soy una mujer como las otras. Cuando pierdo algo querido busco un milagro donde sea.

TOT.—Todo lo que puedo es escribirte una queja o fabricarte un amuleto. Pero no hay lugar para una queja si el que tiene el poder en las manos te prometió el bien. Y en cuanto

al amuleto, te lo diré francamente porque conozco tu buen juicio: no te ayudará a encontrar a tu esposo.

ISIS.—¿Por qué destruyes así mis esperanzas?

TOT.—Quiero hacerte ver la verdad. Puedo hacerte un amuleto o un hechizo como a las demás, cuando insisten... Yo los hago de buena gana pero me sorprende que digan que a veces encuentran lo perdido. ¿Quieres que haga eso por ti? Créeme, no sirven de nada. Lo que de veras sirve son estas flautas de caña. Sólo ellas contienen toda la magia.

MISTAT.—(*Interrumpiendo.*) No. Eso tampoco. La magia no está en las flautas.

TOT.—Entonces, ¿dónde?

MISTAT.—En la fe que muchas veces infundes en los corazones.

TOT.—Quizás...

MISTAT.—(*A Isis.*) Señora, permítame que dé mi opinión. Tu milagro no está en las manos de Tot ni en las mías. Está en ti.

ISIS.—¿En mí?

MISTAT.—Sí, en tu corazón. Escucha sólo a tu corazón. Él te indicará, él te dirá si tu esposo está a salvo o peligra. ¿Qué te susurra el corazón ahora?

ISIS.—(*Como hablando consigo misma.*) Que está en peligro...

MISTAT.—¿Y te susurra también que alguien le desea el mal?

ISIS.—No sospecho de nadie, excepto de Tifón. Y eso ya no es un secreto...

TOT.—¿Qué insinúas? ¿Ves, Mistat? ¿No te dije que huyéramos? Si se llega a sospechar de Tifón se descubrirá la lucha entre los dos hermanos. Y seremos arrastrados por la política.

MISTAT.—Si en verdad Tifón tiene que ver en este asunto, tendríamos que...

TOT.—¿Tendríamos que qué?...

MISTAT.—Que ponernos del lado de esta mujer.

TOT.—(*A gritos.*) ¡Qué calamidad! ¿Sabes lo que estás diciendo? ¡Loco! ¿Quieres declararle la guerra a Tifón?

MISTAT.—¿Y de qué te asustas? El que lleva la pluma, ¿qué puede temer?

TOT.—Mi pluma es para escribir, no para luchar.

MISTAT.—Tu pluma es para los que la necesitan.

TOT.—¿Quieres que deje mi oficio? Yo soy Tot, el escriba... ¿No sabes que mi oficio es llevar la pluma que registra? No definiendo ni combato a nadie. Yo soy Tot, el escriba. El escriba. ¡El escriba! Registro todo pero nada es asunto mío.

MISTAT.—¿Nada es asunto tuyo?

TOT.—(*A gritos.*) ¡No! Y lo digo lo más alto que puedo.

ISIS.—(*Levantándose.*) No tienes que alzar la voz. Oí y entenc
Y te agradezco. Iré sola a buscar a mi esposo. Lo haré sol
¡Lucharé sola!

(*Parte. Tot baja la cabeza en silencio. Mistat la acompai
con una mirada de culpa y tristeza. Se pone de pie.*)

TOT.—(*Se dirige a Mistat.*) ¿Qué te pasa? ¿A dónde...?

MISTAT.—¡Yo la ayudaré!

TOT.—¡Quédate donde estás!

MISTAT.—No habrá poder que me lo impida.

TOT.—Tus ideas te lo impiden, esas que expresaste hace poc
¿No decías que el milagro está en su corazón? Deja que el
sola enfrente su destino; deja que muestre la fuerza de s
arroyo.

ESCENA SEGUNDA

*La misma escena, a orillas del Nilo. Ha caído la
noche. Entre las sombras se distingue la corpulenta
silueta del Shaij al-balad haciendo señas con la mano.
Aparecen cuatro hombres cargando un arcón. Los
sigue un personaje que trasunta autoridad. Es Tifón.*

SHAIJ AL-BALAD.—(*En voz queda.*) Aquí... En este lugar del Nilo
como véis, abundan las cañas y los papiros...

TIFÓN.—¿No nos habrá visto alguien mientras salíamos del pal
cio con el arcón?

SHAIJ AL-BALAD.—¿A estas horas de la noche?... ¿En esta oscur
dad?... ¡Imposible!

TIFÓN.—Hicimos bien en esperar a que cayera la noche.

SHAIJ AL-BALAD.—Muy bien, rey.

TIFÓN.—Aún no soy rey. No seas apresurado. Hay que ir pas
a paso. Antes que nada, debemos deshacernos del arcón.

SHAIJ AL-BALAD.—Aquí. Las cañas y los papiros lo esconderán hast
que se lo lleve la corriente.

TIFÓN.—¡Que lo arrojen!

SHAIJ AL-BALAD.—(*Haciendo señas a los hombres.*) Acercáos con l
carga y arrojadla. Con calma, sin hacer ruido.

(*Los hombres arrojan el arcón donde señala el Shaij al-balad.*)

TIFÓN.—Sí, con calma. Así concluyen los casos exitosos. Porque la calma es uno de los signos de las cosas naturales y nosotros queremos que todo marche de manera natural.

SHAIJ AL-BALAD.—No hay duda de que es natural. ¿No es natural que un hombre dedicado a construir norias se encuentre al borde del Nilo? Y si lo sorprende la oscuridad, ¿no es natural que resbale? Y si resbala, ¿no es natural que la corriente se lo lleve? Y si la corriente se lo lleva, ¿no es natural que deje de existir?

TIFÓN.—Sí, eso es lo que nos conviene difundir desde mañana.

SHAIJ AL-BALAD.—Desde esta misma noche.

TIFÓN.—Tiene adeptos, no lo olvides.

SHAIJ AL-BALAD.—Entre la gente del pueblo, sí. Desparramados por aquí y por allá. Pero los nuestros están más organizados y son los jefes.

TIFÓN.—Los *Shuyuj al-balad*... ¿Confías en ellos?

SHAIJ AL-BALAD.—En todos. Totalmente. ¿No los dejaste hacerse ricos? Ellos te recuerdan por eso, te profesan lealtad.

TIFÓN.—Entonces, todo está en orden.

SHAIJ AL-BALAD.—Tu inteligencia, rey, ha calculado cada paso a la perfección. Podemos estar completamente tranquilos.

TIFÓN.—Y a pesar de ello, cuando se divulgue la noticia, habrá quien dude.

SHAIJ AL-BALAD.—¿A quién te refieres?

TIFÓN.—A su esposa, por lo menos.

SHAIJ AL-BALAD.—¿Isis?

TIFÓN.—Tocó a mi puerta al amanecer preguntando por Osiris. Noté algo extraño en sus ojos que no me gustó.

SHAIJ AL-BALAD.—Es una mujer. ¿Qué puede hacer una mujer?

TIFÓN.—Sin embargo, no es de despreciar. Tú no la conoces.

SHAIJ AL-BALAD.—Es una mujer sola.

TIFÓN.—Pero es fuerte como una roca. Buscará a su esposo en cada rincón. Tocaré todas las puertas. Preguntará a cada ser viviente. Nos creará problemas...

SHAIJ AL-BALAD.—Se lo impediré. ¡Déjamela a mí!

TIFÓN.—Te la dejo a ti. Yo tengo otras tareas por delante. Para gobernar hay que estar siempre despierto. El gobernante tiene que ser como el lobo que duerme con los ojos abiertos. El que duerme con los párpados cerrados, como los niños o como mi hermano, podrá ser un adivino o un sabio pero no sirve para el gobierno. Y ahora, si ya terminaron, vámonos.

SHAIJ AL-BALAD.—(*Mira hacia los papiros.*) Sí. Ya terminaron. No quedan huellas del arcón. Ya se lo llevó la corriente.

TIFÓN.—(*Dirigiéndose al Nilo.*) Hasta la eternidad, Osiris. Hermano mío querido, siento pena por ti. Pero el reino es de quien sabe ganárselo. ¡Perdóname!

SHAIJ AL-BALAD.—Vamos, rey.

TIFÓN.—¡Vamos!

(Salen seguidos por los cuatro hombres. La escena queda vacía un instante. De repente, por el otro lado, aparece un muchacho avanzando con precaución. Hace señas a otro, que lo sigue.)

MUCHACHO 1o.—(*En un murmullo.*) ¡Ven! Pasaron por este lugar. Estoy seguro.

MUCHACHO 2o.—¿Dices que llevaban un arcón?

MUCHACHO 1o.—¡Sí, sí! Un arcón grande y hermoso. Brillante como el oro.

MUCHACHO 2o.—¿Viste lo que había adentro?

MUCHACHO 1o.—No sé... Debe de haber cosas muy bonitas...

MUCHACHO 2o.—¿Y quiénes eran esos hombres?

MUCHACHO 1o.—No sé. Me pareció ver con ellos a uno gordo, como el *Saij al-balad*.

MUCHACHO 2o.—Entonces no eran ladrones llevándose un botín. Si dices que el *Saij al-balad* estaba con ellos.

MUCHACHO 1o.—No sé quiénes eran.

MUCHACHO 2o.—¿Pero para qué habrán venido con un arcón a un lugar tan solitario como éste?

MUCHACHO 1o.—De lejos vi que se detenían aquí un momento y no me atreví a acercarme.

MUCHACHO 2o.—Quizás vinieron a esconder el arcón. Vamos a buscarlo.

MUCHACHO 1o.—Tengo miedo.

MUCHACHO 2o.—¿De qué tienes miedo, cobarde?

MUCHACHO 1o.—¡No soy cobarde! Pero...

MUCHACHO 2o.—No tiembles así. Como ves, en este lugar no hay nadie.

MUCHACHO 1o.—Y si encontramos el arcón, ¿qué haremos?

MUCHACHO 2o.—¡Qué tonto! Un arcón, hermoso como tú eres, debe tener cosas bonitas adentro. ¿No lo vamos a abrir para ver qué hay?

MUCHACHO 1o.—Sólo para ver lo que hay dentro, no para robar.

MUCHACHO 2o.—¡Por supuesto! ¿Quién dijo que íbamos a robar algo?

MUCHACHO 1o.—Entonces, busquémoslo. ¡Apúrate!

MUCHACHO 2o.—¡Sí! ¡Apurémonos! Tiene que estar en este cañaverall... .

MUCHACHO 1o.—(*Grita mientras señala la corriente del Nilo.*) ¡Mira!... ¡Mira!...

MUCHACHO 2o.—(*Se vuelve.*) ¿Qué?

MUCHACHO 1o.—(*Señalando con el dedo.*) ¡Allí! En la corriente hay una cosa que brilla.

MUCHACHO 2o.—(*Mirando.*) ¡Sí, sí! Algo que brilla en medio de las aguas. Aparece y desaparece...

MUCHACHO 1o.—¡Es el arcón!

MUCHACHO 2o.—¿Estás seguro?

MUCHACHO 1o.—¡Es el arcón! ¡El mismo!

MUCHACHO 2o.—(*Mirando.*) Se está alejando... La corriente se lo lleva lejos... No podremos alcanzarlo si no nadamos tras él con todas nuestras fuerzas.

MUCHACHO 1o.—¿Por qué no probamos?

MUCHACHO 2o.—¡No seas loco!

MUCHACHO 1o.—(*Mientras se quita la ropa.*) ¡Nadaré tras él!

MUCHACHO 2o.—¡No lo hagas, es una locura!

MUCHACHO 1o.—(*Preparándose para nadar.*) Te dije que no era cobarde. Me arriesgaré. ¡Adiós!

(*Se arroja al agua.*)

MUCHACHO 2o.—(*Gritando.*) ¡Loco! En una noche como ésta... La corriente es violenta... Arriesgas tu vida por una cosa que brilla, sin saber lo que hay dentro...

ESCENA TERCERA

Una aldea egipcia. Casas pequeñas cuyas puertas expresan melancolía. Una plaza en medio de la cual se alza un inmenso sicómoro. Aparece el Shaij al-balad con su largo bastón y se detiene bajo el árbol llamando: ¡Gente de la aldea! Se abren las puertas de las casas y se acercan hombres, mujeres y niños.

SHAIJ AL-BALAD.—(*Golpea el suelo con su bastón y vuelve a llamar.*) ¡Gente de la aldea! Vine ayer a anunciaros la buena nueva. La noticia del ascenso de un nuevo rey al trono, de vuestro amado Tifón. Ya os lo he anunciado. Y ahora os auguro, una

vez más, una era de abundancia y de seguridad. En la época del difunto rey os quejábais de lo que se os arrebatava en los mercados. Hoy no se os quitará más que la mitad. Podéis estar seguros de que los tiempos han cambiado y de que Tifón cuidará de vuestro bienestar. Él será el administrador de vuestros bienes. Decid conmigo: ¡La victoria para Tifón!

ALDEANOS.—(*Gritando.*) ¡La victoria para Tifón!

SHAIJ AL-BALAD.—Y ahora quiero informaros y preveniros. Una mujer loca, una bruja, está recorriendo las aldeas. Pretende estar buscando a su esposo. No la escuchéis. Cerrad vuestros oídos a sus falsedades. Cerradle las puertas en la cara. Adonde llega, trae el infortunio y la desgracia. Decid conmigo: ¡Echemos a la loca!

ALDEANOS.—¡Echemos a la loca!

SHAIJ AL-BALAD.—¡Alejemos a la que trae desgracias!

ALDEANOS.—¡Alejemos a la que trae desgracias!

SHAIJ AL-BALAD.—Estáis enterados y prevenidos. Os dejo en paz, gente de esta tranquila aldea.

(*El Shaij al-balad parte dejando sorprendidos a los aldeanos. Algunos vuelven a ocuparse de sus asuntos, otros se quedan hablando sobre lo que oyeron.*)

ALDEANO.—(*A otro.*) Nunca antes el *Shaij al-balad* se molestó en hablarnos.

OTRO ALDEANO.—Nunca nadie había venido a anunciarnos la prosperidad.

ALDEANO 1o.—Sin duda, como dijo, será una época feliz.

ALDEANO 2o.—¿Oísteis que nos rebajarán lo que pagábamos?

ALDEANO 1o.—Sí, estábamos en la época de un rey distraído. Pero ahora...

ALDEANO 2o.—Todo ha cambiado. Ahora tenemos, como dijo el *Shaij al-balad*, un rey que se preocupa por nuestro bienestar y nuestras propiedades.

ALDEANA.—(*Acercándose.*) ¿Y quién será esa mujer que atrae el infortunio y la desgracia?

ALDEANO 1o.—No sabemos. Quizás una bruja, de las que hacen magia negra. No hay duda que él conoce su historia. Quizás llegó a otra aldea y ocurrió alguna desgracia.

ALDEANA.—¡Que los dioses la alejen de aquí! Tengo una sensación como de miedo. Mi hijo salió anoche con un amigo y todavía no ha vuelto.

ALDEANO 1o.—¿Cuál de tus hijos?

ALDEANA.—El mayor, el adolescente.

ALDEANO 2o.—Quizás esté trabajando en el campo. Estamos re-
gando por la noche, como sabes.

ALDEANA.—Tienes razón. Quizás esté ayudando a su amigo con
algún trabajo urgente. A veces lo hace.

ALDEANO 2o.—Entonces, ¿por qué tienes miedo?

ALDEANO 1o.—(*Mira en dirección al árbol y murmura.*) Miren
allá. ¿Quién es esa mujer sentada bajo el árbol?

(*Ven a Isis, oculta la cara con un velo negro.*)

ALDEANO 2o.—Parece ser extraña a la aldea.

ALDEANA.—(*Preocupada.*) ¿Extraña?

ALDEANO 1o.—¿Preguntémosle!

ALDEANA.—Sí, preguntémosle quién es y por qué vino... Y a quién
busca.

ALDEANO 2o.—Ve tú y pregúntale.

ALDEANA.—(*Se acerca a Isis.*) Mujer, ¿tú no eres de la aldea,
verdad?

ISIS.—No.

ALDEANA.—¿Quieres algo aquí?

ISIS.—Quiero descansar un poco.

ALDEANA.—Es verdad. Estás muy cansada, por lo que veo. ¿Vienes
de lejos?

ISIS.—Sí, mis pies han recorrido muchas aldeas y están a punto
de sangrar.

ALDEANA.—¿Recorres las aldeas? ¿Buscando a quién? ¿Buscas a tu
marido?

ISIS.—(*Con sorpresa.*) ¿Cómo lo supiste?

ALDEANA.—(*Gritando.*) ¡Es ella!... ¡Es la bruja local!...

ISIS.—¿La bruja loca?...

ALDEANA.—La loca que trae desgracias, la que dijo el *Shaij al-balad*.
¡Sal de esta aldea, mujer!

ISIS.—¡¿*El Shaij al-balad*?!... También aquí se me adelantó...

ALDEANA.—¡Es ella!... ¡Ella!... Echémosla antes de que...

ISIS.—Tranquila, hermana, no te enojés. Dejaré la aldea dentro
de un momento. No he hecho nada malo. De mí no tendrás
más que el bien. Siéntate a mi lado y no temas nada.

ALDEANA.—(*Mirando a los aldeanos.*) Que me siente a su lado...

ALDEANO 1o.—No te ha hecho daño, no tengas miedo. No hay
nada malo en oír lo que dice.

ALDEANA.—¿Y las advertencias del *Shaij al-balad*?

ALDEANO 1o.—Quizás ésta sea otra mujer y no la que él dijo.

ALDEANA.—No, es ella. Es la que busca a su marido. La que lleva
la desgracia a todas las aldeas.

ISIS.—Qué hábiles! ¡Con qué rapidez difundieron sus mentiras!
¿No sabes quién soy, mi buena hermana?

ALDEANA.—No.

ISIS.—(*Se quita el velo.*) Soy Isis.

ALDEANA.—¿Isis? La esposa...

LOS DOS ALDEANOS.—(*Al unísono.*) ¡La esposa del rey distraído!

ISIS.—(*Con dolor.*) ¿Distraído? También vosotros lo llamáis a
En cada lugar que voy, oigo las mismas palabras.

ALDEANO 1o.—Entonces, ¿vienes en su busca?

ALDEANO 2o.—¿Crees que está enterrado aquí? ¿Por qué te esfuerzas buscándolo aquí y allá? Tu lugar está en el palacio. Sin duda, el amado rey Tifón te concederá su afecto en esa época dichosa.

ISIS.—¿Época dichosa?

ALDEANO 1o.—¡Por supuesto! Si el nuevo rey ha de velar por el bienestar de nosotros, los campesinos, la viuda de su hermano será seguramente la primera en obtener su cuidado.

ISIS.—¿Os dijeron que Tifón velará por vuestro bienestar?

ALDEANO 2o.—¿Lo dudas?

ISIS.—¿Y a vuestro rey Osiris, lo habéis olvidado?

ALDEANO 1o.—Estaba ocupado consigo mismo.

ISIS.—¿Consigo mismo? ¡Qué pena! Sí, sí... Pronto creísteis todos esos infundios.

ALDEANO 1o.—¿Creímos qué?

ISIS.—Estáis disculpados. Ellos son hábiles.

ALDEANO 2o.—No entendemos para qué has venido a la aldea noble señora. ¿Por qué no permaneces en tu casa? Este deber bular es inútil.

ISIS.—No tendré descanso hasta que encuentre a mi esposo.

ALDEANO 1o.—¿Acaso no murió, como dicen?

ISIS.—¡Está vivo!

ALDEANA.—¿Vivo?

ISIS.—En algún lugar. Y si encuentro ayuda, descubriré dónde.

ALDEANA.—¿Qué quieres de nosotros?

ISIS.—Una simple respuesta: que cada uno me diga si vio algo extraño o sospechoso.

ALDEANO 1o.—¡Yo no vi nada!

ALDEANO 2o.—¡Ni yo!

ALDEANA.—¡Yo tampoco!

ISIS.—Vosotros no sois toda la aldea. Tengo que preguntarle a cada uno, casa por casa.

ALDEANA.—¡Cuidado con golpear esas puertas!

ISIS.—Ya sé que la mayoría se me cerrarán en la cara. Pero quiero confiarme a vosotros porque veo la bondad en vuestros rostros.

ALDEANO 1o.—No estamos seguros de los demás...

ISIS.—Lo sé, pero tratemos...

ALDEANA.—Tocaré a la puerta de una amiga mía.

(Se dirige a una de las puertas y toca. Vuelve a tocar con insistencia. Por fin se abre la puerta y aparece la cabeza de un muchacho.)

MUCHACHO.—*(Confuso.)* ¿Quién? ¿Eres tú, tía?

ALDEANA.—¿Qué extraño Estás aquí, en tu casa. Creí que estabas con mi hijo en los campos. Entonces, ¿dónde está mi hijo?

MUCHACHO.—¿Tu hijo?

ALDEANA.—Mi hijo... ¿Dónde está mi hijo?... ¿No estaba contigo?...

MUCHACHO.—Sí, tengo que contártelo todo. Ya no lo puedo ocultar. Tu hijo... Salimos juntos por la noche, para que me ayudara a regar. Pero me dijo que había visto un gran arcón en el Nilo... y se echó a nadar tras él. La corriente era...

ALDEANA.—*(Gritando de dolor.)* ¡Mi hijo se ahogó en el Nilo!

MUCHACHO.—Te juro que traté de impedírselo pero no oyó mis consejos.

ALDEANA.—*(Gritando.)* ¡Mi hijo..., mi hijo!... ¡Mi hijo se ahogó! ¡Se ahogó! ¡Ha muerto..., muerto!...

(Se abren las puertas y las mujeres colman la plaza.)

MUJERES.—¿Qué te pasa? ¿Qué ha sucedido?

ALDEANA.—*(Plañidera.)* Mi hijo ha muerto... ¡Ha muerto!

MUJERES.—¿Cuándo?... ¿Cuándo sucedió eso?...

ALDEANA.—*(Gritando.)* ¡Día de desgracia! ¡Día de desdicha!... ¡Oh, desgracia!... Hijo mío..., hijo mío..., mi muchacho..., el mayor de mis hijos..., soporte de mi casa..., sostén de mi hogar...

UNA MUJER.—*(Ve a Isis bajo el árbol.)* ¿Quién es esa mujer extraña?

ALDEANA.—*(Mirando a Isis.)* ¡Es ella! Trajo consigo la mala suerte. El *Shaij al-balad* tenía razón... ¡Es ella! ¡Ella!... La que trae la desgracia... Trajo la mala suerte a nuestra aldea...

MUJERES.—*(Gritando.)* ¡Echadla!... ¡Echadla!...

ESCENA CUARTA

La costa del Nilo. El muchacho va guiando a Isis.

MUCHACHO.—(*Señalando la corriente mientras se seca las lágrimas.*)

Aquí, aquí se ahogó mi amigo.

ISIS.—¡No llores! Hiciste lo que debías.

MUCHACHO.—¡Te lo juro! Le dije que no arriesgara su vida.

ISIS.—¿Y el arcón? ¿Era realmente grande?

MUCHACHO.—Sí.

ISIS.—¿Y de largo? ¿Era como lo describiste?

MUCHACHO.—Sí, sí.

ISIS.—¿Del tamaño de un hombre?

MUCHACHO.—Del tamaño de un hombre.

ISIS.—¿Y lo llevaban cuatro hombres acompañados por *Shaij al-balad*?

MUCHACHO.—Sí, así me dijo mi amigo. Pero yo no los vi.

ISIS.—Si tu amigo los vio, sin duda decía la verdad.

MUCHACHO.—Pero no dijo que los hubiera visto mientras escondían el arcón.

ISIS.—¿Y lo visteis en la corriente del Nilo?

MUCHACHO.—Sí, pensamos que lo habían ocultado y nos pusimos a buscarlo entre los papiros. De repente vimos que la corriente lo arrastraba.

ISIS.—¿En qué dirección?

MUCHACHO.—(*Señalando con la mano.*) Hacia el norte.

ISIS.—¿Hacia el norte?

MUCHACHO.—Ya se habrá ido muy lejos. La corriente es rápida en esta época del año.

ISIS.—¡Qué desgracia!

MUCHACHO.—(*Mirándola.*) ¿No habías visto antes ese arcón?

ISIS.—No.

MUCHACHO.—¿Y tanto te interesa? Entonces, si lo hubieras visto como nosotros. Era hermoso... ¡espléndido de ver!

ISIS.—(*Con fuerza.*) ¿Quién?

MUCHACHO.—El arcón.

ISIS.—(*Suspirando.*) Si supieras lo que había en él, muchacho.

MUCHACHO.—¿Lo sabes tú? Es lo que queríamos saber. No queríamos robar nada de lo que contenía. ¡Te lo juro! Solamente ver las cosas hermosas que había dentro. Un arcón como ese tenía que encerrar cosas maravillosas. ¿No es así?

ISIS.—¡Y qué maravillas!

MUCHACHO.—Entonces, sabes lo que había dentro. Eres bruja, como decían...

ISIS.—¡No soy bruja!

MUCHACHO.—No te enfades. Yo te creo, confío en ti. Te echaron por mi culpa. Tú no trajiste la mala suerte. La desgracia cayó sobre la aldea por la noche, cuando se ahogó mi amigo. Y tú no llegaste sino hasta la mañana. Sólo yo sé que te trataron injustamente.

ISIS.—Qué bueno eres, muchacho.

MUCHACHO.—Hay tristeza en tu mirada, ¿por qué?

ISIS.—Porque perdí algo muy querido...

MUCHACHO.—¿Qué perdiste? Tal vez ese arcón que te interesa tanto desde que me oíste nombrarlo. ¿Te lo robaron?

ISIS.—Sí, me lo robaron... ¿Qué puedo decirte? Has hablado con sencillez e inocencia. Y sin embargo...

MUCHACHO.—Tú sabes lo que tenía dentro, ahora estoy convencido. ¡Era un tesoro, tu tesoro! ¿No es así? Te lo quitaron. El *Shaij al-balad* tenía la costumbre de robar a la gente.

ISIS.—(*Conmovida, se seca las lágrimas.*) Es verdad, me lo quitaron...

MUCHACHO.—Entonces, era un tesoro lo que había en el arcón.

ISIS.—¡Y qué tesoro!

MUCHACHO.—(*Con inocencia.*) ¡Describemelo!

ISIS.—Era un tesoro que daba luz a la gente y descubría cosas que les servían. ¡Qué desgracia!

MUCHACHO.—(*Con ingenuidad.*) ¿Daba luz? Sí, es verdad. Daba luz y brillaba en medio de la corriente. Lo encandiló a mi amigo y por eso se echó al río. Murió por él sin saber qué era.

ISIS.—(*Cae una lágrima de sus ojos.*) Sin saberlo, murió por algo grandioso.

MUCHACHO.—¿Lloras?

ISIS.—(*Se seca los ojos con fuerza.*) No, no debo llorar. Tu amigo no lloró al echarse al agua.

MUCHACHO.—No, al contrario, sonreía...

ISIS.—¿Ves? Es una lección para nosotros. También nosotros debemos lanzarnos a la lucha sin llorar. Debemos luchar por encontrarlo.

MUCHACHO.—Pero se fue lejos. El arcón se fue lejos. La corriente se lo llevó al norte.

ISIS.—Caminaremos hacia el norte con nuestros pies sangrantes... Al norte...

MUCHACHO.—Caminaremos mucho...

ISIS.—Caminaré toda la vida, si es preciso. Caminaré sola .Regresa a la aldea. Esto no es asunto tuyo. Caminaré, desafiare todos los obstáculos hasta hallarlo.

MUCHACHO.—¿Caminarás sola? ¿No tienes miedo de la noche, de los aullidos de los lobos y los gritos del chacal?

ISIS.—¡No tendré miedo! Ve con tu gente, muchacho bueno. Te estoy agradecida. Nunca olvidaré que estuviste a mi lado mientras la aldea me arrojaba piedras.

MUCHACHO.—Sí no temiera preocupar a mi madre, caminaría contigo hasta la mañana. Pero te deseo buena suerte. ¡Que los dioses te sean benignos!

(El muchacho se marcha.)

(Isis trata de caminar con fuerza y decisión. Mira hacia el Nilo, hacia el lugar en que desapareció el arcón. Retrocede y cae de rodillas tendiendo las manos hacia el río, llorando a gritos su dolor y lamentándose.)

ISIS.—¡Osiris! ¿Dónde estás, Osiris? ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?...

Tenías una casa, tenías un reino.

Tenías el amor de todos los corazones.

Vuelve a tu casa, Osiris.

Vuelve a tu reino, amado.

Vuelve a tu esposa, querido.

Vuelve a quien te ama, a Isis.

¡Vuelve, vuelve, vuelve!

(Se arroja al suelo llorando en silencio. Permanece inmóvil como si estuviera desvanecida. De repente oye el canto de un hombre que va tirando del cable de una barca y se levanta inmediatamente.)

ISIS.—*(Llamando con decisión.)* ¡Barquero!

BARQUERO.—*(Se detiene.)* ¿Quién llama?

ISIS.—¿De dónde vienes?

BARQUERO.—Del norte, como ves.

ISIS.—*(Hablando consigo misma.)* Sí, del norte...

BARQUERO.—Vamos contra la corriente. No hay viento que nos ayude y en lugar de navegar en la barca, nosotros tenemos que arrastrarla a ella.

ISIS.—¿Y de qué lugar del norte vienes?

BARQUERO.—De cerca del mar grande.

ISIS.—Sí, sí... Dime, barquero, ¿por casualidad no encontrásteis algo extraño en el Nilo?

BARQUERO.—¿Algo extraño? El viento, a veces a nuestras espaldas, a veces en nuestras caras. Luego se fue y ya no lo hemos vuelto a encontrar en ninguna parte.

ISIS.—¿Y no vieron nada en el Nilo?

BARQUERO.—¿Qué quieres que viéramos en el Nilo? Los peces no sacan la cabeza fuera del agua, ni la lengua.

ISIS.—No me refiero a los peces.

BARQUERO.—¿A qué te refieres entonces? ¡Explícate!

ISIS.—¿No habéis visto algo que brillara en la corriente?

BARQUERO.—¿Que brillara?

ISIS.—Algo que encandilara la vista.

BARQUERO.—Cerca del mar grande vimos relámpagos en el cielo pero ese brillo en el agua aún no lo hemos visto.

ISIS.—No quiero decir eso.

BARQUERO.—Lo que quieres es retrasar nuestra marcha. Sólo dos cosas impiden la navegación: el silencio del viento y la lengua de una mujer.

ISIS.—(*Suplicante.*) Espera, barquero. Sólo una palabra.

BARQUERO.—¡Apúrate y habla!

ISIS.—¿No encontraron algo que flotara?

BARQUERO.—Lo único que encontramos son cosas que flotan. ¿O piensas que somos la única barca del Nilo?

ISIS.—No me refiero a las barcas. Me refiero a otra cosa. Un arcón, por ejemplo.

BARQUERO.—¿Un arcón?

ISIS.—Sí. ¿No vieron un arcón que flotaba en la corriente?

BARQUERO.—¿Un arcón grande?

ISIS.—(*Con entusiasmo.*) ¡Sí!

BARQUERO.—Yo no lo vi.

ISIS.—¿Pero oíste hablar de él?

BARQUERO.—En una de esas conversaciones que se acostumbran entre los barqueros, para divertirse después de la cena...

ISIS.—¿Qué dijeron? ¡Apúrate! Te lo suplico.

BARQUERO.—Nos topamos con una barca que se dirigía hacia el norte. Los barqueros estaban hablando de un gran arcón que encontraron flotando. Casi choca con ellos. Y lo sacaron.

ISIS.—¿Qué hicieron con él?

BARQUERO.—No sé. Quizás lo pusieron en la barca.

ISIS.—¿Y dónde está esa barca?

BARQUERO.—Partió.

ISIS.—¿Hacia dónde partió? ¿Hacia dónde?

BARQUERO.—Salió hacia el mar grande, en dirección a Biblos.

ISIS.—¿A Biblos?

BARQUERO.—Sí, al reino de Biblos. ¿No sabes dónde está?

ISIS.—(*Hablando consigo misma.*) Sí..., Biblos...

BARQUERO.—Y ahora, ¿tienes otra pregunta?

ISIS.—(*Ausente.*) No. Te lo agradezco.

BARQUERO.—El viento vuelve a soplar. Si se calla la mujer, habla el viento. Aprovechemos su soplo. Queda con Dios, mujer.

(*Parte recogiendo el cable mientras canta una canción.*)

ISIS.—(*Grita esperanzada y con decisión.*) ¡Biblos!... ¡Osiris!...

SEGUNDO ACTO

ESCENA PRIMERA

*Al pie de los muros del palacio del rey de Biblos.
Dos guardias custodian la entrada.*

GUARDIA 1o.—Si esa mujer viene otra vez y quiere entrar, le atravesaré el corazón con mi lanza.

GUARDIA 2o.—No parece ser de este país.

GUARDIA 1o.—Sí, y por eso insiste en ver a nuestro rey, para pedirle una limosna .

GUARDIA 2o.—¿Cómo lo sabes? ¿Ella te lo dijo?

GUARDIA 1o.—No lo dijo pero se sabe. Una extranjera, ¿qué otra cosa puede querer?

GUARDIA 2o.—Nuestro rey es generoso con los extranjeros.

GUARDIA 1o.—No todos merecen su compasión.

GUARDIA 2o.—¡Quién te dice! Quizás los quiera por ese extranjero a quien todos amamos.

GUARDIA 1o.—Es verdad. Pero también está cansado de ladrones y sinvergüenzas. No olvides esos barqueros codiciosos y lo que pasó con ellos.

GUARDIA 2o.—Pero esa mujer...

GUARDIA 1o.—No me refiero a esa mujer exactamente. Nosotros no sabemos quién es ni lo que quiere. Nosotros guardamos estos muros y estas puertas de ladrones y parásitos. Nuestro trabajo es sospechar de toda persona extraña.

GUARDIA 2o.—Si viene otra vez, le preguntaré qué quiere del rey.

GUARDIA 1o.—No contestará con claridad.

GUARDIA 2o.—Porque no sabes preguntar con gentileza.

GUARDIA 1o.—Pregúntale tú esta vez. Yo me quedaré en silencio.

GUARDIA 2o.—Quizás no venga y nos dé un descanso.

GUARDIA 1o.—¡Vendra! Como siempre, desde el amanecer dará vueltas alrededor del palacio. He llegado a pensar que pasa la noche bajo estos muros. Ya es de día. Sin duda volverá al ataque y vendrá a pedir entrada.

GUARDIA 2o.—(*Se vuelve.*) Tienes razón. Allí viene.

GUARDIA 1o.—(*Se vuelve.*) Es la misma.

GUARDIA 2o.—Deja que yo le hable.

GUARDIA 1o.—Haz lo que quieras.

GUARDIA 2o.—(*A gritos.*) ¿Qué deseas, mujer?

(*Aparece Isis.*)

ISIS.—Os he dicho que quiero ver a vuestro rey. Quiero ver al rey de Biblos.

GUARDIA 2o.—Tú no eres de este país.

ISIS.—No.

GUARDIA 2o.—¿De qué país eres?

ISIS.—De un país lejano, en el oeste.

GUARDIA 2o.—¿Eres del oeste?

ISIS.—Sí, ¿por qué te asombras?

GUARDIA 2o.—Entre nosotros hay un hombre del oeste muy amado por el pueblo.

ISIS.—(*Con interés.*) ¿Por qué lo aman?

GUARDIA 2o.—Porque fabricó cosas maravillosas que no conocíamos.

ISIS.—(*Con interés.*) ¡Háblame de ese hombre!

GUARDIA 2o.—Fabricó herramientas que causan admiración. Aquí, la gente ya no espera la lluvia para regar la tierra. Gracias a él conocimos los pozos. Construyó *shawadif*⁴ y norias. Enseñó a la gente a labrar la tierra con el arado. Todos los días hace algo nuevo y maravilloso que nos es útil.

ISIS.—(*Con los ojos llorosos.*) Aquí también...

GUARDIA 2o.—¿Qué estás diciendo?

ISIS.—(*Hablando consigo misma.*) Es verdad, él es así. Adonde va, lleva la vida. ¡Cambia la vida!

GUARDIA 2o.—Quizás todos los extranjeros son como él.

ISIS.—¡No hay nadie como él!

GUARDIA 2o.—Entonces, ¿lo conoces?

ISIS.—(*En un susurro.*) Sí...

GUARDIA 2o.—¡Seguramente! Si eres de su país, del occidente como él...

ISIS.—(*En un murmullo.*) No es sólo eso.

GUARDIA 2o.—¿Qué quieres decir?

ISIS.—¿Cómo puedo ver a ese hombre?

GUARDIA 2o.—¿Qué quieres de él?

ISIS.—¡Te lo suplico! Dime dónde puedo encontrar a ese hombre.

GUARDIA 2o.—Aquí, en este palacio. Aquí vive. El rey lo ama y lo

⁴ *Shawadif*: plural de *shaduj*.

honra y no le da trato de esclavo. Aquí tiene una posición y un hogar.

ISIS.—¿Cómo puedo verlo?

GUARDIA 2o.—¡Qué extraño! ¿Viniste a ver al rey o a él?

ISIS.—Como me dijiste que está aquí. Quiero decir... Es de mi país, es mi compatriota...

GUARDIA 2o.—Entonces, ¿renuncias a ver al rey?

ISIS.—Sí. Quiero ver a ese hombre.

GUARDIA 2o.—Eso es más fácil para nosotros. Y para ti.

ISIS.—¿Cómo puedo verlo?

GUARDIA 1o.—(*De repente rompe el silencio.*) De ninguna manera le permitiremos entrar al palacio.

GUARDIA 2o.—No es necesario que entre al palacio. Óyeme, mujer. Si eso es todo lo que quieres, hay un modo seguro...

ISIS.—¡Te lo suplico! ¿De qué modo...?

GUARDIA 2o.—Espera aquí, cerca de la puerta. Dentro de poco saldrá del palacio, como todas las mañanas.

ISIS.—(*Confusa e impaciente.*) ¿Saldrá por esa puerta?

GUARDIA 2o.—Sí, camino a su trabajo.

ISIS.—(*Confusa.*) ¡Lo veré ahora! Esperaré, esperaré, esperaré...

(*Se hace a un lado dispuesta a esperar.*)

¡Gracias, señor! ¡Gracias!

GUARDIA 2o.—Ya está resuelto el problema, sin necesidad de atravesarla con la lanza.

GUARDIA 1o.—Sí, pero el caso aún no está claro. ¿Qué has entendido de todo esto?

GUARDIA 2o.—No hay ningún misterio. Tú fuiste el que complicó las cosas.

GUARDIA 1o.—Una mujer que viene preguntando por el rey, insistiendo en verlo... Y luego, de repente, desiste y se contenta con ver a otra persona.

GUARDIA 2o.—¡De su país!

GUARDIA 1o.—(*Volviéndose hacia Isis.*) ¡Mira! ¡Mírala! Derrama lágrimas en silencio.

GUARDIA 2o.—(*Se vuelve.*) Sí. Quizás siente nostalgia.

GUARDIA 1o.—Debe haber algo más. Es muy sospechoso...

GUARDIA 2o.—Sólo a ti se te ocurren esas ideas.

GUARDIA 1o.—¿Te parece natural lo que sucedió ante nosotros?

GUARDIA 2o.—¿Y por qué no?

GUARDIA 1o.—Ahora veremos quién tiene razón.

GUARDIA 2o.—(*Volviéndose hacia la puerta.*) ¡Silencio! Ahí sale del palacio.

(Por la puerta del palacio sale un hombre de aspecto digno; es Osiris. Da unos pocos pasos, alejándose de los muros. Al instante, Isis se levanta y camina hacia él, dando gritos en los que se mezclan el gozo y el llanto.)

ISIS.—¡Osiris!

OSIRIS.—*(Con sorpresa, amor y emoción.)* ¡Isis!

ISIS.—*(Tocándolo con una mano poco firme.)* ¿Eres tú, Osiris, eres tú? ¡Estás bien!... ¡Estás!...

OSIRIS.—Como ves... ¿Y tú, querida...?

ISIS.—¡Esposo mío!

(Se abrazan.)

GUARDIA 1o.—*(A su compañero.)* Mira! ¿No es extraño?

GUARDIA 2o.—*(Mirando a los esposos.)* Sí, es verdad. Le dijo: esposo mío. ¿Has oído?

GUARDIA 1o.—He oído.

GUARDIA 2o.—Desviemos la mirada. No los avergoncemos.

(Osiris atrae a Isis hacia un lado, bajo los muros, y la hace sentar sobre una gran piedra.)

OSIRIS.—*(De pie frente a ella, contemplándola.)* Antes que nada, déjame llenar los ojos de ti... Yo...

ISIS.—*(Conteniendo lágrimas de emoción, le sonríe.)*

OSIRIS.—Sí, seca tus lágrimas y sonríe pues nos hemos encontrado.

ISIS.—*(Hablando consigo misma, como si no lo creyera.)* ¡Es verdad! Nos hemos encontrado finalmente... Finalmente te hallé... finalmente... finalmente...

OSIRIS.—Sin duda me has buscado largo tiempo.

ISIS.—*(Con un simple movimiento de cabeza y un grito de triunfo.)* ¡Sí!

OSIRIS.—No pasaba un día sin que te imaginara tal como te dejé la última vez. ¡Esa noche maldita! Y me decía: en vano pasará el tiempo esperando mi regreso. Se convencerá de que me sucedió una desgracia y quizás esté en el reino de los muertos. Y entonces... ¡Ay de las lágrimas que sin duda has derramado! ¡Ay de la pena que anidó en tu corazón!

ISIS.—*(Mirándolo largo tiempo y murmurando.)* Sí...

OSIRIS.—Pero no puedo creer que estés aquí. Jamás pensé que lograras encontrarme. ¿Atravesaste todos esos mares detrás de mí? ¿Cruzaste todos esos desiertos?

ISIS.—*(Asiente con la cabeza y se queda callada.)*

OSIRIS.—*(Mirándola fijamente.)* ¡Qué esfuerzo! ¡Qué lucha!

ISIS.—(*Asiente y no responde.*)

OSIRIS.—Isis...

ISIS.—(*Alza la cabeza con fuerza.*) Cuéntame lo que te sucedió a ti. ¿Cómo sucedió esto? ¿Cómo sucedió?

OSIRIS.—No tenía miedo de Tifón. No pensaba que se atreviera a semejante acción.

ISIS.—En cambio, a mí el corazón me hablaba del mal. Dime qué hizo esa noche.

OSIRIS.—Me recibió con lo que más me gusta. Era un magnífico banquete. Y después de comer dijo: os mostraré algo espléndido. Ordenó que trajeran un arcón con grabados maravillosos y sus secuaces fingieron admiración. Entonces dijo: lo regalaré a quien lo llene con el cuerpo. Sus secuaces se apresuraron a acostarse en el arcón. Pero ninguno lo logró. Finalmente me miró y dijo: ¿Quieres probar, hermano? Lo tomé sin malicia y me metí en el arcón riendo de gozo. Era exactamente de mi tamaño. En ese momento sus secuaces se abalanzaron, cerraron el arcón y le echaron cerrojo.

ISIS.—(*Entre dientes.*) ¡El traidor!

OSIRIS.—Después de eso no supe sino que me arrojaban al agua y que ésta se cerraba sobre mí. Y así pasó no sé cuánto tiempo. Un día y una noche quizás, o dos días y sus noches. No lo sé exactamente. Me adormecí y de repente me detuvo un choque. Sentí que sacaban el arcón del agua y abrían la tapa. Vi la luz del día y me hallé en una embarcación. A mi alrededor había rostros extraños y miradas de asombro.

ISIS.—¿Lo barqueros?

OSIRIS.—Sí. Me preguntaron qué había sucedido pero temí revelarles mi nombre después de lo ocurrido. Les dije que era esclavo de un hombre rico y que me habían arrojado al Nilo como ofrenda. Me creyeron. Pero comenzaron a murmurar y a planear algo. Querían el valioso arcón pero no estaban de acuerdo en qué hacer conmigo. ¿Matarme? ¿Echarme al agua después de despojarme de mis ropas? Me di cuenta de lo que tenían en mente y les pregunté a dónde iban. Me dijeron que al norte, al reino de Biblos. Les dije: yo os indicaré una forma de ganar mucho dinero. No lograréis nada con matarme, sólo cometer un crimen. Y el arcón os será un estorbo. Llevadme ante el rey de Biblos, donde os dirigís. Vendedme a él junto con el arcón. Os pagaré bien. Y dijeron: ¡buena idea! Y me vendieron a este noble rey. Esa es toda mi historia...

ISIS.—(*Hablando consigo misma.*) Osiris, vendido como esclavo...

OSIRIS.—Pero este generoso rey no me da trato de esclavo.

ISIS.—¿Sabes quién eres?

OSIRIS.—No. Sólo saben lo que dije a los barqueros y lo que ellos le contaron al rey. El hombre que viene de occidente. Eso es todo lo que la gente conoce de mí en este país.

ISIS.—Y el rey, ¿cómo te llama?

OSIRIS.—El amigo egipcio.

ISIS.—Es realmente generoso. Pero tú también eres generoso y noble con ellos.

OSIRIS.—¿Quién te lo ha dicho?

ISIS.—¿Quién me lo ha dicho? Tu aroma sobre esta tierra es como el aroma del loto en la nuestra, se esparce por todas partes...

OSIRIS.—(*Soñador, con nostalgia.*) Nuestra tierra...

ISIS.—(*También ella con nostalgia.*) Sí, nuestra tierra...

(*Bajan la cabeza y se quedan callados.*)

GUARDIA 1o.—(*Se vuelve hacia los esposos.*) Largo tiempo han hablado.

GUARDIA 2o.—Déjalos con sus asuntos.

GUARDIA 1o.—¿Cómo, no ves que es nuestro deber informar al rey?

GUARDIA 2o.—¿Qué?

GUARDIA 1o.—La llegada de la esposa.

GUARDIA 2o.—¿Lo crees así?

GUARDIA 1o.—Estamos obligados a informar lo que vemos. Entraré a palacio e informaré.

(*Entra apresuradamente.*)

OSIRIS.—(*Como si despertara de un sueño.*) Sí, nuestra hermosa tierra...

ISIS.—Y su Nilo... Y los tallos de los papiros entre los que jugabas...

OSIRIS.—Sí, el Nilo que no me ahogó. ¡Cuánta bondad!

ISIS.—El Nilo te llevó en su regazo, como si fueras su pequeño hijo...

OSIRIS.—Sí. Sentía el movimiento de sus delicadas olas alrededor del arcón, como la mano de una madre que acaricia a un niño de pecho.

ISIS.—¡Nunca podremos olvidarlo!

OSIRIS.—(*Con nostalgia.*) Nuestra tierra...

ISIS.—Sí...

OSIRIS.—(*Soñador.*) Nuestro Nilo...

ISIS.—A pesar del mal que allá nos hagan...

OSIRIS.—El mal no nos vino de la tierra ni del Nilo. (*Al cabo de un instante.*) ¿Por qué hizo eso mi hermano?

ISIS.—El poder...

OSIRIS.—¿No me esforcé por servir al pueblo? ¿No me amaba la gente?

ISIS.—Él no se hizo esa pregunta.

OSIRIS.—¿Y la gente? ¿Qué decía de esto?

ISIS.—(*Permanece en silencio.*)

OSIRIS.—¿Por qué no respondes, Isis? ¿Qué dice ahora el pueblo?

ISIS.—No me hagas hoy esa pregunta, Osiris.

OSIRIS.—(*Con inocencia.*) ¿Por qué? Mi pueblo siempre me amó. ¿No es así?

ISIS.—(*Evitando la respuesta.*) Ahora debemos pensar en una sola cosa.

OSIRIS.—¿En qué?

ISIS.—En regresar a nuestra patria.

(*Aparecen el rey de Biblos y el Guardia 1o.*)

REY.—(*Llamando.*) ¡Amigo egipcio!

OSIRIS.—(*Volviéndose.*) ¡El rey!

REY.—Nos han dicho que ha llegado tu esposa.

OSIRIS.—Sí, rey.

REY.—Entonces, démosle la bienvenida.

OSIRIS.—Gracias, rey.

REY.—Nos ha hablado de ti, señora. Y eso es todo lo que ha dicho sobre él y su pasado.

ISIS.—(*A su esposo.*) ¿Les hablaste de mí?

OSIRIS.—(*En un murmullo.*) Eso no pude ocultarlo.

ISIS.—(*Al rey.*) ¿Qué dijo de mí?

REY.—Que tú eras todo lo que amaba y añoraba en este país lejano. No pensaba más que en ti y en lo que le sucedió.

ISIS.—(*Hablando consigo misma.*) ¿Él también?

REY.—Estábamos convencidos de que si un día nos abandonaba sería por nostalgia de su esposa. Pero, como tú has venido, dejará de preocuparse y su espíritu estará en paz. Tenemos grandes esperanzas de que se quede con nosotros para siempre.

ISIS.—Sin embargo, hay una nostalgia más fuerte que la que siento por mí.

REY.—¿Cuál?

ISIS.—La nostalgia de su patria.

REY.—Tú eres toda su patria, señora.

ISIS.—No, rey.

REY.—Eso es lo que entendimos.

ISIS.—Él no os ha mostrado la verdad que oculta en su corazón.

REY.—¿Qué verdad?

ISIS.—Nuestra tierra lo llama.

REY.—(*Preocupado.*) ¿Su tierra?

ISIS.—Su Nilo lo llama.

REY.—(*Con ansiedad.*) ¿Su nilo?

ISIS.—Eso es lo que esperamos de ti, generoso rey.

REY.—(*Previendo la respuesta.*) ¿Qué quieres decir?

ISIS.—Que nos permitas regresar hoy mismo a nuestro país.

REY.—¿Hoy mismo?

ISIS.—Sí, hoy.

REY.—(*Al cabo de un instante de silencio.*) ¿Sabes lo que me pides, señora? ¿Ves este palacio? ¿Quieres que arranque la columna más fuerte que sustenta su techo y cimenta sus rincones?

ISIS.—¿La columna más fuerte?

REY.—Tu esposo, señora.

ISIS.—Sé que tiene en tu casa un hogar y una posición...

REY.—Y entre mi pueblo.

ISIS.—También su país tiene derecho a él.

REY.—Tu país me lo vendió.

ISIS.—Sí, desgraciadamente. Pero no le estaba permitido venderlo.

REY.—Nosotros lo queremos. Su país no lo necesita.

ISIS.—¿Quién dijo que su país no lo necesita?

REY.—¿Acaso no lo arrojaron al Nilo para que se ahogara? ¿No lo trajeron los barqueros y me lo ofrecieron? ¿Quién es ese tonto que poseía un hombre semejante y se desprendió de él? Aun como ofrenda. Créeme, señora, yo no podría desprenderme de él, aunque fuera más tonto que ese rico egipcio.

ISIS.—Te creo. Estás en tu derecho. Pagaste por él.

REY.—No, señora. No menciones el dinero. Ya nos ha dado, a mí y a mi pueblo, algo que no se puede valorar. No hables de él como de un esclavo. Eso no lo permitiré nunca. Él es libre y de los más nobles.

ISIS.—¡Cuánta generosidad!

REY.—Créeme, señora, cuando dije que no me desprendería de él, no quise decir que es mi esclavo. Quise decir que su vida nos es querida y que yo no puedo garantizar su seguridad en el país que lo rechazó. Nosotros lo merecemos más. A no ser que esté cansado de este país, que algo le disguste o que, sin saberlo, se le haya ofendido...

OSIRIS.—No, rey. No es cansancio ni disgusto ni ofensa. Por el contrario, de ti y de tu pueblo sólo he recibido el bien, el afecto y el amor.

REY.—Y a pesar de eso, dejas a quienes te aman por quienes te repudiaron.

OSIRIS.—A pesar mío...

REY.—En tu país servirás a otro hombre. Eso es lo que te espera.

OSIRIS.—Quizás.

REY.—No entiendo. ¿Cómo prefieres ese desconocido de allá a los amigos de aquí?

OSIRIS.—Realmente es difícil entenderlo.

REY.—Sí, todo esto es difícil de entender. Aquí hay un secreto.

Tan pronto llegó tu esposa, cambiaron tus propósitos. Dime la verdad. ¿Por qué ese súbito deseo de dejar nuestro reino?

ISIS.—Es mejor que se lo expliques.

OSIRIS.—(*En un murmullo.*) ¿Explicarle qué?

ISIS.—Toda la verdad. Es mejor que le expliquemos la verdad a este noble rey, que le confiemos nuestro secreto. Tiene derecho a saber por qué debemos volver a nuestra patria. Tiene que saber quiénes somos. Te diremos nuestro secreto, rey.

REY.—Y yo lo guardaré fielmente.

ISIS.—Mi esposo es Osiris.

REY.—(*Tomado de sorpresa.*) ¿Osiris, el rey de Egipto?

ISIS.—Sí. Y yo soy su esposa, Isis.

REY.—(*Sorprendido.*) ¿La reina?

ISIS.—Ya no soy reina, ni Osiris rey. Su hermano Tifón le arrebató el poder.

REY.—Algo de eso había llegado a mis oídos.

ISIS.—Él lo encerró en el arcón y lo arrojó al agua.

REY.—¡Qué crueldad!

ISIS.—Ése es nuestro secreto .

REY.—El corazón me decía que mi huésped no era como el resto de los hombres; que ocultaba un secreto. Entonces, mi huésped era el rey Osiris. ¡Es un gran honor, un gran honor!

OSIRIS.—No hay honor más grande que ser llamado: el amigo egipcio.

REY.—Siempre serás mi amigo egipcio. Guardaré el mejor de los recuerdos de esta amistad.

ISIS.—¿Entiendes ahora, rey, por qué debemos volver a nuestro país?

REY.—Sí, entiendo. Osiris tiene derecho a regresar y recobrar su trono.

OSIRIS.—No es el trono lo que me llama.

ISIS.—Es verdad. Mi esposo no piensa en eso. Pero, de todos modos, nuestro sitio está en aquella tierra.

OSIRIS.—A orillas de nuestro Nilo.

ISIS.—Sí, nuestro Nilo.

REY.—Entiendo la situación y estoy a vuestras órdenes .

ISIS.—Sólo te pedimos que nos permitas partir.

REY.—Os lo concedo a pesar mío. Ordenaré que os provean para el viaje a Egipto con lo más apropiado a vuestra dignidad de reyes.

OSIRIS.—No, no, generoso amigo. ¡No! Partiremos tal como llegamos.

ISIS.—Sí, nos iremos como llegamos, sin que nadie se dé cuenta. ¿No te he dicho, rey, que todo esto debe seguir siendo un secreto?

REY.—Entiendo.

ISIS.—Cualquier rumor nos pondría en peligro.

REY.—Para vosotros, lo que queráis.

OSIRIS.—Nunca olvidaré tu magnanimidad, amigo.

ISIS.—No olvidaremos nunca tu nobleza.

REY.—Recuerda que siempre estaré dispuesto a apoyarte. Llamadme en tiempo de necesidad e iré en vuestra ayuda más rápido que el viento. Si lo hacéis, podré estar seguro de que no olvidásteis que soy vuestro amigo.

ISIS.—¡No lo olvidaremos!

(Isis y Osiris se ponen en marcha.)

OSIRIS.—¡Adiós!

ESCENA SEGUNDA

La costa del Nilo. Una pequeña casa, solitaria y oculta por largas cañas. Se ve solamente un escalón de piedra y una puerta cerrada. Aparecen dos hombres: Mistat y Tot.

MISTAT.—(Señalando la casa.) Ésa es.

TOT.—¿Esa casa solitaria?

MISTAT.—Su casa.

TOT.—En verdad, es un lugar oculto. No es fácil hallarla. ¿Están escondidos aquí hace mucho tiempo?

MISTAT.—Hace tres años.

(Dentro de la casa se oye el llanto de un niño.)

TOT.—¿Qué es eso?

MISTAT.—Su hijo. Tuvieron un niño al que llamaron Horus.

TOT.—Si Tifón se entera de todo esto...

MISTAT.—¿Y de dónde podría saberlo?

TOT.—¿Cómo lo supiste tú?

MISTAT.—Por casualidad. Si quieres saberlo con exactitud: el movimiento, el trabajo, la actividad. No me gusta quedarme ocioso, sentado junto a los papiros.

TOT.—Como yo.

MISTAT.—*(Continuando.)* No me basta con tocar melodías en mi flauta de caña.

TOT.—Como nuestros hermanos.

MISTAT.—Me gusta zambullirme en la vida, ver gente. Los pies me condujeron a un lugar en el desierto. Allí, en la otra orilla, vi un canal recién abierto que llegaba al Nilo. Y la gente de esa zona, desolada ayer, vivía hoy en la fertilidad. Ellos me hablaron del hombre verde.

TOT.—¿El hombre verde? ¿Quién es?

MISTAT.—*(Señalando la pequeña casa.)* El dueño de esta casa.

TOT.—*(En un murmullo.)* ¿Osiris?

MISTAT.—*(Se pone el dedo sobre la boca.)* ¡Silencio! Aquí nadie conoce ese nombre.

TOT.—¿Lo llaman el hombre verde?

MISTAT.—Porque transformó su desierto en tierra fértil. Yo mismo lo vi trabajando con ellos y enseñándoles. Lo seguí hasta esta casa. Y luego la vi a ella.

TOT.—*(En un susurro.)* ¿A Isis?

MISTAT.—Sí. Al verme, se asustó. Pero luego tuvo confianza. Y finalmente aceptó que te trajera.

TOT.—¿No quería?

MISTAT.—¡En absoluto! Su orgullo... Dijo que había aprendido a luchar sola, a no recurrir a nadie.

TOT.—¡Qué mujer!

MISTAT.—Sí. No olvida nuestra actitud.

TOT.—Si quieres ser más exacto: mi actitud.

MISTAT.—Finalmente le dije: somos nosotros los que te suplicamos que nos permitas compartir tu lucha.

TOT.—¡Muy bien dicho!

MISTAT.—Entonces, ¿toco a la puerta? ¿O aún tienes dudas?

TOT.—¡Llamemos!

(Mistat llama a la puerta y espera un instante. La puerta se abre con precaución. Isis se asoma y sale tranquila.)

ISIS.—*(Sonriendo.)* ¿Eres tú?

MISTAT.—Tal como te lo prometí. Y Tot está conmigo.

TOT.—*(Se adelanta.)* Sí. Aquí estoy.

ISIS.—¡Bienvenidos! Me gustaría recibirlos dentro de la casa. Pero mi niño está enfermo. Lo picó un escorpión. Hace un momento cerró los ojos y temo que nuestra conversación lo moleste. Quedémonos aquí.

TOT.—¿Un escorpión mordió al niño?

ISIS.—Hace unos días. Estaba sola, mi esposo había ido a la otra orilla.

TOT.—¿Y qué hiciste?

ISIS.—Él me enseñó lo que hay que hacer en estos casos. Tomé rápidamente un cuchillo e hice un pequeño corte en el lugar de la herida. Luego chupé el veneno y lo escupí lejos.

TOT.—Quizás aún esté en peligro...

ISIS.—Mi hijo va a curarse. No hay nada que temer.

MISTAT.—Y ahora, hablemos de lo nuestro. Estamos a tu servicio.

ISIS.—Os agradezco. Pero, como véis, llevo una vida tranquila junto a mi esposo y mi hijo.

MISTAT.—Una vida tranquila que no es digna de vosotros. Tifón está sentado en vuestro trono y todos sabemos cómo llegó a él.

ISIS.—¿Todos lo sabemos? ¿Qué quieres decir con todos? ¿Lo sabe acaso la gente?

MISTAT.—Debemos trabajar para que toda la gente lo sepa. Es el momento apropiado. El gobierno de Tifón ha sido tan malo que la podredumbre reina por doquier. La nación ha caído en un abismo.

ISIS.—Esa es tu opinión y quizás la de algunos otros... Pero vosotros no sois todo el pueblo.

MISTAT.—Esos pocos bastan para comenzar a trabajar.

ISIS.—¿Trabajar para qué? ¿Para regresar al poder? ¡Imposible! Mi esposo no quiere.

MISTAT.—Tot puede persuadirlo.

ISIS.—Nadie puede hacerlo. Yo traté durante tres años pero fracasé. Ni siquiera el nacimiento del niño lo hizo cambiar de opinión. El pobre sufrió un gran golpe.

MISTAT.—¿Un golpe?

ISIS.—Sí, en lo más profundo de su corazón. El día que oyó cómo la gente maldecía el recuerdo de Osiris.

MISTAT.—Propagandistas de Tifón.

ISIS.—Se lo dije pero no cambió de opinión.

MISTAT.—Sin embargo, siguió amando a la gente, enseñándole y sirviéndole.

ISIS.—La gente no lo decepcionó: fueron los métodos para llegar al poder. Se sintió asqueado y abandonó la lucha.

TOT.—Me gustaría verlo. ¿No está en casa?

ISIS.—No, está allá, trabajando con los campesinos, en la otra orilla.

TOT.—¿Y cuándo regresa?

ISIS.—Ya tendría que haberlo hecho. El sol está por ponerse.

No sé qué lo demora hoy. Estoy preocupada por su ausencia.

MISTAT.—No hay de qué preocuparse.

ISIS.—Tengo un motivo. Hace dos días vio a un extraño dando vueltas por ese lugar. Interrogaba a la gente, en secreto, sobre el hombre verde.

MISTAT.—¿Piensas que era Tifón?

ISIS.—¿Quién sabe? Quizás le hayan llegado rumores y envió a sus espías. Si de eso se trata, ¡qué desgracia!

MISTAT.—No le des importancia.

ISIS.—Le advertí sobre las consecuencias de su reputación entre la gente. Le dije: la gente hablará de ti, de tus trabajos en el desierto. Y si Tifón se entera y hace averiguaciones, estarás en peligro. Me contestó que ningún peligro lo haría desistir de ayudar al pueblo. Y se fue con ellos como todos los días.

TOT.—¡No sabe lo que hace!

ISIS.—¿Qué quieres decir?

TOT.—El peligro anda cerca.

ISIS.—¿Así lo crees?

MISTAT.—No la asustes, Tot. No la asustes.

TOT.—Entonces, me quedaré en silencio.

ISIS.—¡No! ¡Habla! Estoy tranquila.

MISTAT.—Estamos convencidos de tu valor. Pero hasta ahora no hay nada de qué preocuparse. Tot no quiso intranquilizarte. Lo dijo sin reflexionar.

ISIS.—(*Hablando consigo misma.*) Estoy preocupada... Desde esta mañana el corazón me dice...

MISTAT.—Cosas buenas, te dice cosas buenas. ¡Sé optimista! Vamos a trabajar, a luchar y a triunfar. Por que tú naciste para eso.

(*Se oyen gritos a lo lejos.*)

TOT.—Gritos... En la otra orilla...

MISTAT.—Gritos de alegría, quizás... O saludos a Osiris.

ISIS.—(*Mira hacia lo lejos.*) ¿Qué son esos botes que se dirigen hacia el sur?

MISTAT.—(*Mirando.*) Serán los campesinos que se llevan sus herramientas. El día ha llegado a su fin y el sol está por ocultarse.

ISIS.—(*Con una voz extraña.*) Esos no son botes de campesinos...

MISTAT.—De todos modos, ¿por qué el miedo? Tu esposo está bien. Estoy seguro de que está a salvo, aunque Tifón se haya enterado. Tifón ya se habrá convencido de que es más sensato ignorarlo y dejarlo en paz. Mientras la gente crea que murió ahogado, mientras esté aislado y lejos del poder, no será una amenaza para su gobierno.

TOT.—Osiris es una amenaza, aunque no lo sepa.

MISTAT.—¿Él? Pero, ¿por qué?

TOT.—Porque se ha ganado el amor de la gente. Y ganarse el amor de la gente es un acto político.

MISTAT.—¿Qué estás diciendo?

TOT.—Lo digo y sé lo que digo. Éste es un acto político que amenaza al gobernante, especialmente si viene de quien tiene derecho al trono.

MISTAT.—Entonces, Osiris, aunque no lo sepa ni lo quiera, está luchando por llegar al trono.

TOT.—Eso dije.

MISTAT.—Por el camino más noble.

TOT.—Eso, si llega...

MISTAT.—¿Lo dudas?

TOT.—Veremos...

MISTAT.—Me asusta el tono de tu voz.

TOT.—Sé paciente y espera.

MISTAT.—(*Se levanta con entusiasmo.*) Pero no basta tener paciencia y esperar. Ahora tengo todo claro. Si un camino noble como el de Osiris no puede llevarlo al poder... Si el bien puro, el bien de la gente, el beneficio del pueblo, no pueden llevarlo al poder, sin fingimientos y sin engaños, sin intereses personales... ¿Qué podemos esperar? ¿Cuál será nuestro destino?...

TOT.—¿Me lo preguntas a mí?

MISTAT.—¡Sí! A ti y a mí. El fracaso de Osiris tiene un triste significado. Es un grave golpe para todas las cosas buenas de esta tierra. Su fracaso es el fracaso de la verdad, del bien, del honor. Es un fracaso para ti, para mí, para todos los que defienden los ejemplos sublimes.

TOT.—Déjate de palabras grandilocuentes. Limitémonos a los hechos. El fracaso de Osiris significa sencillamente que trabajar

por el bien de la gente no es el medio más eficaz para llegar al poder.

MISTAT.—Y entonces, ¿cuál es el medio más eficaz?

TOT.—Quizás el de Tifón.

MISTAT.—(A gritos.) ¡No digas eso! ¡No digas eso!

TOT.—¡Cálmate! No quise decir nada. Tú sabes que nunca vi a ese Tifón ni tengo relación con él. Todas son suposiciones. Y tú fuiste el que empezó a suponer.

MISTAT.—(Entusiasmado.) ¡Osiris tiene que vencer!

TOT.—Eso deseo, por supuesto.

MISTAT.—Porque su causa es la nuestra. Tenemos que impedir que lo derroten. Es nuestra responsabilidad.

TOT.—¿Nuestra responsabilidad? Sí, tuya y mía solamente. De nadie más. En cuanto al resto de nuestro grupo, tú bien sabes dónde está ahora.

MISTAT.—Sí, desgraciadamente. Tifón los compró. Están en palacio escribiendo cantos en su honor, propagando los gloriosos hechos de su gobierno, tocando la flauta para él.

TOT.—Ése también es un medio.

MISTAT.—¡Sí! Tiene a muchos en sus manos. Hasta los que deberían estar en nuestras filas... ¡Qué traición! Pero a pesar de eso..., a pesar de eso, lo combatiremos.

TOT.—Combatir significa enfrentarse a Tifón, exponerse a la violencia de Tifón. Asumir la responsabilidad no es sólo una palabra. Significa arriesgar la vida. ¿Estás dispuesto?

MISTAT.—¡Lo estoy!

TOT.—¡Yo también!

MISTAT.—¿Tú también?

TOT.—¡Sí! ¡Confía en mí! Ya no soy el mismo de ayer. En el pasado me contentaba con registrar. Observar y registrar. Mi actitud ha cambiado. Todo está claro. Antes no lo veía así, pero ahora tenemos por delante una causa que es más nuestra que de Osiris. O dejamos vencer a Tifón y sus medios o buscamos la victoria de Osiris, para que con él triunfen el bien y los principios. O aceptamos al usurpador, como lo aceptan todos, o nos enfrentamos a él.

MISTAT.—¡Lo enfrentaremos!

(Se oyen gritos de gentes que se aproximan. Aparece un hombre sin aliento; detrás un grupo de campesinos silenciosos e indignados.)

CAMPESINO.—(*Vacilante.*) ¿Dónde, dónde está la esposa del hombre verde?

ISIS.—(*Se dispone a levantarse.*) ¿Qué le ha sucedido?

CAMPESINO.—¿Eres tú la esposa?

ISIS.—Sí. ¡Habla! ¿Qué le ha sucedido?

CAMPESINO.—Señora..., señora...

ISIS.—¿Qué le ha sucedido?

CAMPESINO.—(*Señala hacia la otra orilla.*) Estábamos allí. Él estaba con nosotros, viendo cómo quitábamos las hierbas malas. Entonces llegó un grupo de soldados en sus barcas y preguntaron por él. Él se adelantó y entonces...

ISIS.—(*Con paciencia.*) Entonces, ¿qué?

CAMPESINO.—(*La mira un instante y luego, vacilante, mira a sus hermanos.*) Entonces, se lo llevaron...

ISIS.—¿Se lo llevaron a dónde?

CAMPESINO.—A las barcas.

ISIS.—¿Y después?

CAMPESINO.—Se lo llevaron...

ISIS.—¿Se lo llevaron vivo?

CAMPESINO.—(*Vacilante.*) Sí...

ISIS.—(*Lo mira fijamente.*) ¡Mientes!

CAMPESINO.—Pero fue eso lo que sucedió.

ISIS.—Eso no es todo lo que sucedió. Di la verdad, la verdad. Dime la verdad. ¡Dime la verdad!

CAMPESINO.—(*Mira a los campesinos, como pidiendo ayuda.*) ¿Lo digo?

ISIS.—¡Habla! ¿Qué le hicieron?

CAMPESINO.—(*Con la cabeza baja.*) ¡Lo mataron!

ISIS.—(*Murmura automáticamente.*) Lo mataron...

CAMPESINAS.—(*Gritan entre sollozos.*) ¡Sí! ¡Lo mataron! ¡Lo asesinaron!

ISIS.—(*Automáticamente.*) Lo asesinaron...

CAMPESINO.—Ante nuestros ojos. Con sus sables.

CAMPESINAS.—(*Llorando.*) Y lo despedazaron...

CAMPESINO.—Sí, lo descuartizaron y pusieron cada uno de sus miembros en un saco. Llevaron los sacos a las barcas y se fueron hacia el sur.

ISIS.—(*Cierra los ojos y trata de controlarse. Tot y Mistat se acercan a ella y la sostienen para que no caiga.*) Hacia el sur...

CAMPESINOS.—Les gritamos, tratamos de impedirlo pero blandieron sus armas contra nosotros...

CAMPESINAS.—(*Sollozando.*) Sí, lo mataron. Mataron al hombre

bueno, al hombre verde. Ya no reverdecen las ramas. Ya no habrá buena suerte. Se secarán las fuentes de la tierra pero nuestros ojos no secarán nunca. (*Lloran a gritos.*)

ISIS.—(*Vuelve en sí, trata de liberar sus brazos y se abalanza como loca, lanzando un grito que se siente como graznido.*) ¡Esposo mío! ¡Esposo mío!

TERCER ACTO

ESCENA PRIMERA

Un lugar desolado a orillas del Nilo. Una choza escondida entre las rocas. Isis está de pie. Se nota en ella el paso de los años pero aún conserva el porte. El Shaij al-balad está inclinado como ante una reina.

SHAIJ AL-BALAD.—(*Pasea la vista a su alrededor.*) ¿Te has establecido aquí, en este lugar desolado?

ISIS.—Sí. Hasta aquí me ha traído mi deambular. Desde que mataron a mi esposo he andado errante de un lado a otro. Hace quince años que atravieso los desiertos sin permanecer en ningún sitio.

SHAIJ AL-BALAD.—¿Temes por tu hijo?...

ISIS.—Sí. Los ojos del enemigo no se cansan de buscar. Pero he podido esconderlo y se ha convertido en un joven fuerte y recio. Ha llegado el momento de actuar.

SHAIJ AL-BALAD.—Estoy a tu servicio; pero...

ISIS.—Lo sé. No me digas lo que quieres. Lo sé todo sobre ti. Y si no confiara en que me habrás de servir, no me hubiera puesto en contacto contigo. Tus intereses ya no están ligados a Tifón.

SHAIJ AL-BALAD.—Ese farsante me engañó.

ISIS.—Deberías haber comprendido que no se puede confiar en alguien como él. Te usó hasta lograr lo que quería. Y cuando se apoderó del botín, se olvidó de ti.

SHAIJ AL-BALAD.—Cada vez que recuerdo todos estos años inútiles que pasé a su servicio... He estado siempre a su disposición, para cualquier plan, para cualquier proyecto. Y, sin embargo, apenas le muestro el deseo de una recompensa, me da la espalda, me defrauda.

ISIS.—Tú sabes que dejé mucho oro y joyas cuando salí a buscar a mi esposo.

SHAIJ AL-BALAD.—Lo sé. Tifón se apoderó de ese tesoro y hasta ahora lo tiene guardado. ¡El muy avaro!

ISIS.—La mitad será tuya.

SHAIJ AL-BALAD.—(*Con alegría.*) ¡¿La mitad?!

ISIS.—Te lo prometo. Y tú sabes que Isis cumple lo que dice.
¿Confías en mí?

SHAIJ AL-BALAD.—¡Totalmente! Una mujer que quiere vengar a su esposo no engaña a quienes la sirven.

ISIS.—Entonces, estamos de acuerdo.

SHAIJ AL-BALAD.—Estoy a tus órdenes.

ISIS.—Mi hijo Horus se empeña en vengar la sangre de su padre. Quiere batirse a duelo con Tifón. Un duelo con lanzas.

SHAIJ AL-BALAD.—Temo por él. Tifón es fuerte y maneja bien cualquier arma.

ISIS.—También mi hijo es muy hábil. Muchas veces ha ido de caza; una vez se enfrentó a un león y lo mató.

SHAIJ AL-BALAD.—Olvida la caza y los leones. Tifón no esperará a que tu hijo lo cace. Tiene otros medios...

ISIS.—Lo sé y por eso pensé en ti. Te busqué porque tú conoces esos medios.

SHAIJ AL-BALAD.—Entonces, déjame a mí. Yo arreglaré el asunto, haré los planes. Soy muy hábil para esas cosas. Que Horus llegue al gobierno no será más difícil de lo que fue para Tifón.

ISIS.—Tampoco olvides que Horus es hijo de su padre. Y tú sabes quién era su padre.

SHAIJ AL-BALAD.—La bondad, la sabiduría y la nobleza. ¿Pero de veras ha heredado todas esas virtudes?

ISIS.—Eso espero. He pasado quince años enseñándole todas las cosas buenas de su padre. Y no me bastó con eso. Desde pequeño lo puse en manos de Tot y de Mistat. Aún ahora siguen encargándose de su educación.

SHAIJ AL-BALAD.—Será un gran rey. ¿Dónde está?

ISIS.—De caza. Quizás venga en un momento.

SHAIJ AL-BALAD.—Lo veré la próxima vez. Ahora tengo que irme para comenzar a trabajar inmediatamente. Ya te diré lo que debes hacer. Tenemos que adueñarnos de algunas almas, hacer varias promesas, organizar algunos grupos y otros arreglos que te explicaré más adelante. Y ahora..., ¡adiós!

ISIS.—Adiós.

(*El Shaij al-balad se marcha. Aparecen Tot y Mistat por el lado contrario.*)

MISTAT.—(*Observando.*) ¿Quién era ése? ¿No era el Shaij al-balad?

TOT.—(*Mirando él también.*) Sí, el mismo. Su misma barriga, su misma forma de caminar, su bastón...

MISTAT.—¿Qué vino a hacer aquí?

ISIS.—Vino a visitarme.

MISTAT.—¿Cómo se atrevió?

ISIS.—Yo se lo pedí.

MISTAT.—¡¿Tú se lo pediste?!

ISIS.—Sí, yo.

MISTAT.—Es uno de nuestros más peligrosos enemigos...

ISIS.—Ya no. Ahora va a trabajar para nosotros.

MISTAT.—¡¿Ese hombre?!

ISIS.—Sus intereses están de nuestro lado.

MISTAT.—Sus intereses, por supuesto. Todos conocemos sus intereses. Él no trabaja sin recompensa. Debes haberlo sobornado.

ISIS.—¿Y por qué no?

MISTAT.—(*Volviéndose a Tot que ha permanecido callado.*) ¿Has oído, Tot?

ISIS.—(*Con decisión.*) Mi hijo Horus debe triunfar. ¿Habéis oído? ¡Triunfa que triunfar!

MISTAT.—Eso es lo que deseamos. Para eso nos estamos preparando, para eso hemos trabajado durante quince años. Pero...

ISIS.—¿Pero qué? ¿Qué quieres decir?

MISTAT.—Una sola cosa: todo lo que le enseñamos en estos largos años se derrumba en un instante.

ISIS.—Ustedes construyeron sobre las arenas de la fantasía.

MISTAT.—¿Fantasía?

ISIS.—Dejé que tú y Tot le llenaran la cabeza de hermosos pensamientos, pero yo sé que con ellos no llegará a nada. Déjenme hacer ahora lo que creo útil.

MISTAT.—¿Quieres que Horus llegue de ese modo?

ISIS.—¿De qué modo?

MISTAT.—Por el camino del soborno, del engaño y la traición.

ISIS.—Descríbelo como quieras. Eso no impide que sea el camino para llegar al poder.

MISTAT.—¿Así desprecias los principios de tu esposo? ¡Qué decepción!

ISIS.—¡Detente, Mistat, detente! Jamás desprecié los principios de mi esposo. Jamás traicioné sus creencias. Mi esposo no pretendía regresar al trono. Renunció a él para dedicarse a servir a la gente. Su única ambición era derramar el bien entre esos pobres campesinos. Y todos creímos que lo dejarían realizar su misión en paz. Pero Tifón no lo dejó. ¿Y sabéis lo que le hicieron, lo que hicieron con mi amado esposo, con

quien no cometió ningún delito, no atacó ni hizo mal a nadie?...

(Le caen lágrimas de los ojos.)

MISTAT.—*(Emocionado.)* No te entiendo.

ISIS.—*(Seca las lágrimas y grita con voz ronca.)* ¡No quiero ese destino para mi hijo! ¿Entendéis? No quiero que maten a mi hijo, que lo descuarticen y arrojen sus miembros en algún lugar del Nilo. ¡No, no, no! No quiero eso para Herus. ¿Habéis oído? ¡No quiero eso para mi hijo Horus!

MISTAT.—Tampoco nosotros lo deseamos y tú lo sabes.

ISIS.—Entonces, ¿por qué queréis que siga el camino de su desdichado padre?

MISTAT.—Queremos que llegue al poder por un camino honorable. ¿No es así, Tot? ¿Por qué callas ahora? Di algo. ¡Habla!

TOT.—Los oigo y pienso.

MISTAT.—¿Piensas? ¿También tus creencias han comenzado a tambalearse?

TOT.—Te he dicho muchas veces que no abuses de esas expresiones. ¡Estoy pensando y basta! ¿Acaso no puedo pensar en un problema que tiene tantas consecuencias?

MISTAT.—¿Te olvidas que estamos comprometidos con una causa, que venimos luchando por ella desde hace años? ¿Te has olvidado cuál es esa causa?

TOT.—Que Horus llegue al poder.

MISTAT.—Sobre la base de nuestros principios. Esa es la condición.

ISIS.—*(Gritando.)* ¡No prestes atención a este ingenuo! Se olvida que nos estamos preparando para una batalla, y que nuestro enemigo es fuerte, astuto, lleno de recursos y estratagemas. Y además de eso tiene las manos libres para servirse de cualquier arma. Mientras que nosotros queremos atar a Horus con las cadenas de los principios, presentarlo inerte y desnudo ante su oponente.

TOT.—Es arriesgado...

MISTAT.—¿Tú también, Tot? ¡Eso no me lo esperaba! ¿No llegaremos juntos hasta el fin?

TOT.—Antes que nada, explícame con toda claridad: en tu opinión, ¿cuál es el medio para que Horus llegue al trono?

MISTAT.—El pueblo.

ISIS.—Mistat se olvida que Osiris fue adorado por el pueblo. Y en cuanto el aventurero Tifón apareció con su astucia y sus tretas, sus métodos y mentiras, le arrebató el reino y el pueblo juntos.

TOT.—Es verdad. Una mano hábil también puede robar el apoyo del pueblo.

MISTAT.—(A gritos.) ¡Hasta que..., hasta que...!

TOT.—Hasta que aparece otra mano más hábil.

MISTAT.—(Con amargura.) ¿Eso crees?

TOT.—¡Oyeme, Mistat! Los principios de Osiris, cualquier principio, sólo son efectivos en un caso, en una sola circunstancia: cuando el campo está libre de bribones y sinvergüenzas. En cuanto estos aparecen, si quieres vencerlos, tienes que combatirlos con sus propias armas.

MISTAT.—¿Y cuál es el valor de esa victoria?

TOT.—¿Qué quieres decir?

MISTAT.—Lo que te he dicho antes. Si el hombre sabio y bueno necesita de tales armas para vencer, si para triunfar debe recurrir al soborno, al engaño y a la traición, eso quiere decir que ya no confía en la fuerza misma de la sabiduría y del bien. Si nosotros aceptamos servir los principios de Osiris por semejantes medios, eso significa sencillamente la traición a su causa. Y voy a repetir las mismas palabras porque no encuentro otras más apropiadas: mientras mi corazón palpita, no defraudaré esta causa. Yo no haré triunfar a Horus porque es Horus sino porque representa un principio. Y sin él, para mí no tiene sentido su victoria. No traiciono la causa por el éxito de una persona. ¡No! ¡No la traiciono él! ¡Es mi última palabra! ¡Sólo me resta decir adiós!

(Se marcha rápidamente. Isis y Tot observan su partida.)

ESCENA SEGUNDA

Delante del palacio de Tifón. Aparece Isis con el rostro cubierto. Detrás de ella viene Tot. Caminan con cautela, mirando alrededor como si buscasen a alguien.

ISIS.—(En un susurro.) ¿Lo viste entrar en el palacio?

TOT.—(Con voz baja.) No. Tu hijo no podría entrar estando los guardias allí. Se me ocurre que le saldrá al encuentro en esta plaza.

ISIS.—Entonces, podremos observar el duelo desde aquí.

TOT.—No te lo aconsejo. El corazón de una madre no soportaría semejante espectáculo.

ISIS.—¡Yo lo soportaré!

TOT.—Conozco tu valor. Pero temo que no haya tal duelo. Tifón es capaz de asesinarlo. No tiene más que ordenar a sus guardias que rodeen a tu hijo y lo maten.

ISIS.—También yo tengo ese temor. Pero el *Shaij al-balad* me aseguró que si mi hijo desafia a Tifón, su orgullo y su soberbia lo obligarán a aceptar el reto.

TOT.—¿Confías en el *Shaij al-balad*?

ISIS.—Si me engaña, todo está perdido. Planeamos juntos cada paso, calculamos cada posibilidad. Como me pediste, no confié a nadie los detalles. Si en el fondo sigue fiel a Tifón y le dio a conocer nuestro secreto, estamos perdidos.

TOT.—De todos modos, tenemos que correr el riesgo. Ya no es tiempo de vacilar ni retroceder.

ISIS.—Sí, hay que seguir adelante.

TOT.—(*Mirando hacia la puerta del palacio.*) ¡Mira! Allí está tu hijo, blandiendo su lanza y cerrando el camino del palacio.

ISIS.—(*Con voz agitada.*) Sí...

TOT.—Sin duda sabe que Tifón está por regresar de una cacería y se ha parado allí para salirle al encuentro y desafiarlo.

ISIS.—(*Le tiemblan los labios.*) Sí...

TOT.—(*Mirándola.*) Estás temblando como una hoja. ¿No te dije que sería difícil? Es tu hijo, sangre de tu sangre. Vamos, alejémonos.

ISIS.—(*Mira de lejos a su hijo, con el corazón palpitante.*) Déjame aquí, cerca de él.

TOT.—Quizás sea peligroso y no lo ayude en nada. Quizás te vea y se conmueva. Y ahora, más que nunca, necesita de su firmeza.

ISIS.—¿Lo crees así?

TOT.—Oigo un clamor cercano. ¡Vamos, vamos!

(*La toma de la mano y se marchan rápidamente. Al cabo de unos instantes aparece Tifón acompañado por el Shaij al-balad y un pequeño cortejo que lleva una presa. En ese momento, se la adelanta el joven Horus con paso firme y decidido. Se detiene frente a Tifón, cortándole el camino.*)

TIFÓN.—(*Burlón.*) ¡Qué extraño! ¿Quién es este muchacho insolente?

HORUS.—Pronto lo sabrás. Me urge atravesar tu sucio corazón con la punta de mi lanza. ¡Defiéndete!

TIFÓN.—¿Acaso hay quien diga esas palabras en mi reino?

HORUS.—Ahora lo hay. ¡Prepara tu lanza!

TIFÓN.—¿Crees que la lanza de Tifón está hecha para luchar con niños?

HORUS.—Está hecha para asesinar inocentes.

TIFÓN.—¡Guardias!

HORUS.—(*Alza su lanza.*) ¡Cuidado con que alguien se me acerque! No expongas tus hombres a la muerte, Tifón. No hagas de sus cuerpos una armadura para tu cobardía.

TIFÓN.—Me obligará a matarlo.

SHAIJ AL-BALAD.—Lucha con él, rey. Será fácil.

TIFÓN.—¿Y quién te ha dicho que me gustan las presas fáciles?

SHAIJ AL-BALAD.—Para ti cualquier presa es fácil. Vienes de luchar con bestias feroces y ¿qué es esto sino un cachorro de león? Termina con él tu día y dale una lección.

HORUS.—No vaciles, Tifón. No me hagas esperar.

TIFÓN.—¿Buscas la muerte?

HORUS.—Sí. ¡Tu muerte!

TIFÓN.—(*Saca la lanza.*) Comenzaré por cortarte la lengua y arrancarte los ojos para que no me hables ni me mires así.

HORUS.—Yo comenzaré por cortarte la mano para que no sigas robando lo que no es tuyo.

(Se traban en combate. El Shaij al-balad aparta al cortejo para dejar a los contendientes a su destino.)

TIFÓN.—(*Percibiendo la fortaleza de su oponente.*) ¿Quién eres tú?

HORUS.—Ahora te diré quién soy. Para que tu conciencia despierte antes de morir. ¡Soy Horus!

TIFÓN.—¿Horus?

HORUS.—¡Horus, el vengador de su padre!

TIFÓN.—¿Y quién es tu padre?

HORUS.—Tu hermano, a quien arrebataste el trono.

TIFÓN.—¿Te refieres a Osiris. ¡Impostor! Iba a matarte por tu insolencia pero ahora te mataré por tu presunción.

HORUS.—Dirás, por tu ambición a un trono al que no tienes derecho.

TIFÓN.—(*Lo acomete con su lanza.*) ¡Toma! La tumba será tu morada. (*Rompe la lanza de Horus y cuando está a punto de atravesarlo, el Shaij al-balad se apresura a impedirselo.*)

SHAIJ AL-BALAD.—(*Deteniendo el brazo de Tifón.*) ¡No lo mates!

TIFÓN.—¿Me lo impides?

SHAIJ AL-BALAD.—Sí, escucha mi plan. ¡No lo mates!

TIFÓN.—¿No has oído lo que dijo?

SHAIJ AL-BALAD.—Sí, lo he oído. Por eso, rey, te aconsejo que renuncies a matarlo con tus propias manos.

TIFÓN.—¿Qué estás diciendo?

SHAIJ AL-BALAD.—Si piensas en ello, verás que es lo más adecuado y quizás me recompenses. Haz prisionero a este muchacho. Entrégalo a los guardias para que lo lleven a prisión.

TIFÓN.—¿Y por qué no matar a este impostor? Él se lo buscó con su osadía.

SHAIJ AL-BALAD.—Ten paciencia y deja su cuello para otros.

TIFÓN.—¿Qué quieres decir?

SHAIJ AL-BALAD.—Sin duda, este joven antes de enfrentarte y desafiarte, habrá dicho que es hijo de Osiris, tal como lo pretendió delante tuyo hace un momento. Quizás hubo quien le creyera. Si lo matas tú mismo, la gente dirá que mataste al hijo de Osiris para arrebatarle el trono. Y si un rumor como ése se desata entre el pueblo, te crearás problemas que no quieres y sucederán cosas que no esperas.

TIFÓN.—Es verdad, no pensé en eso.

SHAIJ AL-BALAD.—A mí se me acaba de ocurrir.

TIFÓN.—Entonces, ¿tú crees?...

SHAIJ AL-BALAD.—Creo que es mejor juzgar a este joven delante del pueblo.

TIFÓN.—Que el pueblo vea claro sus pretensiones.

SHAIJ AL-BALAD.—¡Sí! Y entonces verás que el pueblo mismo lo condenará a muerte.

TIFÓN.—(Sonriendo.) Y por supuesto el juicio significará...

SHAIJ AL-BALAD.—(Con la misma sonrisa falsa.) La afirmación eterna de tu derecho legal al reino.

TIFÓN.—Es verdad. Es una solución hábil. Piensas con astucia.

SHAIJ AL-BALAD.—¿No te dije que merecía una recompensa?...

TIFÓN.—Sí, más adelante, más adelante.

SHAIJ AL-BALAD.—¡Siempre más adelante!

TIFÓN.—Ahora, guardias. Prended a este joven impostor y cerradlo hasta que sea juzgado por el pueblo.

ESCENA TERCERA

La plaza delante del palacio de Tifón. El pueblo se agolpa como ante un tribunal. Horus está entre dos guardias. Tot está de pie junto a él y, detrás, Isis. Tifón está de pie frente a Horus. Detrás de Tifón hay algunos servidores. Mientras tanto, el Shaij al-balad mira a la gente a su alrededor.

TIFÓN.—(A gritos.) ¡Joven! ¿Aceptas que el pueblo sea nuestro juez?

HORUS.—Eso es lo que quería.

TIFÓN.—Entonces, oíd lo que sucedió. Este joven alzó su arm contra mí y quiso matarme.

VOZ.—(Entre los servidores.) ¡Matadlo, matadlo!

SHAIJ AL-BALAD.—(A gritos.) ¡Silencio! ¡Silencio!

TOT.—(A gritos.) ¡Silencio, servidores de Tifón!

TIFÓN.—¿Quién habla?

TOT.—¿No me conoces?

TIFÓN.—¿Qué haces hoy aquí, Tot? Nunca te gustó mezclarte con la gente.

TOT.—Vine a hablar por Horus.

TIFÓN.—¿Acaso este Horus no tiene lengua? ¿O no sabe más que bravatas e insolencias?

TOT.—A veces, al que tiene razón no le conviene mostrarla. De la misma manera que al héroe le conviene ocultar su valor.

TIFÓN.—Ahora verás quién posee la verdad.

TOT.—Por eso vine yo y vino el pueblo. Vinimos a saber la verdad. Habla y muéstranos hasta dónde llega tu ingenio.

TIFÓN.—Ya que te eriges en defensor de este farsante, te mostraré cuáles son mis derechos, no con ingenio sino con pruebas.

TOT.—Eso es justamente lo que queremos. No nos enfrentaremos al pueblo si no las tuviéramos. Habla entonces.

TIFÓN.—Antes que nada: ¿niegas que este joven alzó su arm en mi contra? ¿Niegas este hecho?

HORUS.—(Gritando.) Sí, alcé mi arma en tu contra. ¡Era mi deber!

TIFÓN.—¿Habéis oído, pueblo? Lo reconoce. Sabéis lo que significa levantar un arma en contra del rey: ¡rebelión! Ese es su primer crimen. Él mismo lo ha reconocido, no hay necesidad de pruebas.

VOZ.—(*Entre los servidores.*) ¡Castigad al rebelde! ¡La muerte para el rebelde!

SHAIJ AL-BALAD.—(*A gritos.*) ¡Silencio! ¡Silencio!

TIFÓN.—(*Enfurecido, al Shaij al-balad.*) ¿Por qué siempre haces callar al pueblo? Deja que expresen sus pensamientos.

TOT.—Esa no es la voz del pueblo, Tifón.

TIFÓN.—(*Se dirige al pueblo.*) ¿No es esa vuestra opinión, pueblo? Este joven acaba de reconocer delante de vosotros que alzó su arma en mi contra, en contra de su señor, en contra de vuestro señor. ¡El arma de la rebelión!

PUEBLO.—(*Gritando.*) ¡Sí!

TIFÓN.—(*Triunfante, a Tot.*) Esa es la voz del pueblo que se eleva en mi apoyo.

TOT.—No trates de arrancar el apoyo del pueblo a la fuerza, sirviéndote de engaños. Debes explicar primero cómo fue que Horus alzó su arma en tu contra.

TIFÓN.—Me enfrentó con su lanza.

TOT.—¿Y cuál era su intención?

TIFÓN.—Eliminarme.

HORUS.—(*Gritando.*) ¡Es mentira! ¡Es falso!

TOT.—Sí. ¡Es mentira! ¡Una falsedad! No es Horus el asesino. Él no quería asesinarlo. No quería asesinarte. Te pidió que combatieran.

TIFÓN.—Llámalo combate. ¡Sea! ¿Y por que quería combatir con su rey? Si es valiente de veras, como pretende, que explique ahora el motivo.

HORUS.—Para decir la verdad no necesito valor. Te pedí que combatieras conmigo para vengar a mi padre.

TIFÓN.—Ésa es su segunda confesión: vengar a su padre. ¿Y sabéis quién es su presunto padre?

HORUS.—Mi padre es Osiris.

TIFÓN.—¿Habéis oído? Este joven, ¡hijo de Osiris! ¿No os da risa?

(*El cortejo ríe a carcajadas.*)

TIFÓN.—(*Al pueblo.*) Os reís, naturalmente. Porque esto es absurdo.

TOT.—El pueblo aún no ríe. Está esperando la prueba.

TIFÓN.—¿Qué prueba quieres? Basta con preguntarle a este joven. Pueblo, preguntadle a este joven impostor por Osiris. ¿Cómo era? ¡Descríbelo!

PUEBLO.—(*Gritando a Horus.*) ¡Descríbelo!

HORUS.—(*Vacilante.*) Yo...

TIFÓN.—(*Triunfante.*) ¡Habla! ¿Dónde está tu lengua? ¡Descríbelo!

HORUS.—No lo conocí, pero...

TIFÓN.—(*Burlón.*) ¿Habéis oído? No lo conocí. Claro que no pudo conocerlo. Porque Osiris, como sabéis, murió ahogado muchos años antes de que naciera este muchacho. Reíd otra vez, pueblo, de este hijo prodigioso que vino a vengar a su padre. A ese padre que murió muchos años antes de que él naciera.

(*Ríe a carcajadas y, con él, ríe el cortejo.*)

HORUS.—(*Gritando con furia.*) ¡Basta de risas! ¡Basta de risas! ¡Yo soy el hijo de Osiris! ¿No me creéis?

TIFÓN.—No les pidas que crean algo que la mente no puede concebir.

HORUS.—(*Enfurecido.*) Cuidado, Tifón, con negar así mi parentesco.

TIFÓN.—¿Ahora también me amenazas?

HORUS.—Si no soy hijo de Osiris. ¿de quién soy hijo?

TIFÓN.—¿A mí me lo preguntas? Pregúntaselo a la madre que te engendró.

(*El cortejo ríe a carcajadas.*)

ISIS.—(*A Tifón, con calma y frialdad.*) Hombre, respeta a la esposa de tu hermano.

TIFÓN.—No lo dije para que lo tomaras a mal, mujer. Trato de librar a mi hermano de calumnias.

ISIS.—¿Niegas que Horus sea mi hijo?

TIFÓN.—Será tu hijo. Si quieres, eres libres de dar a luz un hijo.

ISIS.—Este niño es hijo de Osiris.

TIFÓN.—¡Eso lo niego!

ISIS.—Mi hijo no tiene otro padre.

TIFÓN.—Evidentemente tiene que tener padre. Pero no Osiris.

ISIS.—¿Quieres decir que es hijo de un desconocido?

TIFÓN.—Quiero decir que no es hijo de mi hermano. Y si insistes en adjudicarle ese parentesco, hago testigo al pueblo de que esto es una conspiración. Sí, pueblo, ¡despertad! Esto es una conspiración que teje sus hilos a mi alrededor. La esposa de mi hermano, que murió ahogado, viene hoy con un muchacho que no sabemos de dónde salió y que levanta un arma en mi contra, me desafía y pretende tener derecho al trono. Todo está claro como el agua. No tenéis más que decidiros. Es tan evidente la impostura que no necesitáis pruebas.

PUEBLO.—(*A gritos.*) ¡La muerte para los conspiradores! ¡La muerte para los ambiciosos, para los impostores!

SHAIJ AL-BALAD.—¡Silencio, silencio!

TIFÓN.—(*Al Shaij al-balad, furioso.*) ¡Silencio, tú! Deja que el pueblo juzgue. Ha descubierto la conspiración y está a punto de estallar. ¡Déjalo que estalle!

SHAIJ AL-BALAD.—(*Murmurando.*) Lo hará en el momento adecuado.

TIFÓN.—Éste es el momento adecuado. ¡Haz algo! ¡Muévelo un poco!

SHAIJ AL-BALAD.—Se moverá por sí mismo cuando comprenda.

TIFÓN.—(*Se dirige al pueblo.*) Comprended, pueblo; es una conspiración, una impostura. ¿Los dejaréis conspirar contra vuestro amado rey? ¿Los dejaréis calumniar a vuestro soberano? ¡Hablad! ¡Hablad!

PUEBLO.—(*Con furia.*) Entonces, ¿no es hijo de Osiris?

TIFÓN.—(*Azuzando al pueblo.*) ¡Es un farsante, un impostor! Pueblo, ¡juzgad por vosotros mismos! Vuestro juicio es de confiar. ¡Es la voz de la verdad! ¡Decid lo que tenéis que decir! ¡Apoyad a vuestro rey!

TOT.—¡Calma, Tifón, calma! No excites al pueblo con tus palabras. Yo tengo una imagen muy clara de lo que es una conspiración y una impostura. Porque tú me hiciste conocer ambas. Y no es difícil que los demás se lo imaginen. Pero, déjame preguntarte: ¿acaso Horus te exigió el trono, para que pretendas que es un conspirador?

TIFÓN.—Con que pretenda ser hijo de Osiris, basta.

TOT.—Ésa es tu opinión. Tú eres el que ambiciona el trono. Horus te desafiaba a luchar por otra causa. Y tú sabes cuál es.

TIFÓN.—¡Arrebatarme el reino!

TOT.—¡Vengar a su padre! Eso es todo lo que pretende. Es su deber.

TIFÓN.—¡¿Vengar a su padre?! (*Ríe burlonamente.*)

ISIS.—¡Sí! Vengar a Osiris a quien tú, Tifón, asesinaste. Tú ordenaste que lo descuartizaran.

TIFÓN.—¡Es una nueva invención!

ISIS.—Es la verdad que ocultas en lo profundo de tu negro corazón. Lo descuartizaron para que no pudiera hallarlo, como lo hice la primera vez.

TIFÓN.—Es una horrible fantasía. ¿Os quedaréis callados, pueblo, ante estas mentiras? Todos sabéis que Osiris murió ahogado hace muchos años. ¡Hablad! Sin duda, esta mujer se ha vuelto loca. Vosotros sabéis que la pena y la brujería le hicieron

perder la razón. Decidle lo que sabéis sobre la muerte de Osiris, ¿acaso no murió ahogado?

PUEBLO.—Sí, murió ahogado.

TIFÓN.—¿Oyes lo que dice el pueblo?

ISIS.—¡No, no murió ahogado! Eso es un rumor que tú, el gobernante, difundiste. Lo encerraste en un arcón y lo arrojaste al Nilo, pretendiendo ante la gente que había muerto ahogado. Pero la corriente se llevó el arcón; unos barqueros lo recogieron y lo vendieron al rey de Biblos. Allí vivió un tiempo Osiris, hasta que yo di con él; volvimos a Egipto, nos escondimos en un lugar apartado y tuvimos a Horus y vivimos en paz. Pero tú, Tifón, descubriste nuestra existencia y mataste a mi esposo con la más abominable de las muertes. Sí, mataste dos veces a mi esposo. ¡Dos veces lo asesinó tu mano criminal!

TIFÓN.—¡Qué locura! ¡Sólo puede ser fruto de una mente enferma!

ISIS.—¡Ésa es la verdad, pueblo!

TIFÓN.—¿Podéis creer semejante historia?

PUEBLO.—¿Osiris encerrado en un arcón?

TIFÓN.—¿Creéis esas patrañas?

PUEBLO.—(A gritos.) ¿Osiris, asesinado?

TIFÓN.—¿Creéis esas calumnias?

PUEBLO.—(Gritando.) ¡Queremos una prueba! ¿Dónde está la prueba?

TIFÓN.—(Con voz triunfante.) Ahora vemos la sabiduría del pueblo. ¡Sí, la prueba! ¡La prueba, mujer! ¡Muestra una prueba!

ISIS.—Presentaré una prueba.

TIFÓN.—¿Dónde está? ¡Apresúrate!

ISIS.—(Busca a su alrededor, confusa.) Esperad un momento...

TIFÓN.—(Victorioso.) ¿Que esperemos? ¿Habéis oído? Quiere que esperemos. ¿Que esperemos qué? Que esperemos un poco hasta que su fértil imaginación pergeñe otra historia. ¿Aceptaréis semejante burla?

PUEBLO.—(Gritando indignado.) ¡No, no, no! Queremos la prueba ahora. ¡La prueba!

TOT.—(Busca a su alrededor, vacilante.) ¡Generoso pueblo! ¡Un instante! ¡Concedednos un corto instante!

TIFÓN.—(Burlón.) ¿Tú también, Tot? Ya vaciaste tu alforja de argumentos. ¿Quieres que esperen hasta que te sea favorable la inspiración? ¿Por qué te colocas en esta situación vergonzosa? ¿Después de tan larga reclusión tomas el partido del perdedor?

TOT.—Mi deber es ayudar a la verdad.

TIFÓN.—Di mejor: a la falsedad. Lo que te sedujo y seduce a los crédulos como tú son estas actitudes de falso heroísmo, en que la imaginación se deja llevar por la fantasía y por sueños y esperanzas. Pero habéis errado el blanco, a los ojos del pueblo no soís más que unos mentirosos impostores, unos traidores, unos conspiradores.

ISIS.—(*Murmurándole a Tot, confusa y desesperada.*) ¿Qué hacemos ahora?

TOT.—(*Murmura mientras busca a su alrededor.*) ¡Paciencia, paciencia!

TIFÓN.—¡Oh, pueblo! Esta burla nos ha tomado demasiado tiempo. Han inventado todas estas calumnias, pero en cuanto abristeis los ojos y les pedisteis pruebas, se quedaron mudos como estatuas. ¿Acaso no tenéis derecho a emitir vuestro juicio? La justicia, oh pueblo, os obliga a pronunciar una sentencia. Exijo que juzguéis a quienes me atribuyeron semejantes falsedades, a quienes me calumniaron. ¡Os exijo justicia! Juzgadlos vosotros mismos. ¡Juzgadlos!

PUEBLO.—(*Indignado.*) ¡Sí, sí! ¡La muerte, la muerte!

(*En ese instante aparece el rey de Biblos con su cortejo.*)

REY DE BIBLOS.—(*Gritando.*) ¡Esperad, esperad!

TIFÓN.—(*Furioso.*) ¿Quién es este hombre?

ISIS.—(*Alegre.*) ¡La prueba! ¡Ésta es la prueba!

REY DE BIBLOS.—(*Mira a Isis, excusándose.*) Me detuvo un obstáculo en el camino.

TIFÓN.—¿Quién es este hombre?

PUEBLO.—(*Gritando.*) ¿Quién es este hombre?

ISIS.—(*Gritando con acento triunfal.*) ¡El rey de Biblos!

TIFÓN.—(*Frunciendo el ceño.*) ¿El rey de Biblos?

TOT.—Sí, de su boca sabrán todos si mentíamos o decíamos la verdad.

TIFÓN.—¡Un enemigo extranjero!

REY DE BIBLOS.—¡Un amigo, un huésped!

PUEBLO.—¡Que hable el rey de Biblos!

REY DE BIBLOS.—Noble pueblo de Egipto, mi pueblo os saluda. Nuestra tierra está al oriente, al este de la vuestra. Y si alguno de vosotros viene hoy a nuestro país, oírás que la gente lo señala con amor, con alegría y admiración: ese hombre es del oeste, del país que nos trajo al amigo egipcio. Aquel que sembró en nuestra tierra el bien y la bendición de sus ideas, de sus inventos y descubrimientos. Trabajaba entre

nosotros como un esclavo; se levantaba al alba y regresaba al ponerse el sol. No tenía otra ambición que servir al pueblo, en un país que no era el suyo, entre gente que no era su gente. Ese amigo egipcio, como lo llamábamos, era Osiris.

PUEBLO.—(*Preguntándose.*) ¡¿Osiris?!

REY DE BIBLOS.—¡Sí! Osiris fue arrojado al Nilo. Unos barqueros lo llevaron a mi palacio y me lo vendieron.

PUEBLO.—(*Gritando.*) ¡¿Entonces Isis decía la verdad?!

REY DE BIBLOS.—Debéis creer todo lo que dijo esta señora pues es la mujer más noble de la tierra.

PUEBLO.—Entonces, ¿Osiris no murió ahogado?

REY DE BIBLOS.—Salió de nuestro país sano y salvo, querido y honrado, en compañía de su esposa, hace más o menos dieciocho años. Poco tiempo después supe que habían tenido un hijo, Horus.

TOT.—¿Qué dices ahora, Tifón?

TIFÓN.—Son todas instrucciones de Isis. No hay pruebas de que el rey de Biblos haya visto a mi hermano Osiris.

REY DE BIBLOS.—Lo vi con mis propios ojos y permaneció en mi país un tiempo. Me lo trajeron los barqueros en un arcón; pagué por él mucho dinero.

TIFÓN.—¿Cuál es la prueba? ¡Exígidle una prueba!

REY DE BIBLOS.—He traído una prueba irrefutable.

TIFÓN.—¡Preséntala sin más demora!

(El rey de Biblos hace una seña a uno de sus servidores. Aparece un grupo de hombres trayendo el arcón.)

REY DE BIBLOS.—¡Aquí la tienes!

ISIS.—(*Gritando.*) ¿Reconoces esto?

TIFÓN.—(*Con un grito involuntario.*) ¡El arcón!

ISIS.—Sí, el arcón en que encerraste a tu hermano y lo arrojaste al Nilo.

PUEBLO.—(*Indignado.*) ¡El arcón, el arcón! ¡Es un asesino!

SHAIJ AL-BALAD.—(*Murmurando en los oídos de Tifón.*) Salva tu piel, Tifón, antes de que se te acabe el tiempo.

TIFÓN.—(*Deslizándose con precaución detrás del Shaij al-balad.*) Me engañaste, maldito, cuando me impulsaste a enfrentarme al pueblo.

(Desaparece mientras el pueblo se abalanza hacia Horus y lo lleva en andas.)

PUEBLO.—(*Aclamando.*) ¡Al trono de tu padre, Horus! ¡Al reino, Horus! ¡Al poder!

HORUS.—Dadme la lanza y no dejéis escapar al asesino. Quiero vengar a mi padre!

ISIS.—(*A Horus.*) No manches tus manos con la sangre del criminal. El pueblo nos creyó y sabe finalmente la verdad.

TOT.—(*A Isis.*) ¡Cuántos esfuerzos te ha costado que el pueblo la conozca!

ISIS.—¡No importan los esfuerzos! Mi única esperanza es que Osiris, en su inmortalidad, nos haya perdonado y esté satisfecho.

Tres Obras, de Taufiq al-Hakim, se terminó de imprimir en el mes de marzo de 1983, en los talleres de PIZANO-VERA Y ASOCIADOS, S. A., Avenida 10, núm. 130, Col. Ignacio Zaragoza. La portada fue impresa por Rosette y Asociados Artes Gráficas, S. A., Calzada de los Misterios 591, México, D. F. Se tiraron 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición. Diseñó la portada Mónica Díez-Martínez. Cuidó de la edición el Departamento de Publicaciones de El Colegio de México.

Centro de Estudios de Asia y Africa

Las tres obras de teatro que integran este volumen, ponen en contacto al lector de lengua española con uno de los dramaturgos egipcios de mayor envergadura en la actualidad: Taufiq al-Hakim. Escritas a partir de lo que algunos críticos denominan el inicio del momento político de la producción del autor, es decir, 1952, año de la revolución liderada por Yamāl Abd al-Naser, las tres obras, aun permaneciendo fieles a un estilo literario velado por el mito, la leyenda o la tradición popular, proponen una lectura que cae dentro del ámbito específico de la política.

Tú que subes al árbol trata de los mecanismos legales de una sociedad para la cual son más importantes los procedimientos racionales de la investigación de un crimen que los hechos en sí, desenmascarando el costado absurdo de la ley.

Un sultán en venta presenta ingeniosamente el mismo tema —la legalidad— pero esta vez involucrando aspectos referentes al poder, el gobierno y el altruismo públicos. Por último, **Isis** trata de la usurpación del poder y del engaño al pueblo, a través de una trama que recrea el mito de Osiris, el sabio de la antigüedad, y su abnegada esposa Isis. Las tres obras, sin embargo, no agotan las posibilidades en la lectura política: el humanismo, claro y a veces socarrón, el humor y el ingenio brillante constituyen otras de las múltiples características de este autor intenso y apasionante.



0170



El Colegio de México